

EL CANTAR DE LOS NIBELUNGOS



TRADUCCIÓN AL ESPAÑOL E INTRODUCCIÓN
MARIANNE OESTE DE BOPP



El cantar de los nibelungos, en la versión presente, o *La tragedia de los nibelungos*, como lo llama la versión mas antigua, tiene igual rango que otras grandes epopeyas medievales del occidente; es una expresión del alma de un pueblo que empieza a estar consciente de su individualidad.

El cantar de los nibelungos se trata de una gesta antiquísima, leyenda de un remoto tiempo heroico, por siglos transmitida únicamente por tradición oral, que sufrió infinitos cambios y transfiguraciones. En este poema, los numerosos ciclos de leyendas, que las diferentes tribus germánicas elaboran durante las grandes migraciones, gradualmente se fusionan; toda la materia legendaria es refundida en el medioevo tardío, y sólo más tarde, en el siglo XIX, redescubierta por el romanticismo, entra al tesoro de la literatura alemana.

La mezcla singular de lo remoto-mítico y los siglos medievales es lo esencial y característico y uno de los mayores encantos de este monumento literario.



Anónimo

El cantar de los nibelungos (Trad. Marianne Oeste de Bopp)

ePub r1.0

Titivillus 27.03.2021

Título original: *Der Nibelunge Noth mit der Klage*
Anónimo, 1190 aprox
Traducción: Marianne Oeste de Bopp

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



Índice de contenido

Cubierta

El cantar de los nibelungos (Trad. Marianne Oeste de Bopp)

Introducción

Primera Aventura. Lo que soñaba Kriemhilde

II Aventura. De Siegfried

III Aventura. Cómo Siegfried llegó a Worms

IV Aventura. Cómo Siegfried luchó contra los sajones

V Aventura. Cómo Siegfried vio a Kriemhild por primera vez

VI Aventura. Cómo Gunther viajó al Isenland por Brunhild

VII Aventura. Cómo Gunther ganó a Brunhilde

VIII Aventura. Cómo Siegfried viajó hacia el país de los nibelungos

IX Aventura. Cómo mandaron a Siegfried hacia Worms

X Aventura. Cómo Gunther se casó con Brunhild

XI Aventura. Cómo Siegfried regresaba con su esposa a su país

XII Aventura. Cómo Gunther invitó a Siegfried para el banquete de la corte

XIII Aventura. Cómo viajaban a las fiestas de la corte

XIV Aventura. Cómo las reinas se insultaron

XV Aventura. Cómo Siegfried fue traicionado

XVI Aventura. Cómo Siegfried fue asesinado

XVII Aventura. Cómo Siegfried fue lamentado y enterrado

XVIII Aventura. Cómo Siegmund regresó y Kriemhild permaneció en Worms

XIX Aventura. Cómo el tesoro de los nibelungos llegó a Worms

XX Aventura. Cómo el rey Etzel (Attila) mandó por Kriemhild

XXI Aventura. Cómo Kriemhild viajó con los hunos

XXII Aventura. Cómo Kriemhild fue recibido por los hunos

XXIII Aventura. Cómo Kriemhild pensaba en vengar su dolor

XXIV Aventura. Cómo Werbel y Schwemmel llevaron el mensaje

XXV aventura. Cómo los reyes viajaban al país de los hunos

XXVI Aventura. Cómo Dankwart mató a Gelfrat

XXVII Aventura. Cómo Rüdiger recibió a Gunther

XXVIII Aventura. Cómo Kriemhild recibió a Hagen

XXIX Aventura. Cómo Hagen y Volker estaban sentados ante la sala de Kriemhild

XXX Aventura. Cómo Hagen y Volker montaron guardia

XXXI Aventura. Cómo los señores se fueron a la iglesia

XXXII Aventura. Cómo Blödel luchó con Dankwart en el albergue

XXXIII Aventura. Cómo Dankwart trajo las nuevas a sus señores

XXXIV Aventura. Cómo echaron los muertos de la sala

XXXV Aventura. Cómo mataron a Iring

XXXVI Aventura. Cómo la reina mandó quemar la sala

XXXVII Aventura. Cómo mataron a Rüdiger

XXXVIII Aventura. Cómo todos los guerreros de Dietrich fueron matados

XXXIX Aventura. Cómo fueron matados Gunther, Hagen y Kriemhild

Notas

EL CANTAR DE LOS NIBELUNGOS

El «Cantar de los nibelungos» (Der Nibelunge liet) —en la versión presente — o «Der Nibelunge Not» (La tragedia de los nibelungos), como lo llama la versión más antigua, tiene igual rango que las otras grandes epopeyas medievales del occidente —el «Cantar de Rolando», el «Cid»—, expresiones del alma de un pueblo que empieza a estar consciente de su individualidad.

Alrededor de 1190, un maestro desconocido crea un conjunto grandioso de conocidas partes sueltas: la epopeya de un pueblo.

En los siglos V y VI, en el oeste y sur de Alemania, había nacido la leyenda de Brunhild con aquella de la muerte de Siegfried; al mismo tiempo, entre los francos, se cantaba acerca de la destrucción de los reyes burgundios, atribuida al rey de los hunos, y de la muerte de este rey, Attila-Etzel. En esta forma, en la cual ya se conecta a Attila con Teodorico el Grande, entre 555 y 583, la leyenda llega al Norte, a Noruega e Islandia, donde, aumentándose el elemento mítico, la segunda parte de las sagas es elaborada en detalle. En nuevas versiones, las canciones existentes se fijan por escrito en la Edda^[1] de Islandia, y parte de ellas regresan al continente, sin influencia notable de los poetas nórdicos sobre los juglares de Alemania. Allí, finalmente, reciben su forma definitiva, que reúne arcos ciclos de leyenda en el «Cantar de los nibelungos».

Se trata entonces de una gesta antiquísima, leyenda de un remoto tiempo heroico, por siglos transmitida únicamente por tradición oral, que sufrió infinitos cambios y transfiguraciones.

El entrelazamiento de los dos cantares, originalmente independientes: Siegfried y su muerte, y la destrucción de los burgundios, se realiza hasta

muy tarde. Esto puede apreciarse en el «Cantar de los nibelungos», sobre todo en la tonalidad diferente y en el ambiente transformado. Lo caballeresco-cortesano del siglo XII está sobrepuesto a un núcleo heroico-mítico que todavía trasciende claramente, sobre todo en la segunda parte: la lucha final de los burgundios. La dureza inexorable de las antiguas sagas ya está algo suavizada. Pero el cristianismo, la caballería y las costumbres del tiempo, en que las antiguas leyendas se funden, sólo pueden transformarlas exteriormente. Siguen siendo mitos arcaicos, tragedias de un pasado lejano, donde pasiones sobrehumanas causan destinos fatídicos, que deben terminar en el hado oscuro y en las cuales predomina este delirio de muerte que no sólo hace soportar al héroe su cruel destino, sino que provoca el éxtasis del desafío sin lamento ni arrepentimiento, sin Dios ni idea de una vida de ultratumba.

Todavía podemos adivinar el mito antiquísimo del resplandeciente héroe divino que debe vencer poderes demoníacos para liberar a la doncella hechizada, y quien posteriormente es muerto por ellos. Las analogías, comunes en la mitología de todos los pueblos, existen también en la germánica —en las leyendas de la muerte de Baldur y de la cabalgata de Skirnir, donde el dios solar, Freyr, mata al monstruo que defiende a la doncella durmiente dentro de las llamas; pero el héroe, que atraviesa sin temor el muro de fuego, tiene que morir, en holocausto del hechizo infringido. Aun las figuras del Dios claro (Siegfried) y del Dios oscuro (Hagen) se perciben humanizadas.

Todavía se trata de las grandes figuras míticas de la leyenda. Los rasgos legendarios de la infancia de Siegfried, que circularon en cantares del «joven Siegfried» con adornos míticos, aparecen en alusiones oscuras: el forjar de Balmung, la espada del Dios Odin; Alberich el enano; el dragón y el baño en la sangre del dragón para hacerse invulnerable; el tesoro de los nibelungos y la doncella hechizada. Todavía la figura de Brunhild se levanta ambiguamente del tejido legendario —originalmente Valkiria, virgen guerrera del Dios Odin, de la mitología—; a la cual Odin-Wotan, a causa de su desobediencia, adormece en la montaña, rodeada de fuego, y a la que sólo un héroe temerario puede despertar. Siegfried la libera, pero, a causa de una bebida mágica que Gudrun-Kriemhild le ofrece, olvida a la

anteriormente amada. Y la fuerza mágica de ella se desvanece cuando tiene que someterse al amor humano. Sin embargo, únicamente Siegfried conoce el país lejano, donde ella vive, conoce el castillo y a su dueña, y ella lo conoce también, aunque él no la reconozca.

Pero en los «Nibelungos», Siegfried ya no está en el centro de los acontecimientos, sino Kriemhild, con su adversario Hagen, a quien puede igualarse en grandeza y crueldad primitivas. En los cantares más antiguos, Kriemhild es la vengadora de sus hermanos en Etzel-Attila, a quien ofrece los corazones de sus propios hijos como alimento, sucumbiendo ella en el incendio de la sala, en muerte voluntaria, como vengadora de sus parientes y de su honor.

En el «Waltharius Manufortis» —poema latino del siglo x, escrito por el clérigo Ekkehart (o quizá Geraldus) que vivía en el convento de Fulda— aparece el mismo Hagen, súbdito de Gunther, amigo y co-rehén de Walther en la corte de los hunos —y de estirpe troyana. La leyenda de los francos afirma la descendencia de su tribu del pueblo de Troya. Más tarde, el nombre Troya se transforma en Tronia (Tronege, Troneje). Pero Hagen es también de descendencia élfica, hijo de Aldrian —cuyo nombre aparece en el «Cantar»—, es decir de un elfo (Alberich), quien violó a la madre de Hagen —por eso su carácter oscuro cruel y su palidez.

Siegfried y Brunhild, sin embargo, ya perdieron todo lo mítico y adoptaron rasgos y motivos de los cuentos de hadas. Él es el héroe puro, candoroso y sin malicia, que tiene que perder la vida ante el mal. El origen de Brunhild ya se percibe apenas en alusiones.

Así también los nibelungos, que dan el nombre a la epopeya; ellos son los hijos de la niebla, seres demoníacos de Niflheim, el mundo subterráneo de la mitología germánica, enanos dotados de fuerzas mágicas y propietarios del tesoro hechizado. Aparecen, como los príncipes elfos, muertos por Siegfried, pero más tarde el nombre se les aplica por ser los propietarios y guardianes del tesoro. La ambigüedad del nombre nibelungos, que a veces se refiere a seres legendarios, a veces a Siegfried y sus amigos, a veces a los reyes de los burgundios, señala que está ligado con la posesión del tesoro.

El largo desarrollo de las leyendas en diferentes niveles, la transformación continua de figuras y motivos, hace a la historia del «Cantar» sumamente complicada. Las contradicciones, que se originan de los diferentes tiempos de la elaboración, muestran las capas antiguas y jóvenes del poema. La forma original alemana de las primeras sagas está perdida. Los numerosos ciclos de leyendas, que las diferentes tribus germánicas elaboran durante las grandes migraciones, gradualmente se fusionan; toda la materia legendaria es refundida en el medioevo tardío, y sólo más tarde, en el siglo XIX, redescubierta por el romanticismo, entra al tesoro de la literatura alemana.

En Alemania, entonces, se realiza la transformación del asunto de la leyenda que está en conexión con el desarrollo de la nación y la naciente conciencia de su unidad. De las grandes migraciones heroicas de los primeros siglos entre tanto se ha desarrollado el alto medioevo caballeresco. El contenido mítico retrocede siempre más, el placer en lo fantástico y aventurero, tema de las novelas caballerescas de estos siglos, gana una influencia mayor. Argumento, estilo y cosmovisión de la versión definitiva están mal unidos. La comprensión y dislocación características de las antiguas leyendas, la arbitrariedad en el tratamiento de tiempo y figuras continúan, en tanto que las raíces históricas quedan oscuras. Las leyendas de las guerras góticas y las de los Langobardos son evocadas. El nombre Brünhild aparece en Brunichildis, una reina de los Merovingios (†614) cuya historia cruel y sangrienta es conocida. Tres reyes, personalidades históricas, ahora son representantes de tres pueblos, el burgundio Gunter (†437), el huno Attila-Etzel (†453) y el godo del este, Teodorico (†526), cuya vida, en realidad, está separada por un siglo o por lo menos por una generación. En el año de 437 aconteció la derrota histórica de los burgundios, a las orillas del Rin, por los invasores hunos. El rey Gundahari —Gundarico— con otros miembros de su casa —(conocemos como reyes burgundios los nombres del rey Gibicho con tres hijos: Gunther, Gernot y Giselher)— cayó en la batalla, derrotado y muerto por el rey de los hunos. Esto señala el fin del Imperio burgundio del medio Rin. En 453, Attila, el temido rey de los hunos, muere súbitamente en su cama, al lado de su

esposa germánica Hildiko (Hilde-Kriemhild). Entre los francos ella es considerada su asesina.

Pero, con estos escasos datos, se puede determinar más o menos la época en la que se originan las leyendas, que reviven a las figuras históricas en forma transformada.

Attila-Etzel, quien juega un papel tan grande en la leyenda alemana, y quien en las canciones aparece, por lo general, como un traidor codicioso y un tirano, se transforma en el noble señor y caballero, representado así ya en el «Waltharius» y después en los «Nibelungos», por mediación de los godos del este, que están en contacto directo con los hunos. Teodorico el Grande, el Dietrich von Bern de la leyenda germánica, debe huir ante el tirano Odoacro (siglo v) a quien en realidad vence en la batalla de los cuervos (Raben-Ravenna) y a quien manda asesinar. En la leyenda, Teodorico vive por treinta años en la corte de Attila-Etzel —refugio de los desterrados— con su maestro escudero Hildebrand, quien al regresar a su país tiene que experimentar el encuentro trágico con su hijo, cantado en el único fragmento antiguo-alto-alemán conservado de una gesta del tiempo de las grandes migraciones.

Siglos del desarrollo histórico alemán se reflejan en el poema, transformados y transfigurados: mitos antiguo-germánicos, historia y leyenda se refunden con el ambiente caballeresco de un tiempo más cortesano.

El autor del «Cantar de los nibelungos» es desconocido. Todos los intentos para identificarlo han dado poco resultado. En discusiones violentas, ante todo en el siglo XIX, el Kümberger, un trovador caballeresco, y otros de sus contemporáneos, fueron postulados como autores; se defendieron teorías, como aquellas de Laehmann, de que no un solo poeta, sino un gran número de poetas habían creado el «Cantar». Siempre de nuevo aparecieron afirmaciones, comprobadas con investigaciones históricas, estilísticas y filológicas, de que el poeta de los «Nibelungos» se había descubierto. Actualmente, nadie duda seriamente de que un único gran poeta haya reunido las dos leyendas originales en una epopeya y que fuera capaz de crear un gran cuadro poético en forma homogénea, con

abundancia abigarrada, una representación más amplia y más rica comparación con sus precursores.

El autor probablemente fue de condición caballeresca; el nombre de un clérigo o noble conocidos hubiera sido transmitido. En la época del romanticismo, que redescubrió la poesía del pasado alemán, vieron en él a un «juglar». Pero, más bien, debe haber sido un trovador con instrucción clerical, un hombre que sabía escribir, conocedor de la poesía mundana y eclesiástica de su tiempo —un «Volker, el trovador», en el cual él mismo glorifica al trovador caballeresco de los siglos anteriores. Su relación con el obispo de Passau hace concluir que se trataba de un austríaco. No sabemos nada más de él.

Hasta el fin del siglo XII, la leyenda heroica sólo vivía en canciones de tradición oral, que sin embargo, probablemente desde el siglo VIII, eran conocidas entre los poetas baviero-austríacos. Sólo al final del siglo XII, durante la vida del poeta, las últimas versiones de la leyenda de Brunhild se conocieron en la forma presente. Ya en la última década del siglo XII, los juglares y cantores empiezan a fijar por escrito sus canciones, lo que indica que la historia del desarrollo de la leyenda termina. Pero después los círculos cortesanos de Austria se apoderan del asunto. Es el tiempo del más alto florecimiento de la poesía caballeresca en Alemania, cuando las obras de los poetas cortesanos son leídas y contadas profesionalmente. Con la transición de la poesía épica escrita de los eclesiásticos a los caballeros, la época de la epopeya cortesana, también la gesta heroica adopta la forma extensa del nuevo estilo narrativo. Pero la gesta resulta diferente de la poesía de los trovadores. Se trata de una epopeya popular, es decir, su argumento no proviene de Francia, sino que nació de una tradición oral y escrita, preformada por poetas alemanes desde hacía setecientos años más o menos.

Ninguno de los grados anteriores del «Cantar» se ha conservado. La investigación cree reconocer como modelo inmediato una obra épica, más o menos del año de 1160, a la que se dio el nombre de «El pesar antiguo», anterior al «Cantar» en la versión presente, y que puede restablecerse en grandes líneas por un relato de la «Thidrekssaga» (Leyenda de Thidrek) — una novela noruega en prosa, escrita en Bergen, alrededor de 1260—, que

de acuerdo con fuentes alemanas narra la vida de Dietrich von Bern; aquí aparece sobre todo la segunda parte, la destrucción de los burgundios. Un poema latino del siglo X, es decir, contemporáneo al «Waltharius», queda dudoso. El «Lamento» se refiere a este poema latino, que, según los relatos de los juglares de Etzel, el obispo Pilgrim de Passau mandó escribir por su escribano Conrado; además alude a un libro, que el autor del «Lamento» tenía a la vista, supuestamente escrito por «der rede meister, ein tihtaere» (el maestro de la palabra, un poeta).

Esta continuación del «Cantar de los nibelungos», llamado «El Lamento» y muy diferente en cuanto a lo formal y espiritual, apareció ya muy temprano. Está incluido en todos los manuscritos completos, y probablemente fue compuesto en la tercera década del siglo XIII, en Baviera. Como obra poética incomparablemente inferior, relata cómo encontraron a los héroes muertos, cómo fueron puestos en sus féretros y finalmente enterrados, con gran dolor de los tres sobrevivientes: Etzel, Dietrich y Hildebrand; cómo el mensaje doloroso es llevado a Bechlaren, con Gotlind, a Passau con el obispo y con Ute y Brunhild a Worms, y los lamentos y el duelo que las trágicas nuevas provocan en todas partes. Gotelind y Ute mueren del pesar; en Worms, el joven hijo de Gunther es coronado, y finalmente Dietrich von Bern regresa a su país. También el «Lamento» probablemente es la refundición de un poema más antiguo, nacido de una colección de cantares; de todos modos es la obra de otro poeta y no fue creado para el «Cantar de los nibelungos», sino más bien es una fantasía, una paráfrasis sobre los «Nibelungos», que alude a detalles y a la influencia del mismo «Cantar».

Los inventores de las grandes epopeyas heroicas son los juglares, cantores profesionales, ambulantes, difusores de los antiguos asuntos, que ya han reemplazado al primer cantor heroico, que era miembro del séquito guerrero. Ellos ya no pertenecen a la nobleza guerrera, sino que la recitación de los cantares se ha convertido en una profesión. El juglar, debajo del tilo del pueblo, canta a los oyentes, apasionadamente interesados, las grandes aventuras del pasado remoto —y naturalmente le place describir en detalle las armas magníficas, vestidos preciosos y batallas cruentas—. El trovador caballeresco recita, en la noche después del

banquete, en la gran sala señorial, cuyo piso crudo está cubierto de paja en el invierno, en el verano de ramas verdes, y en cuyo centro arde la hoguera; donde las armas y piezas preciosas del botín están colgadas en las columnas, y donde el séquito escucha ruidosamente, bebiendo el vino escanciado.

El público del poeta de los «Nibelungos» probablemente era cortesano en su mayoría, el círculo que cultivaba y amaba la poesía caballeresca y en el cual se movían los grandes trovadores de la época: Hartmann von Aue, Wolfram von Eschenbach, Gottfried von Strassburg y el gran lírico Walther von der Vogelweide. Wolfram von Eschenbach conocía el «Cantar de los nibelungos», y el poeta de los «Nibelungos» conoce el «Ivain» de Hartmann, lo que igualmente, como sus relaciones con el obispo de Passau, permite fijar el origen de su poema al final del siglo XII.

Cuán apreciada y difundida fue también esta epopeya en su época se hace evidente porque poseemos no menos de veintiocho manuscritos, más o menos completos, y alrededor de treinta y un fragmentos; una popularidad duradera a través de tres siglos, del siglo XIII hasta el XVI. La discusión del valor de las tres versiones principales conmovió la investigación por mucho tiempo, ante todo aquella del siglo XIX.

Naturalmente, el ambiente del conjunto está suavizado en forma mundano-caballeresca, pero el espíritu no es aquel de 1200; el desnivel y las contradicciones convierten el «Cantar» en un espejo de varios siglos, empezando con el estilo de las grandes migraciones, con el tono trágico de la poesía legendaria primitiva, el desafío al destino y el deseo de muerte, hasta el refinamiento cortesano de los siglos XII y XIII.

Surgen singularidades nacionales; la cosmovisión de los antiguos germanos transluce una ética que no puede ser juzgada con ideas actuales, compenetradas por el cristianismo desde hace siglos. La institución del vasallaje, la relación íntima con el señor feudal, el «truhtin», confirmado por juramento, que es más fuerte que el deber hacia el clan, sangre u honor personales, tienen la más alta importancia moral. Requiere que el vasallo, en heroico desprecio de la propia vida, siga a su señor a la prisión y a la muerte. La fidelidad del vasallo y amigo a su amo, está encima de todos los demás compromisos. Siegfried, quien se comprometió a esta obligación con

su hermano de juramento, sin culpa o vergüenza alguna puede engañar a la mujer extranjera; Hagen tiene que vengar a la esposa de su rey en Siegfried, aunque éste sea inocente; y Kriemhild, aunque hermana de su señor, como esposa del rey de los hunos, ahora pertenece a los enemigos. Rüdiger tiene que matar a sus propios amigos, por fidelidad a su señor y a la reina, aunque él mismo tenga que morir por sus manos; y Dietrich, por su parte, tiene que vengar a Rüdiger en ellos, contra su voluntad.

La idea fundamental de la venganza sangrienta de los parientes más próximos, también por parte de la mujer, queda en deber inexorable, que seguramente no es cristiano, sino germánico. Toda la segunda parte descansa en esta idea fundamental y Kriemhild, que destruye a sus hermanos y amigos, repetidamente es llamada «Kriemhild, la fiel», pues su fidelidad al esposo asesinado perdura mucho más allá de la muerte. Pero Brunhild, la doncella mítica, ahora tiene que mandar realizar su venganza por medio de un hombre, Hagen, quien no busca satisfacción sangrienta por la humillación de ella, sino por la de su señor.

También es germánico el sabio presagio de las mujeres, que ya en la «Germania» de Tácito está realzado con elogios. Sólo ellas tienen los sueños aprensivos de la fatalidad, y las ondinas indican lo futuro.

Ciertamente, la mujer está bajo la tutela del padre, esposo o hermano; Siegfried aun golpea a Kriemhild en castigo de sus palabras desatinadas, pero ella disfruta todavía de la amplia libertad en vida y posición que Tácito nos describe. No se trata de una influencia del servicio cortesano a las mujeres, como la sociedad caballeresca del siglo XIII lo ha elaborado, y que de ningún modo coincide con una alta posición social y la libertad de la mujer; es más bien costumbre germánica el que Gúnther pida a Kriemhild su acuerdo al matrimonio, como Rüdiger el de su hija para la boda con Geiselher.

La realeza ya ha ganado un valor muy alto; la importancia de la descendencia de igual alcurnia es primordial. Que Kriemhild supuestamente sea la esposa de un vasallo llega a ser fuente de la desgracia. La dignidad y las costumbres cortesanas frente a los reyes, la etiqueta cortesana al lado de la sencillez heroica, sin embargo, dejan reconocer agregados más recientes.

Esto es más claro todavía en el campo de lo religioso. En su alma, los héroes del «Cantar de los nibelungos» son guerreros germánicos, la creencia sigue siendo pagana, aunque los godos, francos, y las otras tribus del Sur ya eran cristianos desde el siglo IV; el Norte, empero, profesaría el paganismo todavía por siglos. Augusto Guillermo Schlegel considera el «Cantar» «cristiano según su espíritu más íntimo», pero Goethe lo llama más acertadamente «fundamentalmente pagano» y no ve «rasgo alguno de una divinidad imperante»; aún agrega que «los héroes y las heroínas en realidad sólo van a la iglesia para iniciar sus peleas». De hecho, todo el poema es germánico-pagano, con una delgada cubierta cristiana, y el espíritu que lo anima no sólo es poco cristiano, sino frecuentemente anticristiano. Los héroes viven en el concepto antiguo-germánico de que el hombre es un ser moral autónomo, entregado a la merced del destino, contra el cual tiene que luchar aun hasta su propia muerte; y no tiene ni conciencia de una Providencia Divina ni espera recompensa o castigo en el más allá. Entre las innumerables muertes que se describen en detalle no hay una sola de resignación cristiana. Aquí está una de las diferencias más profundas a las otras epopeyas medievales de Europa, el «Cantar de Rolando», por ejemplo, o el «Cid». Aunque también en Alemania el medioevo era el tiempo cumbre de la iglesia y las catedrales góticas se levantan en todas partes, en el «Cantar de los nibelungos» la actitud cristiana más bien es una forma de buenos modales, y la misa y las campanas son accesorios exteriores.

También el placer en la descripción detallada de las batallas, la parquedad y sencillez del dibujo de caracteres, y la frecuente tipización están en contraste a los monólogos, reflexiones y artísticas figuras retóricas de las novelas caballerescas del tiempo. Pero el estilo y el arte métrico de la poesía cortesana ejercen también su influencia en el poeta, a pesar de todo. La pintura cariñosa del propio ambiente ya no demuestra la acerbidad del sentimiento del tiempo primitivo. Tampoco todas las figuras son tipos de héroes antiguos. Dietrich von Bern y Rüdiger von Bechlaren marcadamente son figuras de materia más reciente, ejemplares reyes y caballeros del tiempo Stáufico, que representan el humanismo caballeresco del siglo XIII. Mucho ya pertenece a la novela cortesana de los trovadores: el ceremonial

caballeresco, la disciplina, la moderación y la generosidad realzadas, es decir las virtudes del código de la caballería; la belleza y el lujo refinado que frecuentemente forman el contenido principal de los versos. El cortejo de Siegfried para ganar a Kriemhild es una pequeña novela de amor de la época, y las mujeres, aunque figuras sobrehumanas, viven en un ambiente caballeresco-cortesano, a pesar de que en comparación a la poesía caballeresca del Occidente, y aun del clasicismo Stáufico, la ética de otro tiempo antiquísimo forme el fondo de su vida. Los héroes germánicos también llevan los vestidos de la época: torneos, armas, vestidos y disciplina cortesana son rasgos del siglo XIII, tanto como el gusto por telas preciosas, colores brillantes, y destellantes piedras preciosas.

Aún podemos observar cierta exactitud geográfica en la descripción del real paisaje alrededor del Rin y del Danubio, a pesar de que no se trata de un paisaje tan realista como lo tenemos en el «Cid», por ejemplo. Pero los héroes ya no se mueven en un mundo legendario de aventuras, ya no hay total irrealidad, en la cual se realiza el destino inexorable y grandioso.

Precisamente la mezcla singular de lo remoto-mítico y los siglos medievales es lo esencial y característico y uno de los mayores encantos del «Cantar de los nibelungos».

La traducción de un idioma poético germánico a una lengua romance, que intenta dar una auténtica impresión poética del original, no es tarea fácil. Entre los siglos IX y X, la aliteración germánica, conservada en el antiguo-alto-alemán, que acentúa el pesado paso rítmico del verso en lugar de la melodía latina, es abandonada en favor de la estrofa rimada, que nace del canto eclesiástico romano. Pero también en el idioma medio-alto-alemán, las resonancias de la original forma germánica continúan frecuentemente. Nombres como Sigmunt, Siglint, Sigfrit, Gunther, Gernot, Giselher, Wolfhart, Wolfbrant y Wolfwin muestran la arcaica aliteración; igualmente un gran número de voces compuestas «Segelseil» (cordón de la vela), «Wasserwind» (viento sobre el agua), o las antiguas fórmulas —hoy todavía usuales en alemán— como «vleisch unde visch» (carne y pescado), «liute und lant» (gente y país), «leben und leib» (vida y cuerpo).

Cuán original e impresionante es la rítmica aliteración se muestra siempre de nuevo en los versos. La influencia refinadora de la poesía

trovadoresca y de la epopeya cortesana no pueden ocultarlo. Aun cuando el estilo y el arte métrico de los poetas caballerescos ejercen su influencia en el autor de los «Nibelungos», su obra permanece más arcaica que aquella de sus famosos contemporáneos y retiene la conexión con la más antigua épica alemana de una manera mucho más fuerte. El poeta de los «Nibelungos» continúa una forma de estrofas heredada, que posteriormente se convierte en modelo de la novela heroica cortesana. La estrofa de los nibelungos, como se ha llamado, se origina de la tradición. No son las largas líneas de la poesía caballerescas, sino estrofas de cuatro versos largos, cada uno formado por dos hemistiquios unidos en un conjunto rítmico, originalmente determinado al canto y la recitación oral. Esta recitación oral requiere las frecuentes interjecciones: «Hei! (hey); ¡ja! (sí)», las preguntas y el paréntesis. Las rimas son relativamente pobres, aunque puras, hecho explicable por la pérdida de las sílabas completas de flexión y derivación, que había en el antiguo-alto-alemán, y por la introducción del «Umlaut» la metafónía vocálica en el medio-alto-alemán.

Mientras en la epopeya cortesana de la época ya predomina la virtuosidad lingüística, influida por Francia, en la epopeya popular la sintaxis queda más sencilla, el vocabulario más arcaico, el diálogo más comprimido. Todo el vocabulario de los «nibelungos» está más ligado a la tradición que a la poesía de la época: (Wolfram von Eschenbach-Parzival, por ejemplo). Todavía la fórmula gemela, como toda clase de fórmulas, tan características del idioma, tiene gran importancia; sobre todo las últimas líneas de las estrofas se completan preferentemente con giros y fórmulas, reminiscencias y presentimientos. El epíteto y los giros fijos se repiten continuamente. Las metáforas son sencillas y provienen de la vida del pueblo, nunca son rebuscadas o eruditas: pasto, fuego, nieve, viento — aunque ocasionalmente son bastante plásticas: La sangre es el arroyo caliente que brota del yelmo— la lucha sangrienta es una fiesta: la boda. La suntuosidad lingüística, caballerescas y cortesanas, con sus palabras extranjeras se usa poco, palabras extranjeras aparecen sólo durante la descripción de los juegos caballerescos de origen provenzal: Buhurt, torneo y cosas por el estilo.

El «Cantar» siempre resulta popular en su dicción y su relato. Como ya lo vemos en el «Cantar de Hildebrand», la tensión comprimida y aumentativa del diálogo, la oración directa, son sumamente características; más o menos constituyen la mitad del texto. La sintaxis es tan sencilla como el lenguaje. Sólo la tergiversación de la frase y de los giros fijos es algo singular y adaptado al ritmo poético en su muy libre ordenación de las partes. (Se intentó reproducir esto también en español.) Tampoco es cosa fácil traducir la riqueza de fórmulas, tautologías y antítesis de este lenguaje poético cantado, y especialmente de reproducir, de acuerdo con ritmo y sentido, las frecuentes fórmulas de sustantivos: «ze ernste unde ze strite» (a lucha y contienda seria), «leben unde lip» (vida y cuerpo), o las singulares paráfrasis de las personas, en genitivo: «Der Gotelinde Mann» (el esposo de Gotelinde: Rüdiger); «Aldrianens Kind» (el hijo de Aldrian: Hagen). Los adjetivos por lo general son monótonos y tipizantes, ya que todos los héroes son «kühne» (temerarios) y todas las mujeres «schöne» (bellas, hermosas). El principio del verso con «do» (dann — entonces), se repite constantemente también en el original. Se trata aquí de una forma de lenguaje y verso, que se ha desarrollado por tradición oral durante muchos siglos y que el poeta de los «Nibelungos» emplea en manera popular y uniforme, sin adaptarla demasiado al gusto de su tiempo.

La traducción fue hecha para los estudiantes de la Universidad y las personas interesadas en la literatura alemana, y a los cuales son inaccesibles aún los textos clásicos más importantes de Alemania, por falta de traducciones. No se trata de una versión poética. Ya el intento de conservar por lo menos la cadencia rítmica de los versos causa muchas dificultades. Pero es la exacta y completa traducción de una de las grandes obras de la literatura mundial, que quizá algún día pueda servir a un poeta, nacido con el idioma y en el ambiente hispánico, como base de una reproducción poética. La traducción presente, por lo pronto, no quiere sino despertar el interés de los estudiosos por una de las grandes naciones europeas, por medio del conocimiento de sus monumentos literarios, y con esto acercar a la comprensión del estudiante tanto las singularidades históricamente explicables de los pueblos como su más profunda unidad.

Dra. Marianne O. de Bopp.

PRIMERA AVENTURA LO QUE SOÑABA KRIEMHILDE

Muchas cosas maravillosas narran — las sagas de tiempos antiguos
De héroes loables — de gran temeridad,
De alegría y de fiestas — de llantos y lamentos,
De la lucha de héroes valientes — ahora escucharéis narrar maravillas.

Creció en Burgundia — una niña tan noble
Que en todos los países — no podría haber alguna más bella.
Kriemhild se llamaba — y se hizo mujer muy hermosa.
Por ella muchos caballeros — perdieron su vida y su cuerpo.

Amar a la muy noble — no traía vergüenza a nadie;
Muchos héroes la pretendieron — nadie la malquería,
Bella sobremanera era — la muchacha noble.
Los modales cortesanos de la doncella — hubieran sido adorno de todas las
mujeres.

Tres reyes la cuidaban — nobles y ricos,
Gunther y Gernot, — héroes sin par
Y Geiselher el joven, — un espada escogido;
Ella era su hermana — los príncipes tenían que cuidarla.

Ute se llamó su madre, — reina de gran riqueza
Y Dankrat su padre — quien legó la herencia
A favor de sus hijos, cuando murió — antes fue un hombre fuerte

Que en su juventud — había ganado muchos honores.

Los señores eran generosos, nacidos de noble estirpe,
Sobremanera temerarios de fuerza — los héroes elegidos.
De los Burgundios tenía — el país su nombre;
Crearon grandes maravillas — aún en el país de Atila.

En Worms a la orilla del Rhin — vivían los señores poderosos,
A ellos gustosos servían — muchos caballeros orgullosos,
Con grandes honores — durante toda su vida,
Hasta que murieron lastimosamente — a causa de enemistades entre dos
nobles señoras.

Los tres reyes eran — como ya he dicho,
Fuertes y de gran ánimo; — eran súbditos de ellos
También los mejores héroes, — quienes tenían notable prestigio
De gran fuerza y temeridad, — sin miedo en toda lucha.

Éstos eran de Tronje Hagen — y el hermano suyo
Dankwart, el rápido, — de Metz el Señor Ortewein,
Los dos Margraves — Gere y Eckewart,
Volker de Alzei — bien dotados de fuerza.

Rumold, el maestro de la cocina; — un espada magnífico,
Sindold y Hunold: — Estos señores debían cuidar
De la corte y de los honores, — súbditos de los reyes.
Y todavía tenían muchas espadas — a todos no puedo nombrar.

Dankwart era mariscal; — y su sobrino era
Senescal del rey, — de Metz, señor Ortewein.
Sindold era escanciadador — un espada perfecto,
Y gentilhombre de cámara, Hunold: — cuidaban los altos honores.

Del honor de la corte, — de su fuerza enorme,

De su dignidad tan alta — y de la caballería
Como los ejercían los señores — con alegría durante toda su vida,
De todo eso realmente — nadie puede daros noticia completa.

En su alma virgen, — Kriemhild soñaba
Que criaba un halcón — fuerte, bello y salvaje;
A éste lo agarraron dos águilas — ¡lo que ella tuvo que ver!
No pudo sufrir dolor — más grande en esta tierra.

Contó el sueño a su madre — la señora Ute,
Que no sabía explicarlo — a la bella, de otro modo que así:
«El halcón que tú criaste, — es un hombre noble;
Que Dios lo guarde, si no, — pronto morirá.»

«¿Qué me decís de un hombre — mi queridísima madre?
Quiero quedarme sin amor — de héroe para siempre;
Quiero quedarme tan bella — hasta mi muerte,
Para que nunca gane yo — penas a causa del amor de un hombre.»

«No lo rechaces del todo» — la madre dijo a ella.
Si jamás en la tierra — quieres ser feliz de todo tu corazón,
Esto vendrá del amor de un hombre: — serás una bella esposa,
Si Dios te favorece — con el cuerpo de un buen caballero.»

«No habléis así — mi queridísima madre.
La experiencia de muchas mujeres — me ha enseñado
Cómo al fin se paga el amor — con sufrimiento;
Quiero evitar a ambos — de este modo seguramente me quedaré en

Kriemhild en su alma, — quería quedar libre del amor.
De modo que así pasaron — todavía muchos días a la buena niña,
Que no conocía a nadie — que le hubiera gustado como esposo,
Hasta que, finalmente, con honores, — ganó a un héroe valioso.

Y éste era el mismo halcón — que había visto en sus sueños,
Que su madre le había presagiado. — A causa de su muerte temprana
¡Qué recompensa tan sangrienta dio ella — a sus parientes más cercanos!
A causa de la muerte de este hombre — murieron los hijos de muchas
madres.

II AVENTURA DE SIEGFRIED

En aquel tiempo se criaba en los Países Bajos — el hijo de un rey noble
Sigmund se llamaba su padre — su madre Siegelind,
En una ciudad rica y fortificada — afamada hasta lejanas regiones,
A la orilla del Rhin — llamada Xanten.

Os diré de este espada, — cómo creció con gran belleza.
Siempre estuvo cuidado — de toda vergüenza.
El hombre temerario pronto — llegó a ser fuerte y de alta fama:
¡Hey, cuán grandes honores — ganó en esta tierra!

Siegfried fue llamado — el buen espada valiente.
Probaba sus fuerzas con muchos héroes, — con valor y ánimo.
Su fuerza lo llevaba — a muchos países extranjeros:
¡Hey! Cuántos espadas tan hábiles — encontró entre los Burgundios.

Antes de que el espada temerario — fuera un hombre mayor de edad,
Ya había hecho — tantas maravillas con sus manos,
De los cuales uno puede cantar — y decir siempre de nuevo;
Mucho tendríamos que callar de él — en los días de hoy.

En sus tiempos mejores — en sus días de juventud,
Muchas maravillas se podían narrar de Siegfried.
¡Qué honores florecieron en él — y qué bello era su aspecto!
Por eso, con amor, pensaban — en él muchas mujeres bellas.

Lo educaron con gran esmero — como era conveniente para él;
Cuánta disciplina y virtud — nacieron de su propia alma.
De esto se adornaba — el país de su padre,
Que para todas las cosas, — lo encontraron tan espléndido.

Ahora estaba tan crecido — para cabalgar también a la corte,
Le gustaba verlo a la gente. — Muchas mujeres y muchachas bellas
Hubieran querido que él — fuese siempre allá.
Muchas lo querían, y de esto — se dio cuenta el espada.

Raras veces permitieron, — que cabalgara el niño sin guardián.
Con preciosos vestidos — lo adornaba su madre Siegelind;
También cuidaron de él los sabios — conocedores del honor:
Por eso podía ganarse — tanto a la gente como al país.

Ahora tenía suficientes fuerzas — para cargar armas:
Lo que necesitaba para esto — de ellos le dieron bastante.
Ya pensaba en pretender — a muchas bellas niñas;
Y a ellas hubiera gustado — amar al hermoso Siegfried, con honor.

Entonces su padre Siegmund — avisó a sus vasallos
Que con buenos amigos quería — celebrar un banquete en la corte.
Y llevaban las nuevas — al país de otros reyes
A los del país y a los visitantes — regaló caballos y vestidos.

A quién encontraban — que según la tradición de sus padres
Debía hacerse caballero — a los nobles escuderos jóvenes
Los invitaban al país — para la gran fiesta,
Donde les ciñeron la espada — al mismo tiempo que a Siegfried.

Se podrían narrar maravillas — de este banquete en la corte
Siegmund y Siegelind — ganaron en este día
Muchos honores por los regalos — que dieron con su propia mano:

Por eso se vio a muchos extranjeros, — cabalgando hacia su país.

Cuatrocientos jóvenes espadas — debían ser vestidos
Junto con el joven rey. — Muchas muchachas bellas
Se vieron ocupadísimas en la obra: — a él querían todas,
Muchas piedras preciosas fijaron — las mujeres en el oro

Las cuales querían coser con galones en los vestidos
De los jóvenes héroes orgullosos. — Así era la costumbre
El anfitrión mandó construir tribunas — para muchos hombres valientes,
Para este solsticio, cuando Siegfried — ganó el rango de caballero.

Entonces fueron a una catedral — muchos ricos vasallos
Y muchos caballeros nobles. — Los ancianos hicieron bien
Sirviendo a los jóvenes — como se les había hecho a ellos.
Se divertieron con eso — y se alegraron al verlo.

Entonces, cuando cantaron — una misa en honor de Dios
Hubo entre la gente — una gran aglomeración,
Cuando se ciñeron la espada de caballeros, — de acuerdo con el uso
caballeresco,
Con tan altos honores — no será fácil que vuelva a acontecer.

Se apresuraban a encontrar — muchos caballos bien enjaezados
Y en la corte de Siegmund — se levantó el ruido de torneos
Tan fuerte, que tronaban — el palacio y la sala.
Los espadas valientes empezaban — un alboroto alegre.

De ancianos y de jóvenes sonaron muchas lanzadas
De modo que el quebrar de las astas — sonó en los aires,
Las astillas se vieron volar — hasta arriba por la sala,
La diversión miraban — las mujeres y los hombres.

El anfitrión pidió que terminasen. — Se llevaron los caballos;

También vieron quebrados — muchos escudos fuertes allá,
Y también muchas piedras preciosas — tiradas en la pradera
De las hebillas del bello escudo: — rotas por los golpes.

Entonces sentábanse los invitados, — adonde se les designó
En la mesa, donde mucha comida rica — los refrescaba,
Y el mejor vino — que les sirvieron en abundancia.
A los paisanos y a los extranjeros — se ofrecieron muchos honores.

A pesar de haber ejecutado sus artes — durante el día
Los juglares y vagabundos — no querían descansar;
Servían por donativos — que abundantemente encontraron;
Con eso ganó alabanza — todo el país del rey Siegmund.

Entonces el príncipe mandó — que a Siegfried el joven
Se le entregase en vasallaje el país y las fortalezas — como él los había
recibido antes.

Y dio a sus compañeros de espada — con mano generosa:
De modo que estaban contentos del viaje — de que los había traído al país.

El banquete de corte duraba hasta el séptimo día.
Siegling, la rica, — cuidaba de la costumbre antigua,
Repartiendo oro rojo — por amor a su hijo,
Bien ella podía ganar para él con esto — el favor de toda la gente.

Al final ya no hubo juglar pobre — en todo el país.
Los vestidos y caballos — les volaron de las manos
Como si ya no tuvieran — que vivir más que un día.
Jamás se vio a gente — que obrara con tanta generosidad.

Con honores loables — terminaba la diversión.
Y desde este tiempo — podía escucharse de los vasallos,
Que les gustaría — ser súbditos del joven.
Esto no lo pedía Siegfried — el espada noble,

Mientras vivieran todavía — Siegmund y Sieglind,
Y no quería él llevar la corona — el hijo querido por ambos.
Pero quería rechazar magníficamente — todo ataque,
Que se temiera a sus países, — el espada temerario y bello.

Nadie podía censurarlo — desde que había recibido las armas,
Raras veces descansó — el héroe ilustre.
Sólo trataba de luchar — y su mano fuerte
En todo el tiempo le ganó fama — en países extranjeros.

III AVENTURA CÓMO SIEGFRIED LLEGÓ A WORMS

Al príncipe raras veces — preocupaba dolor alguno de corazón,
Pero oía el rumor — de que había una bella muchacha
Con los Burgundios, — tan bella como se podía desear,
De la cual pronto tuvo muchas alegrías — y también muchos pesares.

De su alta belleza — se hablaba en todas partes
Y también del alma noble — de la doncella
Al mismo tiempo era conocida — por los héroes:
Esto atraía muchos huéspedes — al país del rey Gunther.

Tantos pretendientes — por su amor se vieron,
Pero Kriemhild en su mente — no daba el sí,
Y no quería a uno de ellos — para su esposo querido:
Para ella era todavía desconocido — aquél al que pronto se sometería.

Pero entonces pensaba en el alto amor — el hijo de Siegelind.
A las aspiraciones de todas las otras — no hizo caso.
Él, sí, bien merecía — una mujer tan selecta.
Pronto la noble Kriemhild estaba casada — con Siegfried, el temerario.

A él le aconsejaban sus amigos — y sus feudos también
Que si había intención de ganar — un amor constante,
Que debería pedir la mano, — donde no se avergonzara de su elección.
Entonces dijo Siegfried el noble: — «Voy a casarme con Kriemhild,

La noble princesa del país de los Burgundios,
A causa de su gran belleza. Me es bien conocido
Que no hay emperador, por poderoso que sea — si tuviera la intención de
casarse
Que no sería honrado — en pedir la mano de esta reina rica.»

Tales palabras oyó el Rey Siegmund,
Las dijo su gente: — de modo que supo
La voluntad de su hijo. — No le gustó para nada
Que quisiera pretender — a esta doncella tan preciosa.

También lo oyó la reina — la noble Siegelind.
Ella se preocupaba — mucho por su hijo,
Porque bien conocía a Gunther — y a los de su ejército:
A disuadir del casamiento al espada, — todos se empeñaban mucho.

Entonces habló Siegfried, el temerario: — «Queridísimo padre mío,
Sin amor de mujer noble — para siempre quedaré,
Si no puedo pedir libremente — a la que pretende el amor de mi corazón.»
Y contra todo lo que alegaron — siempre se aferró a esto.

«Si no se te puede disuadir», — dijo el rey entonces,
«Pues estoy de acuerdo con tu voluntad — de todo corazón,
Y trataré de ayudarte a cumplirla, — lo mejor que me sea posible,
Pero el rey Gunther tiene muchos hombres soberbios.

Y si fuera ningún otro — que Hagen, el espada,
Éste puede mostrarse soberbio — en su arrogancia,
De modo que temo mucho — que lo sentiremos,
Si vamos a pedir la mano — de esta niña magnífica.»

«¿Cómo puede ponernos esto en peligro?», — empezó Siegfried,
«Lo que no puedo pedir por la buena,

Lo conquistaré entonces — con mi mano fuerte,
Y le obligaré a entregarme — la gente y el país.»

«No me gustan tus palabras», — dijo el rey Siegmund,
«Porque si de éstas tuvieran noticia — allá a las orillas del Rhin,
Jamás podrías cabalgar — al país del rey Gunther.
Gunther y Gernot — a ellos conozco desde hace mucho.

Por fuerza nadie podrá — conquistar a la doncella»,
Dijo el rey Siegmund, — «esto lo sé muy bien,
Pero si tú quieres cabalgar — a aquel país con espadas,
Voy a mandar luego — por los amigos que tenemos».

«Esto no me gusta», — le interrumpió Siegfried.
«Que me tuvieran que seguir — espadas hacia el Rhin
Como para una guerra: — lo sentiría mucho,
Si con esto debiera yo ganar — a esta muchacha bella.

Voy a ganarla solo — por mi propia mano,
Voy a ir con doce compañeros — al país del rey Gunther,
Para eso debéis ayudarme — padre Siegmund.»
Entonces dieron a sus espadas — tela para vestidos grises y de colores.

Entonces oyó también la noticia — su madre Siegelind.
Ella empezó a afligirse — por su querido hijo.
Tenía miedo de perderlo — por los del ejército de Gunther.
La noble hija de reyes — lloraba mucho por esto.

Siegfried, el espada — se fue a verla,
Con su madre entonces, — bondadosamente habló:
«Señora, no debéis llorar — a causa de mi voluntad,
Voy a cuidarme bien — de todos los peligros.

Ayudadme para el viaje — hacia el país de los Burgundios,

Para que a mí y a mis espadas — adorne tal vestido,
Como espadas tan orgullosos — puedan llevar con honores:
Para eso siempre voy a daros — las gracias de todo mi corazón.»

«Si no pueden disuadirte», — dijo la señora Siegelind,
«Voy a ayudarte para el viaje, — único hijo mío,
Con los mejores vestidos — que jamás llevó caballero,
Para ti y tus espadas: — vais a tener suficientes de ellos».

Entonces se inclinaba agradeciéndolo — Siegfried, el joven.
Él dijo: «No acepto más compañeros para el viaje
Que doce espadas — procurádlas vestidos.
Yo quisiera informarme, — cómo será Kriemhild.»

Entonces bellas mujeres, — día y noche estaban sentadas,
De modo que raras veces — alguna iba a descansar,
Antes de haber terminado — los vestidos de gala de Siegfried.
Ya no quería para nada — abandonar su viaje.

Su padre mandó adornar — su vestido de caballero,
Que pondría al abandonar — el país del rey Siegmund.
Sus armaduras brillantes — alistaron también
Y sus yelmos fuertes, — sus escudos bellos y anchos.

Pues vieron acercarse — el viaje hacia los Burgundios.
Y ambos empezaron a preocuparse, — mujeres y hombres,
De que jamás volvieran — a regresar al país,
Mandaron empacar las armas — y los vestidos.

Bellos estaban sus caballos, — sus riendas rojas de oro,
No hubo — quien hubiera superado
Al espada Siegfried — y a sus compañeros.
Ahora pidió licencia para viajar — al país de los Burgundios,

Ésta se la dieron ambos desconsolados, — el rey y la reina,
Él consolaba a ambos, — con alma amorosa,
Y dijo: «No debéis llorar — a causa de mi voluntad;
Estad siempre sin preocupación — por mi vida.»

Los espadas lo sentían, — también algunas muchachas lloraban;
Obedientes los caballos de aquellos — que acompañaban a Siegfried.
Tendrían que pagarlo caro, — con la muerte de queridos amigos.
Tenían motivo para lamentarlo, — les hacía falta.

La séptima mañana, — en Worms, a la ribera
Llegaron cabalgando los temerarios; — todos sus vestidos
Eran de oro rojo; — sus riendas bien arregladas;
Obedientes los caballos de aquellos — que acompañaban a Siegfried.

Nuevos eran sus escudos, — brillantes y anchos también,
Y bellos sus yelmos, — cuando con sus compañeros
Siegfried, el temerario, — entró a caballo al país de Gunther.
Jamás se vieron vestidos — tan magníficos en otros héroes.

Las puntas de las espadas — llegaban hasta las espuelas;
Lanzas afiladas — llevaban los caballeros elegidos.
Dos palmos de ancho — tenía la que llevaba Siegfried;
Que tenía en sus filos — bastante agudeza.

Riendas de color oro — tenían en las manos;
El antepecho era de seda; — así llegaron al país.
Entonces la gente — los miraba de todas partes:
Muchos hombres de Gunther — vinieron corriendo a recibirlos.

Los espadas valientes, — así como caballeros y mozos
Corrieron al encuentro de los señores, — como era la costumbre,
Saludando a estos invitados — en el país de sus señores,
Los caballos se llevaron — y les quitaron los escudos de la mano.

Querían llevar los caballos — para descansar,
Pero Siegfried dijo luego; — el huésped temerario:
«Dejadnos todavía los caballos aquí — por breve tiempo
Pronto nos encaminaremos de aquí: — ya estoy listo.

Tampoco deben llevarse — los escudos de aquí;
¿Dónde puedo encontrar al rey, — me puede informar alguien de esto
Gunther, el rico, — del país de los Burgundios?»
Uno se lo dijo, — que él bien lo sabía.

«Si queréis encontrar al rey, — esto es fácil de hacer;
En aquella sala ancha — yo le he visto
Entre sus espadas; — id y subid con él,
Con él podréis encontrar — hombres magníficos.»

Ya le habían dado — la noticia al rey,
Que en el patio había — caballeros temerarios:
Que llevaban armaduras brillantes — y vestidos magníficos.
Y que nadie los conocía — en el país de los Burgundios.

Al rey le asombraba — de dónde habían venido,
Los magníficos espadas, — con sus vestidos de tan brillantes colores
Y con escudos tan buenos, — tan nuevos y tan anchos;
Que nadie se lo supiera decir, — lo sintió mucho el rey Gunther.

Respuesta dio al rey, — Señor Ortwein, de Metz,
Fuerte y de ánimo alto — podía estar él:
«Ya que no los conocemos, — mandad a alguien,
Por mi tío Hagen: — dejad que él los vea.

Él conoce los imperios — y todos los países extranjeros
Si él reconoce a los señores, — nos lo informará.»
El rey mandó traer a él — y a sus vasallos:

Podían verlo cómo acudió a la corte, — magnífico, con sus caballeros.

¿Por qué, preguntó Hagen, — habían enviado por él?
«Espadas extranjeros — aparecieron en mi casa,
A los cuales nadie conoce: — ¿Los habéis visto vos en un país extranjero?
Informadnos de esto, — Hagen.»

«Esto voy a hacer» dijo Hagen. — A la ventana se dirigió
Y dando rienda suelta a su vista, — miró a los forasteros.
Bien le gustaba su equipo — y todos sus vestidos;
Pero le parecieron extraños — en el país de los Burgundios.

Dijo: «Viniesen de donde viniesen — los caballeros hacia el Rhin,
Seguramente fueran ellos mismos — príncipes o mensajeros de príncipes.
Bellos son sus caballos — y buenos sus vestidos:
De donde siempre viniesen, — son héroes valientes.»

Así habló Hagen: — «Según puedo comprender,
Aunque en mi vida — nunca he visto a Siegfried,
Sí puedo creer — sea como sea
Que será él, el espada — que anda allá tan magníficamente.

Nos traerá nuevas — a este país;
A los nibelungos temerarios, — venció la mano del héroe
A los ricos príncipes — Schilbung y Nibelung;
Hizo grandes milagros, — con su brazo fuerte.

Cuando el héroe solo, — cabalgaba, sin ayuda de nadie
Encontró al pie de una montaña — así oí yo decir,
Cerca del tesoro del rey Nibelung, — a muchos hombres fuertes.
Le eran extraños — hasta que los conoció.

El tesoro del rey Nibelung — sacaron entonces
De una montaña hueca: — oíd estas maravillas,

Como querían repartirlo — los súbditos de Nibelung,
Esto vio el espada Siegfried — a quien le pareció raro:

Tanto se acercó, — que vio a los guerreros,
Y a él los espadas. — Uno dijo entonces:
“Aquí viene Siegfried, el fuerte, — el héroe de los Países Bajos.”
Raras aventuras encontró — con los nibelungos.

Bien recibían al espada, — Schilbung y Nibelung.
Unánimes le pidieron — los jóvenes príncipes
Que el hombre temerario — les repartiera el tesoro:
Esto pidieron — hasta que él se los prometió.

Vio tantas joyas preciosas, — como oímos narrar,
Que cien carros — no podrían cargarlas,
Y más todavía de oro rojo — del país de los nibelungos:
Todo esto debía repartir — la mano de Siegfried, el temerario.

Le dieron en recompensa — la espada del rey Nibelung.
Pero mal les gustó — el servicio
Que les iba a hacer — Siegfried, el buen espada.
No podía hacerlo a su gusto — y ellos se enojaron.

De modo que tuvo que dejar — los tesoros sin repartirlos,
Entonces lucharon contra él los espadas — al servicio de los dos reyes.
Con la espada de su padre — llamada Balmung
El hombre temerario ganó a ellos — el tesoro y el país de los nibelungos.

Tenían como amigos — a doce hombres atrevidos,
que eran gigantes fuertes: — ¿Pero de qué podía servirles?
Los mató con ira — la mano de Siegfried,
Y a setecientos guerreros venció — del país de los nibelungos.

Con la buena espada — llamada Balmung.

Aterrados estaban — muchos espadas jóvenes,
Sobre todo ante la espada — y ante el hombre temerario:
El país con los castillos — entregaron a él.

Además a los reyes ricos — los mató a ambos.
Luego estaba en gran peligro — a causa de Alberich,
Que quería vengar — a sus señores ambos,
Antes de saber de la gran fuerza — que encontró en Siegfried.

En la lucha no podía vencerlo — el enano fuerte.
Como leones feroces — corrieron hacia la montaña,
Donde ganó de Alberich la gorra — que hace invisible.
Entonces era el dueño del tesoro, — Siegfried, el hombre terrible.

Los que se habían atrevido a luchar, — yacían todos muertos.
El tesoro mandó llevar — a la montaña de nuevo,
De donde lo habían tomado — los súbditos de Nibelung.
Alberich, el fuerte, — recibió el encargo de administrador.

Tenía que prestarle juramentos — de que le serviría como siervo.
Para toda clase de servicios — le era bueno.»
Así habló de Tronje, Hagen: — «Esto hizo el héroe,
Tan grandes fuerzas ganó — jamás héroe alguno.

Otra aventura — conozco de él:
Un dragón mató — la mano del héroe,
Cuando se bañó en su sangre, — córnea se hizo la piel,
De modo que arma ninguna puede lastimarlo: — lo que se ha comprobado
muchas veces.

Debéis recibirlo bien, — éste es mi mejor consejo,
Para no ganarnos el odio — del espada rápido.
Es de tan alto ánimo, — que hay que mirarlo con amistad:
Hizo con sus fuerzas — muchos milagros.»

Entonces habló el rey poderoso: — «Seguro, tú dices la verdad,
Mírenlo, qué orgulloso está parado — ante el peligro de la lucha,
Este espada temerario — y los vasallos suyos.
Vamos a bajar a saludar, — al héroe.»

«Esto podréis hacer», — dijo entonces Hagen, «con todos los honores,
Es de estirpe noble, — hijo de un rey rico,
También tiene el aspecto, me parece, — por nuestro Señor Cristo.
De que no sea poca cosa, — por la que vino para acá»

Entonces dijo el señor del país: — «Que nos sea bienvenido.
Es temerario y noble, — esto lo he oído decir.
Como tal será tratado — en el país de los Burgundios.»
Entonces se fue el rey Gunther, — adonde se encontraba Sigfried.

El anfitrión y sus caballeros — recibían así al hombre,
Que poco faltó del saludo — que ganó de ellos.
Por eso se inclinó ante ellos, — el espada elegido
Con nobles modales — se le vio parado con sus caballeros.

«Me asombran las nuevas» — dijo el anfitrión luego,
«¿De dónde, noble Siegfried, — venís a este país,
O qué buscáis vosotros — en Worms sobre el Rhin?»
Entonces dijo el huésped al rey: — «No os lo voy a esconder.

He oído decir — en el país de mi padre,
Que en vuestra corte están — quienes me gustaría conocer,
Los héroes más temerarios, — muchas veces me lo dijeron,
Que jamás ganó un rey, — por eso he llegado.

También he oído hablar — de vuestra gran hombría,
Que jamás vieron rey alguno — tan heroico como a vos.
Esto alaba mucha de la gente — en todo el país.

Pues no puedo esperar, — hasta que encuentre la verdad.»

«Yo también soy caballero — y debo llevar la corona:
Quisiera lograr — que también dijeran de mí
Que con razón poseía — la gente y el país,
Mi cabeza y mi honor — empeño para esto.

Si sois tan temerario, — como dice la leyenda,
No pregunto, si a alguien — o le gusta o no le gusta,
Deseo conquistar a vosotros — y lo que a vos pertenece,
El país y las fortalezas — quiero someter a mi espada.»

El rey se asombraba — y con él todo su séquito,
Cuando oyeron — su petición tan rara,
Que quería quitarle — a la gente y al país.
Lo oyeron sus espadas — y todos se enojaron mucho.

«¿Cómo merezco esto?», — dijo Gunther, el espada,
«Lo que mi padre por mucho tiempo — cuidaba con honores
Lo perderíamos — por la fuerza mayor de otro?
Mal sería probado con esto, — que nosotros también cultivamos la
caballería.»

«No quiero desistir», — le interrumpió el atrevido,
«Por tus fuerzas puede haber sido — pacificado tu país,
Pero yo quiero administrarlo ahora; — pero también mi propia herencia
Si tú la conquistas por tus fuerzas, — te será súbdita,

A tu herencia y la mía, — les pondremos el mismo valor,
Y quien gane — de nosotros dos
A él debe servir todo, — la gente como el país.»
Esto lo contradijo Hagen — y con él Gernot.

«Ésta no es nuestra opinión», — dijo entonces Gernot,

«No deseamos conquistar otro país — y que alguien yaciese muerto
Por las manos del vencedor: — rico es nuestro país.
Que nos obedece según todos los derechos — y a nadie más mejor.»

Con gran ira estaban allá — parados sus amigos,
Entre ellos estaba también — de Metz, el señor Ortewein.
Él dijo: «La reconciliación — no me gusta para nada,
Siegfried, el fuerte, — os llama a luchar sin motivo alguno.

Si vosotros y vuestros hermanos — no os queréis defender,
Y trajera consigo — todo un ejército real
Yo sí quisiera luchar y vencerlo, — para que héroe fuerte
Dejara tan alta soberbia — con toda razón.»

De esto se enojó mucho — el héroe de los Países Bajos,
«No debe atreverse tu mano — a levantarse contra mí,
Yo soy un rey rico, — tú eres el vasallo del rey,
Ni doce como tú — podrían resistirme.»

Llamó entonces violentamente por los espadas, — de Metz, señor Ortewein
En verdad era sobrino — de Hagen de Tronje,
Que éste se hubiera callado por tanto tiempo, — no le gustó al rey.
Entonces habló para la paz Gernot, — caballero temerario y siempre listo.

«Dejad vuestra ira», — empezó a decir Ortewein.
«Todavía no nos hizo mal — Siegfried, el noble.
Todavía lo arreglaremos por las buenas, — esto bien lo aconsejo
Y a él tendremos de amigo, — esto será mejor para todos.»

Entonces habló Hagen, el fuerte: — «Con razón lo resentimos
Y todos nuestros espadas, — que haya venido
Al Rhin para luchar: — ¿Por qué no se abstuvo de eso?
Tan mal jamás mis señores — lo hubieran tratado.»

Entonces otra vez habló — Siegfried, el héroe fuerte:
«Si os disgusta, señor Hagen, — lo que yo he dicho,
Quiero haceros ver — como también mis manos
Pueden hacerse sentir poderosamente — sobre los Burgundios.»

«Esto espero alejar todavía», — dijo entonces Gernot.
A todos sus espadas — les prohibió hablar,
En su orgullo — lo que después sentirían.
Entonces también Siegfried — se acordó de la muchacha bella.

«¿Cómo sería propio para nosotros luchar con vosotros», — dijo de nuevo
Gernot.

«Cuántos guerreros entonces — caerían muertos,
Poco honor nos traería — una lucha tan desigual.»
La respuesta, entonces, — Siegfried, el hijo del rey Siegmund, la tenía
lista:

«¿Por qué tardan Hagen — y también Ortwein,
Que no se apresuran a la lucha, — con todos sus amigos,
De los cuales tiene muchos — entre los Burgundios?»
No contestaron ellos, — éste era el consejo de Gernot

«Sednos bienvenido», — dijo Geiselher, el niño,
«Y vuestros compañeros guerreros, — que están con vosotros,
Queremos servirlos con gusto, — yo y los amigos míos.»
Entonces mandaron servir a los huéspedes, — vino del rey Gunther.

Entonces dijo el anfitrión del país: — «Todo lo que pertenece a nosotros
Si lo pedís con honores, — no os será negado.
Queremos dividir con vosotros — nuestros bienes y sangre.»
Entonces se le ablandó un poco — el corazón al espada Siegfried.

Mandaron guardarles — toda su armadura;
buscaron albergues, — los mejores que se podían encontrar.

A los escuderos de Siegfried — ofrecieron buena posada,
Con gusto vieron a los extranjeros — en el país de los Burgundios desde
entonces.

Le ofrecieron muchos honores luego, — por muchos días,
Más de mil veces, — que yo pudiera deciros.
Esto lo había merecido su temeridad, — me lo podéis creer bien.
Pocos le miraron — que no le quisiesen bien.

Se apuraron a ofrecerle divertimento, — y el rey y sus vasallos
Y siempre él era el mejor, — en lo que se emprendió.
Nadie podía seguirle, — tan grande era su fuerza,
Si lanzaban o las piedras — o las jabalinas.

Según costumbre cortesana — también ante las señoras
Jugaron divirtiéndose — los caballeros temerarios.
Y siempre esto gustó mucho — al héroe de los Países Bajos.
Él había dirigido sus pensamientos — al amor más elevado.

Las bellas señoras en la corte — preguntaban por él,
Quién era el caballero — orgulloso, extranjero
«Tiene tan bella figura, — tan rico es su vestido».
Entonces muchos les contestaron: — «Este es el héroe de los Países
Bajos.»

Lo que quisiesen hacer, — él siempre estaba listo.
En sus pensamientos tenía — a una muchacha amabilísima.
Y también a él la bella, — que él no había visto nunca todavía.
Pero ella ya había visto — mucho bueno de él, a escondidas.

Si en el patio grande — empezaba el torneo,
Entre caballeros y escuderos, — siempre lo vió
Kriemhilde desde sus ventanas, — la princesa nobilísima,
Y ella ya no necesitaba — otra diversión más.

Y si él hubiera sabido que lo vio, — la que él guardaba en su corazón,
De esto hubiera tenido — bastante diversión para siempre.
Si sus ojos la hubieran visto, — estoy segurísimo,
Que ya no hubiera deseado — otra alegría aquí en la tierra.

Cuando él estaba parado en el patio — junto con los caballeros,
Como suelen hacerlo en todos los países — para el divertimento,
Cuán bellissimo estaba allí, — el hijo de Sieglinde,
De modo que muchas mujeres — le hubieran querido dar el servicio de
amor.

Él también pensaba muchas veces: — «¿Cómo podría acontecer,
Que yo viera — a la muchacha noble con mis ojos,
A la que amo de todo mi corazón, — ya desde hace mucho?
Y ella me desconoce todavía: — con duelo pienso en esto.»

Cuantas veces los ricos reyes — cabalgaban por su país,
También todos los caballeros — tenían que seguirles en su servicio.
También Siegfried cabalgó con ellos; — esto lo sentían las mujeres;
Él sufrió por el alto amor, — muchos apuros muchas veces.

De este modo él vive con los señores, — todo esto es cierto
En el país del rey Gunther, — durante un año completo,
Sin que hubiera visto a la amabilísima — en todo este tiempo,
Por la que sufriría pronto — mucho amor y también mucho dolor.

IV AVENTURA

CÓMO SIEGFRIED LUCHÓ CONTRA LOS SAJONES

Entonces vinieron noticias del extranjero — al país del rey Gunther
Por mensajeros que desde lejos — se las habían enviado,
De héroes desconocidos — que los odiaban:
Cuando oyeron estas palabras — se entristecieron mucho.

Voy a indicarles a vosotros: — era Lüdeger
Del país de los Sajones, — un rey rico y magnífico;
Además del país de los Daneses: — el Rey Lüdegast:
Mandaron de viaje — a muchos ilustres huéspedes.

Sus mensajeros llegaron — hacia el país de los Burgundios,
Que sus adversarios — habían mandado.
Entonces preguntaron por sus noticias — a los desconocidos
inmediatamente.
Y pronto guiaron a los mensajeros — a la corte ante el rey.

Entonces dijo el rey Gunther: — «¡Sednos bienvenidos!
No he sabido todavía — quién os envió aquí:
Quiero oírlo», — dijo el buen rey.
Entonces ellos tenían mucho miedo — ante el valor del feroz Gunther.

«Queréis permitirnos, señor, — que os relatemos
Nuestras noticias, — no os las vamos a ocultar.

Os nombramos a los señores, — que nos mandaron nació acá:
Lüdegast y Lüdeger, — quieren invadir vuestro país.

Habéis ganado su ira: — bien podéis creerlo,
Que los señores ambos — os tienen gran odio.
Quieren venir con un ejército, — hacia Worms a las orillas del Rhin,
Les ayudan muchos espadas: — no tengáis duda de ello.

Dentro de doce semanas — se realizará su viaje;
Si tenéis buenos amigos, — dejadlo ver pronto,
Que os ayuden a pacificar — las fortalezas y el país:
Aquí van a astillar — muchos yelmos y escudos.

O si queréis negociar, — reveladlo pronto,
Entonces no se os acercará tanto — el ejército a caballo,
Hacia Worms, a las orillas del Rhin — para sufrimiento amargo,
De ello tendrán que caer — muchos caballeros temerarios en la lucha.»

«Ahora esperad un rato — (os daré mi opinión)
Hasta que haya meditado bien» — dijo el buen rey.
«Si tengo todavía fieles — se los voy a decir,
Este mensaje grave — lo tendré que confiar a mis amigos.»

Estas noticias pesaron — bastante al rey;
Las palabras de los mensajeros — secretamente ocultas tuvo en su corazón,
Mando llamar a Hagen — y a otros de sus vasallos,
Y también rápidamente — mandó traer a la corte a Gernot.

Entonces vinieron a la corte los mejores, — cuantos encontraron de ellos.
Él dijo: «Los enemigos — quieren invadir nuestro país,
Con ejércitos fuertes — os presento la queja.
Es sin culpa nuestra — que nos desafiaron.»

«Nos defenderemos con espadas», — dijo entonces Gernot

«Los que tienen que morir — dejadlos yacer muertos.
Por ello no olvidaré — mi honor;
Nuestros enemigos — nos sean bienvenidos.»

Entonces dijo Hagen el fuerte: — «Eso no me parece bien;
Lüdegast y Lüdeger — están hinchados de soberbia.
No podemos reunimos — en tan breve tiempo.»
Así dijo el héroe temerario, — «Debéis decirlo a Siegfried.»

Entonces dieron posada — en la ciudad a los mensajeros.
Por enemigos que fuesen, — pidió cuidarlos bien
Gunther, el rico — (eso era bien hecho)
Hasta que hubiera comprobado, — quién de sus amigos quería seguir a su
ejército.

El rey en su corazón — llevaba preocupación y dolor.
Así lo vió triste — un espada siempre listo,
Quien no podía saber, — lo que le había pasado.
Entonces le pidió al rey Gunther — le confesara su apuro.

«Me asombra mucho» — dijo entonces Siegfried,
«Como la manera alegre — haya desaparecido totalmente de vos,
Que por tanto tiempo — habéis mostrado con nosotros.»
Le contestó entonces Gunther — este espada precioso:

«Bien no quiero hablar de mi dolor — a toda la gente,
Que debo llevar — en mi corazón ocultamente:
Sólo a mis amigos constantes — debe uno quejarse del dolor del corazón.»
El color de Siegfried entonces — palideció y volvió a ruborizarse.

Él dijo al rey: — «Creedme por mi juramento,
Os quiero ayudar a cambiar — todo vuestro dolor.
Si queréis buscar amigos, — yo quiero ser uno de ellos,
Y me atrevo a cumplirlo — con honores hasta el fin.»

«Dios os recompense, señor Siegfried, — vuestras palabras me parecen buenas;

Y aunque no me pudieran ayudar — vuestra fuerza y ánimo nobles,
Me gusta mucho saber — que me queréis tanto.
Si todavía vivo por algún tiempo — os lo recompensaré más tarde.

Os dejaré oír — lo que me entristece.
De mensajeros de mis enemigos — me fué delatado,
Que me quieren buscar — invadiendo con su ejército:
Jamás en estos países — aconteció algo similar de los espadas.»

«No os preocupéis», — dijo entonces Siegfried,
«Alentáos en el alma — y obrad como os aconsejo:
Dejadme ganar a mí — honores, para vuestro provecho,
Antes de que vuestros enemigos — lleguen a estos países.

Y aunque treinta mil ayudantes — hubieran escogido
Vuestros enemigos fuertes — siempre los vencería yo,
Aunque yo sólo tuviera mil: — confiad en mí.»
Entonces dijo el rey Gunther: — «Lo merezco por ti siempre.»

«Entonces mandad que de vuestra gente — me den mil hombres,
Ya que de los míos — aquí no puedo daros más
Que doce espadas; — así defenderé vuestro país:
Siempre la mano de Siegfried — os servirá fielmente.

Además deben ayudarme — Hagen y también Ortewein,
Dankwart y Sindold — tus queridos espadas.
También debe cabalgar con nosotros — Volker, el hombre temerario:
Él debe llevar la bandera: — no hay mejor hombre que él.

Ahora mandad que los mensajeros — vuelvan cabalgando a su país;
Hacedles saber — que pronto allá nos verán,

De modo que nuestras fortalezas — queden en paz.»
El rey mandó convocar — a todos sus amigos y hombres.

Volvieron a la corte aquellos — que Lüdeger había mandado,
Estaban contentos de regresar — viajando a su propio país.
A ellos Gunther el buen rey — les ofreció ricos regalos
Y salvoconducto: — de eso estaban alegres.

«Ahora», dijo Gunther entonces, — «avisad a mis enemigos,
Que mejor deberían — abandonar su viaje;
Pero si ellos quieren buscarme — aquí en mi país,
Lo van a sentir amargamente, — si quedan fieles mis amigos».

Ricos regalos trajeron entonces — para los mensajeros,
De estos Gunther tenía — suficientes que dar.
No podían rechazarlos — aquellos del ejército de Lüdeger,
Pidieron licencia — y alegremente se fueron.

Cuando los mensajeros — habían llegado a Dinamarca,
Y el rey Lüdegast — había recibido el mensaje,
Que les habían dado a las orillas del Rhin, — cuando lo entendió
Y su manera tan soberbia, — lo oyó con gran ira.

Le dijeron, que tenían como vasallos — a muchos hombres temerarios:
«Entre ellos había uno — parado ante el rey Gunther,
Llamado Siegfried, — un héroe de los Países Bajos.»
Le pesó mucho a Lüdegast, — cuando supo de estas cosas.

Cuando aquellos del país de los Daneses — oyeron estas noticias,
Se apuraron tanto más — a ganar ayudantes,
Hasta que el rey Lüdegast — de sus temerarios vasallos,
Ganó como veinte mil espadas — para su guerra.

También de Sajonia — el rey Lüdeger convocó

Hasta que tuvieron — cuarenta mil y aún más,
Que debían acompañarlos — hacia el país de los Burgundios.
También en su país — el rey Gunther había convocado

A todos los Burgundios — y a todos sus vasallos,
Que querían llevar hacia allá, — al viaje de su ejército.
Se apresuraban a armarse: — lo habían de necesitar los héroes.
Entre ellos muchas espadas — pronto tenían que enfrentarse a la muerte.

Se preparaban para el viaje: — ahora querían partir.
La bandera fué encomendada a Volker, — el hombre temerario.
Ya que querían desde Worms — atravesar cabalgando el Rhin,
Hagen, el fuerte, — debía ser capitán.

Con ellos cabalgaron también — Sindold y el valiente Hunold,
Que bien podían merecer — el oro de ricos reyes;
Dankwart el rápido — y también Ortewein,
Que bien podían estar — con altos honores en esta campaña.

«Señor rey», dijo entonces Siegfried, — «quedáos vos en la casa:
Ya que vuestros espadas — me siguen en la lucha,
Quedáos con las mujeres — y tener alto valor:
Bien os guardaré el honor — así como vuestros bienes.

A aquellos que querían invadiros — en Worms a las orillas del Rhin
Voy a impedirles — que os hagan daño:
Vamos a cabalgar — tan cerca a su propio país,
Que pronto se les transformará su soberbia — en preocupación.»

Del Rhin cabalgaron con sus héroes — a través de Hessen,
Hacia el país de los Sajones: — allá pronto empezaron a luchar.
Con robo y con incendios — devastaron el país,
De modo que pronto a ambos príncipes — estaban conocidos la miseria y
los apuros.

Llegaron a la frontera; — los vasallos se acercaron.
Siegfried, el fuerte, — empezó a preguntar entonces:
«¿Quién será ahora — el líder de la gente?»
A los sajones jamás podía — resultar peor una guerra.

Ellos dijeron: «Dejad — que en los caminos cuide de la gente
Dankwart, el temerario, — él es un espada rápido:
Tanto menos perderemos — por los vasallos de Lüdger;
Que él y Ortwein se encarguen — de la retaguardia.»

«Entonces yo mismo voy a cabalgar», — dijo Siegfried, el espada
«Para montar guardia, — frente a los enemigos,
Hasta que sepa bien, — donde los héroes están.»
Pronto estaba armado — el hijo de la bella Sieglind.

Encomendó la gente a Hagen, — cuando él partió,
A él y a Gernot, — este hombre valiente.
De modo que cabalgó completamente solo — al país de los Sajones,
Donde encontró noticias correctas, — pronto, con todo honor.

Vio grandes huestes, — que adelantaron por el campo,
Y que sobrepasaban en mucho — a su fuerza solitaria:
Eran cuarenta mil — o quizás más todavía.
El héroe, con alto ánimo, — vio el ejército con alegría.

También se había levantado — un héroe del grupo de los enemigos
Para montar guardia, — quien estaba bien armado.
A éste lo vio el espada Siegfried, — y a él el hombre valiente;
Los dos empezaron a mirar, — con gran ira uno al otro.

Os diré quién era aquél — que aquí montaba en guardia.
En su brazo ostentaba — un claro escudo de oro;
Era el rey Lüdegast, — quien guardaba su ejército.

El noble extranjero galopaba — magníficamente contra él.

Ahora también el señor Lüdegast, — se lo había escogido hostilmente;
Ambos espoleaban sus caballos, — de los lados,
Inclinaron a los escudos — la lanza con todas sus fuerzas;
Entonces el ilustre rey — fue preso de grandes apuros.

Obediente a las espuelas, — los caballos, rápidos como saetas
Llevaron al encuentro a los reyes — como llevados por el viento;
Después con las bridas — se voltearon caballerosamente.
Los dos iracundos trataron — su suerte con la espada.

Entonces el espada Siegfried golpeó tan fuerte, — que el campo alrededor
resonó.

Salieron de los yelmos, — como si fuera de incendios,
Las ardientes chispas de fuego — de la mano del espada:
Entonces luchó con grandes fuerzas, — el valiente señor de los Países
Bajos.

También el señor Lüdegast — le dio muchos golpes feroces;
Cada uno se inclinó con gran celo — sobre el escudo.
Entonces lo habían notado — treinta hombres de sus vasallos:
Antes de que pudiesen ayudarlo, — Siegfried ganó la victoria

Con tres grandes heridas, — que causó al rey
A través de su clara armadura; — aunque ella era bastante fuerte.
La espada con su filo, — sacó la sangre de las heridas.
Entonces el rey Lüdegast — quedó muy desalentado.

Le rogó por su vida — y le ofreció todo su país;
Y le dijo, — que se llamaba Lüdegast.
Entonces vinieron sus vasallos, — que habían visto bien,
Lo que de ambos había acontecido — en la guardia.

Quería llevarlo consigo: — entonces fue atacado
Por treinta de sus hombres: — pero su mano defendió
A su rico rehén — con golpes violentos.
Pronto les hizo mayor daño todavía — Siegfried, el espada temerario.

El espada valiente — mató a golpes a los treinta;
Dejando vivir sólo a uno: — éste cabalgó bastante rápido
Y llevó la noticia — de lo que había acontecido;
También podían ver la verdad — en su yelmo rojo.

Cuánto lo sintieron los héroes — del país de los Daneses,
Cuando se enteraron — que su señor era prisionero.
Lo dijeron a su hermano: — éste empezó a rabiar
En ira enorme, — pues le dolió muchísimo.

Lüdegast el rico — fue llevado
Con la gente de Gunther — a causa de la supremacía de Siegfried;
Lo encomendó a Hagen: — el buen espada temerario
Cuando oyó la noticia, — se sintió alegre en su alma.

Mandó a los Burgundios: — «Amarrad la bandera.»
«Enhorabuena», dijo entonces Siegfried, — «aquí se hará más todavía
Antes de la cena, — si no pierdo vida y cuerpo:
Lo que entristecerá en el país de los Sajones — a muchas mujeres bellas.

Vosotros, héroes del Rhin, — os daréis cuenta de mí:
Bien puedo guiaros — hacia las huestes de Lüdeger.
Allá veréis yelmos partidos — de la mano de buenos héroes:
Antes de que volvamos, — la preocupación les será conocida.»

Brincaron hacia los caballos — Gernot y sus vasallos.
La bandera la agarró — Volker el hombre valiente,
El fuerte violinista, — y cabalgó a la cabeza del grupo.
También la gente estaba deseosa — de luchar y bien fuerte.

Sin embargo, no tenían de espadas — más de mil hombres,
Y además doce héroes. — Entonces empezó a levantarse
El polvo de las carreteras: — cabalgaron a campo traviesa;
Brillaban entre ellos, — muchos bellos escudos.

Ahora también los Sajones — habían llegado con su ejército,
Con espadas, bien hechas — eso lo he oído,
Las espadas cortaron fuertemente — en la mano de los héroes:
Ahora querían defender sus fortalezas — y su país de los huéspedes.

Los capitanes guiaron — el grueso del ejército.
También había llegado — Siegfried con sus doce hombres,
Que había llevado consigo — desde los Países Bajos.
En este día muchos escudos — se ensangrentaron en la batalla.

Siudold y Hunold — y también Gernot,
Mataron en la lucha — a muchos de los héroes,
Antes de que ellos mismos — confiaran en su temeridad:
De eso tenían que dolerse — muchas mujeres bellas.

Volker y Hagen — y también Ortewein
Apararon en la lucha — el brillo de muchos yelmos
Con sangre chorreada, — los temerarios, en la batalla.
De Dankwart se realizaron — muchas grandes maravillas.

También los daneses — ensayaron su mano, con excelencia;
De golpes resonaron fuertemente — muchos escudos
Y también de espadas filosas — de las cuales rompieron muchas.
Los Sajones, valientes guerreros, — también hicieron bastante daño.

Cuando los Burgundios — entraron en la pelea,
Muchas heridas profundas — fueron causadas por ellos, a golpes.
Entonces se vio correr la sangre — sobre las sillas;

Así compitieron por el honor — estos caballeros temerarios y buenos.

Oyeron resonar fuertemente, — en las manos de los héroes
Sus armas filosas, — cuando aquellos de los Países Bajos
Violentamente siguieron a su señor, — entre las filas apretadas;
Los doce se metieron caballerosamente — al mismo tiempo que Siegfried.

De los del Rhin, — nadie les siguió.
Podían ver correr el agua del arroyo, — roja de sangre,
A través de los yelmos, — por la mano de Siegfried,
Hasta que encontró a Lüdeger — ante sus compañeros de lucha.

Tres veces había tomado — la ida y vuelta
Hasta el margen del ejército; — entonces también Hagen había llegado:
Éste le ayudó bien a cumplir — su valentía en la lucha.
Pronto tenían que morir ante ellos — muchos caballeros buenos.

Cuando Lüdeger, el fuerte — encontró a Siegfried,
Cómo llevaba en su mano, — alzándola
Balmung, la espada buena, — y como mató a tantos,
El héroe temerario estaba muy enojado — a causa del dolor.

Había un gran alboroto — y sonido intenso de espadas,
Cuando su gente — se atacó mutuamente.
Entonces, más violentamente, — los dos héroes intentaron matarse;
La gente retrocedió de ambos lados: — la ira se encendió horriblemente.

Al señor de los Sajones — le era bien conocido,
Que su hermano era prisionero, — por eso estaba iracundo:
No sabía que el hijo de Sieglinde — lo había realizado,
Dijeron que era Gernot; — pero pronto lo descubrió.

Entonces la espada del rey Lüdeger — dio golpes tan fuertes,
Que debajo de la silla — tropezó su caballo;

Pero pronto se levantó de nuevo. — También Siegfried, el valiente,
Ganó esta batalla, — una costumbre terrible.

Le ayudó bien en ésta — Hagen y también Gernot,
Ortewein y Volker: — allá yacían muchos muertos.
Sindold y Hunold, — los dos espadas temerarios,
En esta batalla — podían tumbar muertos a muchos.

Inseparables en el ataque — eran los príncipes ilustres.
Volaban sobre los yelmos — muchas lanzas,
Atravesando los claros escudos — de la mano de los héroes;
Enrojecidos por sangre — se vieron muchos bordes de escudos magníficos.

En esta tormenta fuerte — cayeron desfallecidos muchos hombres,
De sus altos caballos. — Se atacaron mutuamente
Siegfried el valiente — y el rey Lüdeger,
Vieron volar lanzas — y también muchas jabalinas filosas.

El adorno metálico del rey — se rompió de la mano de Siegfried.
El héroe de los Países Bajos — pensaba ganar la victoria
De los valientes Sajones; — ellos sufrieron desgracia,
¡Hey! ¡cuántas claras armaduras — rompió el rápido Dankwart!

Entonces el rey Lüdeger — había reconocido en un escudo
Una corona pintada — ante la mano de Siegfried:
Entonces sabía bien, — que era el hombre soberbio.
Con voz alta a sus amigos, — el héroe empezó a gritar.

«¡Dejad la pelea, — todos mis vasallos!
Al hijo de Siegmund — encontré aquí,
El fuerte de los Países Bajos, — a él reconocí;
El mal diablo lo mandó acá — con los Sajones.»

Mandó bajar — la bandera en la lucha.

Pidió la paz: — y la recibió después de algún tiempo;
Pero tenía que ser rehén, — en el país del rey Gunther:
A eso lo había forzado — la mano de Siegfried, el temerario.

Siguiendo el consejo general — abandonaron la pelea:
Muchos yelmos partidos — y escudos astillados
Dejaron de las manos; — tantos cuantos encontraron allí
Estaban enrojecidos — por la mano de los Burgundios.

Aprehendieron a quien querían, — tenían pleno poder.
Gernot y Hagen, los rápidos, — pusieron atención,
De que cuidaran a los heridos; — entonces se llevaron
Como prisioneros hacia el Rhin, — quinientos valientes hombres.

Los héroes vencidos — cabalgaron hacia Dinamarca.
Tampoco los Sajones — habían luchado tan valientemente,
Que hubiesen ganado elogio: — lo sintieron los héroes.
Entonces los amigos lamentaron — los caídos en la lucha.

Dejaron cargar sus armas — mandándolos hacia el Rhin.
Bien había competido — con sus compañeros
Siegfried, el fuerte — él lo había logrado bien:
Todo el poder del rey Gunther — tenía que concedérselo.

Hacia Worms mandaba mensajeros — el rey Gernot:
A sus amigos en su país — mandó las nuevas,
Cómo hubieron ganado la victoria — él y su vasallaje:
Lo que habían ganado de honores — los temerarios todos.

Los muchachos mensajeros corrían; — así se avisó,
Entonces se regocijaron con amores — los que se habían quejado con
duelo,
De las buenas nuevas, — que les habían llegado,
Entonces de las mujeres nobles — se oyeron muchas preguntas.

¿Cómo hubieron ganado la victoria — los caballeros del ejército real?
Llamaron a uno de los mensajeros — de parte de Kriemhild,
Pero esto se hizo en secreto — no se lo hubieran permitido abiertamente:
Porque uno estaba entre aquellos, — al que ya había confiado su corazón.

Cuando vio entrar a su cámara — al mensajero,
Kriemhild, la bella — bondadosamente entonces habló:
«Dame ahora buenas nuevas, — entonces te daré mi oro,
Y si no me engañas, — siempre te seré graciosa.

¿Cómo salió de la pelea — mi hermano Gernot,
Y mis otros amigos? — ¿No quedaron muertos algunos?
¿Quién hizo lo mejor? — Esto debes decírmelo.»
Entonces dijo el buen mensajero: — «No teníamos cobarde alguno.

Pero el primero en la lucha — cabalgando adelante
Princesa noble, — si queréis que lo diga,
Fue el extranjero noble — de los Países Bajos,
Milagros grandes hizo — la mano de Siegfried, el temerario.

Lo que hicieron todos los espadas — en la lucha aquella,
Dankwart y Hagen — y todo el vasallaje del rey,
Y por más valientes que lucharon, — todo estaba como el aire
Comparándolo con lo de Siegfried, — hijo del rey Siegmund.

En la batalla mataron — a muchos de los héroes,
Pero nadie pudiera decirnos — el fin de los milagros,
Que hizo Siegfried, — cuando entró en la lucha.
A las mujeres, en sus amigos, — causó gran sufrimiento.

También tuvo que caer ante él — el querido de muchas novias.
Sus golpes resonaron — en los yelmos tan fuertemente,
Que sacaron de las heridas — la sangre corriente:

Él es, en todas las virtudes, — un caballero valiente y también bueno.

También hizo grandes hazañas — de Metz, el señor Ortwein:
Lo que siempre pudo lograr — con su espada,
Cayó ante él, herido — o casi siempre muerto.
Entonces su hermano — causó la miseria más grande,

La que jamás en las batallas — podía suceder;
Hay que conceder — al hombre elegido, la verdad.
Los orgullosos Burgundios — entonces hicieron tanto,
Que de toda la vergüenza — podían cuidar su honor.

De sus manos entonces — se vieron vacías muchas sillas,
Cuando el campo resonó tan fuertemente — de tantas espadas claras.
Los héroes del Rhin — cabalgaron en todo tiempo
De tal modo, que sus enemigos — mejor hubieran evitado la lucha.

También los temerarios de Tronje — causaron grandes dolores,
Cuando junto con las fuerzas del pueblo — el ejército se encontró en la
batalla.

A muchos mató entonces, — la mano de Hagen, el atrevido,
Mucho podrían contar de esto — en el país de los Burgundios,

Sindold y Hunold, — vasallos de Gernot
Y Volker, el valiente — hicieron tanto,
Lüdeger para siempre — lo lamentará,
Que desafió a mis señores, — a las orillas del Rhin.

La lucha más valiente, — que se ha hecho
Desde la primera hasta la última, — que podían verse,
La sustentó Siegfried, — con su mano valiente:
Él trae muchos rehenes hacia aquí — al país del rey Gunther.

Los venció con sus fuerzas, — el héroe sin par,

De lo que sufre la pérdida ahora — el rey Lüdegast,
Y del país de los Sajones, — su hermano Lüdeger.
Ahora oíd mis nuevas, — nobilísima reina bella.

Los capturó a ambos, — la mano de Siegfried.
Jamás tantos rehenes — llegaron a este país,
Como su valor ahora — nos trae hacia el Rhin.»
A ella no hubieran podido ser — más bienvenidas estas nuevas.

«Llevan de ilesos — quinientos o más,
Y de gravemente heridos, — sabed, reina alta,
Alrededor de ochenta — camillas sangrientas hacia nuestro país;
En su mayoría heridos — por la mano de Siegfried, el valiente.

Los que nos declararon guerra en su soberbia — aquí a las orillas del Rhin,
Ahora tienen que quedar prisioneros — del rey Gunther;
Los traen con alegría para acá — a este país.»
Su rubio color enrojeció, — cuando oyó estas nuevas.

Su bella cara se volvió — sonrosada de alegrías
Porque vivo había salido — de tan grande peligro
El caballero fuerte, — Siegfried, el joven.
Y también se alegraba por los amigos, — y bien hizo en esto.

La bella dijo: «Tú me diste — a conocer buenas nuevas:
En recompensa mandaré — darte vestidos ricos,
Y diez marcos de oro — mandaré entregarte.»
Por eso da gusto llevarles — tales nuevas a señoras ricas.

Le dieron en recompensa — el oro y el vestido.
A la ventana se asomaron entonces, — muchas muchachas bellas
Y miraban por la calle, — donde vinieron cabalgando
Muchos espadas valientes ahora — al país de los Burgundios.

Llegaron los ilesos, — también la hueste de los heridos:
Que oyeron los saludos — de los amigos, sin vergüenza.
El anfitrión vino cabalgando — al encuentro de sus huéspedes, muy
 contento,
Con alegría se había terminado — todo su gran dolor.

Entonces recibió bien a los suyos — al mismo tiempo a los extranjeros
Como era propio — a un rey rico
Dio las sinceras gracias — a aquellos que llegaron,
Ya que habían ganado — la victoria en la batalla, con honores.

Entonces Gunther se dejó decir — lo que aconteció, por sus amigos,
Quién, durante el viaje, — había sido matado.
Y nada más había perdido — sino sesenta hombres;
Tenían que resignarse — como se ha hecho con muchos otros.

Entonces los ilesos trajeron — astillados muchos escudos,
Y muchos yelmos partidos, — al país del rey Gunther.
Bajaron saltando de los caballos — ante la sala del rey;
De una amable recepción — se oyó el ruido alegre.

Entonces designaron albergue — a los hombres cansados del camino.
Ahora el rey empezó — a dar las gracias a los huéspedes.
Mandó cuidar de las heridas — curarlas con celo.
Bien se mostró su virtud — también para con sus enemigos.

Él dijo a Lüdeger: — «¡Ahora sednos bienvenido!
Me habéis perjudicado grandemente, — por vuestra culpa:
Esto ahora me es recompensado, — ya que gané la buena suerte.
Dios recompense a mis amigos: — hicieron bien en mí.»

«Bien podéis agradecerles» — dijo entonces Lüdeger,
«Un rehén tan alto — nunca ganó rey alguno.
Por una prisión caballeresca — ofrecemos aquí grandes bienes,

Y pedimos, que actuéis — generosamente en mí y mis amigos.»

Dijo él: «Os voy a dejar ir, — libres a ambos;
Sólo que mis enemigos — aquí me den paz,
Para eso exijo la palabra, — y que no abandonen mi país
Sin prometer la paz.» — Para eso le ofrecieron su mano.

Los llevaron a descansar, — donde los cuidaron con esmero,
Y pronto muchos heridos — estaban acostados en buenas camas.
Escanciaron a los ilesos — met^[2] y buen vino
Jamás los vasallos — podían estar más alegres.

Los escudos astillados — llevaron a la armería;
Sillas coloradas de sangre — había entonces suficientes;
Los mandaron ocultar — de modo que las mujeres no lloraran.
Entonces se podía ver a muchos buenos caballeros — bien cansados por el
viaje.

El rey cuidó con generosidad — de sus huéspedes.
El país estaba lleno — de gente del país y extranjeros;
Mandó mantener con bondad — a los malheridos:
Cuán duro había caído ahora — su soberbia.

A médicos experimentados — ofrecieron rico sueldo,
Plata, sin pesarla — además el oro claro,
Si curaban a los héroes — después de los apuros de la batalla.
Además el rey ofreció muchos grandes regalos — a sus huéspedes.

A quien intentaba regresar — a su casa
Pidieron que se quedase, — como es costumbre entre amigos.
El rey hizo aconsejarse, — cómo pudiera recompensar a sus vasallos:
Por ellos se había cumplido — su voluntad, con todos los honores.

Entonces dijo el rey Gernot: — «Dejadlos ahora irse:

Pero dentro de seis semanas — avisadles a todos,
Deberán regresar — para un banquete de corte:
Hasta entonces muchos quedarán curados, — ahora gravemente heridos.»

Entonces también pidió licencia — Siegfried de los Países Bajos.
Cuando al rey Gunther — informaron de su voluntad,
Le pidió muy amablemente — permanezca todavía con él:
Si no hubiera sido por su hermana, — nunca lo hubiera hecho.

Era demasiado poderoso, — de que le hubiesen ofrecido botín;
Bien lo hubiera merecido. — El rey le tenía favor
Y todos sus amigos, — que lo habían observado,
Lo que de sus manos — había acontecido en la batalla.

Pensaba quedarse todavía — por amor a la bella muchacha.
Quizás, que la viera. — Y esto llegó a cumplirse con el tiempo;
Según sus deseos, — se la presentaron,
Después, lleno de alegrías, — regresó cabalgando al país de su padre.

El anfitrión pidió todos los días — que organizaran torneos;
Lo hicieron con buena voluntad — muchos caballeros jóvenes.
También mandó erigir una gradería — ante Worms a la orilla del Rhin
Para aquellos que iban a venir — al país de los Burgundios.

Ahora, en los días — cuando iban a venir,
También Kriemhild, la bella — había oído la noticia,
Que iba a arreglarse un banquete de corte — con queridos amigos,
Entonces bellas mujeres — pensaron con gran celo en ellos,

De buscar vestidos y listones — que iban a ponerse.
Ute la rica — oyó decir las nuevas
De los héroes orgullosos — que iban a llegar:
Entonces de los cajones — tomaron muchos ricos vestidos.

Por amor a sus hijos — mandó cortar muchos vestidos,
Con los cuales se adornaron — muchas mujeres y doncellas,
Y muchos jóvenes espadas — del país de los Burgundios.
También mandó preparar — vestidos magníficos a muchos extranjeros.

V AVENTURA CÓMO SIEGFRIED VIO A KRIEMHILD POR PRIMERA VEZ

Vieron ahora a diario — a los guerreros cabalgando hacia el Rhin
Que querían tomar parte — en el banquete de la corte
Y vinieron por amor — a los reyes a su país.
A muchos de ellos dieron ambas cosas, — caballo y vestidos.

También estaba lista — la silla para todos,
Para los mejores y los más dignos — así nos informaron;
Treinta y dos príncipes — vinieron al banquete,
Y las señoras compitieron — a arreglase bien para el día.

Ocupadísimo estaba — Geiselher, el niño.
A los paisanos y extranjeros — recibió él muy amablemente,
Con Gernot, su hermano — y los vasallos de ambos.
Y bien saludaron a los espadas, — con los honores propios.

Muchas sillas de oro rojo, — trajeron al país,
Escudos delicados — y vestidos magníficos
Trajeron al Rhin — para el banquete de corte,
Y muchos heridos de nuevo — empezaron a gozar de la alegría.

Aquellos, que yacían heridos en sus camas — sufriendo el dolor,
Podían olvidar ahora — cuán amarga es la muerte;
A los sufridos y enfermos — olvidaron lamentarlos.

Cada uno se regocijaba — pensando en los días festivos:

¡Y cómo iban a vivir entonces — en goce de huéspedes!
Placeres sin límite — abundancia de alegrías
Tenía todo el mundo, — cuantos allá se encontraron:
Entonces gran regocijo — se levantó en todo el país de Gunther.

En una mañana de Pentecostés — vieron andar
Preciosamente vestidos — a muchos espadas excelentes.
Cinco mil o más todavía, — para el banquete de corte,
Entonces por todos lados — compitieron en muchas diversiones.

El anfitrión pensaba — lo que ya había comprendido,
Cómo de todo su corazón — el héroe de los Países Bajos
Amaba a su hermana, — aunque no la había visto jamás.
A ella, a la que dieron — el premio de la belleza ante todas las vírgenes.

Él dijo: «Ahora aconsejadme, — amigo o súbdito,
En qué forma arreglaremos lo mejor — el banquete cortesano,
A fin de que no nos censuren — por ello después de este tiempo;
Finalmente depende de las obras — el elogio que nos ofrecen.»

Entonces dijo al rey, — de Metz, señor Ortewein:
«Si este banquete debe festejarse — con todos los honores,
Permitid que vuestros huéspedes — vean a las más bellas,
Que reciban tanto honor — en el país de los Burgundios.

¿Qué es la alegría de hombre, qué es lo que goza ver
Sino a muchachas bellas — y mujeres hermosas?
Por eso permitid que vuestra hermana — salude a los huéspedes.»
Este consejo dio gran alegría — a muchos héroes.

«Esto voy a cumplir con gusto», — dijo el rey entonces.
Todos los que lo oyeron, — estaban muy contentos.

Mandó decirlo a la señora Ute — y a su hija tan bella,
Que con sus damas — vinieran a la corte.

Entonces de los roperos — sacaron bellos vestidos,
Tantos cuantos encontraron guardados — de los vestidos claros,
De galones y hebillas; — bastantes había preparados.
Y se adornaban muy bellamente, — muchas muchachas hermosas.

Muchos jóvenes espadas — hoy deseaban tanto
Ser vistos por las mujeres — con gran placer,
De modo que por ello no cambiarían — el país de un rey rico:
Vieron con gusto a aquellas — que nunca antes habían conocido.

Entonces el rey rico mandó — acompañar a su hermana
Por cien de sus caballeros — a sus servicios,
Y a los de su madre, — con las espadas en la mano:
Estos eran los vasallos de corte — en el país de los Burgundios.

A Ute, la rica, — vieron llegar con ella,
Ésta había escogido a mujeres bellas — que la acompañasen.
Cien o más todavía, — adornadas de vestidos ricos,
También a Kriemhild seguían — muchas muchachas hermosas.

De un cuarto interior — vieron salir a todas,
Entonces todos los héroes — se congregaron violentamente,
Que todos estaban parados, — esperando, si fuera posible,
Que vieran alegremente — a esta muchacha noble.

Ahora llegó la bella, — como la aurora
Sale de nubes oscuras, — entonces desvaneció la pena
Al héroe que a ella la tenía en su corazón, — desde hace tanto tiempo.
Él vio a la hermosísima — tan magnífica ante sus ojos.

De sus vestidos brillaban, — muchas piedras preciosas;

Su color rosado — dio un resplandor lindo,
Lo que quisiera desear alguien — tenía pues que confesar
Que aquí sobre la tierra — no hubiera visto algo más bello.

Como la luna llena clara — supera a las estrellas,
Cuyo resplandor tan brillante y puro — se levanta de las nubes,
Así resplandecía ella en verdad — ante las mujeres bellas:
Esto sí iba a aumentar — el valor de los héroes valientes.

Los camariegos ricos — andaban delante de ella;
Los caballeros valientes — ya no querían esperar,
Se alborotaron para ver — a la muchacha hermosísima.
A Siegfried, el espada, — esto le gustó y le disgustó también.

Pensaba en su mente: — «¿Cómo pensaría yo jamás,
Que iba a pretenderte? — Esta es una ilusión vana;
Pero si tengo que renunciar a ti, — mejor estaría muerto.»
De sus pensamientos palideció — y se sonrojó alternativamente.

Entonces vieron al hijo de Sieglind — tan hermoso parado allá,
Como si lo hubieran pintado — en un pergamino
Las manos de un buen maestro: — gustosos admitieron
Que jamás en la vida encontraron — a un héroe tan bello.

Aquellos que caminaban con Kriemhild, — mandaron abrir el camino
En todas partes: — muchas espadas obedecieron.
Muchos estaban parados con alegría — para mirar a las magníficas:
Vieron en su alta virtud — a muchas bellas mujeres.

Entonces, de Burgundia, — dijo el rey Gernot:
«Al héroe, que tan bondadosamente — os prestó sus servicios,
Gunther, querido hermano, — ofreced ahora aquí la recompensa,
Ante todos estos caballeros: — no desdeñad mi consejo.

Mandad a Siegfried — que se acerque a mi hermana,
Para que la niña lo salude: — esto siempre nos trae honor:
Ella que jamás ha saludado a caballeros, — debe honrarlo con su saludo
Para que nos ganemos — así al espada valiente.»

Los amigos del anfitrión se fueron — donde lo encontraron:
Dijeron al espada — de los Países Bajos:
«El rey permitirá — que vayáis a la corte,
Su hermana debe saludaros: — este honor se os ofrecerá.»

De estas palabras se regocijó — su alma del héroe,
Tenía en su corazón — alegría sin sufrimiento.
Que debía ver a la hija — de la bella Ute,
Con los modales más finos — recibió ella amablemente a Siegfried.

Cuando vio parado ante sí — al muy valiente,
Se encendió su color — y dijo la bella entonces:
«Bienvenido, señor Siegfried — caballero bueno y noble.»
Entonces él sintió — su ánimo elevarse.

Se inclinaba bellamente ante ella, — ofreciéndole sus gracias
Entonces atrajo uno al otro, — el dolor del amor ansioso,
Con mirada amorosa de sus ojos, — se miraban uno al otro
El héroe y la muchacha; — y esto se hizo con disimulo.

Si con presión suave — fue acariciada la mano blanca
En amor profundo, — no lo sé decir.
Pero tampoco puedo creer, — que no lo hubieran hecho.
Corazones ansiosos del amor — hubieran hecho mal en dejarlo.

En los tiempos del verano — y en los días de mayo,
Jamás él había tenido — en su corazón
Tanta felicidad profunda, — como gano ahora

Cuando ella andaba con él mano a mano, — a la que pensaba amar el héroe.

Entonces muchos espadas pensaron: — «¡Hey!, si a mí me hubiera pasado esto,

Que caminara a su lado, — como lo he visto hacer a él.

O yaciera a su lado! — con gusto lo sufriría.»

Jamás espada alguno — sirvió tan bien a una reina.

Del país real de dondequiera — hubiera venido un huésped.

En toda la sala notó solamente — a estos dos,

A ella permitieron besar — al hombre bello:

En su vida él no había — recibido favor más grande.

De Dinamarca, el rey — empezó y dijo inmediatamente:

«A causa de este alto saludo — muchos yacen heridos y pálidos,

Como ahora me doy cuenta, — de la mano de Siegfried:

Que nunca permita Dios — que él vuelva a mi país principal.»

Entonces, en todas partes — mandaron abrir

Paso para Kriemhild, la bella; — muchos espadas temerarios y bien educados

Vieron irse con ella — a la iglesia,

Pronto era separado de ella, — el espada escogido.

Entonces ella fue a la catedral — y con ella muchas de las damas

Y podían ver a la reina — en tal belleza,

Que muchos deseos altos — eran perdidos por ella;

Ella era el gozo para los ojos — de muchos de los espadas.

Apenas podía esperar Siegfried, — hasta que terminase la misa,

Para poder decir gracias — a su suerte,

Porque ella le quería tanto, — lo guardaba en su corazón.

También él estaba muy enamorado — de la bella, según su mérito.

Cuando salía de la catedral — después de la misa,
De nuevo invitaron al héroe valiente — a venir con ella.
Hasta entonces empezó a darle gracias — la muchacha tan linda,
Porque ante todos los héroes había luchado — tan valientemente en la
batalla.

«Dios os recompense, señor Siegfried», — dijo la bella niña,
«Que hayáis merecido que los héroes — os tengan tanta amistad,
Con toda fidelidad — como todos confiesan.»
Entonces él empezó a mirar — a la señora Kriemhild con gran amor.

«Siempre voy a serviros», — dijo Siegfried, el espada,
«Y no voy a descansar mi cabeza — para reposarme,
Hasta que haya sido cumplido vuestro deseo, — mientras dure mi vida,
Esto hago, señora Kriemhild, — para que vos me déis vuestro amor.»

Durante doce días, — cada vez que amanecía de nuevo,
Vieron cerca del espada — a la muchacha bella,
Tantas veces que le permitieron ir a la corte — presentándose ante sus
amigos.
Este servicio se hizo al héroe — a causa de su gran amor.

Alegría y gozo — y el sonido de espadas
Se oyeron todos los días — ante la sala del rey Gunther,
Delante de ella y adentro, — muchos hombres temerarios,
Ortwein y Hagen hicieron — muchos milagros.

Lo que deseaban ejercitar, — para eso estaban listos
Completamente los espadas — atrevidos en la lucha.
Entonces ganaron fama — los héroes ante los invitados,
Y era un gran prestigio — para todo el país del rey Gunther.

Aquellos que por mucho tiempo habían yacido heridos — se atrevieron a salir al aire:

Querían divertirse — con los vasallos del rey,
Protegerse con los escudos — y lanzar muchas lanzas;
Muchos les ayudaron — tenían grandes fuerzas.

Durante el banquete de la corte, — el anfitrión mandó alimentarlos
Con la mejor comida; — no debía nacer
Ni la menor censura — que pueda alzarse contra los príncipes:
Ahora lo vieron ir amablemente — con sus huéspedes.

Él dijo: «Buenos espadas — antes de que os vayáis,
Recibid mis regalos: — éste es mi deseo,
Siempre voy a quedar agradecido a vos; — no desdeñéis mis bienes;
A repartirlos entre vosotros — tengo la mayor voluntad.»

Los del país de los Daneses — hablaban entonces luego:
«Antes de que volvamos — a cabalgar a nuestro país,
Concedednos paz continua: — esto es necesario para nosotros, los
caballeros,
De vuestros espadas nos cayeron — muertos muchos amigos queridos.

Curado de sus heridas — entretanto estaba Lüdegast,
El señor del país de los Sajones, — pronto se repuso de la batalla.
Algunos muertos dejaron — en el país, sin embargo.»
Entonces fue el rey Gunther, — hacia allá, donde encontró a Siegfried

Dijo al caballero: — «Aconsejadme ahora cómo lo hago.
Nuestros adversarios quieren irse — cabalgando mañana temprano
Y piden reconciliación para siempre — conmigo y los míos.
Ahora aconsejadme, espada temerario, — qué os parece bien.

Lo que me ofrecen los señores, — te lo voy a decir:
Lo que quinientos caballos — pueden cargar de oro,

Esto me lo ofrecen gustosos, — por su libertad.»
Pero entonces dijo Siegfried: — «Esto sería mal hecho.

A ambos debéis dejar irse — libremente de aquí.
Sólo que los caballeros nobles — se cuiden en lo futuro
De invadir como enemigos — a vuestro país con su ejército;
Dejad que os den la mano — los dos reyes, como prenda.»

«Voy a seguir este consejo.» — De modo que se fueron.
A sus adversarios — avisaron de esto,
Que nadie quería su oro, — como habían ofrecido.
En su país sus queridos amigos — añoraron a los guerreros.

Muchos escudos, llenos de tesoros — trajeron entonces allá,
Estos sin pesarlos los repartió — libremente entre sus amigos,
Alrededor de quinientos marcos, — y hasta mucho más todavía.
Gernot lo aconsejó a Gunther, — este espada atrevido y noble.

Todos pidieron licencia, — pues ya querían marcharse.
Todos los huéspedes entonces — aparecieron ante Kriemhild
Y también fueron allá, donde estaba sentada — la señora Ute, la reina,
Jamás más espadas recibieron — una despedida tan honrosa.

Quedaron desiertas las posadas — cuando partieron cabalgando:
Pero quedó en el país — con modales caballerescos
El rey con los suyos — y muchos hombres nobles:
Se fueron cada día — a saludar a la señora Kriemhild.

Entonces quería pedir licencia — también Siegfried, el buen espada
Desesperado por ganar, — en lo que había puesto sus deseos.
El rey oyó decir, — que también quería irse:
Geiselher, el joven — logró disuadirlo del viaje.

«¿A dónde, noble Siegfried, a dónde queréis cabalgar?»

Oíd mi súplica, — permaneced aquí con los caballeros,
Con Gunther el rey, — y con sus feudales,
Aquí hay muchas mujeres bellas, — que os permitirán verlas.»

Entonces dijo Siegfried, el fuerte: — «Entonces dejad los caballos.
Quería cabalgar de aquí, — ahora voy a abandonar la idea.
Llevad también los escudos: — aunque quería irme a mi país.
El señor Geiselher me ha disuadido — con toda fidelidad.»

De modo que el temerario — quedó allá por amor a su amigo.
Tampoco en todos los países, — en ningún lugar de la tierra
Se hubiera sentido tan bien como aquí: — porque ahora aconteció
Que todos los días podía ver — a la bella Kriemhild.

A causa de su alta belleza — el espada permaneció allí.
Con muchas diversiones — le hicieron pasar el tiempo;
Sólo que lo atormentó el amor — y frecuentemente le causó dolor,
Por eso más tarde el temerario — yació muerto después, para gran lamento.

VI AVENTURA

CÓMO GUNTHER VIAJÓ AL ISENLAND POR BRUNHILD

Otras nuevas llegaron — al Rhin:
Decían que había — muchas muchachas bellas.
Pretender a una de ellas, — pensaba el rey Gunther.
Esto les parecía muy bien — a sus caballeros y a los señores.

Érase una reina, — viviendo allende el mar,
Ninguna otra podía — compararse con ella.
Era bella sobremanera, — muy grande era su fuerza,
Ella compitió con espadas temerarios — por su amor, lanzando la jabalina,

Tiró lejos la piedra, — siguiéndola con un salto largo,
Quién deseaba su mano, — sin miedo alguno tenía
Que ganar en tres competencias — contra la mujer noble,
Y si perdía una sola, — su cabeza estaba perdida.

La hija de reyes había — hecho esto muchas veces.
Entonces lo supo a las orillas del Rhin — un bello caballero,
Quien dirigió sus deseos — hacia la bella mujer.
Por eso muchos espadas — pronto tenían que perder vida y cuerpo.

Una vez, cuando con sus señores — estaba sentado el rey noble,
De todos los lados consultaban — y discutían minuciosamente
A quién su señor debería — elegir como su esposa,

La que quería él como esposa — y sería conveniente al país como su dueña,

Entonces dijo el gobernante del Rhin: — «Quiero ir al mar,
Allá donde vive Brunhilde, — pase lo que pase,
Por su amor arriesgaré — vida y cuerpo,
Los quiero perder, si no puedo — ganarla como esposa.»

«Esto no quisiera aconsejarte» — se opuso entonces Siegfried.
«Tiene costumbres tan feroces — esta reina,
Pues cuesta un alto precio, — pretender sus amores.
Por eso será mejor — renunciar a este viaje.»

Entonces dijo el rey Gunther: — «Jamás habrá nacido mujer alguna
Tan fuerte y temeraria, — que yo no quisiera vencerla
Fácilmente en la pelea, — sólo con mi mano.»
«Callaos», dijo entonces Siegfried, — «no conocéis todavía sus fuerzas.

Y aunque fuesen cuatro de vosotros — no podrían resistirla
En su feroz ira: — por eso dejad vuestra voluntad,
Os lo aconsejo con fidelidad: — si os gusta evitar la muerte,
No os metáis en apuros vanos — a causa de su amor.»

«Sea ella tan fuerte como quiera, — el viaje tengo que hacer,
Al país de Brunhilde, — que me pase lo que pase,
A causa de su alta belleza — tengo que aventurarme,
Quizá Dios disponga — que me siga ella al Rhin.»

«Entonces voy a aconsejaros», — comenzó luego Hagen.
«Suplicad a Siegfried — que emprenda con vosotros
La carga de esta aventura; — este es el mejor consejo,
Ya que tiene de Brunhilde — tantas informaciones fidedignas.»

Él dijo: «Nobilísimo Siegfried — ¿quieres ser mi compañero

Ayudándome a pedir la mano de la bella? — Haz lo que te suplico,
Y si me gano como esposa — a esta mujer magnífica,
Entonces también arriesgaré por ti — honor, vida y cuerpo.»

En respuesta le dijo Siegfried, — hijo del rey Siegmund:
«Quiero hacerlo, si en recompensa — me prometes a tu hermana,
Kriemhild, la bella, — esta reina noble:
Entonces ya no pediré otra recompensa más — después de mis penosos
apuros.»

«Esto te lo juro», dijo Gunther, — «en tu mano, Siegfried.
Y si llega la bella Brunhild — hacia acá a este país,
Te voy a dar a mi hermana — como tu esposa,
Y tú podrás vivir con la bella — siempre en alegrías.»

De esto se prestaron juramentos — estos caballeros nobles y audaces.
Lo que entonces a ambos — les creó muchas penas y dificultades,
Antes de que hubieran traído — a la hermosa hacia el Rhin.
Tenían que estar los temerarios — por eso en grandes apuros.

Oí decir — de enanos y duendes salvajes
Que viven en montañas huecas — y llevan gorras protectoras,
Que se llaman gorras mágicas — de muy maravillosa clase;
Quien la lleva sobre la cabeza — está bien guardado.

De golpes o heridas punzantes; — tampoco puede verlo nadie,
Mientras la lleva; — pero él puede oír y espiar
Según su voluntad — de modo que nadie puede reconocerlo,
También crecen sus fuerzas, — como la leyenda nos dice.

La gorra para hacerse invisible, — Siegfried la llevaba consigo,
La que el espada temerario — había ganado con trabajos una vez
De un gnomo — de nombre Alberich.

Se preparaban entonces para el viaje, — los caballeros valientes y
caballerosos.

Si Siegfried, el fuerte — tenía puesta la gorra mágica,
Ganó de ella — bastantes fuerzas,
La fuerza de doce hombres, — así nos han narrado,
Y ganó con grandes intrigas, — a esta virgen magnífica.

También era de tal especie, — la buena gorra mágica,
Que cada uno debajo de ella — podía hacer, según sus deseos
Todo lo que él quisiera — pero nadie lo veía.
Con eso ganó a Brunhild — quien pronto le causó mucho dolor.

«Ahora dime, Siegfried, — antes de que emprendamos el viaje,
¿Cómo iremos con todos nuestros honores — allende el mar?
¿Debemos llevar con nosotros — caballeros al país de Brunhilde?
A dos mil espadas — llamaremos luego.»

«Aunque nos hiciésemos acompañar de mucha gente» — le contradijo
Siegfried,
«La reina tiene costumbres — tan feroces,
Que todos deberían caer — ante su soberbia.
Voy a aconsejaros mejor — espada temerario y bueno.

A manera de caballeros — iremos Rhin abajo,
Voy a indicaros a aquellos — que deben estar con nosotros.
Con nosotros dos, — dos más y con éstos nos basta
Para ganar a la señora, — pase lo que pase.

De los compañeros yo seré uno, — tú debes ser el otro,
Y Hagen será el tercero: — Con él tenemos mucho.
El cuarto que sea Dankwart, — este hombre valiente,
Entonces no se nos pueden acercar — a luchar mil hombres nunca.»

«Quisiera saber también», — dijo el rey entonces,
«Antes de que nos vayamos (y estaría contento de oírlo),
¿Qué vestidos deberíamos ponernos — ante Brunhilde,
Que fueran propios para nosotros: — Siegfried, quiero que me lo digas a
tiempo?»

«Vestidos, los mejores — que puedan encontrarse,
Se llevan puestos a todo tiempo — en el país de Brunhilde:
Por eso vamos a llevar puestos — vestidos ricos ante las señoras
Que no tengamos que avergonzarnos, — si narran de nosotros, en tiempos
futuros.»

Ahora dijo el buen espada: — «Entonces voy a irme yo mismo
Para ver a mi querida madre — si no puede hacer,
Que sus bellas doncellas — nos creen tales vestidos,
Que llevemos con honores — al país de la sublime virgen.»

Entonces dijo de Tronje Hagen — con modales magníficos:
«¿Por qué vais a rogar a vuestra madre — por tales servicios?
Dejad oír a vuestra hermana — vuestros intentos y deseos:
Ella está tan rica en artes — nuestros vestidos serán buenos.»

Entonces mandó decir a su hermana — que quería verla,
Y también al espada Siegfried, — antes de que ella lo permitiera,
La bella se había adornado — con un vestido rico;
De que viniesen los señores — le causó poco dolor.

También sus doncellas — estaban adornadas, según su rango.
Los príncipes ambos vinieron; — cuando los vio entrar
Se levantó de su asiento: — con cuánta cortesía caminaba,
Cuando recibió al extranjero noble — y a su hermano.

«Bienvenido seas, mi hermano — y también tu compañero.
Ahora quisiera saber» — dijo la doncellita,

«Qué cosa deseáis — que venís a verme en la corte.
Dejádmelo escuchar ambos — lo que intentáis, vosotros los valientes.»

Entonces dijo el rico rey: — «Señora, os lo diré.
Tenemos que preocupamos grandemente — a pesar de nuestra valentía:
Queremos cabalgar a pretender a una reina — lejos en un país extranjero,
Y necesitamos para el viaje — bellísimos vestidos.»

«Sentaos, querido hermano», — dijo la hija de reyes,
«Y dejadme saber primero — quiénes son las mujeres,
Que deseáis pretender — en el país de príncipes extranjeros.»
La doncellita tomó de la mano — a los dos elegidos.

Se fue con ambos, — donde ella había estado sentada,
Sobre colchas muy ricas — podéis creérmelo,
Con imágenes entretejidas — realzadas en oro,
Podían divertirse bien — con esta mujer.

Miradas amables — y vista lindísima,
Esto de parte de ambos — pasaba de aquí hasta allá.
Él la tenía en su corazón — le pareció como su propia vida;
Con su servicio ganó — que se la diesen como esposa.

Entonces dijo el rey Gunther: — «Nobilísima hermana mía,
Sin tu ayuda — nunca puede lograrse:
Queremos ir de aventuras — al país de Brunhilde,
Y tendríamos que ponernos — magníficos vestidos ante las mujeres.»

Entonces dijo la princesa — «Queridísimo hermano,
Si habéis menester — de mi ayuda en esto,
Os daréis cuenta — que estoy lista en ello;
Si alguien os lo negara — Kriemhild lo sentiría mucho.

Noble caballero, no me debéis rogar — con preocupación,

Debéis mandarme — con vuestros modales perfectos;
Lo que os gustaría — estoy dispuesta a ello
Y lo haré con buena voluntad» — dijo la magnífica doncella.

«Queremos, querida hermana, — llevar buenos vestidos:
Que deben ayudar a preparar — vuestras blancas manos.
Dejad que cuiden vuestras doncellas, — que éstos nos queden
magníficamente
Ya que nos aconsejan en balde — que no hagamos este viaje.»

Entonces empezó la doncella: — «No os negaré nada.
Nosotras mismas tenemos seda; — dejad que nos traigan joyas
Hasta aquí en los escudos; — entonces coseremos el vestido,
Que podéis llevar con honores — ante la bellísima Virgen.»

«¿Quiénes son los compañeros», — dijo la reina,
«¿Quiénes, vestidos con vosotros — deben ir a la corte?»
«Esos somos yo y Siegfried — y dos más de mis vasallos,
Dankwart y Hagen — que deben ir a la corte con nosotros.

Ahora pensadlo, querida hermana, — lo que os diremos:
Que nosotros, los cuatro compañeros, — llevaremos para cuatro días
Cada uno tres clases de vestidos — y vestidos tan buenos,
Que sin vergüenza podamos abandonar — el país de Brunhilde.»

Eso prometió ella a los héroes. — Los señores se despidieron
Entonces Kriemhild la reina — llamó de sus doncellas
De sus cuartos — treinta doncellitas,
Que eran expertas — en esta clase de trabajos.

En muchas clases de seda — tan blanca como la nieve,
Del país de Zazamank, — tan verde como el trébol,
Pusieron joyas: — eso dio un vestido bueno;
Kriemhild la bella — lo cortó con su propia mano.

De la piel de peces raros — hicieron buenos forros,
Que les parecieron extraños a la gente, — cuanto podían conseguir,
Los cubrieron de seda: — en esto entretejieron oro,
Podían decir grandes maravillas — de los vestidos claros.

Del país de Morocco — y también de Lybia,
Tenían suficiente de la mejor seda, — que jamás se vio
Que hijos de reyes — la llevaran.
Kriemhild hizo ver, — cuánto amor llevaba en su corazón por ellos.

Va que habían pedido — vestidos tan costosos para su viaje,
Piel de armiño — no se ahorraron,
Sobre las cuales, de negrura de carbón — había muchas manchas,
Rápidos héroes los llevarían con gusto — durante un banquete de corte

De oro arábigo — brillaban muchas piedras;
El ocio de las mujeres — era muy breve.
Crearon los vestidos — en el tiempo de siete semanas;
Entonces también estaba lista — la armadura de los buenos espadas.

Estaban listos para partir: — entonces sobre el Rhin,
Se había fabricado — un pequeño navío fuerte,
Que iba a llevarlos — hacia abajo, al mar.
A las bellas doncellas — Je dolía tanto trabajo.

Entonces dijeron a los héroes, — que ya estaba listo,
Lo que iban a llevar — los vestidos bellísimos.
Lo que habían pedido — esto se había cumplido.
Entonces ya no querían permanecer — por más tiempo a las orillas del
Rhin.

Mandaron mensajeros — a sus compañeros del ejército,
Si querían ver — sus vestidos nuevos,

Y si fueran demasiado cortos — o largos para los héroes.
Eran de buena medida: — y dieron las gracias a las mujeres.

Ante cualquiera que se presentaran, — todos tenían que confesar,
Que jamás en la tierra — habían visto vestidos más bellos.
Por eso les gustó — que los llevaran a la corte.
Nadie podía hablar jamás — de mejores trajes caballerescos.

Bien les dieron las más sinceras gracias — a las bellas doncellas.
Entonces pidieron licencia — los temerarios héroes;
Con modales caballerescos — lo hicieron los señores.
Entonces ojos claros se entristecieron — y se mojaron de lágrimas.

Ella dijo: «Queridísimo hermano, — si mejor os quedáis,
Y pretendéis a otras mujeres — me parece más sabio,
Donde no tendréis que arriesgar — la vida y el cuerpo.
También aquí cercano — podríais encontrar a una mujer de tan alta
alcurnia.»

Seguro que presintieron en el corazón, — su desdicha futura.
Todas tenían que llorar, — a pesar de lo que dijeran.
El oro ante su pecho — se empañó de lágrimas:
Les cayeron abundantemente — de los ojos hacia abajo.

Entonces dijo: «Señor Siegfried, — dejaos recomendar
Por vuestra fidelidad y mis favores — a mi querido hermano,
Que nada le perjudique — en el país de Brunhilde.»
Eso se lo prometió el temerario — con buena voluntad en su mano.

Entonces dijo el valiente espada: — «En cuanto tengo mi vida,
Dueña, quedaos libre — de toda preocupación.
Yo os lo traeré sano y salvo, — de nuevo a las orillas del Rhin.
Creédmelo por mi vida.» — Entonces la doncellita le dio bellamente las
gracias.

Los escudos rojos de oro — llevaron hacia la playa
Y llevaron al barco — toda su armadura.
Mandaron traer sus caballos: — ya querían irse.
¡Cómo empezaron a llorar amargamente, — muchas mujeres bellas!

Se asomaron a las ventanas, — muchas mujeres hermosas,
Al barco con sus velas — sopló un fuerte viento.
Los compañeros de armas orgullosos — estaban sobre el Rhin.
Entonces dijo el rey Gunther: «¿Quién será ahora el capitán?»

«Éste seré yo», dijo Siegfried, — «yo sé, en la corriente
Del río, llevaros bien, — sabed, caballeros buenos.
Las mejores corrientes de los ríos, — las conozco bien.»
Así se despidieron con alegría — del país de los Burgundios.

Un palo para remar — agarró Siegfried:
De la orilla despegó — fuertemente el barco.
Gunther mismo, el temerario — tomó un remo.
Se alejaron de la tierra, — los caballeros rápidos y valientes.

Llevaban consigo bastante comida, — además el mejor vino,
Que podían encontrar — a las orillas del río Rhin.
Sus caballos estaban — parados tranquilos, reposando;
El barco navegaba tan quieto, — nada malo les pasó.

Las cuerdas de vela fuertes, — las estiró el viento con fuerza;
Viajaron veinte millas — antes de que anoheciera,
Con viento favorable, — río abajo hacia el mar;
Su esfuerzo grande, — causaría dolor todavía a mujeres bellas.

A la duodécima mañana, — como nos narran,
Los vientos los habían — llevado muy lejos,
Hacia Isenstein, la fortaleza, — en el país de Brunhilde,

Que no era conocido a ninguno, — excepto a Siegfried.

Cuando el rey Gunther — vio tantos castillos fuertes,
Y también un país tan extenso, — pronto habló entonces:
«Pues decidme, amigo Siegfried, — ¿conocéis vos el país?
¿De quién son estos castillos — y de quién el país tan bello?»

En mi vida — bien debo confesarlo
No he visto — tantos castillos tan bien contruidos.
En ninguno de los países — como los hemos visto aquí
¿Quién podría construirlos? — seguramente era un hombre poderoso.»

En respuesta le dijo Siegfried: — «Esto bien lo conozco,
Pertenece a Brunhilde, — los castillos como el país
E Isenstein, la fortaleza, — creédmelo bien.
Allá podréis ver hoy todavía — muchas mujeres bellas.

Voy a aconsejaros, héroes: — Debéis ponerlos todos de acuerdo
Y hablad en el mismo sentido — así me parece bien.
Si hoy nos presentamos — ante Brunhilde
Tendríamos que estar ante ella — con gran cuidado.

Si vemos a la bellísima — entre toda su gente,
Vosotros, héroes nobles, — sólo debéis contestar a una:
Que Gunther es mi señor feudal — y yo su vasallo
Así cumpliremos — con su deseo.»

Todos estaban dispuestos a hacer — como él mandaba:
En su soberbia — ni uno sólo lo olvidó,
Hablaban como él quería: — y bien habían hecho
Cuando vio el rey Gunther — a la bella Brunhilde.

«Aunque no me gusta hacerlo, — lo hago por amor a ti
Y por tu hermana, — la doncella bellísima.

Ella es como mi alma — y como mi propio cuerpo;
Gustoso voy a merecer — que ella llegue a ser mi esposa.»

VII AVENTURA

CÓMO GUNTHER GANÓ A BRUNHILDE

Su navío entre tanto — sobre el río se había acercado
Al castillo: — Entonces vio el noble rey
Arriba en las ventanas — a muchas mujeres bellas
Que no las conocía, — lo que sentía en verdad.

Preguntaba a Siegfried, — el compañero suyo:
«¿Tenéis conocimiento — de estas mujeres bellas
Que nos miran desde arriba, — cómo navegamos en el río?
Como sea que se llame su señor, — son nobles y altamente bellas.»

Entonces habló Siegfried, el temerario: — «Espiad en secreto
A estas doncellas allá arriba — y luego debéis confesarme
Cuál de ellas quisierais elegir, — si tuvierais la elección.»
«Esto voy a hacer» dijo Gunther, — este caballero rápido y valiente.

«Me fijo ahora en una, — aquélla de esta ventana
Con un vestido blanco como la nieve, — ésta es tan hermosa.
A ésta eligen mis ojos, — tan bella es ella de cuerpo
Si yo pudiera mandar, — ella debería ser mi esposa.»

«Bien han elegido entonces — las miradas de tus ojos.
Esta es la noble Brunhilde, — la hermosa muchacha,
Que desea tu corazón, — tus sentidos y tu alma.»
Todos sus movimientos — le parecieron bien al rey Gunther.

Entonces mandó la princesa, — que se retirasen de las ventanas
Las muchachas hermosas — que no se quedasen paradas allá
A la vista de los extranjeros, — y ellas obedecieron luego,
Lo que hicieron entonces las mujeres, — también lo sabemos bien,

Se adornaron para encontrar — a los señores desconocidos
Como siempre lo hicieron — gustosas las mujeres bellas.
Luego se acercaron — a las ventanas estrechas,
Donde podían ver a los héroes: — lo hicieron por curiosidad.

Sólo eran cuatro, — los que pusieron pie sobre la tierra.
Siegfried, el valiente, — llevó un caballo a la playa
Esto vieron por las ventanas — las mujeres bellas:
Al rey Gunther le pareció — grande el honor que le hicieron,

Lo agarró de la brida, — al caballo hermoso,
Éste era bueno y fornido, — además fuerte y alto,
Hasta que el rey Gunther estuvo — bien sentado en la silla.
De este modo le sirvió Siegfried, — lo que más tarde olvidaría
completamente.

Entonces también jaló al suyo — del barco a la tierra;
Raras voces había hecho — servicios como éstos,
Que jamás hubiera estado — parado al estribo de algún héroe.
Lo vieron por las ventanas — las bellas mujeres distinguidas.

De la misma manera exactamente — habían dispuesto a los espadas
De color blanco como la nieve — los caballos y los vestidos,
Al uno como al otro — y bellas las orillas de los escudos:
Que resplandecían con claro brillo — en la mano de los nobles héroes.

Sus sillas incrustadas de piedras preciosas — las correas del pecho
angostas,

Así cabalgaron magníficamente — ante la sala de Brunhilde;
Allí estaban colgadas — campanillas rojas de oro brillante.
Vinieron al país, — como su rango lo requería.

Con lanzas recientemente afiladas — con espadas bien formadas;
Que llegaron hasta las espuelas — de los hombres valientes.
Los hombres de alto ánimo — las llevaban bien filosas y anchas:
Todo eso lo vio Brunhilde — esta doncella bellísima.

Con él también llegaron — Dankwart y su hermano Hagen
Ambos llevaban, — como nos han narrado,
Vestidos de color negro como los cuervos, — ricamente bordados,
Nuevos eran sus escudos, — buenos y también largos y anchos.

Del país de la India — llevaban piedras preciosas,
Éstas resplandecían en sus vestidos — con destellos brillantes arriba y
abajo.

Dejaron sin guardias — el navío en el río;
Y cabalgaban hacia la fortaleza, — estos héroes valientes y buenos.

Ochenta y seis torres — vieron allá juntos,
Tres palacios amplios — y una sala bella,
De preciosa piedra de mármol, — tan verde como el pasto,
Donde la princesa estaba — sentada junto con las damas.

El castillo estaba abierto — y se abrieron ampliamente las puertas
Los hombres de Brunhilde vinieron — corriendo luego a su encuentro
Recibiendo bien a los huéspedes — en el país de su señora.
Los caballos les tomaron — y los escudos de las manos.

Entonces dijo uno de los camariegos: — «Dadnos vuestra espada
Y la armadura brillante». — «Esto no puede ser»,
Dijo Hagen de Tronje. — «Nosotros mismos queremos llevarlos.»
Entonces Siegfried empezó a hablarles — de la costumbre de la corte:

«En este castillo hay la costumbre, — voy a decíroslo,
Que los huéspedes — no deben llevar arma alguna:
Dejad que os las quiten, — está bien hecho.»
Contra su voluntad cedió Hagen, — caballero del rey Gunther.

Mandaron servir bebidas a los huéspedes — y preparar camas para su
reposo.

Muchos guerreros rápidos — vieron correr hacia la corte
De todas partes, — en vestiduras ricas de príncipes
Pero todos dirigieron las miradas — hacia los temerarios.

Ahora también a Brunhilde — dieron las nuevas,
Que espadas desconocidos — hubiesen llegado,
Con vestidos magníficos, — en un barco.
Entonces empezó a preguntar — esta doncella bella y buena:

«Debéis hacerme saber», — dijo la muchacha
«¿Quiénes pueden ser — estos héroes desconocidos
Que veo parados allá — en mi castillo alto,
Y por qué los espadas — habrán venido hacia acá?»

Del séquito habló uno: — «Señora, debo confesar,
Que antes jamás he visto — a alguno de ellos
Pero hay uno entre ellos — que tiene la manera de Siegfried,
A él debéis recibir bien, — este es mi consejo, en fidelidad.

El otro de los compañeros — me parece digno de elogio;
Si tuviera el poder — sería propio que fuera rey
De extensos países reales — los debería gobernar.
Se le ve parado entre los demás — muy magníficamente.

El tercero de los compañeros — tiene un alma muy feroz,
Pero también una bella estatura — rica reina.

Las miradas son rápidas — que lanza a su alrededor.
Me imagino que en su mente — tiene un ánimo feroz.

El más joven entre ellos — me parece digno de elogio,
Se ve parado al espada rico — muy garbosamente
En modales virginales — y postura noble:
Todos tendríamos que temer — si aquí le causaran daño.

Por amable que se comporte — por bello que sea su cuerpo,
Siempre hará llorar — a muchas mujeres buenas,
Cuando empezara a enojarse: — su alcurnia seguramente es tan buena,
Que en todas las virtudes — es un caballero valiente y de alto ánimo.»

Entonces dijo la princesa: — «Pues traedme mis vestidos,
Y si Siegfried el fuerte, — ha llegado a mi país
Para ganar mi amor, — en peligro está su vida.
No le tengo tanto miedo — que sería yo su esposa.»

Brunhilde, la bella, pronto se presentó — con vestidos preciosos
También le acompañaron — muchas muchachas bellas,
Menos o más, — todas adornadas ricamente.
Para ver a los huéspedes, — vinieron con ella muchas nobles señoras.

La acompañaron — espadas de Isenland,
Caballeros de Brunhilde — las espadas en las manos
Quinientos o más — eso alarmó a los huéspedes,
Se levantaron de sus asientos, — los temerarios listos para todo.

Cuando la princesa — vio a Siegfried ahora,
Bien educada entonces — habló al huésped:
«Sed bienvenido, Siegfried, — aquí en este país.
¿Por qué hicisteis este viaje? — Hacédmelo saber, por favor.»

«Muchas gracias tengo que daros, — señora Brunhilde,

Que os dignéis saludarme, — hija bella de príncipes,
Antes que a este caballero noble, — que está aquí delante de mí:
Porque él es mi señor feudal, — y merece mayor honor que Siegfried.

Él es rey a las orillas del Rhin: — ¿Qué más os digo?
Sólo por amor a ti — hemos navegado hacia acá.
Él desea mucho ganarte, — le pase lo que le pase.
Piénsalo bien a tiempo: — mi señor jamás cederá.

Él se llama Gunther, — un rey rico y augusto.
Si gana tu amor, — no pide otra cosa más.
Por ti — hice el viaje con él
Si no fuera mi señor, — entonces no lo hubiera hecho nunca.»

Ella dijo: «Si él es tu señor, — y tú eres su vasallo,
Si él quiere sostener — mis competencias que yo impongo
Y si queda él vencedor en ellas, — entonces seré su esposa;
Pero si yo gano una de éstas; — la vida de todos vosotros estará perdida.»

Entonces dijo de Tronje, Hagen: — «Ahora muéstranos, reina,
Qué juegos nos preparáis, — antes de que deje el premio
Mi señor Gunther a vos; — sería mal para nosotros
Él sí podrá dominar — a una muchacha tan bella.»

«Él debe lanzar la piedra — y brincar detrás de ella,
Debe tirar la lanza, — por eso no os apresuréis tanto
Con el honor podéis perder — aquí fácilmente vida y cuerpo
Por eso reflexionad bien», — dijo la mujer hermosísima.

Siegfried, el rápido, — se acercaba al rey,
Y le rogó hablar — francamente con la reina
Como quisiera hablar; — que no tuviese miedo;
«Yo te voy a guardar bien — de ella por medio de mis trucos.»

Entonces habló el rey Gunther — «Hija bella de reyes,
Imponedme lo que querráis — y si fuera más todavía
A causa de vuestra belleza — todo soportaría gustosamente.
Quiero perder mi cabeza — si no me ganáis como vuestro señor.»

Cuando entonces oyó sus palabras, — la reina
Pidió como era costumbre — no retardar el juego.
Mandó traer para la competencia — sus vestidos,
Una armadura de oro — y un escudo bueno y fuerte.

Una camisa de armas de seda — se puso la doncella entonces.
La cual ninguna arma — podía romper durante la lucha,
De tejidos bien hechos — del país de Lybia.
Galones brillantes bordados, — brillaban rodeando las orillas.

Entretanto su soberbia — pareció amenazante a los huéspedes,
Dankwart y Hagen — preocupados estaban parados,
¿Qué pasaría a su señor? — esto pesaba en su ánimo.
Pensaban: «Nuestro viaje, — no será provechoso a nuestros espadas.»

Entretanto se fue Siegfried — el hombre astuto
Antes de que alguien lo notase — a bordo del barco,
Donde encontró escondida — la gorra que hace invisible,
Y se la puso rápidamente; — entonces ya nadie lo conoció.

Rápidamente Volvió al lugar — donde encontró muchos espadas
La reina impartía entonces — su juego alto
Allá él andaba escondido — y que nadie lo viera,
De todos los que allá estaban — se hizo por medio de hechicería.

Habían marcado un círculo — donde debía tener lugar
El juego ante los espadas temerarios — que querían verlo.
Alrededor de setecientos — estuvieron allá armados:
Quién hubiera ganado el juego — debían decir, según la verdad.

Había llegado Brunhilde, — que encontraron armada,
Como si fuera a luchar — por los países de todos los reyes.
Bien llevaba encima de la seda — muchos alambres finos de oro.
Su color hermosísimo — resplandecía bellamente debajo.

Ahora llegó también su séquito — ellos traían luego,
Todo de oro rojo — un escudo grande
Guarnecido de acero duro, — enormemente grande y ancho
Detrás del cual iba a jugar — esta doncella hermosísima.

Traían el escudo — en una cinta doble,
Bordada de piedras preciosas, — verdes como el pasto,
Éstas alternaban muchas veces — su resplandor con el oro,
Aquél necesitaba gran temeridad, — a quien la doncella iba a dar su afecto.

El escudo, debajo de los adornos, — como nos dijeron,
Tenía tres palmos de grueso, — a éste cargó luego la muchacha;
De acero y también de oro — era bastante rico,
El cual, de sus camariegos — lo trajeron cuatro apenas.

Cuando Hagen, el fuerte — vio cómo trajeron el escudo,
De mal humor — dijo entonces el de Tronje:
«¿Cómo pues, rey Gunther — te juegas la vida y el cuerpo?
Aquella a la que pretendéis — es una mujer infernal.»

Escuchad todavía de sus vestidos — de éstos ella tenía abundancia:
De seda de Assagaug — llevó un saco de armas,
Que era precioso y noble: — de éste resplandecían con claro brillo,
De la princesa — muchas piedras preciosas.

Entonces trajeron para la señora — enorme y ancha
Una lanza afilada — ésta siempre la usaba tirando,
Fuerte y tosca, — grande también y pesada.

En sus dos lados — cortó fuertemente la punta.

Del peso de la lanza, — oíd decir maravillas:
Alrededor de cien libras de hierro — fueron martillados para ella.
Con trabajos la trajeron tres — del ejército de Brunhilde,
Gunther el noble — entonces luchó con preocupaciones grandes.

Pensó en su mente: — «¿Qué será todo eso aquí?
El diablo del infierno — ¿cómo pudiera cuidarse de ella?
Si sólo con vida estuviera — en las orillas del Rhin,
Ella por mucho tiempo — pudiera esperar a que la pretendiese.»

Tenía en sus preocupaciones, — sabedlo, bastantes dolores.
Toda su armadura de contienda — vinieron a traerla a este lugar.
Pronto, el rey rico estaba parado — bien armado.
Por sus apuros, Hagen — casi estaba fuera de sí

Entonces habló el hermano de Hagen, — Dankwart el temerario
«En mi alma me arrepiento — del viaje a esta corte,
¿Nos llamaron héroes alguna vez? — ¡Cómo perderemos la vida!
¿Debe ahora destruimos — una mujer en este país?»

Mucho debe disgustarme, — de que vine a este país.
Si mi hermano Hagen — tuviera su espada en la mano
Y yo también la mía, — deberían portarse mansamente
En su soberbia, — los vasallos de Brunhilde.»

«Deberían quedar humildes — podéis creérmelo;
Aunque yo hubiera confirmado la paz mil veces, — con mi juramento,
Antes de que viera morir — a mi querido señor
Esta bella doncella — tendría que pagarlo con su vida.»

«Sin que nos hiciesen prisioneros, — abandonaríamos este país»,
Dijo su hermano Hagen, — «si tuviéramos la armadura

Que necesitamos para la lucha, — y las buenas espadas,
Entonces debería calmarse la soberbia — de la bella señora.»

Bien escuchaba, lo que decía — la hermosa señora,
Sobre la espalda — lo miró sonriendo
«Ya que se imagina tan temerario, — traed su armadura,
Sus armas afiladas — dad a la mano a los héroes.

Me preocupa tan poco — si están armados,
Como si estuvieran desarmados» — así dijo la princesa.
«No temo la fuerza de nadie — a quien jamás he conocido.
Y bien puedo vencer en la lid — ante la mano del rey.»

Cuando trajeron las armas, — como lo mandó la doncella,
Dankwart, el temerario, — se sonrojó de alegría.
«Ahora jugad, a lo que querráis», — dijo el buen espada.
«Gunther todavía no está vencido: — nosotros de nuevo tenemos nuestras
espadas.»

La fuerza de Brunhilde — no se mostraba pequeña,
Trajeron a ella al círculo — una piedra pesada,
Grande y tosca, — redonda también y ancha.
La podían cargar apenas — doce de estos espadas, atrevidos en la lucha

Ésta siempre la tiraba — como lanzaba su lanza.
Por eso la preocupación era grande — entre los Burgundios.
«¿A quién quiere pretender el rey?» — dijo Hagen en voz alta.
«Mejor estaría ella en el infierno, — la novia del mal diablo.»

En sus brazos blancos — se arremangaba las mangas,
Se preparaba y agarró — el escudo con su mano,
Meneaba en alto la lanza; — esto era el principio de la lucha.
Gunther y Siegfried tenían miedo — de la ferocidad de Brunhilde.

Y si entonces Siegfried — no hubiera venido en su ayuda,
Seguramente ella — hubiera quitado la vida al rey.
Él se acercaba disimuladamente — y tocaba su mano,
Gunther pensaba en sus artes — con gran preocupación.

«¿Quién era, que me tocó?», — pensó el hombre temerario.
Y cuando miraba alrededor de sí — no encontraba a nadie.
Decía: «Soy yo, — Siegfried, tu compañero.
No debes preocuparte — por la reina ésta.»

Dijo: «Suelta el escudo de las manos — deja que yo lo cargue.
Y ten en mente, — lo que me oyes decir:
Haz tú los ademanes, — y yo voy a hacer la obra.»
Cuando lo reconoció, — le pareció algo muy bueno.

«Cállate también de mis artes, — esto es bueno para ambos.
Entonces la princesa — no podrá su alta soberbia
Cumplir en ti, — como tiene en mente.
Mira no más, de qué atrevimiento — presume en tu contra.»

Entonces lanzó con todas sus fuerzas, — la doncella magnífica,
Su lanza hacia un escudo, — grande y ancho,
Éste llevó en su izquierda — el hijo de Siegelinde,
El fuego chispeó del acero, — como si el viento lo llevara.

El filo de la lanza fuerte, — atravesó todo el escudo,
Que el fuego llameante, — salió de las argollas.
Del golpe cayeron — los espadas fuertes,
Si no hubieran tenido la gorra, — ambos hubieran estado perdidos.

A Siegfried, el valiente, — brotó sangre de la boca.
Pronto saltó a sus pies: — y tomó el espada bueno
La lanza, que ella había tirado — atravesando el escudo.
Ésta se la devolvió — ahora Siegfried, con su mano fuerte.

Pensaba: «No quiero matar — a la doncella hermosísima.»
El filo de la lanza — lo volteo para atrás;
Con el palo de la lanza — tiró hacia su vestido de malla,
Que resonó fuertemente, — con su mano fortísima.

El fuego chispeó de la armadura — como si se lo llevara el viento,
Bien había tirado — el hijo de Siegelinde:
No podía ella con sus fuerzas — aguantar la lanzada.
Esto, el rey Gunther, en verdad — nunca hubiera logrado.

Brunhilde, la bella — pronto se levantó a sus pies:
«Gunther, noble caballero, — te doy las gracias por la lanzada.»
Se imaginaba, que él mismo — lo hubiera hecho con sus fuerzas.
No, la tiró al suelo — un hombre mucho más fuerte.

Rápidamente se fue ella — enojada en su corazón,
Levantó en alto la piedra, — la noble doncella hermosa,
La tiró con fuerzas — y la lanzó lejos con sus manos,
Y luego saltó después del tiro, — de modo que su armadura resonó
fuertemente.

La piedra cayó en el suelo — a una distancia de doce brazas de ella.
Y superaba al tiro, — saltando la muchacha noble.
Allá se fue Siegfried, el rápido, — donde la piedra estaba tirada ahora.
Gunter tenía que levantarla, — y él escondido, la lanzaba.

Siegfried era fuerte, — valiente y también alto;
Tiró la piedra más lejos, — y más lejos brincó también,
Era un gran milagro — y más todavía por eso,
Porque brincando cargó — todavía al rey Gunther.

Había saltado bien, — en el suelo estaba la piedra:
Sólo a Gunther, el espada, — vieron ellos allá.

Brunhilde, la bella, — se sonrojó de ira;
Le había alejado Siegfried, — al rey Gunther, la muerte.

A su séquito entonces dijo — la reina en voz alta,
Cuando vio sano al héroe — donde terminaba el círculo:
«Vosotros, mis amigos y vasallos, — venid luego aquí:
Todos debéis ser vasallos — ahora del rey Gunther.»

Entonces los valientes quitaron — de sus manos las armas,
Haciendo homenaje, — hincándose ante el rey de los Burgundios,
Ante Gunther, el rico — muchos hombres temerarios:
Creían que los juegos — hubiera ganado él con su propia fuerza.

La saludó muy amorosamente: — pues tenía modales muy cortesanos.
Entonces lo agarró de la mano derecha, — la bella reina.
Le permitió mandar — en todo su país.
¡Cómo se regocijaba entonces — Hagen, el espada valiente y hábil!

Ella pidió al caballero noble, — que regresara con ella
A la vasta sala, — donde había muchos hombres,
Y donde ofrecieron más honores todavía — al espada, por miedo.
Las fuerzas de Siegfried — les habían alejado todos los temores.

Siegfried, el rápido, — era bastante astuto,
De modo que se fue a guardar bien — la gorra que hace invisible,
Luego fue a la sala, — donde había muchas señoras;
Y dijo al rey, — muy astuto así lo hizo:

«¿Cuánto tardáis, señor rey, — y no empezáis los juegos
Que la reina ha prometido — ofrecer a vosotros?
Dejad que veamos pronto, — qué habrá en eso.»
Como si no supiera nada, — así simuló el héroe astuto.

Entonces habló la princesa: — «¿Cómo podía pasar esto,

Que vos no habéis visto — los juegos, señor Siegfried?
¿En los cuales ganó la victoria — la mano del rey Gunther?»
La respuesta la dio Hagen, — del país de los Burgundios.

Él dijo: «Vos, reina, — nos teníais preocupados,
Entonces estaba en el barco, — Siegfried, el buen espada,
Cuando el rey del Rhin — ganó los juegos a vos;
Por eso no sabe nada de esto», — dijo el vasallo de Gunther.

«Me regocijo de las nuevas», — dijo Siegfried, el héroe,
«De que aquí vuestra soberbia. — cayó al suelo de este modo,
Y que viva alguien, — que sea vuestro dueño.
Ahora, noble doncella, — debéis seguimos hacia el Rhin.»

Entonces dijo la hermosísima: — «Esto no puede llevarse a cabo.
Primero voy a preguntar — a mis primos y a mis vasallos.
No puedo inconsideradamente — abandonar éste mi país,
Mis distinguidos amigos, — mandaré primero llamar.»

Entonces mandó a sus mensajeros — por todos lados;
Mandaba por sus amigos — y por sus vasallos,
Que viniesen hacia el Isenstein, — sin tardanza.
A cada uno mandó dar — vestidos ricos y magníficos.

Entonces todos los días — temprano y tarde
Vinieron cabalgando los caballeros — a la fortaleza de Brunhild.
«Ahora bien», dijo Hagen, — «¿Qué hemos hecho?
¿Esperamos aquí para nuestro daño — a los vasallos de Brunhild?

Si ellos con sus fuerzas — llegan a este país,
Los pensamientos de la reina — no los conocemos;
¿Cómo, si fuera enojada? — Entonces estaríamos perdidos.
Y la noble muchacha hubiera nacido — para gran pena de nosotros.»

Entonces dijo Siegfried, el fuerte: — «Esto lo voy a impedir.
Lo que a vosotros preocupa, — no permitiré que pase.
Yo voy a traer ayuda — para acá a este país
Con espadas elegidos — que vosotros no conocéis.

No preguntéis por mí — yo me voy a ir.
Que Dios guarde entretanto — bien vuestro honor.
Pronto regresaré — y os llevaré mil hombres
De los mejores espadas — jamás conocidos.»

«Entonces no tardes demasiado tiempo», — dijo el rey así,
«Estaremos muy contentos — de vuestra ayuda.»
Él dijo: «Regresaré con seguridad — dentro de pocos días,
Que vos me habéis mandado — debéis decir a la reina.»

VIII AVENTURA

CÓMO SIEGFRIED VIAJÓ HACIA EL PAÍS DE LOS NIBELUNGOS

Entonces Siegfried se fue — al puerto en la playa
En su gorra mágica — donde encontró el navío:
Allí, invisible, estaba parado — el hijo del rey Siegmund.
Pronto partió manejándolo — como si soplara el viento.

Y nadie vio al barquero — aunque el navío adelantó rápidamente,
Por las fuerzas de Siegfried — que eran tan grandes,
Entonces se imaginaban, — que un fuerte viento lo empujaba:
¡No! Siegfried lo guiaba — el hijo de la bella Sieglinde.

Después de haber pasado — un día y una noche más,
Llegó a un país — de poder enorme:
Era de largo cien millas — y todavía más
El país de los nibelungos — donde había ganado el gran tesoro.

El héroe viajó solo — hacia una pradera ancha,
Amarró bien su barco — el caballero siempre dispuesto.
Sobre una montaña encontró — situado un castillo,
Y buscó posada — como suelen hacerlo los cansados del viaje.

Entonces llegó ante el portal — que estaba cerrado:
Guardaban su honor — como todavía era costumbre en el país,
Empezó a tocar en la puerta — el hombre desconocido;

Ésta estaba bien cuidada: — encontró adentro

A un hombre monstruo, — que allí guardaba el portal,
A su lado siempre — yacían sus armas.

Éste dijo: «¿Quién toca tan violentamente — afuera a la puerta?»

Entonces Siegfried, el temerario, — ante ella, disimuló su voz.

Y dijo: «Soy un caballero — abridme el portal:

Muchos hoy tendrán — que seguirme todavía,

Quienes con gusto descansarían — y quedarían en su cuarto.»

Esto disgustó al portero — cuando Siegfried habló de este modo.

El valiente gigante — se había puesto su armadura,

Levantado el yelmo a la cabeza, — el hombre fuerte:

Ahora agarró su escudo, — y abrió de par en par el portal.

¡Cómo atacó corriendo a Siegfried — tan ferozmente, ante él!

¿Cómo podía atreverse a despertar — a tantos hombres valientes?

Entonces impartió rápidos golpes — con su mano.

El noble forastero — se protegió de muchos golpes:

Entonces el portero — le astilló el adorno de su escudo,

Con una barra de fierro: — así que el espada sufrió apuros

Casi empezó a temer la muerte — Siegfried, el héroe.

Cuando el portero tan furiosamente — lo golpeó.

Por ello, su señor Siegfried — le otorgó sus favores.

Batallaron tan fuertemente, — que todo el castillo resonó,

La fuerza de ambos combatientes — era tan grande y completa.

Pero finalmente venció al portero, — de modo que lo amarró;

La noticia fue conocida — en todo el país de los Nibelungos.

La feroz lucha la oyó desde lejos — a través de la montaña,

Alberich el fuerte — un enano, duende muy valiente.

Pronto se armó — y corrió a donde encontró
A este noble forastero — desconocido por ambos.

Alberich estaba iracundo — además bastante fuerte:
Yelmo y armadura de malla — llevaba en su cuerpo,
Y un látigo pesado, — de oro en su mano.
Entonces corrió rápidamente — adonde encontró a Siegfried.

Siete bolas pesadas, — estaban colgadas del látigo,
Con las cuales ante la izquierda — el escudo del hombre valiente,
Astilló amargamente — casi se deshizo en astillas,
El magnífico huésped — tuvo apuros por su vida.

El escudo, totalmente roto — lo lanzó de su mano,
Tiró de su lado un arma — muy larga:
No quería matar — al guardián de su tesoro,
Cuidaba de su gente — como le mandó su virtud.

Con manos fuertes — atacó violentamente a Alberich,
Y agarró de su barba — al hombre anciano.
Y lo jaló violentamente: — el enano gritó de dolor:
El castigo del joven héroe — le humilló en el corazón.

De voz alta gritó el valiente: — «Ahora dejadme la vida:
Y si no me hubiera sometido — ya a un héroe,
A quien tenía que jurar — que soy su vasallo,
Os serviría hasta mi muerte», — así habló el enano astuto.

También amarró a Alberich — como antes al gigante:
Las fuerzas de Siegfried — le dolían mucho.
El enano empezó a preguntarle: — «¿Cómo os llamáis?»
Él dijo: «Soy yo, Siegfried: — pensé que me conocíais bien.»

Entonces dijo el enano Alberich: — «¡Ay, bien de estas nuevas!

Pesadamente lo he experimentado — en vuestras hazañas,
Que bien lo habéis merecido, — de ser dueño de este país.
Hago lo que me mandéis — si me dejáis libre.»

Entonces dijo el espada Siegfried: — «Bien, apuraos rápidamente
Y traedme aquí a los mejores, — que están en el país,
Mil Nibelungos — que quiero ver aquí.»
Lo que quería con ellos — todavía lo calló.

Entonces soltó a Alberich — y al gigante de las cadenas.
Corrió rápidamente el enano — donde encontró a los héroes.
Despertó en grandes apuros — a aquellos vasallos de Niblung,
Y dijo: «Despertad, héroes — debéis venir con Siegfried.»

Saltaron de las camas — e inmediatamente estuvieron listos:
Mil rápidos caballeros — que pronto estaban vestidos.
Se fueron allá y encontraron — parado a Siegfried.
Entonces se cambiaron muchos saludos afectuosos — no sin temor.

Mandaron prender muchas velas: — le escanciaron vino puro:
De que hubieran llegado tan pronto — les dio a todos las gracias.
Él dijo: «Debéis seguirme — de aquí allende del mar.»
Todos estaban dispuestos — estos héroes buenos y temerarios.

Como treinta veces cien espadas — habían llegado inmediatamente:
De ellos escogieron — mil de los mejores.
A ellos trajeron — los yelmos y otra armadura,
Cuando quería llevarlos — al país de Brunhilde.

«Escuchad, vosotros, buenos caballeros — voy a deciros una cosa:
Debéis llevar vestidos ricos — allá en la corte,
Pues nos tendrán que ver — muchas mujeres bellas,
Por eso debéis adornar vuestro cuerpo — con vestidos buenos.»

Ahora los tontos — quizá quisieran acusarme de mentiroso:
¿Cómo podrían reunirse — tantos caballeros?
¿De dónde tomaron los alimentos? — ¿De dónde tantos vestidos?
Y si poseyera treinta países, — jamás podría lograrlo.

Cuán rico era Siegfried — lo conocéis bien.
Le sirvió el tesoro de Niblung — y el país del rey,
Por eso dio a sus espadas — completamente de todo;
Nunca disminuía el tesoro — aunque tomaran tanto de él.

Temprano en una mañana — empezaron ellos el viaje:
¡Qué hombres tan rápidos — se agrupaban alrededor de Siegfried!
Llevaban buenos caballos — y vestidos magníficos:
Sin peligro alguno — llegaron al país de Brunhild.

Entonces en las ventanas — se asomaban muchas doncellas bonitas.
Y luego dijo la princesa: — «¿Sabe alguien, quiénes son,
Aquellos que veo llegar — tan lejos por el mar?
Llevan velas blancas — más blancas todavía que la nieve.»

Entonces dijo el señor del Rhin: — «Es mi séquito guerrero,
Que abandoné durante el viaje, — no lejos de aquí:
He mandado por ellos: — ahora, señora, han llegado.»
Recibieron con amabilidad — a los maravillosos huéspedes.

Entonces vieron a Siegfried — parado a la cabeza del barco,
En vestidos riquísimos — con muchos hombres más.
Entonces dijo la hija de reyes: — «Señor rey, queréis decirme:
¿Debo saludar a los huéspedes — o negarles el saludo?»

Él dijo: «Debéis ir a su encuentro, — cortésmente,
Que comprendan inmediatamente, — que nos da gusto verlos aquí.»
Entonces hizo la princesa, — como el rey se lo aconsejó:
A Siegfried distinguió con su saludo — entre los demás.

Les dieron posada — y guardaron sus vestidos.
Entonces habían llegado — tantos huéspedes al país,
Que en todas partes se alborotaron — con las huestes del país:
Entonces los temerarios — querían volver a viajar a su país, con los
Burgundios.

Entonces dijo la princesa: — «Siempre recibiría mis favores,
Quien quisiera repartir — mi plata y mi oro
A mis huéspedes y también lo del rey, — de quien ganó tanto.»
Le contestó Dankwart, — vasallo del valiente Geiselher:

«Nobilísima princesa, — dejadme cuidar de las llaves:
Lo voy a repartir de modo», — dijo el espada valiente
«Que si me gano vergüenza, — que sólo caiga en mí.»
Que era un hombre generoso, — todos lo reconocían.

Cuando el hermano de Hagen, — se encargó de las llaves,
La mano del héroe ofreció — muchos regalos ricos.
Quien deseaba un marco — le dieron tanto,
Que todos los pobres podían — vivir en alegría.

Como cien libras — regaló sin selección:
Entonces partieron muchos de la sala, — en vestidos ricos,
Que jamás en su vida anteriormente — habían llevado vestidos tan
distinguidos.
La reina lo supo: — y le causó bastante dolor.

Entonces dijo la princesa: — «Quisiera evitarlo, rey,
Que nada quedara para mí — ante vuestros camariegos
De todas mis riquezas: — él malgasta todo mi oro.
Quien resistiera a eso — siempre tendría mis favores.

Da regalos tan ricos: — El espada parece imaginarse,

Que he mandado por la muerte: — pero quiero vivir todavía;
La herencia de mi padre — yo misma puedo despilfarrarla.»
Nunca una reina — ganó a un camariego tan generoso.

Entonces habló de Tronje Hagen: — «Señora, debéis saber:
El rey del Rhin — tiene oro y ricos vestidos
Para darlos, una tal abundancia, — que no ha menester,
Que nos llevemos de aquí — una parte de la riqueza de Brunhild.»

«No, si me amáis», — empezó la reina,
«Veinte escritorios de viaje — me deben llenar
De oro y de seda: — que los reparta mi propia mano,
Tan pronto como lleguemos allá — al país de los Burgundios.»

Entonces cargaron los cajones — de piedras preciosas.
Sus propios camariegos — tenían que estar presentes:
No quería confiarlo — al súbdito de Geiselher.
Gunther y Hagen — por eso empezaron a reírse.

Entonces dijo la princesa: — «¿A quién voy a dejar mi país?
Primero vamos a determinarlo — vuestra mano y la mía.»
Entonces dijo el noble rey: — «Pues llamad a alguien,
Quien os guste para eso, — a fin de que reciba el cargo de gobernante.»

A uno de sus mejores amigos — vio la doncella a su lado:
Era el hermano de su madre, — a él empezó a hablar:
«Dejaos encomendado — mis castillos y mi país,
Hasta que el rey Gunther — haya mandado a sus funcionarios.»

De su séquito elegía inmediatamente — a mil hombres,
Que debían viajar con ella — al país de los Burgundios,
Con aquellos mil héroes — del país de los Nibelungos.
Así se preparaban para el viaje: — los vieron cabalgar hacia la playa.

Llevaba también consigo — a ochenta y seis mujeres.
Además cien doncellas — muy bellas de ver.
Ya no tardaban más — ya querían partir:
Aquellas que dejaron allí, — tantas empezaron a llorar.

En modales virtuosos — la mujer abandonó su país,
Besando a sus amigos más próximos, — que estaban a su lado.
Con buena licencia — llegaron a la mar,
Al país de su padre — nunca más volvió la doncella.

Durante el viaje sonaba — mucha diversión y juego
Tenían toda clase — de divertimientos.
También se levantó para el viaje — el buen viento sobre el agua:
Se separaron de la tierra: — lo lloraban muchos hijos de madres.

Pero no quería amar al rey — durante el viaje:
Esta diversión se aplazó — hasta que llegaran a su casa,
En Worms, en el castillo — hasta un banquete de corte,
Adonde con sus huestes — alegremente llegaron después.

IX AVENTURA

CÓMO MANDARON A SIEGFRIED HACIA WORMS

Cuando ya estaban viajando — nueve días completos,
Entonces dijo de Tronje Hagen: — «Escuchad, lo que os digo:
Tardamos demasiado con las noticias — hacia Worms, a las orillas del Rhin
Ya deberían estar vuestros mensajeros — con los Burgundios.»

Entonces dijo el rey Gunther — «Habláis bien,
Entonces preparaos vos mismo — para el viaje, hombre valiente,
Ya que ahora — no tenemos nadie aquí
Quien pudiera cabalgar hasta allá.» — Entonces dijo el espada distinguido

«Sabed, querido señor — no soy un buen mensajero,
Dejadme encargarme de la gente; — quedarme en el barco
Quiero, con las mujeres — y cuidar de su equipaje,
Hasta que las llevemos — al país de los Burgundios.

No, rogad a Siegfried — que lleve este mensaje,
Él sí lo ejecutará — con sus fuerzas caballerescas.
Si quiere negarse de hacer el viaje — debéis, con buenos modales
Solicitarle el viaje amablemente, — por el amor a vuestra hermana.»

Él mandó llamar al héroe; — él vino cuando lo encontraron.
Le dijo: «Ya nos volvemos — a acercar a mi país;
Entonces debería yo mandar mensajeros — a mi querida hermana,

Y también a mi madre — que ya estamos por llegar al Rhin.

De modo que os ruego, señor Siegfried — que vos hagáis el viaje,
Siempre os lo agradeceré,» — así habló el buen espada.
Entonces Siegfried se negó — el hombre de alto ánimo,
Hasta que el rey Gunther — empezó a suplicarle mucho.

Él dijo: «Debéis cabalgar — por mi voluntad,
También por Kriemhild — la bellísima doncella,
Que bien lo merece — la linda niña.»
Cuando Siegfried oyó eso — el héroe estaba pronto dispuesto.

«Mandad lo que queréis — debe ser anunciado por mí:
Con gusto lo haré — por la bellísima doncella,
La que llevo en mi corazón, — no renunciaré a ella.
Por ella voy a ejecutar todo — lo que vosotros mandéis.»

«Decid entonces a la señora Ute, — la rica reina,
Que en este viaje — estoy de alto ánimo.
Cómo hemos ganado a la novia — decid a mis hermanos;
También a nuestros amigos — debéis dar las noticias.

Tampoco debéis ocultar nada — a mi bella hermana,
Con Brunhilde quiero estar — siempre a su servicio;
Decid también al séquito — y a todos mis vasallos:
Que todo lo que mi corazón deseaba — que todo lo he ganado.

Y decid a Ortwein — a mi querido sobrino,
Que mande erigir palcos — a las orillas del Rhin;
También a mis vasallos y amigos — hay que avisarles,
Que voy a celebrar con Brunhild — una gran boda.

Y rogad a mi hermana — que tan pronto sepa,
Que con mis huéspedes — haya llegado al país,

Que entonces reciba con cariño — a mi querida novia:
Por eso, en fidelidad — para siempre le daré mi favor.»

Entonces, a Brunhild — y a su séquito
Pronto pidió licencia Siegfried, — hijo de Siegmund,
Como era su deber: — después cabalgó hacia el Rhin.
En todos los países — no había mejor mensajero.

Con veinticuatro espadas — llegó a la ciudad de Worms;
Llegó sin el rey — así corrió la noticia.
Entonces el séquito — se apenaba con lamentos,
Preocupados, que el rey — hubiese encontrado la muerte allá.

Desmontaron de los caballos — y estaban de alto ánimo;
Entonces inmediatamente vino el señor Geiselher — el joven rey bueno,
Y Gernot, su hermano: — cuán rápido habló entonces,
Cuando no vio al rey Gunther — al lado de Siegfried.

«Bienvenido, noble caballero, — os ruego, decidme:
¿Dónde quedó mi hermano — el rey?
La fuerza de Brunhild — seguramente nos lo arrancó:
Entonces su alto amor — nos causó profundo daño.»

«Dejad esta preocupación: — a vosotros y a sus amigos
Mi compañero de viaje — ofrece sus servicios.
Lo dejé bien cuidado; — él me mandó con vosotros,
De modo que fuese su mensajero — con las noticias, a vuestro país.

Ahora ayudadme a lograr — como sea que se haga,
Que vea a la reina Ute — y a vuestra hermana;
Les debo dejar oír — lo que les mandan decir
Gunther y la señora Brunhild; — ambos están salvos y sanos.»

Ahora dijo el joven Geiselher: — «Entonces debéis visitarlas;

Con eso habréis hecho a mi madre — un servicio de amor.
Ella todavía está muy preocupada — a causa de mi hermano:
Ambas os verán con gusto — de eso no os apuréis.»

Entonces dijo el espada Siegfried: — «Donde quiera que pueda servirla,
Siempre será hecho, — fiel y voluntariamente.
¿Quién avisará ahora, que yo vengo, — a las dos señoras?»
«Eso lo haré yo», dijo entonces — Geiselher, este apuesto hombre.

El orgulloso héroe temerario — habló entonces a su madre
Y también a su hermana, — cuando vio a ambas:
«Nos ha llegado Siegfried, — el héroe de los Países Bajos,
Mi hermano Gunther lo ha mandado — hacia acá, al Rhin.

Él nos trae noticias — cómo está el rey;
Ahora debéis permitirle — que venga a la corte:
Él trae las verdaderas noticias — a nosotros, de Islandia.»
Todavía no abandonaron las nobles mujeres — su preocupación.

Corrieron por sus más bellos vestidos — y se vistieron con ellos,
E invitaron a Siegfried — a venir a la corte.
Eso lo hizo el espada, con buena voluntad, — ya tenía ganas de verla,
Kriemhilde, la noble — entonces le habló con gran bondad:

«Bienvenido, señor Siegfried, — caballero sin par:
¿Dónde quedó mi hermano Gunther, — el rico y noble rey?
Temo, que a causa de la fuerza de Brunhild, — lo hayamos perdido:
Ay de mí, pobre doncella — que jamás vi la luz.»

Entonces dijo el caballero temerario: — «Ahora dadme recompensa de
 mensajero,
Doncellas nobles — lloráis sin necesidad.
Lo abandoné bien cuidado: — eso os lo hago saber:
Él y la bella Brunhilde — me mandaron hacia acá.

Os ofrecen sus servicios — fielmente a todo el país,
Rica hija de reyes — de eso os informo;
Dejad ahora vuestras lágrimas — pronto van a venir.»
Por muchos días — ella no había escuchado noticias tan agradables.

Con su vestido blanco — de ojos bellísimos
Secó las lágrimas; — empezó a darle las gracias,
Al mensajero de estas noticias — que le habían llegado;
Su gran dolor y también sus lágrimas — se le habían quitado.

Mandó que se sentara el mensajero: — él estaba muy dispuesto.
Entonces dijo la lindísima: — «No lo sentiría
Si me permitieseis daros — mi oro como recompensa de mensajero:
Para eso sois demasiado distinguido: — de modo que os quedaré
agradecida para siempre.»

Él dijo: «Y aunque treinta países — podría llamar míos,
Me gustaría aceptar — el regalo de vuestra mano.»
Ahora dijo la doncella linda: — «Así entonces se hará.»
Y mandó a su camariego — a traer la recompensa de mensajero.

Veinticuatro broches — incrustados de piedras preciosas
Le dio como recompensa. — Así era el ánimo del héroe:
No quería quedarse con ellos: — los dio inmediatamente
A sus servidoras más íntimas, — que encontró en la recámara.

La madre le ofreció sus servicios — con gran bondad.
«Además debo deciros todavía», — dijo el hombre valiente,
«Lo que os ruega el rey, — tan pronto como llegue al Rhin.
Si se lo cumplís, señora — él siempre os dará sus favores.

A sus ricos huéspedes — así lo oí solicitar,
Debéis recibir bien — y además concederle el favor,

De cabalgar a su encuentro — a la playa ante la ciudad de Worms,
Eso es, por lo que el rey — manda pedirlos, con toda fidelidad.»

«Con gusto así lo haré» — dijo la bellísima doncella.
«Con lo que puedo servirle, — no se lo negaré.
Con amistosa fidelidad — cumpliré todos sus deseos.»
Entonces se sonrojó más — el color lo había causado el amor.

Jamás se vieron recibir tan bien — a mensajeros de príncipes.
Si hubiera podido besarlo — con gusto lo hubiera hecho;
Con amor, el apuesto — tomó licencia de la señora.
Entonces hicieron los Burgundios — como el mensajero se los había
aconsejado.

Sindold y Hunold, — y Rumold el espada,
Tenían poco tiempo — de entregarse al ocio,
Cuando arreglaron los asientos — ante la ciudad de Worms, en la playa:
Los funcionarios del rey — se encontraron muy ocupados.

Ortewein y Gere — tampoco tardaron más,
Mandaron llamar a todos los amigos — en los alrededores,
Para anunciar la boda, — que iba a celebrarse;
Entonces todas las bellísimas doncellitas — empezaron a adornarse.

El palacio y las paredes — en todas partes estaban
Adornados, a causa de los huéspedes; — la sala del rey Gunther
Fue bien preparada — por muchos hombres extranjeros,
El gran banquete de boda — empezó con alegría.

Entonces cabalgaron en todas partes — por los caminos del país,
Los amigos de los tres reyes; — habían enviado por ellos,
Para que ayudasen a recibir — a aquellos que iban a llegar:
Entonces de los cajones — sacaron muchos ricos vestidos.

Pronto trajeron la noticia — que ya vieron cabalgando
Al rey con los huéspedes: — había entonces mucho alboroto
De la multitud del pueblo — en el país de los Burgundios.
¡Hey!, cuántos espadas rápidos — encontraron ahora con la señora
 Brunhild!

Ahora dijo la bella Kriemhild: — «Vosotras, mis doncellas,
Que quieran estar a mi lado — durante la recepción,
Buscad de los cajones — vuestros mejores vestidos:
De este modo nuestros huéspedes — nos conferirán elogio y honores.»

Entonces también vinieron los guerreros — y mandaron ante sí,
Cargar bellas sillas — pesadas de oro rojo.
De modo que en ellas cabalgasen las mujeres — desde Worms al Rhin.
Mejor sillería — no podía haber nunca.

¡Cómo brilló de los caballos — el resplandor del oro claro!
¡Cómo resplandeció de las bridas — tanta piedra preciosa!
Los asientos de las sillas de oro, — forrados de claras telas costosas
Trajeron a las mujeres: — ellas tenían gran alegría.

Con bridas y cintas de seda — bellas y fuertes al mismo tiempo,
Trajeron caballos nobles — para las mujeres, ante la sala.
Las angostas correas del pecho — que llevaban los caballos
Eran de la mejor seda — que jamás se oyó decir.

Ochenta y seis mujeres — salieron entonces del castillo,
Todas llevaban gorras en la cabeza; — se reunieron con Kriemhild ante la
 casa,
Las bellas, ahora — en ricos vestidos;
Entonces vinieron también muy adornadas — muchas doncellas lindísimas,

Cincuenta y cuatro — del país de los Burgundios:
Esas eran también las mejores — que jamás se encontraron;

Las vieron caminar, — con rizos de oro, bajo claras cintas.
Lo que había deseado el rey — lo vio cumplirse con celo.

De ricas telas claras — de lejanos países paganos
Llevaron ante los huéspedes — muchos magníficos vestidos.
Les quedaban muy bien — a sus bellos colores.
Si alguien no las quisiera — seguramente tendría poco ánimo.

De armiño y sable — se encontraron muchos vestidos.
Muchas se adornaron — el brazo y la mano
Con broches sobre la seda — que debían llevar;
Toda esta actividad — nadie podría decíroslo hasta el final.

Muchos cinturones — artísticamente hechos, preciosos y largos
Amarró sobre sus vestidos claros — la mano de las mujeres,
Alrededor de faldas de Ferrans — y tela de Arabia.
Las nobles doncellas — estaban llenas de gran alegría.

Muchas bellas doncellas — mandaron fajarse en joyas sobre el pecho
Muy lindamente. — Aquella podía apurarse mucho,
Cuyo claro color — no resplandeciera más que su vestido.
Tan bellas sirvientas — ahora no tiene reina alguna.

Cuando las mujeres lindísimas — ahora se habían puesto sus vestidos,
Vinieron los hombres — que iban a guiarlas, inmediatamente,
Un gran número de caballeros — de alto ánimo.
También trajeron muchos escudos — y muchas lanzas de haya.

X AVENTURA

CÓMO GUNTHER SE CASÓ CON BRUNHILD

Al otro lado del Rhin, — vieron en la ribera
Con todos sus huéspedes, — acercándose ya el rey.
Pudieron ver también, — guiadas de la brida de su caballo, muchas
 doncellas,
Las que debían recibirla, — todos estaban listos.

Cuando llegó en los barcos — de Isenland la gente
Y los de los Nibelungos, — que eran súbditos de Siegfried,
Corrían hacia la ribera — ocuparon sus manos,
Cuando encontraron a los amigos del rey, — al otro lado de la ribera.

Ahora, oíd también — las nuevas de la reina,
Ute, la rica, — cómo llevaba a las muchachas
De la fortaleza — y ella misma cabalgaba a la playa,
Entonces se conocieron — muchas doncellas y muchos caballeros.

El Margrave Gere guiaba — por la brida, el caballo de Kriemhild
Hasta el portal del castillo; — Siegfried, el distinguido héroe
Tenía que servirla, desde allí; — ella era tan bella y distinguida;
Eso se lo recompensó más tarde — la doncella linda.

Ortwein, el temerario — guio a Ute, la reina.
Y así muchos caballeros — cabalgaron al lado de las mujeres.
Para una recepción festiva — eso hay que confesar,

Jamás había reunión — de tantas mujeres.

Muchos juegos caballerescos — se ejecutaron entonces
De famosos héroes — (¿cómo hubieran podido dejarlo?)
Ante Kriemhild, la bella, — que llegó hacia los barcos.
Entonces bajaron de los caballos — muchas de las lindas mujeres.

El rey había desembarcado — con mucha caballería extranjera;
¡Cómo se rompieron ante las mujeres — tantas lanzas fuertes!
Entonces oyeron resonar sobre los escudos — muchos golpes;
¡Hey! el ruido de las bolladuras de metal — se levantó fuertemente entre la
 multitud.

En el puerto estaban paradas — las hermosísimas mujeres.
Gunther con sus visitas — salió de los barcos:
Él mismo llevaba a Brunhilde — de la mano.
Juntos resplandecían — piedras preciosas y vestidos claros.

Con modales cortesanos se acercaba — la señora Kriemhild,
Donde recibía a la señora Brunhild — y a su séquito.
Podían verse blancas manos — que arreglaban la coronita,
Cuando se besaban ambas; — lo hicieron de amor.

Entonces, bieneducada — dijo Kriemhild, la muchacha:
«Sednos bienvenida — en este país,
A mí y a mi madre — y a todos que son fieles a nosotros
De vasallos y de amigos.» — Entonces ambas se inclinaron.

Repetidas veces — se abrazaron las dos mujeres.
Una recepción tan amistosa — jamás se ha visto antes,
Como la que las dos mujeres — ofrecieron a la novia,
La señora Ute y su hija: — besaron frecuentemente la dulce boca.

Cuando todas las mujeres — de Brunhild estaban en la playa

Caballeros valientes tomaron — de la mano amablemente,
A muchas mujeres — elegidas.
Vieron paradas a las muchachas nobles — ante la señora Brunhild,

Hasta que hubiera terminado la recepción, — esto duraba mucho tiempo,
Y para muchas bocas rosadas — había besos.
Todavía estaban paradas juntas — las reinas ricas,
Y de esto se regocijaban verlo — muchos de los héroes sin par.

Entonces espiaban con sus ojos, — aquellos que muchas veces habían oído
antes,
Que cosa tan bella nunca jamás — se había visto antes,
Que estas dos mujeres: — y lo encontraron en verdad.
No vieron en su belleza — el menor defecto.

Quien sabía apreciar a mujeres — y a un cuerpo hermoso,
Alababa por su belleza, — a la esposa del rey Gunther.
Pero dijeron entonces los concedores, — que miraban bien
Que antes que a Brunhild, — debía concederse el premio a Kriemhild.

Ahora se reunieron — las doncellitas y las mujeres:
Con preciosos adornos se podían ver — muchas mujeres bellas.
Había casas de campaña de seda — y muchas ricas tiendas:
Las vieron erigidas — aquí ante Worms en todo el campo.

Los amigos del rey se empujaban — para verlas.
Entonces mandaron ir — a ambas reinas
Y a todas las mujeres con ellas — adonde había sombra:
Las guiaron los espadas — del país de los Burgundios.

Ahora también los huéspedes — habían montado sus caballos;
Entonces, durante el torneo — había muchos golpes atravesando los
escudos,
En el campo se levantó el polvo — como si todo el país

Se hubiera incendiado en llamas: — muchos espadas se presentaron mutuamente.

Lo que los héroes ganaron — numerosas niñas lo vieron.
Muchas veces con sus espadas — Siegfried, el hombre temerario
Pasaba, en nuevas vueltas — por la tienda de campaña;
El héroe encabezaba — mil espadas de los Nibelungos.

Entonces llegó de Tronje, Hagen — como el rey se lo aconsejó:
El héroe, con buenos modales — separó los juegos caballerescos,
Para que no ensuciara el polvo — a las mujeres lindísimas:
Entonces pudo ver entre los huéspedes — perfecta obediencia.

Ahora dijo el noble Gernot: — «Dejad parados los caballos,
Hasta que empiece a bajar el calor, — de modo que podamos acompañar
A las bellas mujeres, con nuestro servicio — ante la amplia sala.
Cuando el rey quiera partir a caballo — que todos vosotros estéis listos.»

En todo el campo — los juegos caballerescos se habían terminado;
Entonces los caballeros se fueron — a muchas altas tiendas
Para divertirse con las mujeres — para ganar gran alegría:
Así se pasaron las horas — hasta que iban a partir.

Antes de que anocheciera, — cuando se oscureció la luz del sol
Y empezó a hacer frío — no esperaron más tiempo:
Hacia el castillo se encaminaron — las mujeres y los caballeros;
Con sus ojos acariciaron — lindamente a muchas bellas.

Entonces buenos escuderos — cabalgaron por vestidos
De los valientes — según la costumbre del país.
Hasta que el rey saltó de su caballo, — ante el ancho palacio.
Entonces sirvieron a las mujeres — como buenos caballeros lo hacen siempre.

Ahora se separaban también — las reinas ricas.
Se fueron la señora Ute — y al mismo tiempo Kriemhild
Con su séquito — a una sala amplia,
Y en todas partes se oyó, — el ruido fuerte de la alegría.

Arreglaban ahora las sillas: — el rey quería sentarse
A la mesa con las visitas. — Y vieron parada a su lado
A Brunhild la bella, — que ahora llevaba la corona
En el país del rey: — ella era bella y parecía bastante rica.

Vieron preparadas bellas sillas — y mesas buenas y anchas también,
Cargadas de comida, — así oímos decir.
De lo que iban a recibir — qué poco faltaba,
Vieron cerca del rey — a muchos hombres magníficos.

Los camariegos del anfitrión, — en vasijas rojas de oro
Les ofrecieron agua. — Sería dicho en vano
Si alguien dijese, — que hubieran tenido un más esmerado servicio
Durante la boda de un príncipe; — yo no lo creería.

Antes de que el señor del Rhin — tomase ahora el agua,
A Gunther se acercaba Siegfried, — podía hacerlo sin vergüenza,
Y le recordaba de su fidelidad, — que le dio como prenda,
Antes de que hubiera visto — a Brunhilde en Isenland.

Le dijo: «Pensad ahora, — en lo que me juró vuestra mano;
Si traíamos a la señora Brunhild — a este vuestro país,
Que me queríais dar a vuestra hermana: — ¿dónde está ahora el juramento
vuestro?

Vos sabéis, que durante vuestro viaje — no rehusé trabajo alguno.»

Entonces dijo el anfitrión al huésped: — «Bien me lo recordáis.
No voy a romper el juramento — que he jurado con boca y mano,
Yo os ayudaré a cumplirlo, — lo mejor que se pueda hacer.»

Entonces mandaron aparecer a Kriemhild — en la corte ante el rey.

Con sus bellas muchachas — apareció ella ante la sala,
Entonces brincó de la escalera — Geiselher a su lado:
«Mandad ahora regresar — a estas muchachas:
Mi hermana debe estar — sola aquí con el rey.»

Llevaban entonces a Kriemhild, — adonde encontraron al rey,
Allí estaban caballeros nobles, — de los países de muchos príncipes.
En la vasta sala — mandaron a ella detenerse:
A la señora Brunhild también — vieron irse a la mesa.

Ella no conocía la noticia — de lo que iba a realizarse.
Entonces el rey Gunther — dijo a los señores, sus vasallos:
«Ayudadme, a que mi hermana — tome como esposo a Siegfried.»
Todos dijeron unánimes: — «Eso sería bien hecho.»

Ahora dijo el rey Gunther: — «Hermana, doncella noble,
Por tu educación y bondad, — cumple tú con mi juramento.
Juré darte a un caballero, — y si tú lo quieres como esposo,
Habrás hecho mi voluntad — con gran fidelidad.»

La muchacha contestó: — «Mi querido hermano,
No me debéis suplicar, — voy a obedeceros.
Como vosotros mandáis — así debe ser:
Me voy a comprometer con aquél — a quien vos, señor, me dais por
esposo.»

Del encanto de sus ojos — el color de Siegfried se sonrojó:
Se ofreció el espada — al servicio de la señora Kriemhild.
Mandaron a ambos — pararse en un círculo
Y les preguntaron, si ella quería — a este caballero elegido.

Tímida como suelen ser las muchachas, — se avergonzaba un rato.

Pero a Siegfried la suerte y la felicidad — le eran tan favorables,
Que ella no quería — rehusar su mano.
También se prometió como esposo a ella — el héroe noble de los Países
Bajos.

Cuando él se comprometió con ella — y con él la doncella,
Entonces daba un abrazo — amoroso luego
Siegfried a la bella — muchacha delicada:
Besaba a la noble reina — en presencia de los caballeros.

Se fue el séquito — cuando había pasado esto,
Vieron en el lugar de honor — a Siegfried,
Sentado con Kriemhild; — y le servían muchos hombres,
Vieron a los Nibelungos — que se acercaban a los asientos con él.

El rey estaba sentado en la mesa — al lado de Brunhild, la doncella.
Entonces vio a Kriemhild — (nada le pesaba jamás tanto como esto)
Al lado de Siegfried, sentada: — ella empezó a llorar,
De modo que muchas lágrimas ardientes — corrieron por sus mejillas
blancas.

Entonces dijo el anfitrión del país: — «¿Qué os pasa, esposa mía,
Que se enturbia tanto — el brillo de vuestros ojos?
Deberíais regocijaros mucho: — de vos están súbditos
Mi país y fortalezas ricas — y muchos héroes valientes.»

«Más bien debo llorar», — dijo la bella doncella
«Por tu hermana — tengo mucha tristeza.
La veo sentada al lado de tu vasallo.
Bien siempre debo llorar, — si ella está tan humillada.»

Entonces dijo el rey Gunther: — «Cállate ahora de esto,
En otra ocasión voy — a deciros los motivos,
Por qué mi hermana — fue dada a Siegfried;

Bien que viva tanta alegría — para siempre con el héroe.»

Ella dijo: «Siempre me dan — lástima su belleza y su educación,
Si supiera a dónde ir, — mejor huiría,
Y jamás me acostaría — antes con vos
Hasta que supiera, por qué Kriemhild — es la prometida de Siegfried.»

Entonces dijo el rey Gunther — «Os voy a informar de esto:
Él mismo tiene castillos como yo — y un país vasto.
Podéis creérmelo con seguridad, — él es un rey y rico.
Por eso no le envidio como esposa, — a la bella doncella sin par.»

Dijera lo que dijera Gunther a ella, — triste quedaba su alma.
Corrían de las mesas entonces — muchos caballeros.
El torneo empezó tan violentamente, — que resonó el castillo en su
alrededor.
El anfitrión con sus huéspedes — mucho se aburrió.

Pensaba, que gozaría más, — acostándose con la bella esposa,
Y no podía desechar de su corazón — este pensamiento,
Que de amor tendría — gran regocijo,
Por eso empezó a mirar con amores — a la señora Brunhilde.

Pidieron a los huéspedes — renunciaran al torneo,
Que con su esposa quería — acostarse el rey.
Ante la escalera de la sala — se encontraron entonces
Kriemhild y Brunhild: — todavía pasó esto en amistad.

Entonces vino su séquito; — ya no tardaron más,
Sus ricos camareros — les trajeron la luz.
Se separaron los caballeros, — vasallos de ambos reyes.
Y vieron a muchos de los espadas — irse con Siegfried.

Los héroes llegaron ambos — adonde iban a acostarse.

Y cada uno pensaba, — en vencer en amores
A las mujeres hermosísimas — de esto se regocijaban.
La felicidad de Siegfried — llegó a ser linda y preciosa.

Cuando Siegfried, el espada — yacía con Kriemhild,
Y a la doncella acariciaba — con tanta ternura,
Con su noble amor — ella se le hizo como su propia vida:
No hubiera dado a ésta única — por mil otras mujeres.

No os digo más — de cómo la amaba.
Ahora oíd estas nuevas — cómo el rey Gunther se acostaba
Con Brunhild, la señora; — el espada delicado
Mejor se hubiera acostado con otras mujeres, — gozando más.

Su séquito lo había abandonado — así mujeres como hombres.
Se cerró la recámara — entonces pronto.
Él pensaba acariciar — el cuerpo hermosísimo;
Pero mucho tiempo pasaría todavía, — hasta que ella fuera su esposa.

Con blanca camisa de lino — se fue a la cama.
El noble caballero pensaba: — «Ahora todo eso es mío,
Lo que jamás he anhelado — en todos mis días.»
A causa de su belleza — ella con toda justicia debía gustarle.

La luz quería apagar — la mano del rey noble.
Se fue el espada valiente — adonde encontró a la doncella.
Se acostó con ella — la alegría era grande,
Cuando el héroe iba a abrazar — a la hermosísima,

Y la hubiera acariciado — con mil amores,
Si la señora noble — lo hubiera tolerado;
Pero ella se enojó mucho: — esto entristecía al caballero.
Él pensaba encontrar delicias — y encontró odio hostil.

Ella dijo: — «Noble caballero, no pensad en esto
Lo que tenéis en mente — esto no puede acontecer.
Quiero seguir siendo doncella todavía, — señor rey, acordáis de esto,
Hasta que sepa las nuevas». — Entonces Gunther empezó a odiarla.

Luchó con ella por su amor — y rompió el vestido de ella,
Entonces tomó un cinturón — la muchacha magnífica,
Un cordón fuerte, — que ella tenía ceñido
E hizo — bastante mal al rey.

Los pies y las manos — se los amarró fuertemente.
Lo llevó hacia un clavo — y lo colgó de la pared.
Cuando la molestó en su sueño, — ella le prohibió su amor.
De las fuerzas de ella — casi hubiera ganado la muerte.

Entonces empezó a suplicar, — él que debería haber sido el maestro:
«Soltadme las ligas, — nobilísima señora mía.
No me atreveré, señora bella, — a vencer a vos,
Y ya raras veces me atreveré — a acostarme con vos tan cerca.»

No preguntaba ella, cómo sentía, — ya que estaba acostada.
Allá tenía que quedarse colgado — durante la noche, hasta que amaneciera
Hasta que la mañana clara, — brillaba por las ventanas.
Si jamás había tenido fuerzas, — ahora su cuerpo estaba débil.

«Ahora decid, señor Gunther — ¿acaso lo sentiríais mucho,
Si os hallasen amarrado» — dijo la muchacha bella,
«Vuestros camariegos por la mano de una mujer?»
Entonces dijo el caballero noble: — «Esto sería en contra de vos misma.

Tampoco sería honor para mí», — dijo el hombre noble.
«Por vuestra educación y bondad, — soltadme ahora.
Y si mi amor — os parece tan odioso,
Entonces jamás tocaré — con mi mano vuestro vestido.»

Entonces soltó ella al rey, — cuando lo oyó.
Regresó él a la cama con la mujer, — mansamente.
Se acostaba lejos de ella; — su camisa fina,
No la tocaba seguido, después; — tampoco ella lo deseaba.

Entonces vino también su servidumbre — con vestidos nuevos.
De éstos había hoy en la mañana — bastantes preparados para ella.
Qué alegría mostraron todos. — Pero bastante triste estaba
El noble anfitrión del país — cuando durante el día llevaba la corona.

Según la costumbre del país, — que era obligación cumplir,
Gunther no tardó más, — con Brunhilde,
En irse a la catedral, — donde cantaban la misa.
También llegó allá el señor Siegfried; — entonces hubo mucha
aglomeración de gente.

Según los honores reales — estaban listos para ellos,
Lo que debían tener, — la corona como el vestido.
Entonces permitieron que fuesen consagrados — Cuando esto se había
hecho,
Vieron bajo la corona parados gloriosamente — a todos los cuatro.

Recibieron muchos escuderos la espada, — cuatrocientos o más,
En honor de los reyes, — por eso empeño mi palabra.
Entonces había gran alegría — en el país de los Burgundios.
Oyeron romperse las lanzas, — en las manos de los espadas caballerescos.

Estaban sentadas en las ventanas — las muchachas bellas,
Y vieron brillar ante sí — el resplandor de muchos escudos.
Ahora el rey se había separado — de sus vasallos:
Lo que quisiesen empezar — él lo toleró tristemente.

Él y Siegfried muy diferentes — sentían en su alma,

Bien sabía lo que le faltaba — el buen caballero noble.
Entonces se fue con el rey; — y empezó a preguntar:
«¿Cómo habéis salido en esta noche? — Señor, decídmelo.»

Entonces dijo el anfitrión al huésped — «La vergüenza y el desprecio
He invitado a la casa — con mi esposa.
Yo pensaba amarla — y cuán pronto me amarró ella.
Me llevó hacia un clavo — y me colgó alto en la pared.

Allá estuve colgado por temores — durante toda la noche hasta el
amanecer,
Hasta que me volvió a soltar — y qué suavemente estaba ella acostada.
De esto me quejo contigo — en secreto y por amistad.»
Entonces dijo Siegfried, el fuerte — «Lo siento en verdad.

Y os voy a comprobarlo, — si podéis olvidar el disgusto.
Yo haré que hoy en la noche — ella deba estar acostada tan cerca de vos,
Que ya no pueda — rehusaros su amor.»
Estas palabras le gustaron oír al héroe — después de su sufrimiento.

«Fíjate en mis manos, — y cómo están hinchadas:
Las apretó tan fuertemente, — como si fuera yo un niño
De modo que la sangre, — brotó de todas mis uñas,
No dudaba, que mi vida — no iba a durar más tiempo.»

Entonces dijo el fuerte Siegfried: — «Todo se arreglará todavía;
A nosotros dos, hoy en la noche — pasó muy diferente cosa,
¡A tu hermana la quiero — como mi vida y mi cuerpo!
Así también la señora Brunhild — hoy tendrá que ser tu esposa.

Vendré hoy en la noche — a tu recámara,
Y bien escondido, — en mi gorra que hace invisible,
De modo que nadie pueda — sospechar de mis artes.
Deja entonces retirarse — a los camareros a sus recámaras.

Entonces yo apagaré las luces — a los escuderos, de las manos
Con este signo — te será conocido
Que yo he entrado. — Y dominaré a tu esposa para ti,
Para que tú la ames, — o perderé vida y cuerpo.»

«Si tú no la acaricias», — dijo entonces el rey,
«A mi querida esposa: — de todo lo demás me regocijo,
Lo que hicieres y aunque le quitaras — la vida y el cuerpo;
Hasta de eso me consolaría: — Ella es una mujer terrible.»

«Esto», dijo entonces Siegfried, — «Te lo juro por mi fidelidad,
Que no la tocaré; — la querida hermana tuya
Está para mí encima de todas — las que jamás he visto.»
Bien creía el rey Gunther — entonces las palabras de Siegfried.

Entonces hubo de juegos caballerescos — alegría como apuros;
El ataque y el ruido — los prohibieron en todas partes.
Cuando las mujeres — iban a entrar en la sala,
Los camariegos mandaron a la gente — de no obstruir su camino.

De caballos y de gente — estaba desierto el patio.
Un obispo guiaba — a cada una de las mujeres,
Cuando ante los reyes — iban a sentarse a la mesa.
Les seguían hacia las sillas — muchos de los espadas distinguidos.

Al lado de su esposa — el rey estaba sentado en alegre esperanza:
Lo que Siegfried le había anunciado, — estaba en su mente.
Este único día le pareció largo — como treinta días:
El amor de Brunhild sólo anhelaba — en sus pensamientos.

Casi no podía esperar — hasta que hubiera pasado el banquete.
A Brunhilde, la bella, — llamaron de la sala
Y también a Kriemhilde: — que debían acostarse;

¡Hey! Cuantos caballeros valientes — se vieron parados enfrente de las reinas.

Siegfried, el señor — muy amorosamente estaba sentado
Con su esposa bella, — con alegrías y sin odio.
Ella acariciaba sus manos — con su mano blanca,
Hasta que él ante sus ojos, — no sabía cómo, desapareció.

Cuando ella jugaba con él, — y cuando ya no lo vio
A su séquito habló — entonces la reina:
«Me asombra mucho — ¿adónde habrase ido el rey ahora?
¿Quién ha quitado — sus manos de las mías?»

Terminó sus palabras. — En seguida, él apresurose a salir
Donde encontró a los camareros — con luces en las manos:
Estas las apagó de repente — en la mano de los escuderos:
Que estuviera Siegfried aquí, — lo sabía entonces Gunther.

Bien sabía lo que quería: — mandó irse luego
A las muchachas y damas. — Cuando esto había acontecido
El noble rey mismo cerró — la puerta de la recámara:
Dos pasadores fuertes, — los corrió rápidamente.

Detrás de la cortina de la cama, — escondió la luz de las velas,
Un juego luego empezaron, — no podía evitarse,
Siegfried, el fuerte — y la hermosa doncella:
Esto al rey Gunther daba ambos: — gusto y dolor.

Entonces Siegfried se acostaba — al lado de la reina.
Ella dijo: «Dejad esto, Gunther, — aunque os guste mucho
Para que no sufráis lo mismo — que habéis sufrido ayer.
Porque si no, sufriréis de mis manos — otra vez dolor y humillación.»

Disimuló su voz, — no habló palabra alguna.

Bien lo escuchó el rey Gunther — aunque no los vio,
Que algo de secreto de ambos — poco se hizo;
Poco sosiego cómodo — tenían entonces en la cama.

Él fingía como si fuera Gunther, — el rey rico:
Abrazó fuertemente — a la muchacha sin par,
Ella lo tiró de la cama — y contra un banco,
Que fuertemente pegó — en un banquito su cabeza.

De nuevo se levantó de un salto, — el hombre atrevido
Para intentarlo mejor: — cuando esto empezó
Que quería forzarla, — ella lo lastimó.
No creo que tal defensa pueda jamás — acontecer por otras mujeres.

Ya que no quería dejarlo, — la doncellita se levantó de un salto:
«No os conviene romper mi camisa — tan blanca.
Sois un hombre violento: — de verdad, yo lo siento,
Os haré reconsiderar», — dijo la lindísima muchacha.

Ella abrazó con sus brazos fuertes — al espada valiente
Y quería amarrarlo también — como al rey,
Para acostarse luego en la cama — con comodidad.
¡Qué violentamente quería vengar, — el que él hubiera desgarrado su
vestido!

¿Para qué le sirvió entonces su fuerza, — su gran poder?
Ella comprobó al espada — su fuerza física más grande.
Lo llevó con poder sobrenatural, — sólo así podía ser,
Y lo apretó fuertemente, cerca de la cama, — contra un armario.

«Ay Dios», pensaba él, — ¿«Debo ahora perder vida y cuerpo
por una muchacha? — entonces cada mujer
En todos los tiempos futuros — puede jactarse en soberbia
Frente al hombre, — que de otro modo nunca lo haría.»

Entonces se avergonzó mucho — este hombre temerario,
Si acaso ella lo lograra; — empezó a enojarse.
Con fuerzas sobrenaturales — se enfrentó a ella,
Y ensayó sus fuerzas — contra Brunhilde, con temor.

Por tanto ella lo apretaba, — su ira de él lograba todavía
Y sus fuerzas enormes, — que desafiándola siempre
Podía levantarse; — su miedo era grande.
En la recámara se daban muchos golpes — de un lado a otro.

También el rey Gunther sufría — penas y preocupaciones.
A veces tenía que huir de ellos — de un lado al otro.
Luchaban tan fuertemente, — que era un milagro
Cómo uno del otro — todavía escapaba con vida.

Al rey Gunther apenaban — los apuros de los dos lados.
Pero más que todo — temía la muerte de Siegfried.
Bien ella casi hubiera tomado — la vida del espada.
Si le hubiera sido permitido — con gusto le hubiera ayudado.

Por mucho tiempo entre ambos — duró la lucha;
Pero él finalmente volvía a llevar — a la cama a la muchacha;
Por más que ella se defendía, — su defensa finalmente fue débil.
Gunther en sus preocupaciones — estaba absorto en muchos pensamientos.

Le pareció muy largo el tiempo al rey — hasta que Siegfried la venció.
Ella apretaba sus manos con tanta fuerza, — que de las uñas salía
La sangre; — esto disgustaba al héroe,
Entonces forzó a renunciar — a esta muchacha magnífica.

Su soberbia violenta, que ella — había mostrado al principio,
Todo lo oyó el rey — pero lo escuchó callado.
Siegfried la apretaba a la cama — hasta que ella empezó a gritar;

Las fuerzas de Siegfried, el fuerte, — le dolían mucho a la novia.

Entonces ella trató de alcanzar un lado, — donde encontró el cordón,
Para amarrarlo con él: — pero su mano lo evitó,
De modo que sus miembros rechinaban, — además de todo su cuerpo.
Entonces la pelea se había decidido: — ella llegó a ser esposa de Gunther.

Ella dijo: «Rey noble, — no me quitéis la vida:
Lo que te hice sufrir, — te lo recompensaré según mi deber.
Ya no voy a defenderme — de tu amor noble:
Bien lo he experimentado — que tú puedes ser amo de mujeres.»

Se levantó entonces Siegfried — quedó acostada la muchacha
Como si pensara solo — en quitarse el vestido.
Le quitó del dedo — un anillito de oro,
De modo que no lo notaba — la reina noble y bella.

También le quitó su cinturón, — un cordón bello;
No sé si esto pasó — por su ánimo soberbio,
Los dio a su esposa; de esto — se arrepintió más tarde,
Entonces se acostaron juntos — el rey y la hermosa muchacha.

Él la amaba con cariño — como era conveniente:
Ella tenía que tolerar vergüenza e ira — sin demostrarlas.
De sus acciones secretas — su claro color palideció.
¡Hey! cómo por el amor — se desvaneció su gran fuerza.

Entonces ya no era ella más fuerte — que otra mujer alguna.
Amorosamente abrazaba él — su cuerpo bello;
Si ella todavía quisiera resistir, — ¿de qué le serviría?
Todo esto lo había hecho — a ella Gunther con su amor.

¡Cuán amorosamente el espada — estaba acostado con ella,
En amor cariñoso — hasta el amanecer!

Entretanto el señor Siegfried, — ya se había ido desde hace mucho
Y era bien recibido — por su hermosa mujer.

Eludía todas las preguntas, — que ella hubiera intentado
Y por mucho tiempo escondía a ella, — lo que había traído.
Hasta que en su casa siempre — finalmente le dio las joyas:
Esto llevó a la tumba — a muchos de los espadas con él.

El anfitrión a la mañana siguiente — mucho más elevado tenía el ánimo
Que el primer día: — Entonces se cumplía la alegría
En todo su país, — con muchos hombres nobles,
Que había invitado a la corte, — porque les prestó muchos servicios,

Quince días duraban — estos festejos,
Que no se calmó el ruido, — en un tiempo tan largo
De tanta diversión y fiesta, — que pueden imaginarse.
Grandes gastos tenía el rey — de este banquete.

Los amigos del noble anfitrión — cuando el príncipe lo mandaba,
Regalaron ricos vestidos — además el oro tan rojo,
Plata también y caballos — a muchos hombres forasteros.
Los que querían recibir regalos — se despidieron con alegría.

También Siegfried el temerario — de los Países Bajos,
Con sus mil espadas — todos los vestidos,
Que habían traído del Rhin — los dieron totalmente,
Bellos caballos y sillas: — ellos sabían vivir magníficamente.

Antes de que el regalo rico — estuviese acabado del todo
Les pareció demasiado tiempo a aquellos, — que querían regresar a su país.
Jamás vieron cuidar — tan bien un séquito:
De este modo terminaba la boda, — y se despidieron muchos espadas.

XI AVENTURA

CÓMO SIEGFRIED REGRESABA CON SU ESPOSA A SU PAÍS

Cuando los huéspedes todos — se habían ido
Dijo a su séquito — el hijo del rey Siegmund:
«También queremos prepararnos — para regresar a nuestro país.»
Lo que gustó mucho a su esposa, — cuando oyó las nuevas.

Ella dijo entonces a su esposo: — «Si partimos de aquí,
Me voy a cuidar — de apurarme tanto:
Primero mis hermanos deben — dividir conmigo este país.»
No le gustó a Siegfried cuando encontró — esta opinión de Kriemhild.

Los príncipes vinieron hacia él — y los tres dijeron:
«Sabed ahora, señor Siegfried — que para siempre
Estaremos dispuestos a servirlos — con fidelidad hasta la muerte.»
Él se inclinó ante los espadas — ya que tan bien se lo ofrecieron.

«También queremos compartir con vosotros», — dijo Geiselher, el joven,
«El país y los castillos, — que son nuestros,
Y de los amplios reinos — que están bajo nuestro gobierno;
Con Kriemhild recibiréis — vuestra parte completa.»

Entonces a los hermanos de su esposa — dijo el espada,
Cuando vio la buena voluntad — de los señores:
«Que Dios bendiga para siempre — vuestra herencia;

Bien puedo renunciarla — junto con mi querida esposa.

Ella no ha menester de la parte — que queríais darle:
Donde ella va a llevar la corona — si Dios quiere que viva,
Ella será más rica — que cualquiera en esta tierra.
Lo que además mandéis — siempre os apoyaré con mis servicios.»

Entonces empezó la señora Kriemhild: — «Si despreciáis mi país,
Seguramente no lo haréis — con los espadas de los Burgundios.
Cualquier rey con gusto — los llevaría a su país:
La mano de mis queridos hermanos — deberá dividirlos conmigo.»

Entonces dijo el noble Gernot: — «Toma contigo lo que tú quieras:
A los que desean cabalgar contigo — encontrarás muchos aquí.
De treinta cientos de hombres — tómate mil guerreros
Para tu séquito.» — Kriemhild empezó a mandar

Por Hagen de Tronje — y por Ortewein,
¿Si ellos y sus amigos — querían ser del séquito de Kriemhild?
Por eso Hagen — ganó un ánimo iracundo:
Él dijo: «El señor Gunther — no puede damos a nadie en este mundo.

Tomad a otros seguidores — para vuestro viaje;
Seguramente conocéis — la clase de los de Tronje.
Tenemos que permanecer aquí — con los reyes, en la corte
Y servir en lo futuro a aquellos, — cuyo servicio siempre hemos cuidado.»

Lo dejaron por la paz — y se prepararon.
De su noble séquito — Kriemhild tomó para su compañía
Treinta y dos doncellitas — y además quinientos hombres;
Eckewart, el Margrave — partió con la reina.

Entonces todos pidieron licencia, — caballeros como mozos,
A muchachas y señoras: — así era la costumbre.

Entre besos — vieron despedirse a todos
Y aquellos alegremente — abandonaron el país del rey Gunther.

Los amigos entonces los acompañaron — lejos en sus caminos.
En todas partes mandaron prepararles — posada para la noche
Donde querían quedarse — en el país de los reyes.
Pronto también se mandaron — mensajeros al rey Siegmund.

Para que supiera — y también la señora Siegelind,
Que iba a venir su hijo — con la hija de la señora Ute.
Kriemhild la bella, — de Worms sobre el Rhin.
No podían recibir — mejores noticias

«Dichoso yo», dijo entonces Siegmund, — «que debo ver el día
En que aquí Kriemhild, la bella, — caminará bajo la corona.
Esto aumenta el valor — de toda mi herencia:
Mi hijo Siegfried mismo debe ser — aquí ahora rey.»

Entonces Siegelind les dio tela — para vestidos, de terciopelo rojo
Y pesado oro y plata: — eso era su recompensa de mensajeros.
Ella se regocijaba de las noticias — y con ella muchos hombres;
Todo su séquito empezó — a vestirse apuradamente.

Le dijeron quién iba a venir — con Siegfried al país.
Entonces mandaron arreglar sillerías, — inmediatamente,
Donde bajo la corona — debía caminar ante los príncipes.
Cabalgaron a su encuentro — aquellos vasallos de Siegmund.

Quién fue mejor recibido, — me es desconocido,
Que los héroes — en el país de Siegfried.
Su madre Sieglind — cabalgó al encuentro de Kriemhild,
Con muchas mujeres bellas; — caballeros temerarios las acompañaron

Una jomada entera — hasta que vieron a los huéspedes.

Los paisanos y los forasteros — sufrieron cansancio
Hasta que finalmente llegaron — a un amplio castillo,
Que fue llamado Xanten — donde llevaron la corona desde hace mucho
tiempo.

Con la boca sonriente — Siegmund y Siegelind
Por mucho rato besaban — a la hija de Ute
Y a Siegfried, el espada; — se les había quitado su dolor.
A todo su séquito dieron — alegremente la bienvenida.

Entonces trajeron a los huéspedes — ante la sala del rey Siegmund,
A las bellas doncellas — bajaron todas
De los caballos: — entonces había muchos hombres,
Quienes con gran celo empezaron a servir — a las nobles mujeres.

Por magnífica que hubiera sido su boda — en las orillas del Rhin
Aquí dieron todavía a los héroes — los vestidos más bellos,
Que en toda su vida anterior — hubieran llevado.
Podían decir — muchos milagros de su riqueza.

Ya que así estaban sentados con dignidad — y tenían abundancia,
¡Qué vestidos de oro rojo — llevaba su séquito!
Piedras preciosas y tiras bordadas — se vieron tejidos en ellos.
Así los cuidó con aplicación — Sieglind, la noble reina.

Entonces dijo ante sus amigos — el rey Siegmund:
«A todos mis amigos — voy a avisar hoy,
Que Siegfried debe llevar mi corona — aquí en lo futuro.»
Las nuevas oyeron decir con gusto — los de los Países Bajos.

Le entregó su corona, — con la corte de justicia y los países:
Entonces él era señor y rey. — Sobre quien él falló el juicio
Y a quien debía castigar — así lo hizo,
De modo que bien podía temerse — al esposo de la bella Kriemhild.

En tan altos honores vivía, — esto es cierto,
Y juzgaba como rey — hasta que pasaron diez años.
La bella reina — tuvo un hijo,
En él los amigos del rey — vieron cumplidos su deseo y voluntad.

Luego lo mandaron bautizar — y tomar un nombre,
Gunther, según su tío — de esto no debía avergonzarse,
Si saliera como los amigos, — sería un hombre temerario.
Lo educaron con cuidado — e hicieron bien en esto.

En este mismo tiempo — murió la señora Sieglind:
Entonces tomó todo el gobierno — la hija de Ute, la noble
Como era propio también a una señora — tan rica en el país.
Todos estuvieron de luto mucho tiempo — porque la muerte la había
llevado.

Ahora también allá, a las orillas del Rhin, — como oímos decir,
Había un hijo — de Gunther el rico,
Y Brunhilde la bella, — en el país de los Burgundios.
En honor al héroe, — fue llamado Siegfried.

¡Con cuánta diligencia — siempre mandaron cuidarlo!
De preceptores, Gunther mandó — que le enseñasen,
Lo que pudiese necesitar, — cuando llegara a ser hombre.
¡Hey! Cómo la desdicha le quitó — pronto a sus parientes.

En todo este tiempo — se propagó la fama
Que magníficamente bien — los espadas temerarios
A toda hora vivían — en el país de Siegmund:
Así también vivía el rey Gunther — con sus amigos elegidos.

El país de los Nibelungos — estaba bajo el gobierno de Siegfried
(Ninguno de sus amigos — jamás ganó mayores bienes)

Y la herencia de su padre: — él era un buen espada.
Por eso el temerario — tuvo el ánimo siempre más alto.

Un tesoro de los más grandes — que jamás ganó un héroe
Después de sus primeros propietarios — poseyó el hombre valiente,
Que ante una montaña — ganó su mano en la contienda:
Por eso había matado — a muchos caballeros dispuestos.

Poseía muchos honores — y aunque hubieran sido la mitad únicamente,
Siempre hubieran tenido que confesar — al noble héroe valioso,
Que él era el mejor de todos — los que siempre montaron a caballo;
Temieron sus fuerzas — y lo hicieron con buen motivo.

XII AVENTURA

CÓMO GUNTHER INVITÓ A SIEGFRIED PARA EL BANQUETE DE LA CORTE

Entonces pensaba para consigo — todos los días, Brunhilde la reina:
«¡Cómo demuestra la señora Kriemhild — una soberbia tan alta!
Y es nuestro vasallo, — Siegfried, su esposo:
Por mucho tiempo — no nos ha hecho servicio alguno.»

Esto escondía en su corazón, — con gran disimulo;
Que permaneciesen extraños a ella, — lo sentía mucho la señora.
Que no le diesen tributos — del país de Siegfried,
Qué motivo tenía esto, — le hubiera gustado saberlo.

Trataba de lograr con el rey, — si no pudiera ser,
Que ella volviese — a ver a Kriemhild.
Le confiaba secretamente, — en qué había puesto sus pensamientos.
Entonces al rey no le parecían bien — las palabras de la señora.

«¿Cómo podríamos traerlos», — dijo el rey noble,
«Acá a este país? — Esto no se puede hacer.
Viven demasiado lejos de nosotros, — no puedo pedirselos.»
Entonces Brunhilde le dio la respuesta — con modales soberbios:

«Y fuera tan poderoso como fuera — el vasallo de un rey,
Lo que su señor le manda, — tendrá que hacer.»
Tenía que sonreírse entonces Gunther — por las palabras de ella.

Él no le consideraba servicio, — si viera a Siegfried.

Ella dijo — «Querido señor, por mi amor,
Ayúdame a que Siegfried — y tu hermana
Vengan a este país — y que los veamos por aquí
Nada en la tierra — podría gustarme más.

La bondad de tu hermana, — su mente tan culta.
Si pienso en esto, — qué bien me siento siempre,
Como estábamos sentadas juntas, — cuando me casé contigo,
Con honores eligió ella a Siegfried, — el temerario.»

Entonces le siguió pidiendo — hasta que dijo el rey:
«Sabed que nada me gustaría más — que verlos aquí como huéspedes.
Fácilmente podéis pedirselo: — a mis mensajeros
Mandaré a verlos a ambos — que vengan hacia el Rhin.»

Ahora dijo la hija de reyes: — «Entonces debéis decírmelo,
Cuándo vais a mandar por ellos — y en qué días
Nuestros amigos deben — llegar a este país;
Los que queréis mandar — quiero conocerlos primero.»

«Lo voy a hacer», dijo el rey: — «treinta de mis vasallos
Mandaré cabalgar a ellos.» — Los mandó presentarse ante él:
Por medio de ellos mandó noticias — al país de Siegfried.
Entonces la señora Brunhild — les regaló muchos vestidos ricos.

El rey dijo: «Vosotros, guerreros — debéis decir de mi parte,
Y no calléis nada — de lo que os he encargado,
A Siegfried el fuerte — y a mi hermana,
Que nadie en la tierra — jamás los amará tanto.

Y rogad que ambos vengan — con nosotros a las orillas del Rhin:
Por eso yo y Brunhilde — siempre les ofreceremos nuestro favor.

Antes del solsticio debe, — con todo su séquito, ver
A muchos aquí conmigo — que le harán homenaje.

Ofreced también al rey Siegmund — mis sinceros servicios:
Que yo y mis amigos — siempre estamos a sus órdenes.
Y rogad a mi hermana — que le siga aquí
Si jamás le pareciese aceptar — el banquete de un rey.»

La señora Ute y todas las mujeres — que se encontraban en la corte,
Ofrecieron sus servicios — al país de Siegfried,
A las lindas mujeres — y a muchos hombres valientes,
Entonces el temerario Gere — partió con los caballos.

Estaban parados, listos para el viaje; — sus caballos y sus vestidos
Habían llegado: — entonces abandonaron el país.
Se apresuraron a llegar a su meta, — adonde iban a viajar;
El rey mandó que los mensajeros — fuesen bien cuidados por guardianes.

Después de doce días — llegaron al país,
Al castillo de los Nibelungos, — adonde los habían mandado,
Entonces con alegría encontraron — a Siegfried, el espada temerario.
Caballos y gente estaban cansados — de los largos caminos.

A Siegfried y a Kriemhild — avisaron con prisa,
Que caballeros habían llegado, — que llevaban tales trajes
Como se llevaban en Burgundia — según la costumbre.
Ella saltó de la cama — en la cual yacía cansada.

Mandó ir a una ventana — a una de sus doncellas;
Ella vio al valiente Gere — parado en el patio,
Con sus compañeros de viaje — que habían mandado acá.
Para calmar su nostalgia — ¡Qué noticias tan agradables encontró ella!

Ella dijo al rey — y le suplicó que se levantara:

«Veo al fuerte Gere — que viene a nuestra corte,
A quien mi hermano Gunther — mandó abajo del Rhin.»
Entonces dijo el fuerte Siegfried: — «Que nos sea bienvenido.»

Todo su séquito corrió — hasta donde podían verlos.
Cada uno de su parte — habló con alegría
Lo mejor que podía — a los distinguidos mensajeros.
El rey Siegmund se alegraba — mucho de su llegada.

Entonces prepararon posada — a Gere y a su séquito
Y mandaron cuidar los caballos. — Llevaron a los mensajeros
Adonde estaba sentado — el señor Siegfried, con Kriemhild.
Les gustó mucho verlo — y seguramente sin enemistad.

El anfitrión y su esposa — se levantaron inmediatamente.
Bien fue recibido Gere — del país de los Burgundios
Con sus compañeros. — Tomó de la mano guiándolo,
Kriemhild a Gere — y eso lo hizo por amor

De que se sentara a su lado. — Entonces dijo él: «Dejadnos quedar
parados:
Permitidnos decir nuestro mensaje — antes de que vayamos a sentarnos,
Y escuchad nuestras noticias — que os hacen saber
Gunther con Brunhild: — ambos están muy bien;

Y lo que vuestra madre, la señora Ute, — os manda decir,
Geiselher el joven — y también el señor Gernot
Y vuestros amigos más cercanos: — ellos nos mandaron,
Y os ofrecen todos sus servicios — del país de los Burgundios.»

«Que Dios se los recompense», dijo Siegfried; — «bien he esperado
Todo su amor y fidelidad, — como se debe dar a los amigos.
Así lo hace también su hermana; — además debéis decimos
¿Si nuestros amigos en su casa — todavía están de alto ánimo?»

¿Les hizo algún daño alguien — desde que nos despedimos,
A los hermanos de mi mujer? — Eso decídmelo;
Siempre, con fidelidad — quisiera ayudarles a soportarlo,
Hasta que sus adversarios — tuviesen que lamentar mis servicios.»

Contestó entonces el Margrave Gere — un buen caballero:
«Ellos están en todas las virtudes — con alegría y buen ánimo.
Os invitan hacia el Rhin — para una diversión;
Les gustaría mucho veros — no debéis tener duda alguna.

También ruegan a mi señora — que venga con nosotros,
Tan pronto como el invierno — haya terminado,
Antes de este solsticio — quieren veros.»
Entonces dijo el fuerte Siegfried: — «Eso no creo que sea posible.»

Pero entonces dijo Gere — del país de los Burgundios:
«Vuestra madre Ute — os ha advertido mucho,
Y también vuestros dos hermanos; — no debéis negarlo.
Que vosotros vivís tan lejos, — muchas veces los oí lamentarse.

Brunhild mi señora — y sus doncellitas
Esperan con alegría la hora — y si llegase a realizarse
Que os volviesen a ver — les dará alto gusto.»
Entonces estas noticias — le parecieron buenas a Kriemhild la bella.

Gere era su primo — el anfitrión lo invitó a sentarse;
Mandó a escanciar vino a los huéspedes — no tardaron más tiempo.
También Siegmund había llegado: — cuando él vio a los mensajeros,
Amablemente habló el rey — entonces a los Burgundios:

«Sed bienvenidos a nosotros — guerreros de los vasallos del rey Gunther
Ya que Kriemhild ganó — como esposo a mi hijo,
Deberíamos ver con nosotros — más frecuentemente a vosotros, espadas

Si con fidelidad — nos quisiérais mostrar amistad.»

Ellos dijeron: Si lo quisiera — ellos vendrían con gusto.

Con alegrías — se les quitó el cansancio.

Mandaron sentarse a los mensajeros; — les llevaron comida,

De todo, Siegfried mandó traer — bastante a los queridos huéspedes

Tenían que permanecer allí — nueve días completos.

Por eso, finalmente — los rápidos espadas lo lamentaron,

Que no les permitiesen — regresar cabalgando a su país.

Entonces el rey Siegfried — había mandado llamar a sus amigos.

Preguntales: ¿qué aconsejaban? — que iba a viajar al Rhin:

«Me mandó llamar — Gunther, mi cuñado,

Él y sus hermanos — para una fiesta;

Con gusto iría yo — aunque su país está tan lejos.

Piden a Kriemhild — a viajar conmigo:

Ahora aconsejadme, queridos amigos — ¿cómo la llevaré?

Y aunque tuviera que atravesar con mi ejército — a través del país de
treinta señores,

Con gusto se mostraría servicial — a ellos, la mano de Siegfried.»

Entonces dijeron los vasallos: — «Si tenéis ganas de hacer el viaje

A la fiesta de corte — os aconsejaremos lo que debéis hacer:

Debéis cabalgar hacia el Rhin — con mil guerreros;

Así con honores estaréis presente — en la fiesta de corte.»

Entonces habló de los Países Bajos — el rey Siegmund:

«Si queréis ir a la fiesta de corte — ¿por qué no me lo avisáis?

Voy a acompañaros también — si os parece bien;

Me llevo cien espadas: — con ellos aumento vuestro séquito.»

«Si queréis cabalgar con nosotros — mi querido padre»

Dijo el valiente Siegfried, — «estaría muy contento.
Dentro de doce días — abandonaremos nuestro país.»
Aquellos que iban a acompañarlos, — recibían caballos y vestidos.

Cuando el noble rey — se había decidido a hacer el viaje,
Dejaron irse cabalgando — a los rápidos espadas buenos.
A los hermanos de su esposa — mandó hacia el Rhin,
Que con gusto estaría con ellos — en las fiestas de la corte.

Siegfried y Kriemhild — así oímos decir,
Regalaron de tal modo a los mensajeros — que no podían cargarlo
Los caballos de su país: — cada uno era un hombre rico.
Sus fuertes caballos de carga — arrearon alegremente durante el viaje.

Entonces Siegfried y Siegmund — mandaron proveer de vestidos a su
gente.

Eckewart, el Margrave — inmediatamente mandó
Buscar vestidos femeninos, — los mejores que encontraron,
Y que en alguna parte podían comprarse — en todo el país de Siegfried,

Las sillas y los escudos — entonces mandaron preparar.
A los caballeros y a las mujeres — que debían acompañarlos,
Les dieron lo que querían: — ¡cuán poco hizo falta!
Llevó a sus amigos — muchos magníficos guerreros.

Ahora los mensajeros volvieron — y se apresuraron mucho.
Entonces llegó bien a casa — Gere, el distinguido espada,
Y fue bien recibido: — bajaron rápidamente
De los caballos — allá ante la sala del rey Gunther.

Los jóvenes y los viejos — vinieron, como se hace
Y preguntaron por las noticias. — Entonces dijo el buen caballero:
«Cuando lo diga al rey, — entonces también vosotros lo sabréis.»
Se fue con sus compañeros allá, — donde encontró a Gunther.

El rey, por alegría, — saltó de su sillón;
De que hubieran venido tan pronto — les dio las gracias
Brunhild, la bella. — Entonces habló él a los mensajeros:
«¿Cómo está Siegfried, — de quién he recibido tanto amor?»

Entonces dijo el valiente Gere: — «Se sonrojó de alegría,
Él y vuestra hermana. — Tan buenas nuevas dio
Jamás hombre alguno — antes a sus amigos,
Que el noble Siegfried — y su padre les manda.»

Entonces al Margrave — habló la esposa del noble rey:
«Ahora decidme, ¿vendrá también Kriemhild? — ¿Su bellissimo cuerpo
Todavía conserva la alta belleza, — que antes poseía?»
Él dijo: «Ambos vendrán; — con ellos muchos espadas valientes.»

Ute mandó llamar — pronto a los mensajeros.
Entonces sin que preguntara — podían comprender bien
Lo que quería saber: — «¿Kriemhild, todavía estaba bien?»
Eso le dijo, y que ella iba a venir — después del curso de pocos días.

Tampoco ocultaron en la corte — la recompensa de mensajeros,
Que Siegfried les había regalado — los vestidos y el oro:
Los dejaron ver a todos — los vasallos de los tres príncipes.
Por su gran generosidad — elogiaron mucho al hombre.

«Él puede bien», dijo entonces Hagen, — «dar con las manos llenas:
No podría despilfarrarlo, — aunque viviese eternamente.
El tesoro de los Nibelungos — está en las manos del rey;
¡Hey, si podríamos compartirlo — todavía en el país de los Burgundios!»

Todo el séquito de la corte — esperaba con alegría
Que iban a llegar: — entonces tarde o temprano
Los señores estaban activos — entre los vasallos de los tres reyes:

¡Qué sillería tan magnífica — empezaron a erigir!

Hunold el valiente — y Sindold el espada
Tenían poco ocio: — a cada hora tenían que cuidar
De su oficio de escanciadador y mariscal — y arreglar muchos bancos;
También Ortwein ayudó: — Gunther les dio las gracias.

Rumold el maestro cocinero, — ¡cómo gobernó en este tiempo
Sobre sus súbditos! — Muchísimas cacerolas enormes
Platones y sartenes — ¡hey! ¡cuántos se encontraron!
Fue preparado el alimento — de aquellos que llegaron al país.

Tampoco el trabajo de las mujeres — era pequeño;
Ellas adornaban sus vestidos — en los cuales muchas piedras preciosas,
Cuyos rayos resplandecían hasta lejos, — estaban bordados en el oro;
Cuando se pusieron éstos — todos tenían que admirarlas.

XIII AVENTURA CÓMO VIAJABAN A LAS FIESTAS DE LA CORTE

Dejemos ahora — todos sus trabajos,
Y relatemos, cómo la señora Kriemhild — y su séquito
Se fueron al Rhin — desde el país de los Nibelungos.
Jamás caballos cargaron — tantos vestidos magníficos.

Muchos escritorios fueron — enviados por los caminos;
Entonces cabalgó con sus amigos — Siegfried, el espada,
Y la hija de reyes — en la ilusión de grandes alegrías.
Y eso fue hecho — para el gran dolor de todos ellos.

Dejaron en el país — al hijito de Siegfried,
Y de Kriemhild; — así debía hacerse.
De su viaje resultó para él — mucho pesar:
A su padre, a su madre — jamás volvió a ver el hijito.

Con ellos se fue cabalgando, — Siegmund, el rey noble.
Si hubiera podido prever — lo que le pasó
Después durante el banquete real, — jamás lo hubiera hecho:
No le podía pasar mayor dolor — en amigos queridos.

Mensajeros mandados por adelantado — los anunciaron a tiempo:
Vinieron cabalgando a su encuentro — con un magnífico séquito
Muchos de los amigos de Ute — y de los vasallos del rey Gunther:

El anfitrión empezó a cuidar — de sus huéspedes.

Se fue con Brunhilde, — donde la encontró sentada:

«¿Cómo os recibió mi hermana — cuando vosotros vinisteis a este país?

Así quiero, que recibáis — a la esposa de Siegfried.»

«Lo hago con gusto», dijo ella; — «con toda razón la quiero».

Entonces volvió a hablar Gunther: — «Llegarán mañana en la mañana:

Si queréis recibirlos, — apuraos pronto;

Que no nos encuentren aquí — en el castillo:

Jamás me llegaron huéspedes — tan queridos como ellos.»

Entonces mandó buscar buenos vestidos — a sus doncellitas y mujeres

Inmediatamente, — los mejores que encontraron,

Que con honores podía llevar — ante los huéspedes:

Ellas lo hicieron con gusto: — eso hay que confesar de verdad.

Para recibirlos también — se apresuraron los vasallos de Gunther:

A todos sus guerreros — mandó que le acompañasen.

Entonces con sus mujeres — cabalgó Brunhilde, la reina,

Hacia allá, para recibir — a los queridos huéspedes, con amable voluntad.

¡Con cuántos honores altos — los recibieron entonces!

Les pareció que la señora Kriemhild — nunca había recibido

Tan bien a Brunhilde — en el país de los Burgundios,

Todos los que lo vieron — sintieron un alto placer.

Ahora también Siegfried había llegado — con el ejército de su gente.

Entonces vieron dirigirse — a uno y otro lado

En el campo a los espadas — en grupos innumerables.

Nadie podía cuidarse — de empujones y del polvo.

Cuando el anfitrión del país — vio a Siegfried

Y a Siegmund, el rey — cuán amable dijo entonces:

«Ahora sed muy bienvenidos a mí — y a todos mis amigos;
Estamos sumamente contentos — a causa de vuestro viaje a mi corte.»

«Que os lo recompense Dios», — dijo Siegmund, el hombre ambicioso,
«Desde que mi hijo Siegfried, — os ganó como amigo,
Siempre era mi anhelo — cómo podía veros.»
Entonces dijo el anfitrión al huésped: — «Me alegro, que se haya
cumplido.»

Siegfried fue recibido — como debía hacerse,
Con muy grandes honores; — todos lo querían.
A eso ayudaron con modales caballerescos — Gernot y Geiselher;
Jamás ofrecieron tanta amabilidad — a queridos huéspedes.

Ahora de cerca podían — mirarse las reinas.
Vieron abandonarse las sillas — y muchas mujeres bellas
Bajadas por las manos de los espadas — al pasto:
Quien gustaba servir a las mujeres — ¡raras veces quedó ocioso!

Entonces se reunieron — las lindísimas mujeres.
Por eso se alegraban mucho — todos los caballeros,
Que el saludo de ambas — se hizo tan cariñosamente.
Vieron a muchos héroes — que servían a las mujeres.

El magnífico séquito — se tomó de la mano.
En todas partes — se inclinaron cortésmente
Y se besaron cariñosamente — las mujeres bellas.
Lo vieron con gusto los reyes — y sus súbditos también.

Ahora ya no tardaron más — y cabalgaron hacia la ciudad.
El anfitrión pidió — que mostraran a sus huéspedes,
Que los vieran con gusto — en el país de los Burgundios.
Muchos bellos juegos caballerescos — se ejecutaron ante las doncellas.

Entonces de Tronje, Hagen — y también Ortewein
Revelaron bien — cuán poderosos eran:
Lo que ellos mandaron hacer — inmediatamente se hizo.
Vieron, como los queridos huéspedes — recibieron muchos servicios de
ellos.

Muchos escudos resonaron — ante el portal del castillo
De punzadas y de golpes. — Mucho tiempo se paró allí
El anfitrión con sus huéspedes — hasta que todos habían entrado.
En grandes alegrías — rápidamente les pasaron las horas.

Ante el amplio palacio — cabalgaron ahora en alta alegría.
Muchos cobertores — ricos y bien cortados
Vieron colgando de las sillas — de las bellas mujeres
En todas partes: — entonces vinieron los sirvientes:

Indicaron sus cuartos — a los huéspedes.
Vieron a Brunhild — cómo miraba de aquí para allá
Por Kriemhild, la señora: — bastante bella era:
Su claro color todavía — superaba en resplandor al oro.

Entonces en todas partes — en Worms, la ciudad
Oyeron el júbilo del séquito. — El rey Gunther pidió
A su Mariscal Dankwart, — cuidar bien de ellos:
Entonces mandó dar posada al séquito — en buenas posadas.

Afuera y adentro — les dieron sus alimentos:
Tan bien cuidados — nunca fueron huéspedes extranjeros.
Lo que alguno quisiera desear — se lo concedieron con gusto:
Tan rico era el rey — a nadie se rechazó algo.

Les sirvieron amablemente — y sin odio alguno.
El rey con sus huéspedes — estaba sentado en la mesa:
Dejaron sentarse a Siegfried — como antes lo había hecho;

Con él se sentaron en la mesa — muchos hombres valientes.

Once veces cien guerreros — se sentaron allí
Con él para la comida. — Brunhilde, la reina;
Pensaba, cómo un vasallo — no podía ser más rico.
Todavía le daba su favor — con gusto lo dejó prosperar.

Como ahora el anfitrión — con placer estaba sentado con sus huéspedes,
Se mojaron del vino — muchos ricos vestidos,
Cuando los escanciadores — debían ir a las mesas,
Entonces se vio cómo sirvieron — plenamente con gran esmero.

Como siempre era la costumbre — durante los banquetes,
Dejaron irse a descansar — a las mujeres y doncellas.
De donde alguien hubiera venido — el anfitrión cuidó de él:
A todos dieron bastante — de muchos honores.

La noche había terminado, — se levantó el brillo del día:
Entonces vieron muchas piedras preciosas — de los cajones
Resplandecer en buenos vestidos; — eso lo hizo la mano de las mujeres,
Corrieron a sacar — muchos ricos vestidos.

Antes de que se levantara totalmente — la aurora del alba, ante la sala
Llegaron muchos caballeros y escuderos: — de nuevo se levantó el ruido
Anterior a una misa temprana — que cantaron ante el rey.
Así cabalgaron jóvenes héroes — el rey les dio las gracias.

Entonces sonaron las tubas — de muchos fuertes soplos;
De flautas y trompetas — el sonido era tan grande,
Que Worms, el amplio castillo — resonó fuertemente.
A los caballos saltaron — los valientes guerreros de todas partes.

Entonces empezó en el país — un magnífico juego de armas
De muchos espadas buenos: — vieron numerosos entre ellos,

Cuyos jóvenes corazones — estaban llenos de alegre ánimo.
Detrás de los escudos — se podían ver buenos y bellos caballeros.

Entonces en las ventanas — se hicieron mirar
Las bellísimas mujeres y muchas — bellas doncellas, en pleno adorno.
Vieron en el torneo — a tantos hombres temerarios:
El anfitrión con sus amigos — él mismo empezó a cabalgar.

Así pasaron el rato — que no les pareció largo.
Entonces los invitó a la catedral — el tañido de muchas campanas:
Llegaron los caballos de las mujeres — entonces se fueron cabalgando.
A las nobles reinas — les seguían muchos hombres valientes.

Se fueron a la catedral, — bajando de los caballos.
Todavía no abrigaba odio alguno — Brunhilde contra sus huéspedes,
Caminaban bajo las coronas — a la catedral tan amplia,
Pronto desvaneció este amor: — a causa de la envidia violenta.

Cuando la misma había terminado, — los vieron irse de nuevo
Entre altos honores, — Andaban con alegría
A las mesas del rey. — Su alegría no disminuyó
Durante las diversiones — hasta el undécimo día.

La reina pensaba consigo: — «Ya no quiero tolerarlo más,
Sea como sea, — Kriemhild tiene que decirme,
Por qué por tanto tiempo — no nos pagó el tributo su esposo:
Él es nuestro vasallo: — no puedo retener la pregunta.»

Así esperaba la hora — hasta que el diablo la aconsejó
Que dejase el banquete — y sustituyese el gozo por el dolor.
Lo que tenía en el corazón, — tenía que salir a la luz.
Por eso en muchos países — por ella oyeron mucho lamento.

XIV AVENTURA

CÓMO LAS REINAS SE INSULTARON

Era antes del rosario — cuando oyeron el ruido
Causado por muchas espadas — en el patio:
Organizaron torneos — para la diversión de todos.
Se apresuraron a verlos — muchas mujeres y hombres.

Entonces estaban sentadas — juntas, las reinas ricas
Y pensaban en dos espadas, — ambos sin par.
Entonces dijo Kriemhild, la bella: — «Yo tengo un esposo
Al que todos estos reinos — con derecho deberían ser sujetos.»

Ahora dijo a ella la señora Brunhild: — «¿Cómo podría ser esto?
Si nadie más viviera — que tú y él solo,
Entonces sí, los reinos — podrían ser dominados por él:
Pero mientras viva Gunther, — jamás podría pasar esto.»

Entonces Kriemhild volvió a contestar: — «¿No ves cómo está parado?
¡Qué magníficamente anda — allá ante los espadas
Como la luna brillante — lo hace ante las estrellas!
Por eso siempre tendré — el corazón contento.»

Otra vez contestó la anfitriona: — «Por bello que sea tu esposo,
Qué hermoso y qué bueno, — siempre le precede
Gunther, el caballero, — tu noble hermano:
Él debe estar ante todos los reyes, — esto lo debes saber.»

Entonces volvió a hablar Kriemhild: — «Tan querido es mi esposo
Que no sin motivo ganó — tal alabanza de mi parte.
En muchas cosas — sus honores están altos.
¿No lo crees, Brunhilde? ¡Yo creo — que se le puede comparar con
Gunther!»

«No debes, Kriemhild, — tomármelo a mal.
Tampoco mis palabras — las dije sin motivo.
Yo oí decírselo a ambos, — cuando los vi por primera vez
Y cuando la voluntad del rey — se impuso en mis juegos.

Y cuando mi amor ganó — tan caballerosamente,
Entonces Siegfried mismo lo dijo, — que era vasallo del rey.
Por eso lo considero un vasallo: — yo misma lo oí confesarlo.»
Entonces dijo Kriemhild, la bella: — «Entonces mal me hubieran hecho,

¿Cómo hubieran permitido — mis hermanos nobles
Que yo fuera la esposa — de un vasallo?
Por eso, Brunhild, — te voy a suplicar amistosamente
Hazme el favor de dejar palabras como éstas — en lo futuro, con buenos
modales.»

La reina entonces contestó: — «No quiero dejarlas,
Así tendría que renunciar — a muchos caballeros
Que con sus espadas están — como vasallos a nuestros servicios.»
Kriemhild, la bella, empezó — entonces a enojarse mucho.

«A esto tendrás que renunciar, — creo, que en el mundo
Él te preste servicio alguno. — Más valioso es el héroe
Que mi hermano Gunther, — el espada temerario.
Déjame olvidar las cosas, — que tú me has dicho ahora.

También debería yo asombrarme, — si él es tu vasallo,

Y si tú estás tan altamente — encima de nosotros,
¿Por qué por tanto tiempo — no te ha pagado el tributo?
De tu soberbia ya — estoy harta en verdad.»

«Tú quieres envanecerte», — dijo entonces la reina.
«Bien voy a ver — si en lo futuro
Te rendirán tantos honores — como a mí misma.»
Las mujeres ambas — estaban sumamente airadas.

Entonces dijo de nuevo Kriemhild: — «Tú lo sabrás pronto.
Ya que tú has llamado — a mi Siegfried tu vasallo,
Los espadas de ambos reyes — verán hoy
Si yo no puedo entrar a la iglesia — precediendo a la reina.

Bien te voy a demostrar — que soy noble y libre,
Y que mi esposo es — mucho más digno que el tuyo.
Yo misma tampoco — quiero ser insultada,
Tú verás hoy todavía, — cómo tus vasallos

Irán a la corte — delante de los caballeros de Burgundia.
Yo quiero valer más — que jamás se haya visto
Una princesa, — que ha llevado la corona.»
Entre las mujeres el odio — se levantó entonces violentamente.

Entonces dijo Brunhild de nuevo: — «Si no quieres ser vasalla,
Tienes que separarte — con tus mujeres
De mi séquito, — cuando vayamos a la catedral.»
«Bien», dijo entonces Kriemhild — «así se hará».

«Ahora vestíos, mis damas» — empezó a decir Kriemhild entonces.
«Si no puedo permanecer aquí — libre de vergüenza,
Dejad verlo hoy, — si poseéis vestidos ricos,
Ella tendrá que revocar — lo que habló su boca.»

Esto era fácil de aconsejar a ellas; — buscaban vestidos ricos
Que pronto hallaron allá — muchas mujeres y doncellas con sus joyas,
Entonces andaba con su séquito, — la esposa del anfitrión noble,
Vestida según sus deseos — fue también la bella Kriemhild,

Con cuarenta y tres muchachas, — que había traído al Rhin.
Éstas vestían telas claras — hechas en Arabia.
De este modo llegaron a la catedral, — las muchachas bellas,
A ellas esperaban ante la casa, — los vasallos de Siegfried.

La gente se asombraba, — por qué esto pasó,
De que vieran a las reinas — ambas tan separadas,
Que no anduviesen juntas — como lo hicieron antes.
Esto llegó a causar preocupaciones — y dolores a muchos espadas.

Ahora estaba parada ante la catedral, — la esposa del rey Gunther.
Y muchos caballeros encontraron — un pasatiempo agradable
Con las mujeres bellas, — que allá vieron.
Luego vino Kriemhild, la noble — con un grupo muy bello.

Que vestidos jamás hubiera llevado — la hija de un caballero noble
Comparándolos con los de su séquito — todo era fugaz como un viento.
Ella era tan rica de bienes, — treinta esposas de reyes
No podrían mostrar el lujo, — que se podía ver en ella.

Lo que hubieran querido desear, — nadie podía decir,
Que jamás hubiera visto — llevar vestidos tan ricos,
Como llevaban a esta hora — sus muchachas hermosas.
A Brunhild quería lastimar — si no, Kriemhild no lo hubiera hecho.

Ahora llegaron juntas — ante la puerta de la catedral.
La esposa del rey, — de envidia violenta,
Enojada mandó a Kriemhild — que se parara.
«Que no preceda la vasalla — a la esposa de un rey.»

Entonces dijo la bella Kriemhild, — airada era su alma:
«Si tú te hubieras callado — sería mejor para ti.
Tú misma has mancillado — tu cuerpo bello:
¿Cómo podría la manceba de un hombre — llegar a ser la esposa de un
rey?»

«¿A quién quieres tú poner en vergüenza?» — dijo la esposa del rey.
«A ti te lo hago», dijo Kriemhild, — «tu cuerpo bello
Fue amado primero por Siegfried, — mi esposo querido.
No era mi hermano, — quien te ganó tu doncellez.

¿Dónde quedaban tus sentidos? — Era un truco burdo,
¿Cómo permitiste que te amase, — si es tu vasallo?
Te oigo», dijo Kriemhild, — «quejarte sin motivo.»
«En verdad», dijo entonces Brunhild, — «esto voy a decir a Gunther.»

«¿Y qué me importa eso? — Tu soberbia te engañó.
Con palabras — me has hecho vasalla,
Y sábelo bien, — siempre lo resentiré:
Para tu amistad íntima — jamás volveré a estar dispuesta.»

Brunhild empezó a llorar; — a Kriemhild le importaba poco.
Antes que la esposa del rey — ella entró a la catedral,
Con su séquito. — Entonces se levantó gran odio.
Ojos claros se volvieron — muy tristes y húmedos por ello.

Por más que sirvieron a Dios — y por más que cantaron también,
A Brunhild parecía el tiempo — demasiado largo,
Demasiado triste sentía — su alma y su ánimo,
Pronto tenían que pagar por ello — muchos espadas valientes y buenos.

Brunhild con sus señoras — fue a pararse ante la catedral.
Ella pensaba: «Debo tratar — de oír más de Kriemhild,

De lo que me acusaba en voz alta, — esta mujer chismosa:
Y si él se ha vanagloriado de esto, — perderá vida y cuerpo.»

Ahora vino Kriemhild, la noble, — con muchos hombres valientes.
Entonces empezó la señora Brunhild: — «Paraos todavía aquí.
Vos me habéis calumniado, — dejadnos ver las pruebas
De vuestras palabras, sabed, — me siento muy profundamente ofendida.»

Entonces dijo Kriemhild, la bella: — «¿Por qué no me dejáis ir?
Lo compruebo con el oro — que podéis ver en mi mano.
Esto me lo trajo Siegfried, — después de haberse acostado con vos.»
Jamás vio Brunhilde — un día peor para ella.

Ella dijo: «Este oro noble, — me lo robaron
Y por muchos años — me lo escondieron malamente,
Ahora sí me doy cuenta, — quién me lo ha robado.»
Las mujeres ambas, — se habían enojado mucho.

Entonces volvió a decir Kriemhild: — «Yo no quiero ser una ladrona.
Deberías haberte callado — si aprecias tu honor.
Lo compruebo con el cinturón — que me he ceñido.
No he mentido yo: — Siegfried fue tu amante.»

De seda de Nínive — llevaba ella un cordón,
Con joyas preciosas, — bastante bello era.
Cuando Brunhild lo vio — empezó a llorar.
Esto tenían que saber — Gunther y todos sus vasallos.

Entonces dijo la reina del país: — «Mandad aquí conmigo
Venir al rey del Rhin: — aquí debe escuchar,
Cómo su hermana — mancilla mi honor:
Dice ante todo el mundo — que soy mujer de Siegfried.»

El rey vino con caballeros: — cuando vio llorar

A Brunhilde, su amada, — bondadosamente dijo entonces:
«¿De quién, querida esposa, — habéis sufrido agravio?»
Ella dijo al rey: — «Triste debo estar aquí.

De todos mis honores, — la hermana tuya
Ha querido privarme. — Debo quejarme contigo
Porque ella dice, que yo — soy la manceba de Siegfried, su esposo.»
Ahora dijo el rey Gunther: — «Entonces ella hizo mal.»

«Ella lleva puesto aquí mi cinturón, — que he perdido hace mucho
Y mi oro rojo. — ¡Que jamás yo haya nacido
Me arrepiento mucho! — Si tú, señor, no me liberas
De una vergüenza tan grande: — para siempre debería odiarte.»

Entonces dijo el rey Gunther: — «Llamadlo entonces.
Si se ha vanagloriado de esto, — que lo confiese libremente,
Si no quiere negarlo, — el héroe de los Países Bajos.»
Entonces Siegfried, el valiente — pronto fue llamado a ellos.

Cuando Siegfried, el espada, — vio a los airados,
Y no sabía el motivo, — pronto dijo entonces:
«¿Por qué lloran estas mujeres? — informadme de esto,
O ¿por qué mandaron — por mí, aquí?»

Entonces dijo el rey Gunther: — «Gran dolor encontré aquí,
Unas nuevas me dijo mi esposa, — la señora Brunhilde,
Que tú te habías vanagloriado, — que hubieras sido su primer esposo,
Así habla tu esposa, la señora Kriemhild: — ¿lo has hecho, caballero?»

«Jamás», dijo entonces Siegfried, — «y si ella lo ha dicho,
No voy a descansar hasta que ella — lo haya revocado,
Y me voy a justificar — ante todos tus vasallos,
Con los juramentos más altos, — que jamás he dicho algo así.»

Entonces dijo el príncipe del Rhin: — «Bien, compruébame lo.
El juramento que tú ofreciste, — si lo prestas aquí,
De todas las acusaciones falsas — te voy a absolver.»
Mandaron formarse en un círculo — a los Burgundios orgullosos.

Ahora Siegfried, el temerario, — levantó la mano para el juramento.
Entonces dijo el rey rico: — «Ahora sí, bien he reconocido,
Que vos sois inocente de esto — y por eso os absuelvo de culpa.
De lo que Kriemhild os acusaba, — vos no lo habéis hecho.»

Entonces volvió a decir Siegfried: — «Si ella tiene la culpa
De que a tu bella esposa — se haya entristecido tanto el alma,
En verdad — lo siento sobremanera.»
Ahora cambiaron miradas — los caballeros temerarios y siempre listos.

«Deben educarse las mujeres de un modo», — dijo Siegfried, el espada,
«Que dejen de proferir — palabras soberbias.
Prohíbelo tú a tu esposa, — yo lo haré con la mía.
De tal soberbia, en verdad — me avergüenzo yo ahora.»

Muchas mujeres bellas ya — se han enemistado por palabras.
Ahora Brunhild demostraba — tanta tristeza,
Que debían tener piedad por ella — los vasallos de Gunther.
Al de Tronje Hagen — vieron acercarse a la reina.

Preguntaba, qué le pasaba, — cuando la encontró llorando.
Ella le narraba el asunto. — Él le juró en su mano
Que tendría que pagarlo — el esposo de Kriemhild
O nunca más lo encontrarían — entre los alegres.

Cuando hablaron todavía, — llegaron Ortwein y Gernot,
Allá los héroes aconsejaron — la muerte de Siegfried.
También llegó allá Geiselher, — el hijo de Ute, la bella.
Cuando oía las palabras, — rápidamente dijo el fiel:

«Ay, compañeros buenos, — ¿por qué hacéis esto?
Siegfried jamás mereció — tanto odio,
Que por eso debería perder — la vida y el cuerpo.
También hay muchas cosas — por las cuales se enoja una mujer.»

«¿Vamos a criar cobardes?» — contradijo Hagen.
«Poco honor sería — para espadas tan buenos,
Que él podría vanagloriarse — de mi querida señora,
Mejor quiero morir, — o esto debe ser vengado.»

Entonces dijo el rey mismo: — «Él no nos ha hecho nada,
Sino amor y bondad: — que viva en otra parte.
¿Por qué voy a guardarle — tanto odio al héroe?
Siempre nos ha mostrado fidelidad, — con toda voluntad lo hizo.»

Entonces empezó el espada — de Metz, señor Ortwein:
«Ya no le podrá ayudar — su gran fuerza.
Sí mi señor quiere permitirlo, — yo voy a hacerlo sufrir.»
Entonces los héroes estaban dispuestos — a dañarlo, sin motivo.

Nadie, sin embargo, seguía el consejo — sólo que Hagen
Todos los días — solía decir a Gunther:
«Si Siegfried ya no viviese, — le serían sometidos
Los países de muchos reyes.» — Entonces empezó a entristecerse el héroe.

Dejaron el asunto por la paz — y se ejercitaban en los torneos,
¡Hey! qué fuertes jabalinas — se rompieron ante la catedral.
Ante la esposa de Siegfried, — hasta allá a la sala.
Con disgusto lo vieron muchos, — de los vasallos de rey Gunther.

El rey dijo: — «Abandonad la ira asesina,
Él ha nacido para honor de nosotros — y para nuestro bien,
También tiene fuerzas tan enormes, — el hombre temerario milagroso,

Si supiera algo de esto, — nadie podría acercársele.»

«Nada de eso», dijo entonces Hagen, — «Podéis tranquilizaros:
Todo lo prepararemos — sigilosamente y con cuidado.
Las lágrimas de Brunhilde, — las va a sentir.
Siempre Hagen está dispuesto — para odiar y dañarlo.»

Entonces dijo el rey Gunther: — «¿Cómo podría hacerse esto?»
Le respondió Hagen: — «Pronto lo comprenderéis:
Mandaremos cabalgar mensajeros — para acá a este país,
Que nos declaren la guerra, — desconocidos para todos los de aquí.

Entonces vos decís ante los huéspedes, — que queréis con vuestros
vasallos
Prepararos para la guerra. — Si él ve que esto se hace,
Prometerá a ayudaros; — entonces perderá su vida,
Si sólo llego a saber los secretos — de la esposa del espada temerario.»

Por desgracia el rey seguía — el consejo de su vasallo.
De modo que empezaron a pensar — en infidelidad y traición,
Antes de que alguien lo supiese, — los caballeros elegidos:
Por los disgustos de dos mujeres, — muchos héroes perdieron la vida.

XV AVENTURA

CÓMO SIEGFRIED FUE TRAICIONADO

Vieron en la cuarta mañana — treinta y dos hombres
Cabalgar hacia la corte: — Entonces dieron las noticias
A Gunther el rico — que le amenazaba nueva lucha.
La mentira causaba a las mujeres — el sufrimiento más grande.

Ellos pidieron licencia — a presentarse en la corte.
Entonces dijeron, que se encontraban — al servicio de Lüdeger,
A quien una vez había vencido — la mano de Siegfried.
Y lo había traído de rehén — al rey Gunther en el país.

A los mensajeros saludaba Gunther — y les mandó sentarse.
Uno entre ellos dijo: «Señor rey, — permitidnos quedar parados,
Para que digamos las nuevas — que nos mandan decir.
Tenéis como enemigos, sabedlo, — muchos hijos de madres.

Os declaran la guerra Lüdegast — y el rey Lüdeger:
A los cuales vosotros habéis causado — una vez tantas penas duras,
Ahora quieren, con sus ejércitos — cabalgar a este país.»
Gunther empezó a enojarse — como si ésto le fuera desconocido.

Mandaron a los falsos mensajeros — a las posadas.
¿Cómo entonces podía adivinar — Siegfried, la traición,
El o alguien más, — que tan astutamente estaban tejiendo?
Pero esto se hizo para ellos mismos — para grandes sufrimientos.

El rey con sus amigos — daba vueltas murmurando.
Hagen de Tronje — no le dejó en paz.
Todavía querían impedirlo — muchos de los vasallos del rey.
Pero no podían desviar a Hagen — de sus consejos.

Un día Siegfried encontró — murmurando a los espadas.
Entonces empezó a preguntar — el héroe de los Países Bajos;
«¿Qué triste andan el rey — y sus vasallos?
Siempre ayudaré a vengar — si alguien os hizo un agravio.»

Entonces dijo el rey Gunther: — «Sí, sufro un gran dolor:
Lüdegast y Lüdeger, otra vez — me amenazan con una guerra.
Con ejércitos quieren — cabalgar a mi país.»
Entonces dijo el espada temerario: — «Esto, la mano de Siegfried

Con todos vuestros honores, — resistirá con fuerzas.
Por mí pasará a los espadas — lo que ya les pasó una vez.
Sus fortalezas voy a devastar — y además su país,
Antes de abandonarlo; — mi cabeza sea vuestra prenda.

Vosotros con vuestros hombres — cuidad vuestro país,
Dejadme cabalgar contra ellos, — con mi gente.
Que con gusto os serviré, — lo quiero demostrar;
De mí, vuestros enemigos, sabedlo — deben sufrir perjuicios.»

«Me alegro de estas nuevas», — dijo entonces el rey,
Como si en verdad fuera — contento de su ayuda.
Profundamente se inclinó — en su falsedad, el hombre infiel.
Entonces dijo Siegfried, el noble: — «No dejad acercaros la
preocupación.»

Ellos con sus hombres — se prepararon para el viaje,
Para Siegfried y los suyos — era destinado el fingimiento.

Entonces mandó armarse — a los de los Países Bajos:
Los espadas de Siegfried — buscaron sus armaduras.

Entonces dijo Siegfried, el fuerte: — «Mi padre Siegmund,
Quedaos aquí en el país: — pronto regresaremos sanos,
Si Dios quiere darnos suerte, — de nuevo al Rhin.
Vosotros debéis entretanto — estar alegres con el rey.»

Ya querían irse: — las banderolas amarraron,
Había muchos presentes — de los vasallos de Gunther,
Que no sabían nada — de lo que se tramaba.
Un gran ejército estaba — allá con Siegfried.

Las armaduras y yelmos — cargaron en los caballos,
Querían irse del país — muchos espadas fuertes y buenos.
Entonces se fue Tronje Hagen — a encontrar a Kriemhild;
La pidió licencia: — que ya querían abandonar el país.

«Bien de mí», dijo Kriemhild, — «que yo gané al hombre,
Que tan bien puede proteger — a mis queridos amigos,
Como lo hace mi señor Siegfried — con mis hermanos:
Por eso tengo», dijo la reina, — «siempre mi corazón alegre.

Querido amigo Hagen, espero ahora — que vos sabéis,
Que me gusta servirlos; — jamás os he ofendido.
Pagádmelo ahora — en mi querido esposo.
No haced pagar a él, — lo que yo hice a Brunhild.

De esto ya me he arrepentido», — dijo la mujer noble
«También él me ha golpeado tanto, — en castigo,
Porque jamás con mis palabras — yo apesadumbrara su corazón,
Bien lo ha vengado, — este espada temerario y bueno.»

Entonces él dijo: «Vosotras os reconciliaréis — seguramente, después de

Kriemhild, querida señora — ahora debéis decirme, [pocos días,
Cómo puedo serviros — en Siegfried, vuestro señor,
A nadie quisiera yo ayudar mejor — yo lo haga con gusto, reina.»

«Estaría sin preocupación alguna», — dijo entonces la mujer noble,
«De que pudieran quitarle — en la lucha, vida y cuerpo,
Si él no quisiera continuar — en su soberbia
Siempre estaría seguro — este espada valiente y bueno.»

«Tenéis miedo, señora», — Hagen empezó entonces,
«Que fuese herido — confiadme a mí,
¿Cómo puedo hacerlo — para evitar eso?
Para protegerlo siempre — quiero cabalgar y andar a su lado.»

Ella dijo: «Tú eres pariente mío, — de modo que yo quiero serlo para ti,
A tu fidelidad confío — a mi lindo esposo,
Que tú me protejas — al hombre querido.»
Lo que mejor hubiera callado, — se lo confió ahora.

Ella dijo: «Mi esposo es valiente, — y bastante fuerte también.
Cuando mató al dragón — al pie de la montaña,
Se bañó en su sangre, — el espada listo,
De modo que arma alguna — jamás podría lastimarlo en la lucha.

Sin embargo, estoy con preocupaciones, — si está en la lucha,
Y de las manos de los héroes — se lanzan muchas lanzadas,
Que de este modo pierda yo — a mi querido esposo.
¡Ay! Cuántas penas, muchas veces — he sentido por Siegfried.

Mi querido amigo, te informo ahora, — confiando en tu gracia,
Para que tu fidelidad — compruebes ahora en mí,
Dónde se pueda herir — a mi querido esposo.
Lo debes saber ahora: — a tu gracia lo recomiendo.»

«Cuando de las heridas del dragón, — brotó la sangre caliente
Y en ella se bañaba — el espada temerario y bueno,
Se le cayó a las espaldas — una hoja de tilo, muy ancha,
Allá se le puede herir; — esto me crea preocupación y dolor.»

Entonces dijo Hagen, el infiel — «Pues cosed en tu vestido
Para mí una pequeña señal, — con vuestra propia mano.
Donde tenga que protegerlo, — en esto puedo comprender.»
Ella quería alargarle la vida, — y en su muerte habían puesto la mira.

Ella dijo: «Con seda fina, — coseré en su vestido
En secreto una crucecita: — allá, héroe, tu mano
Debe protegerme al esposo, — si la lucha es encarnizada,
Y él tuviese que enfrentarse a sus enemigos — en batallas violentas.»

«Esto lo haré», dijo entonces Hagen, — «mi queridísima señora».
Pues se imaginaba la buena, — que sería en bien de él,
Y con eso era traicionado, — el esposo de Kriemhild
Licencia pidió luego Hagen: — Y se fue alegremente.

¿Qué noticias traía? — Su amo pidió decírselo.
«Si podéis evitar el viaje, — mandad que nos vayamos de caza,
Bien sé ahora — como matarlo.
¿Queréis mandar la caza?» — «Esto haré», dijo el rey.

El vasallo del rey estaba — alegre y contento.
Seguro, tal maldad — ningún espada volverá a hacer
Hasta el Último Juicio, — como él la cometería
Cuando en su fidelidad, — la bella reina confió.

Temprano, en la tercera mañana, — con aproximadamente mil hombres,
Siegfried, el espada, — cabalgaba con el corazón alegre.
Se imaginaba que iba — a vengar el agravio de sus amigos.
Tan cerca cabalgaba Hagen de él, — que podía escudriñar su vestido.

Cuando vio la señal, — mandaba, sin que se notara,
A dos de sus vasallos, — para traer otras nuevas,
De que permanecería en paz, — el país del rey Gunther:
Que el señor Lüdeger — los hubiera mandado con el rey.

¡Con qué malas ganas Siegfried — abandonó la lucha,
Antes de haber vengado — el agravio de sus amigos!
Con trabajos lo retuvieron — los vasallos de Gunther.
Entonces cabalgaba con el rey — que empezó a darle las gracias.

«Dios os recompense, amigo Siegfried, — vuestra voluntad buena,
Que con tantas ganas hicisteis — lo que me pareció necesario:
Yo os lo pagaré, — como debo hacerlo,
Ante todos mis amigos siempre — os tendré la mayor confianza.»

«Ya que ahora nos vemos libres — de la invasión guerrera,
Vámonos a cazar — osos y jabalíes,
Al Odenwald — como muchas veces he hecho.»
Lo había aconsejado Hagen, — este hombre infiel.

«Que lo digan ahora — a todos mis huéspedes,
Pienso cabalgar temprano: — los que quieran cazar conmigo,
Que estén listos; — pero los que quieran quedarse aquí
A divertirse con las señoras: — también me parece bueno.»

Con finos modales — dijo entonces Siegfried:
«Si queréis cabalgar a cazar, — yo con todo gusto iré con vosotros,
Si me queréis prestar — a un cazador
Con algunos perros de caza, — entonces cabalgaré con vos al bosque.»

«¿Sólo queréis uno?» — dijo Gunther muy dispuesto,
«Os prestaré, si queréis, cuatro — los cuales bien conocen
El bosque y los senderos — donde hay muchos animales,

Para que, no conociendo los caminos, — no tengáis que regresar sin nada.»

Entonces cabalgaba a ver a su esposa, — el espada temerario.

Entretanto Hagen — había dicho al rey

Cómo iba a perder — al espada magnífico.

De infidelidad tan grande — jamás debería hacerse culpable un hombre.

Cuando los infieles — decidieron su muerte

Todos lo sabían; — Geiselher y Gernot

No querían cazar con ellos. — No sé a causa de qué resentimiento

No se lo advirtieron; — pero para esto tenían que pagar con creces.

XVI AVENTURA

CÓMO SIEGFRIED FUE ASESINADO

Gunther y Hagen, — los espadas valientes
Emprendieron con infidelidad — una caza en el bosque.
Con sus lanzas afiladas — querían cazar jabalíes
Y osos y bisontes: — ¿qué cosa más valiente podía hacerse?

Entonces también con ellos — cabalgó Siegfried, orgullosamente.
Les llevaron alimentos — bien guisados, hasta allí.
En una fuente fría — pronto perdió la vida:
El consejo lo había dado Brunhild — la esposa del rey Gunther.

Entonces se fue Siegfried, el temerario — allá donde encontró a Kriemhild.
Ya estaba cargado el caballo — con el noble vestido de caza
Para él y sus compañeros — que querían atravesar el Rhin.
Entonces Kriemhild no podía — sentirse más triste por ello.

A su querida esposa — besaba en la boca:
«Dios permita, querida — que yo te vuelva a ver sana,
Y tus ojos a mí también; — con las lindas amigas tuyas
Pásate las horas: — no puedo permanecer contigo.»

Entonces ella pensaba en las cosas — y no podía decírselo,
Por las cuales Hagen la había preguntado: — y empezó a lamentarse,
La noble princesa, — de que hubiera nacido,
Sin cesar lloraba — la bellísima señora delicada.

Ella habló al espada: — «Abandonad vuestra caza.
He soñado hoy con desgracias, — como dos jabalíes cazaban
A vos por los brezales: — se enrojecieron las flores
De modo que lloraba tan amargamente — pobre de mí, mujer, que tenga
que hacerlo.

Bien debo temer, señor Siegfried, — la traición de algunos,
Si a éste o a otro quizás — hayamos ofendido,
Que pudieran perseguirnos — con odio hostil.
Permaneced aquí, querido señor, — en fidelidad os lo aconsejo.»

Él dijo: «Querida vida mía, — vuelvo dentro de breve tiempo,
No sé nada de que alguien — me tengo odio o envidia aquí.
Todos tus amigos juntos — son mis amigos;
Y tampoco merecería — otra paga de los espadas.»

«Ay no, querido Siegfried: — bien temo tu caída,
Soñé hoy con desgracias, — cómo encima de ti, al valle
Cayeron dos montañas, — que jamás volví a verte:
Y si quieres separarte de mí, — esto lo siento mucho.»

Él abrazaba tiernamente — a la mujer recatada,
Con besos lindos acariciaba — su cuerpo bello,
Luego pidió licencia — y se fue en breve hora:
Por desgracia, ella jamás — volvió a verlo sano.

Se fueron cabalgando entonces — a un bosque de pinos espesos
Para divertirse; — muchos caballeros valientes
Cabalgaban con el rey; — con ellos fue mandado
También abundante comida fina, — que necesitaban para su viaje.

Muchos caballos de carga andaban cargados — delante de ellos, pasando el
Rhin,

Que llevaban para los compañeros de caza, — el pan y el vino,
La carne con los pescados — y alimentos de muchas clases,
Como un rey rico puede tenerlos — durante el viaje.

Entonces mandaron acampar — cerca del bosque verde,
Y de las pistas del venado — a los cazadores orgullosos y valientes
Donde iban a cazar, — en una pradera ancha.
También Siegfried había llegado: — informaron de esto al rey.

De los compañeros de caza — pusieron centinelas
Para vigilar en todas partes: — entonces dijo el héroe temerario,
Siegfried, el fuerte: — «¿Quién nos guiará el bosque
A buscar los animales, — espadas temerarios y bellos?»

«¿Vamos a dividirnos?» — empezó entonces Hagen,
«Antes de empezar a cazar — aquí en el bosque,
Entonces podemos reconocer, — yo y mi señor,
Quienes son los mejores cazadores — durante esta caza en el bosque.»

«A la gente así como los perros, — nos los dividiremos,
Después se va, adonde quiere, — cada uno, solo,
Y quien cace lo mejor — se lo agradeceremos.»
Entonces los cazadores — ya no quedaron juntos por más tiempo.

Luego dijo Siegfried, el noble: — «No necesito perros,
Con excepción de un perro macho — que esté tan educado,
Que conozca las huellas de los animales — a través del bosque.
Bien vamos a cazar», — dijo el esposo de Kriemhild.

Entonces un cazador viejo — tomó un perro de caza consigo
Y llevaba a los señores, — antes de mucho tiempo,
Donde encontraron mucha presa: — lo que hicieron salir
Lo cazaron los compañeros, — como hoy todavía es costumbre de buenos
cazadores.

Lo que hizo salir el perro, — lo mató con su mano
Siegfried, el temerario, — el héroe de los Países Bajos.
Su caballo corrió tan rápido, — que poco se le escapó.
El premio de la caza — ganó ante todos ellos.

Era en todas las cosas — bastante valiente.
El primero de los animales, — que mataba
Era un búfalo fuerte, — en él acertó la mano del héroe.
Poco después el espada — encontró a un león feroz.

Cuando el perro lo hizo salir, — él tiró con el arco
Y con la flecha afilada, — que en él había puesto.
El león, después del tiro, — corrió sólo tres saltos más,
Sus compañeros de caza — se lo agradecieron a Siegfried.

Mató un bisonte después — y un alce,
Cuatro grandes uros — y un feroz ciervo gigante,
Tan rápido lo llevó el caballo — que nada se le escapó,
Venados y ciervos — cazaba muchos.

Un gran jabalí hizo salir — su perro de caza,
Cuando éste huyó, — vino corriendo rápidamente
El maestro de toda la caza — y lo tomó como blanco.
Atacó el jabalí airado — a éste héroe virtuoso.

Entonces con su espada — lo mató el esposo de Kriemhild.
Otro cazador no lo hubiera — hecho tan fácilmente.
Cuando estaba muerto — amarraron el perro de caza.
Su botín tan rico conocieron — todos los Burgundios.

Entonces dijeron sus cazadores: — «Si es posible,
Señor Siegfried, dejadnos viva — todavía parte de los animales.
Parece que nos queréis vaciar — la montaña y los bosques de pinos.»

Por eso empezó a sonreírse — el espada valiente y bello.

Entonces oyeron en todas partes — ruido y alboroto,
De gente y perros — se levantaba tal ruido
Que resonaban — la montaña y el bosque.
Veinticuatro pistas seguían — los vasallos de Gunther.

Así muchos animales silvestres — fueron alcanzados por la muerte feroz.
Pensaban ellos arreglarlo — para que a ellos fuese dado
El premio de la caza: — pero no podía acontecer esto,
Cuando cerca de las hogueras — vieron a Siegfried el fuerte.

La caza había terminado — pero no del todo, como apareció.
Los que querían acercarse a las hogueras — llevaron consigo
Todas las especies de animales — y presa noble bastante.
¡Hey, cuánto llevó a la cocina — el séquito del rey!

Entonces mandó avisar el rey — a los cazadores nobles,
Que quería irse a comer; — y fuertemente tocaban
Una vez el cuerno; — de este modo hicieron saber,
Que al príncipe noble podían — encontrar ahora en el campamento.

Entonces dijo un cazador de Siegfried: — «Señor, he oído
Por el sonido de un cuerno — que ahora debemos ir
Hacia el campamento: — si lo contesto, les gustará.»
Entonces por los compañeros — preguntaron con el sonido del cuerno.

Ahora dijo Siegfried, el noble: «Ya dejemos el bosque!»
En seguida su caballo lo llevaba, — los demás siguieron pronto.
Con el ruido hicieron salir — un monstruo del bosque, horrible,
Un oso silvestre, — entonces mandó el espada:

«Voy a divertir — a los compañeros de caza.
Allí veo un oso: — soltad al perro, del cordón.

Al campamento irá — con nosotros, el oso,
No puede escapársenos, — huyera tanto como quisiera.»

Soltaron entonces al perro: — el oso corrió huyendo.
Entonces quería alcanzarlo a caballo — el esposo de Kriemhild.
Llegaron a una barranca: — allá no podía meterse.
El animal fuerte se imaginaba — ya librado de los cazadores.

En seguida saltó de su caballo — el caballero bueno y orgulloso,
Y empezó a correr detrás de él. — El animal no tenía cuidado,
No podía escapársele: — lo agarró luego
Sin herirlo, el espada — lo amarró rápidamente.

No podía rasguñar — o morder al hombre,
Él lo amarraba en su silla; — él, rápido montó luego
Y lo llevó al campamento — con su ánimo alegre,
Para divertirse, — este espada valiente y bueno.

Él cabalgó hacia el campamento — ¡con qué magnificencia!
Su lanza era grande y fuerte — enorme y además ancha;
Un arma bella le colgó — hacia la espuela;
De rojo oro llevaba — el héroe un cuerno precioso.

De un mejor vestido de caza — nunca oí decir.
Vieron que llevaba — un saco de tela negra
Y un sombrero de sable — bastante rico era.
¡Hey, qué tiras bordadas tan buenas — llevó en su carcaj!

La piel de una pantera — estaba forrada encima,
A causa del olor. — También llevó un arco:
Con un cabrestante — tenía que jalarlo,
Quién quería estirar la cuerda — si no él mismo lo hacía.

De la piel del lince — era todo su vestido,

Que desde la cabeza hasta los pies — estaba bordado con colores;
De la piel clara — a ambos lados, bellísimas
En el valiente maestro de caza — brillaban muchas piezas de oro.

También llevaba Balmung — la bella y ancha espada:
Ésta era de tal filo — que nada quedó intacto
Si la golpearan en yelmos: — sus filos eran buenos.
El magnífico cazador — llevaba el ánimo muy alto.

Si os debo enumerar totalmente — describiéndolo,
Su noble carcaj estaba — lleno de buenas flechas,
Con ranuras de oro — los fierros del ancho de una mano.
Lo que él acertó al disparar — el fin de esta vida no estaba lejos.

Vino cabalgando el caballero noble — magnífico, saliendo del bosque de
pinos.

A él vio la gente de Gunther, — como se acercó a caballo,
Corrieron a su encuentro — y le detuvieron el caballo:
Y tenía amarrado en su silla — un oso fuerte y grande.

Cuando se había apeado, — le soltó las ligas
De la boca y los pies: — los perros luego dispuestos
Empezaron a aullar fuertemente, — cuando vieron el oso.
El animal quería huir al bosque: — esto asustaba a muchos.

El oso atravesaba la cocina, — asustado por el ruido:
¡Hey! cómo separaba — a los cocineros de la lumbre.
Se tiraron muchas cacerolas, — se regaron muchos fuegos:
¡Hey! Cuántos buenos guisados — se encontraban tirados en las cenizas.

Saltaron de sus sillas — señores y vasallos también.
El oso empezó a enojarse; — el rey mandó luego
Soltar a la banda de perros — que estaban amarrados;
Y si hubiese terminado bien, — hubieran tenido un día alegre.

Con arcos y con lanzas — ya no tardaron más,
Corrieron los rápidos — ahí donde huía el oso;
Pero nadie quería tirar, — había demasiados perros,
Tan fuerte era el ruido, — que resonaba el bosque montañoso.

El oso empezó a huir — de los perros tan numerosos;
Nadie podía seguirle — sino el esposo de Kriemhild.
Corrió hacia él con la espada, — y lo mató entonces,
De nuevo hacia las hogueras — llevaron los sirvientes, al oso.

Entonces dijeron aquellos que lo vieron, — que era un hombre fuerte,
Los orgullosos compañeros de caza — llamaron a la mesa.
En bellas praderas estaban — sentados muchos héroes,
¡Hey! qué comida tan caballeresca — sirvieron los cazadores orgullosos.

Los escanciadores se tardaron, — no trajeron el vino.
Mejor no pudieran haber sido — agasajados los héroes,
Si algunos entre ellos — no hubieran sido tan falsos,
Los espadas hubieran sido libres — y exentos de toda vergüenza.

De esto no se daba cuenta — el hombre valiente traicionado,
Que había tantas intrigas — contra su vida.
Él, con modales cortesanos — estaba libre de todo engaño.
Tenía que pagar con su muerte, — aquél, que nunca lo conocía.

Entonces dijo Siegfried, el noble: — «Me sorprende mucho:
Nos traen de la cocina — tanto para comer
¿Por qué los escanciadores — no nos sirven el vino también?
Si de este modo sirven a los cazadores, — ya no quiero ser compañero de
caza.

Creo que lo merezco — que me agasajen bien.»
De su mesa el rey — dijo con la mente traicionera:

«Os pagaremos en otra ocasión — lo que hoy nos hace falta,
La culpa la tiene Hagen, — éste quiere vernos morir de sed.»

Entonces dijo de Tronje Hagen: — «Querido amo mío,
Me imaginaba que la caza — tendría lugar hoy
Lejos, en el Spechtshart: — y para allá mandé el vino.
Hoy no hay nada que beber, — pero no volveré a hacerlo.»

Entonces dijo Siegfried, el noble: — «Poco lo agradezco.
Deberían haber mandado para mí — siete cargas con Met
Y vino claro; — y si no podía ser
Deberían haber hecho el campamento — más cerca del Rhin.»

Entonces dijo de Tronje Hagen: — «Vosotros, caballeros nobles y rápidos,
Yo conozco cerca de aquí — una fuente brotante fría,
Para que no os enojéis conmigo, — aconsejo ir a buscarla.»
Este consejo se había hecho — para gran sufrimiento de muchos espadas.

A aquél de los Países Bajos — le forzó la pena de la sed;
Mandó muy temprano — a quitar las mesas.
Él quería irse hacia las montañas — a la fuente brotante.
Entonces el consejo se había hecho — por los espadas, con malicia.

Mandaron llevar la presa — en carros por el país.
Que la mano de Siegfried — había matado.
Quienquiera que lo vio — le otorgó fama y honores.
Hagen rompió su fidelidad — con Siegfried, malamente.

Cuando querían irse, — hacia el tilo ancho,
Entonces dijo Tronje Hagen: — «Oigo siempre decir
Que nadie puede competir — con el esposo de Kriemhild,
Cuando quiere correr: — ¡Hey! ¡Si lo viéramos una vez!»

Entonces dijo, de los Países Bajos — Siegfried, el espada valiente y bueno:

«Esto lo podéis comprobar, — si conmigo emprendéis
Una carrera hacia la fuente. — Si así se hace
Habrá ganado aquél — a quien veamos llegar primero.»

«Bien, vamos a probarlo», — dijo Hagen, el espada.
Entonces dijo Siegfried, el fuerte: — «Me voy a acostar
A vuestros pies — en el pasto, si pierdo.»
Cuando oyó esto, — ¡qué bien le pareció al rey Gunther!

Entonces dijo el espada valiente: — «mas voy a deciros:
Todos mis vestidos — llevaré conmigo, puestos,
La lanza con el escudo — y toda mi armadura de caza.»
La espada y el carcaj — se ciñó rápidamente al cuerpo.

Los vestidos se quitaron — del cuerpo los demás;
En dos camisas blancas — vieron parados a ambos,
Como dos panteras salvajes — corrieron a través del trébol;
Pero con todo y eso vieron primero — en la fuente a Siegfried, el rápido.

El premio de todas las cosas — le dieron ante muchos.
Entonces soltó rápidamente sus armas, — se quitó el carcaj,
La lanza fuerte reclinaba — en un ramo del tilo,
En la fuente brotante estaba parado — el huésped magnífico.

Sus modales cortesanos — comprobó Siegfried con esto:
Dejó en el suelo el escudo, — donde corría la fuente,
Por más que sufría de la sed, — no bebió antes el héroe,
Hasta que hubiera bebido el rey; — para eso ganó malagradecimiento.

La fuente era pura, — fría y también buena;
Se inclinaba Gunther — para abajo hacia el agua,
Cuando había bebido, — se levantó entonces,
Lo mismo hubiera gustado hacer — a Siegfried, el temerario.

Entonces le pagaron sus modales cortesanos; — el arco y la espada
Llevaba Hagen, para esconderlos — del espada.
Luego brincó para atrás, — donde encontró la lanza
Y buscaba la señal — en el vestido del temerario.

Cuando Siegfried, el noble, — bebió de la fuente,
Él le atravesó la crucecita, — de modo que saltó de la herida
La sangre de su corazón, — salpicando el vestido de Hagen.
Ningún héroe jamás volverá — a cometer un crimen como éste.

La lanza en su corazón — profundamente dejó clavada,
Como Hagen ahora corrió — huyendo tan violentamente,
Jamás corrió huyendo — de hombre alguno en la tierra,
Como de Siegfried; — cuando se dio cuenta de su herida profunda.

El espada con gran ira, — brincó de la fuente,
De la espalda le salía — un asta de lanza larga,
Ahora creía encontrar — su arco y su espada.
Seguro, que hubiera dado — su recompensa merecida a Hagen.

Cuando el herido a muerte — no encontró su espada,
Nada le quedaba más — que su escudo,
Éste lo levantó de la fuente — y atacó a Hagen,
No se le podía escapar — el súbdito del rey Gunther.

Aunque herido a muerte, — fuertemente lo golpeó tanto,
Que del escudo — cayeron bastantes
Joyas preciosas; — casi se rompió el escudo:
Con tantas ganas se hubiera vengado — el huésped magnífico.

Entonces Hagen tenía que caerse — al suelo por su mano.
La pradera, de los golpes — resonó en un eco.
Si hubiera tenido su espada en la mano — esto hubiera sido la muerte de
Hagen,

Tan enojado estaba el herido — le apremió verdadera necesidad.

Su color había palidecido; — ya no podía pararse,
La fuerza de su cuerpo — tenía que desvanecerse,
Ya que el signo de la muerte — tenía en su color claro.
Más tarde estaban de duelo — muchas mujeres bellas.

Entonces se cayó entre las flores — el esposo de Kriemhild.
La sangre de su herida — corrió a raudales,
Entonces empezó a insultar a aquellos, — le apremió el gran dolor
Que habían aconsejado — con infidelidad su muerte.

Dijo el herido a muerte: — «Ay, vosotros, malos cobardes,
¿De qué sirvieron mis méritos, — si me habéis asesinado?
Siempre os he tenido afecto — y de esto me muero ahora.
Siento que habéis hecho mal — en vuestros amigos.

Infamados por eso serán aquellos — que nacerán todavía
Después de este día: — habéis vengado vuestra ira
Demasiado — en mi vida.
Sed separados con deshonor — de los buenos espadas.»

Corriendo acudieron todos los caballeros — donde yacía asesinado.
Para muchos era — un día de alegría,
Quien conocía fidelidad y honor, — lo lamentaba:
Y bien lo merecía por ellos, — el espada temerario.

El rey de los Burgundios — también lamentaba su muerte
Entonces dijo el mortalmente herido: — «No hay necesidad,
Que aquél llore por el daño — quién ha sido la causa de él,
Él merece gran infamia, — mejor no lo hubiera hecho.»

Entonces dijo Hagen, el feroz: — «No sé, por qué os arrepentís:
Ahora siquiera terminó — lo que nos amenazó.

Ahora hay pocos — que puedan afrentársenos.
Bien de mí, que se puso fin — a su dominio, por mi conducto.»

«Bien os podéis vanagloriar», — dijo el de los Países Bajos.
«Si hubiera yo reconocido — vuestra mente asesina
Bien hubiera yo guardado de vos — mi vida y cuerpo.
Nada lamento más en la tierra — que a la señora Kriemhild, mi esposa.

Que ahora Dios se apiade — del hijo que gané,
Sobre quien ahora para todos los tiempos — recae el reproche de esto,
De que sus amigos han asesinado — cobardemente a alguien.
Si yo tuviera tiempo y rato, — lo debería yo lamentar de veras.

Jamás ha cometido — un asesinato tan vil, un hombre.»
Dijo al rey, — «como vos me lo habéis hecho:
Yo os cuidé de la vergüenza — en gran angustia y apuros
Me lo habéis mal pagado, — que os ayudé tan bien.»

Continuando dijo con dolores, — el héroe herido a muerte.
«Queréis vos, rey noble, — todavía en este mundo
Comprobar fidelidad — dejad encomendaros
A vuestra gracia — a mi querida esposa.

Que sea de su provecho, — que es vuestra hermana:
Por amor de las virtudes de todo príncipe, — ayudadla siempre.
Por siempre tendrán que esperarme — mi padre y mis vasallos:
Jamás por su querido amigo — ha sentido tal dolor una mujer.»

Se torcía de los dolores — que le causaba su herida,
Y dijo de corazón, lamentando: — «De mi muerte traicionera
Debéis arrepentiros todavía — en los días del futuro:
Creedme en verdadera fidelidad — que vos os habéis asesinado a vosotros
mismos.»

Las flores en todas partes — estaban regadas de sangre.
Luchó con la muerte — no lo hizo por mucho tiempo,
Porque el arma de la muerte — le cortó demasiado.
Ya no podía hablar — esta espada valiente y noble.

Cuando los señores vieron muerto — al héroe noble,
Lo acostaron en un escudo — rojo de oro.
Se consultaron ahora — cómo debían hacerlo,
Para que quedase oculto — que Hagen lo había cometido.

Hablaron muchos de ellos: — «Pasó un accidente,
Todos debéis ocultarlo, — y sólo decid una cosa:
Cuando solo cabalgaba cazando, — el esposo de Kriemhild,
Bandidos lo mataron, — cuando cabalgaba por el bosque.»

Entonces dijo el infiel Hagen: — «Yo lo llevo a la casa,
No me importa nada, — aunque sepa ella la verdad,
Aquella que tanto podía entristecer — el ánimo alto de Brunhild.
Poco voy a preguntar, — cómo ahora llora y se comporta.»

De la misma fuente, — donde Siegfried fue asesinado,
Debéis oír la estricta verdad, — narrada por mí:
A la orilla del Odenwald hay — un pueblo llamado Odenheim:
Allá todavía brota la fuente — no hay duda alguna de ello.

XVII AVENTURA CÓMO SIEGFRIED FUE LAMENTADO Y ENTERRADO

Entonces esperaron la noche — y atravesaron el Rhin,
Jamás pueden haber tomado — peor caza, héroes algunos.
Su presa lloraban todavía — muchas mujeres nobles:
Por ello pronto tendrían que pagar — con su vida muchos buenos espadas.

De gran soberbia debéis — escuchar narrar ahora
Y de venganza terrible. — Mandó traer Hagen
A Siegfried, el asesinado — del país de los Nibelungos
Y ponerlo ante una cámara, — donde se encontró Kriemhild.

Mandó sigilosamente acostarlo — delante de su puerta,
Para que tuviera que encontrarlo, — cuando en la mañana
Saldría a misa, — temprano al amanecer,
De las cuales la señora Kriemhild, — raras veces faltó, quedándose
acostada.

Como siempre se oyeron — las campanadas de la catedral.
A Kriemhild la bella, — despertaban sus sirvientas.
Mandó traer la luz — y también sus vestidos;
Entonces llegó uno de los camariegos — adonde encontró a Siegfried.

Lo vio rojo de sangre, — mojados todos sus vestidos.
Que era su amo, — no lo sabía.

Llevó a la cámara — la luz en su mano
Por la cual la señora Kriemhild — se cercioró de muy malas nuevas.

Cuando con las mujeres — quería irse a la catedral,
«Señora», dijo el camariego, — «dignaos parar todavía;
Yace ante la cámara — un caballero asesinado.»
«Ay de mí», dijo entonces Kriemhild, — «¿por qué me das tal mensaje?»

Antes de que ella misma hubiera visto — que era su querido esposo
Empezó a pensar — en la pregunta de Hagen,
Cómo pudiese protegerlo: — entonces presintió su dolor,
Con su muerte, ahora, — renunció a toda la alegría.

Entonces cayó al suelo, — ya no habló palabra alguna.
La bella sin alegría, — la vieron desmayada en el suelo.
El duelo de Kriemhild — era grande y pleno
Empezó a gritar después de su desmayo — de tal modo que resonó la
cámara.

Entonces dijo el séquito: — «Puede ser algún extraño.»
A ella brotó sangre de la boca, — del dolor de su corazón.
«No, éste es Siegfried, — mi querido esposo,
Brunhild lo aconsejó, — y Hagen lo ha hecho.»

Se hizo acompañar, — donde encontró al héroe,
Su cabeza bella levantó — con su mano blanca,
Por más que estaba rojo de sangre, — ella lo reconoció enseguida:
Allá yacía para su gran dolor, — el héroe del país de los Nibelungos.

Entonces se lamentó con gritos de dolor, — la reina gentil,
«Ay de mí del dolor; — ahora que tu escudo
No está quebrado por espadas; — te mató un asesino cobarde,
Y si supiera quién lo hizo, — lo vengaría eternamente.»

Todo su séquito se lamentaba — en voz alta y gritaba
Con su querida señora, — violentamente se dolían
De su noble señor y rey, — a quien vieron allá perdido;
Mal había vengado Hagen — la ira de Brunhild.

Dijo entonces la dolorosa: — «Ahora debe ir uno
Y despertar con urgencia — a los vasallos de Siegfried.
Y también avisar a Siegmund — de mi dolor,
Si quiere ayudarme a lamentar — a Siegfried, el temerario.»

Corrió entonces un mensajero, — adonde los encontró dormidos,
Los héroes de Siegfried, — del país de los Nibelungos.
Con sus malas nuevas — los privó de la alegría,
No querían creerlo — hasta que oyeron los lamentos.

También llegó el mensajero — adonde estaba acostado el rey
Siegmund, el señor — no se había dormido,
Como si el corazón le previniera — de lo que le pasó,
Que jamás volvería a ver vivo — a su hijo querido.

«Despertad, rey Siegmund, — me mandó por vosotros,
Kriemhild, mi señora, — la que un gran dolor sufrió,
Que más que otro sufrimiento alguno — le quema el corazón,
Debéis ayudarla a lamentar, — porque también a vos os toca.»

Se levantó Siegmund y dijo — «¿De qué se lamenta
Pues Kriemhild, la bella, — como me dijiste?»
El mensajero dijo con lágrimas: — «Ella tiene motivo de quejarse.
Siegfried, el temerario, de los Países Bajos, — yace asesinado.»

Entonces dijo el rey Siegmund: — «Dejad las bromas,
De nuevas tan malas — de mi hijo.
Y jamás volved a decirlo a nadie — que fue asesinado,
Jamás, hasta el fin de mi vida — pudiera lamentarlo lo suficiente.»

«Y si no queréis creer, — lo que me oís decir.
Escuchad vos mismo — el lamento de Kriemhild
Y de todo su séquito — a causa de la muerte de Siegfried.»
¡Cómo se asustó entonces Siegmund!: — le causó profundo dolor.

Con cien de sus hombres — saltó de la cama.
Tomaron con sus manos — las largas armas filosas,
Y corrieron con lamentos — hasta donde resonó el grito de dolor.
Entonces vinieron mil guerreros — de los vasallos del valiente Siegfried.

Cuando oyeron las quejas de las mujeres — en gritos de dolor,
Una parte de ellos pensó — que primero debían vestirse.
Pero por el dolor — no tenían poder sobre sus sentidos.
En sus corazones estaba enterrada — una gran pesadumbre.

Llegó el rey noble, — donde encontró a Kriemhild.
Él dijo: «Ay del viaje — hacia este país.
¿Quién os ha matado a vuestro esposo, — quién a mi hijo
Asesinado, ya que estamos — con buenos amigos?»

«Si conociese a aquél», — contestó la reina noble,
«Jamás le amarían — mi corazón y mi mente,
Yo le causaría tal daño — que todos sus amigos,
Tendrían que llorar lamentándose, — creedme, a causa mía.»

Siegmund abrazó — al príncipe tiernamente:
De sus amigos se levantó — el quejido de tal modo,
Que de los lamentos de dolor — resonaron el palacio y la sala
Y toda la amplia fortaleza de Worms — como un eco.

Nadie podía consolar — a la esposa de Siegfried,
Desvistieron ahora — a su cuerpo bello,
Lavaron su herida — y lo pusieron en el féretro,

¡Cómo sintió toda su gente — un dolor tan grande!

Dijeron sus espadas — del país de los Países Bajos:
«Siempre está dispuesta — nuestra mano a vengarlo.
Está aquí dentro de esta casa, — quien lo cometió.»
Corrieron a armarse — los espadas vasallos de Siegfried.

Los elegidos llegaron — con sus escudos,
Once cientos de héroes; — que tenía en su ejército
Siegmund, el rey: — la muerte de su hijo
Con gusto hubiera vengado — como lo ordenó la fidelidad.

No sabían contra quién — luchar ahora,
Si no fuera contra Gunther — y sus vasallos,
Que habían cabalgado a la caza — aquel día con Siegfried.
Kriemhild los vio armados: — lo que le causó nuevas penas.

Por fuerte que fuera su pena, — por grande su dolor,
Temía violentamente — la muerte de los Nibelungos,
Por las manos de sus hermanos, — de modo que contradecía,
Los advertía con amor, — como siempre lo hace amigo con amigos

Dijo la dolorosa: — «Señor rey Siegmund,
¿Qué queréis hacer? — no sabréis probablemente
Que el rey Gunther — tiene muchos hombres valientes,
Queréis destruiros a vosotros mismos, — si atacáis a tales héroes.»

Con sus espadas levantados — deseaban luchar.
La noble hija de reyes — rogó y también mandó
Que los guerreros dispuestos — debían evitarlo.
Y si no podría evitarlo — lo sentiría por ambos.

Ella dijo: «Señor rey Siegmund — esperad todavía
Hasta mejor ocasión — yo ayudaré a vengar

A mi esposo en unión con vosotros. — ¡Quién me lo ha quitado,
Si me lo comprueban — tendrá que pagarlo!

Hay tantos hombres soberbios — aquí a las orillas del Rhin,
Que no quiero aconsejaros — ahora la lucha.
Siempre tienen treinta — hombres contra uno;
¡Que Dios les dé — lo que nos han hecho a nosotros!

Quedad aquí en la casa — y velad el duelo conmigo
Hasta que amanezca, — vosotros, héroes listos,
Luego ayudadme a enterrar — a mi querido esposo.»
Entonces dijeron los espadas: — «Querida señora, así sea.»

Nadie os pudiera decir — el fin del asombro,
Cómo escucharon lamentar — a los caballeros y a las mujeres,
Hasta que en la ciudad — se dieron cuenta de los lamentos.
Los ciudadanos nobles — llegaron corriendo en grupos.

Lamentaron con los huéspedes: — les dolía la pérdida.
Lo que hubiera sido la culpa de Siegfried — ellos lo ignoraron,
Por qué el noble héroe — dejó la vida y el cuerpo.
Entonces lloraban con las mujeres — las esposas de muchos buenos
ciudadanos.

Mandaron apresurarse a los herreros, — que hiciesen un ataúd,
De oro y de plata, — fuerte y enorme,
Y lo mandaron guarnecerlo — de acero muy bueno.
A toda la gente pesaba — el corazón y la mente.

La noche había pasado — decían que pronto amanecería,
Entonces la noble reina — mandó llevar hacia la catedral
A este noble muerto, — su querido esposo.
Con ella iban llorando, — los amigos que ella tenía.

Cuando llegaron a la catedral, — ¡Cuántas campanas tocaron!
En todas partes se oyeron — los cantos de los sacerdotes.
Entonces llegó el rey Gunther — con sus vasallos,
Y también Hagen, el severo. — Mejor no lo hubieran hecho.

Él dijo: «Querida hermana, — ¡Ay, de tu dolor!
Que no pudo evitarse — un daño tan grande.
Siempre tendremos que quejarnos — de la muerte de Siegfried.»
«Haces mal en esto», — dijo la mujer dolorosa.

«Si vosotros lo sintieseis, — no hubiera acontecido.
Os habíais olvidado de mí, — esto debo confesar,
Cuando me privasteis — de mi querido esposo.
Quisiera Dios en el cielo, — que me lo hubieran hecho a mí.»

Continuaron negando. — Entonces empezó Kriemhild:
«Quien es inocente, — fácilmente se puede comprobar.
Sólo tiene que acercarse al féretro — aquí, ante todo el pueblo.
Luego al momento — veremos la verdad.»

Es un gran milagro, — que todavía pasa muchas veces,
Si se ve al asesino — cerca del asesinato,
Empiezan a sangrar las heridas, — como pasó también aquí;
De modo que todos vieron — que Hagen fue el autor del crimen.

Las heridas sangraron de nuevo, — tan fuerte como antes,
Los que ya se lamentaban violentamente, — lloraron más todavía.
Entonces dijo el rey Gunther: — «Oíd la verdad:
Bandidos lo asesinaron. — Hagen no lo ha hecho.»

Ella dijo: «A estos bandidos — los conozco bien,
Que Dios lo vengue todavía — por mano de sus amigos.
Gunther y Hagen, — vosotros lo habéis hecho.»
De nuevo querían luchar — los vasallos de Siegfried.

Pero Kriemhild dijo: — «Soportad conmigo el dolor.»
Entonces se acercaron también ambos, — donde lo encontraron muerto
Gernot, su hermano — y Geiselher, el joven.
Lo lamentaron con fidelidad, — sus ojos se cegaron de lágrimas.

Lloraron de todo corazón — por el esposo de Kriemhild.
Querían cantar la misa: — caminaron hacia la catedral
En todas partes, ambos — hombres y mujeres.
Aún aquellos que fácilmente lo olvidaron — lloraron por el cuerpo de
Siegfried.

Gernot y Geiselher dijeron: — «Hermana mía,
Ahora consuélate de la muerte, — tiene que ser así.
Te lo vamos a indemnizar — en cuanto tengamos vida.»
Pero nadie podía darle consuelo — en esta tierra.

Su ataúd fue cerrado — bien hasta el mediodía.
Lo levantaron de la camilla — sobre la cual yacía el muerto
Entonces la reina no quería — permitir que lo enterraran:
Toda la gente sentía — todavía gran dolor.

En telas preciosas — envolvieron al muerto.
Seguro que no encontraron — a nadie sin lágrimas.
De todo corazón se lamentaba, — Ute, la mujer noble,
Y todo su séquito, — por el cuerpo bello de Siegfried.

Cuando oyó la gente, — que cantaron en la catedral
Y lo habían puesto en el ataúd, — entonces hubo gran aglomeración
¡Por amor de su alma, — cuántos sacrificios se llevaron!
Tenía entre los enemigos — todavía bastantes amigos buenos.

Kriemhild, la pobre — habló a sus camarieros:
«Por mi causa no debéis — sufrir dificultades:

Aquellos que le deseaban bien — y que me quedaron fieles,
Por el alma de Siegfried — repartid entre ellos su oro.»

No había niño por chiquito que fuera, — si tenía ya la razón,
Que no hubiera acudido al sacrificio de la misa — antes de que lo
enterraran.

Cerca de cien misas — se cantaron en este día.
De los amigos de Siegfried — había gran aglomeración.

Cuando las habían celebrado, — la multitud se dispersó.
Entonces otra vez dijo Kriemhild: — «No me debéis dejar sola
Velando hoy — al espada elegido:
Con su cuerpo se entierra — toda mi alegría.

Tres días y tres noches — voy a velarlo,
Hasta satisfacerme — de mi querido esposo.
Quizá Dios mande también a mí — me lleve la muerte:
Entonces tuviera fin — el dolor de la pobre Kriemhild.»

A sus albergues se fue — la gente de la ciudad.
A los sacerdotes y monjes — pidió ella que se quedasen,
Y a todo su séquito, — que tenía que cuidar de él.
Tenían malas noches — y días muy penosos.

Sin bebida ni comida — quedaron muchos hombres.
A quien no le gustaba privarse — le anunciaron
Que con gusto le iban a dar — todo en abundancia: eso lo hizo el seno
Siegmund.
Entonces a los Nibelungos — todo causó gran pesadumbre.

En estos tres días — así oímos decir,
Tenían que sufrir con Kriemhild — muchas privaciones
Aquellos que sabían cantar; — ¡Cuántos sacrificios se ofrecieron!
Aquellos que habían estado pobres, — ahora llegaron a ser ricos.

A los que encontraron de pobres, — que no tenían para eso,
Les mando que llevasen — ofrendas del oro,
De su propia cámara — él no podía vivir ya,
Por eso, por su alma, — dieron muchos miles de marcos.

Bienes y propiedades — repartía en el país,
A todos los conventos — y a la gente buena que encontraron,
Plata dieron y vestidos — suficientes a los pobres,
Dejó ver bien, — qué grande era su amor por él.

En la tercera mañana, — a la hora de la misa,
Vieron cerca de la catedral, — todo el cementerio amplio
Lleno — de los paisanos llorando,
Le servían en la muerte, — como debe hacerse con queridos amigos.

En estos cuatro días, — así oímos narrar,
Como treinta mil marcos — o aún más todavía
Dieron por su alma — a los pobres allí.
Entretanto se había desvanecido — su gran hermosura como su vida.

Cuando del Oficio Divino — había terminado la canción,
Con su dolor enorme — luchaba la multitud del pueblo.
Mandaron llevarlo — de la catedral a la tumba,
No se oyó otra cosa — que llorar y lamentar.

El pueblo con gritos de lamento — se formó en la procesión:
No había nadie alegre, — ni mujer ni hombre.
Antes de enterrarlo, — leyeron y cantaron entonces.
¡Hey! ¡Cuántos sacerdotes buenos — vieron durante el entierro!

Antes de que llegara — al sepulcro la esposa fiel,
Luchó con tanto dolor, — por el cuerpo de Siegfried,
Que tenían que rociarla muchas veces — con agua de la fuente:

El dolor de su corazón — era sobremedida grande.

Era un gran milagro, — el que ella recobrar su salud.
Le ayudaron en sus lamentos — muchas mujeres dignas de elogio.
Entonces dijo la viuda del rey: — «Vosotros, vasallos de Siegfried,
Por vuestra fidelidad — debéis concederme un favor:

Después de tanto dolor — permitidme el pequeño placer,
Que pueda yo volver a ver una sola vez más — su hermosa faz.»
Pidió con quejas y lamentos — tanto tiempo y tan fuertemente,
Que tuvieron que abrir de nuevo — el ataúd bien herrado.

Llevaron ahí a la señora, — donde lo encontró acostado:
Ella levantó su bella cara — con su blanca mano
Y besó así al difunto, — al noble y buen caballero.
Sus claros ojos, por el dolor — lloraron lágrimas de sangre.

Una despedida dolorosísima — vieron entonces,
La alejaron cargando, — ya no podía andar.
Desmayada estaba — la mujer magnífica,
De dolor quería morir — su cuerpo bello.

Cuando el espada noble — quedó enterrado así,
Vieron en gran sufrimiento — a todos los héroes,
Que lo habían acompañado — desde el país de los Nibelungos:
Raras veces encontraron — alegre a Siegmund.

Varios había entre ellos, — que durante tres días,
A causa del gran dolor, — ni comieron ni bebieron,
Entonces ya no podían más — privar a su cuerpo,
Y se aliviaron de los dolores, — como muchos lo han hecho desde
entonces.

Kriemhild, sin sentido, — yació desmayada

El día y la noche — hasta el otro día.
Lo que pudieran hablar a ella — no lo percibía;
Con el mismo dolor — yació también el rey Siegmund.

Apenas lograron — despertarlo de nuevo,
Sus fuerzas estaban enfermas — por tan fuerte dolor.
Y eso no era maravilla. — Entonces le dijeron sus vasallos:
«Señor, debéis regresar a nuestro país: — ya no soportamos más estar
aquí.»

XVIII AVENTURA

CÓMO SIEGMUND REGRESÓ Y KRIEMHILD PERMANECIÓ EN WORMS

El suegro de Kriemhild — se fue a donde la encontró.
Él dijo a la reina: — «Vámonos a nuestro país.
Somos huéspedes malqueridos, me imagino — aquí a las orillas del Rhin.
Kriemhild, querida señora — seguidnos hacia mi país.

De que en este país — nos robaron de tal modo
A vuestro noble esposo — por traición maliciosa,
Vos no debéis pagar por ello: — yo os seré fiel
Por el amor de mi hijo — y de su noble vástago.

También, señora, debéis mandar allí — con todo el poder;
Que una vez os entregó — el hermoso espada.
El país y también la corona — os sean sometidos:
Con gusto os deben servir — los espadas vasallos de Siegfried.»

Querían cabalgar de regreso — lo dijeron a los escuderos.
Entonces vieron capturar — rápidamente los caballos:
Era un gran dolor de vivir — entre los odiados enemigos.
Para la mujer y sus doncellas — buscaron sus vestidos de viaje.

Cuando el rey Siegmund con gusto — hubiera partido cabalgando,
Entonces la madre de Kriemhild — empezó a rogarle,
Que debería permanecer — entre los amigos en este país.

Entonces dijo la mujer pobre en alegrías: — «Eso se hará difícilmente:

¿Cómo me sería posible — mirar siempre con mis ojos,
A aquel de quién a mí, pobre mujer, — se hizo tal agravio?»

Entonces dijo su hermano Geiselher: — «Querida hermana mía,
Tú debes, por tu fidelidad, — permanecer aquí con tu madre.

Aquellos que te apesadumbraron tu corazón — y entristecieron tu mente,
No necesitas de sus servicios, — vivirás de mis bienes.»

Ella dijo al espada: — «¿Cómo podría pasar esto?

Tendría que morir de dolor — si debiera yo ver a Hagen.»

«No debes encontrarlo — queridísima hermana mía.

Debes quedarte con Geiselher — tu hermano;

Bien te voy a indemnizar — de la muerte de tu esposo.»

Entonces dijo la mujer, privada de alegría: — «Eso lo necesitaría mucho.»

Cuando el joven se lo ofreció — tan bondadosamente,

También empezaron a suplicar — Ute y Gernot

Y sus fieles amigos, — que allí debería permanecer:

Que tenía pocos parientes — entre los vasallos de Siegfried.

«Todos son extraños a vos», — dijo entonces Gernot.

«Por fuerte que alguien sea, — la muerte siempre lo alcanza.

Pensad en esto, querida hermana — y consolaos el alma:

Permaneced aquí con vuestros amigos — eso será lo mejor para vos.»

Entonces prometió a los amigos — que ella iba a permanecer aquí.

Ahora trajeron los caballos — a aquellos vasallos de Siegmund,

Cuando querían cabalgar — a su país, los Países Bajos;

También cargaron en los animales — los enseres y vestidos de los
guerreros.

Entonces Siegmund vino — a pararse ante Kriemhild

Y dijo a la señora: — «Los vasallos de Siegfried
Esperan con los caballos: — vamos a cabalgar,
Ya que estoy con tan pocas ganas — aquí con los Burgundios.»

La señora Kriemhild dijo: — «Me aconsejan aquí mis amigos
Los mejores que tengo, — que me quede con ellos.
No tengo pariente en el país — de los Nibelungos.»
Siegmund lo sintió mucho — cuando oyó esto de Kriemhild.

Entonces dijo el rey Siegmund: — «No permitáis que alguien os diga eso,
Ante todos mis amigos — debéis llevar la corona,
Según legítima dignidad real — como antes lo hicisteis.
No pagaréis vos, — que habéis perdido al esposo.

También venid con nosotros al país, — por amor a vuestro hijito.
No permitáis — que quede huérfano, señora.
Cuando vuestro hijo esté crecido, — os consolará el alma,
Entretanto deben servirnos — muchos espadas valientes y buenos.»

Ella dijo: «Mi señor Siegmund, — no puedo ir con vosotros,
Tengo que permanecer aquí, — sea como sea,
Con mis parientes, — que me ayudan a lamentar.»
Estas nuevas no querían — gustar a los héroes buenos.

Dijeron unánimemente: — «Vamos a confesar,
Que sólo a esta hora — se nos ha causado un gran dolor.
Si vos ahora queréis estar en este país — con nuestros enemigos,
Nunca podía resultar peor — a héroes, una fiesta de corte.»

«Sin preocupación debéis viajar — que Dios os guarde:
Os mandaré buenos guardianes — y que os cuiden bien,
Hasta vuestro país: — mi querido hijito
Debe quedar encomendado, por gracia — a todos vosotros, héroes.»

Cuando oyeron bien, — que ella no quería acompañarlos,
Todos los espadas — de los vasallos de Siegfried lloraron.
Con cuánto dolor de corazón — Siegmund se despidió
De Kriemhild. — Entonces él conoció el disgusto.

«Ay de este banquete de corte», — dijo el rey noble.
«A ningún rey y los suyos — pasará jamás
A causa de una diversión — lo que ha pasado a nosotros:
Jamás volverán a vernos aquí — con los Burgundios.»

Entonces dijeron en voz alta — los espadas del ejército de Siegfried:
«Bien pudiera hacerse otra vez — un viaje hacia acá,
Si sólo encontráramos — quién asesinó a nuestro amo,
Ellos tienen bastantes enemigos a muerte — entre sus amigos.»

Él besaba a Kriemhild: — lamentándose dijo entonces,
Cuando la vio resuelta — a permanecer en su país:
«Cabalgamos, privados de alegrías, — ahora a nuestro país.
Hasta ahora — todo mi dolor lo reconozco.»

Cabalaron sin ser acompañados — de Worms por la orilla del Rhin:
Bien pensaban — en su mente
Si hostilmente — fueran atacados,
Que la mano de los Nibelungos valientes — se defendería.

No pidieron licencia — de nadie.
Pero vieron a Geiselher — y a Gernot, amorosamente
Llegar con el rey; — ellos sentían su dolor.
Y se lo hicieron ver, — los héroes valientes y listos.

Entonces, cortésmente — dijo el rey Gernot:
«Bien lo sabe Dios en el cielo — de la muerte de Siegfried
Yo no tengo culpa alguna: — jamás he oído decir,
Quién aquí era su enemigo: — tengo que lamentarlo mucho.»

Entonces cabalgó acompañándolo — Geiselher, el joven.
Y llevó, sin las preocupaciones — que acompañan por lo general el dolor
Al rey y a sus espadas — hasta su país, los Países Bajos;
¡Cuán pocos parientes — volvieron a encontrar allá con alegría!

Cómo les fue a todos ellos, — no lo sé decir.
Oyeron aquí lamentarse — a Kriemhild a toda hora,
Que nadie la consolaba — el corazón y la mente
Más que su hermano Geiselher: — él era fiel y también bueno.

Brunhilde, la bella, — se jactaba en su soberbia:
Cuánto lloraba Kriemhild, — ¡qué preguntaba ella por eso!
Pura amor y fidelidad — jamás se mostró dispuesta hacia ella.
Pronto la señora Kriemhild — la causó muchos dolores a su corazón.

XIX AVENTURA

CÓMO EL TESORO DE LOS NIBELUNGOS LLEGÓ A WORMS

Cuando Kriemhild la noble — enviudó de esta manera,
Permaneció con ella — en el país, el Margrave Eckewart,
Con sus hombres, — como la lealtad lo obligó.
Él servía a su señora — con diligencia hasta su muerte.

En Worms, cerca de la catedral — le dieron sus habitaciones,
Amplias y espaciosas, — ricas y bien hechas,
Donde con su séquito — estaba la dolorosa.
Le gustaba ir a la iglesia — con gran devoción lo hacía.

Adonde su amigo yacía enterrado — ¡cuán frecuentemente se fue ella
Lo hizo todos los días — con el alma triste,
Y pidió que Dios el Bueno — quisiera recibir su alma:
Continuamente fue lamentado — con gran fidelidad, el espada.

Ute y su séquito — siempre trataron de consolarla,
Sin embargo, en su corazón herido — encontró tan poca calma
Que do podía ayudarla — el consuelo que le ofrecieron.
Tenía por el amigo — la más ardiente nostalgia,

Que por su querido esposo — jamás sintió una mujer:
Su gran virtud — se podía ver en eso.
Lo lamentó hasta su fin — cuando ella llegó a morir;

Pronto vengó enormemente — su dolor con gran fidelidad.

Estaba sentada en su dolor, — todo esto es cierto,
Después de la muerte de su esposo, — hasta el cuarto año,
Y jamás había hablado — una sílaba con Gunther,
Ni tampoco había visto a Hagen. — su enemigo, en todo este tiempo

Entonces dijo de Tronje Hagen: — «Podría esto hacerse,
Que vosotros pudieseis reconciliaros — con la hermana;
Pudiera venir a este país — el oro de los Nibelungos;
Mucho ganaríais, si la reina — se reconciliara con nosotros.»

«Vamos a tratarlo», — dijo el rey sublime,
«Deben pedir para nosotros — Gernot y Geiselher,
Hasta que logren, — que ella esté de acuerdo.»
«No creo», dijo Hagen, — «que esto jamás se logre.»

Entonces pidió a Ortwein — de ir a la corte con ella
Y al Margrave Gere: — cuando esto se había hecho,
Llamaron también a Gernot — y a Geiselher, el joven:
Entonces intentaron convencer a Kriemhild, — amable y suavemente.

Dijo entonces de Burgundia, — Gernot, el temerario:
«Señora, vos lamentáis — por demasiado tiempo la muerte de Siegfried.
El rey quiere demostraros, — que no lo ha asesinado.
A toda hora os escuchan lamentar — tan violentamente por él.»

Dijo ella: «Nadie lo acusa, — la mano de Hagen lo asesinó.
Donde era vulnerable, — yo misma se lo hice saber.
¿Cómo podía yo sospechar que le tuviera — tanto odio en sus
pensamientos
Si no, lo hubiera evitado», — dijo la reina noble.

«Si yo no hubiera delatado — dónde su cuerpo estaba vulnerable,

Ahora no tendría necesidad de llorar, — ¡ay de mí, mujer miserable!
¡Jamás voy a reconciliarme con aquellos, — que eso hicieron en él!»
Entonces empezó a suplicar — Geiselher, este hombre bello.

Dijo ella: «Yo debo saludarlo, — vosotros insistís demasiado.
De parte de vosotros es un pecado grande: — Gunther me ha causado
Tanto dolor de corazón — y sin culpa mía alguna.
Mi boca le concederá perdón, — mi corazón jamás le dará gracia.»

«Después, todo será mejor», — así hablaron sus amigos.
«Él seguramente logrará, — que todavía se contente.»
«Bien te lo indemnizará», — dijo entonces Gernot.
Entonces dijo la dolorosa: — «Ved, ahora voy a seguir vuestra orden:

Voy a saludar al rey.» — Cuando oyó esto,
Con sus mejores amigos — vino el rey a verla,
Pero Hagen no se atrevía — a ir para con ella:
Conocía bien su culpa: — él había causado el dolor de ella.

Cuando quería olvidar — el odio hacia Gunther,
De modo, que la besara — era propio de su parte:
Si con su voluntad — no le hubiera causado tal dolor,
Con el ánimo alto — siempre hubiera podido ir con Kriemhild.

Jamás con tantas lágrimas — se logró reconciliación
Alguna entre amigos. — A ella dolía mucho su herida,
Pero perdonó a todos, — con excepción de un solo hombre;
Nadie lo hubiera asesinado, — si Hagen no lo hubiera hecho.

Ya no tardaron mucho tiempo, — hasta que ellos lograron
Que la princesa ganara — el gran tesoro
Del país de los Nibelungos — y lo trajeran al Rhin:
Era su dote de boda, — y era la propiedad de ella.

Por él salieron entonces Geiselher — y también Gernot.
Ocho mil hombres mandó — la señora Kriemhild
Que lo recogieran, — donde estaba escondido.
Y donde lo cuidaba el espada — Alberich con sus mejores amigos.

Cuando a causa del tesoro, — vieron que llegaron del Rhin,
Alberich el temerario — dijo entonces a sus amigos:
«Con toda justicia — no podemos negar a ella el tesoro,
Ya que como dote — lo exige la noble reina.

Pero jamás», dijo Alberich, — «debiera acontecer,
Sí no hubiéramos perdido, — desgraciadamente,
La buena gorra mágica, — junto con Siegfried,
Que siempre llevó puesto — el esposo de la bella Kriemhild.

Ahora, desafortunadamente — Siegfried lo pagó con creces,
Pues la gorra mágica — nos quitó el héroe
Y tenía que servirle — con temor, todo el país.»
Se fue el camariego — donde encontró la llave del tesoro.

Entonces se pararon ante la montaña — aquellos que Kriemhild había
enviado,
Y muchos de sus amigos: — inmediatamente hicieron llevar el tesoro
Hacia el mar — donde estaban los navíos,
Y lo llevaron sobre las olas — hasta el castillo, a las orillas del Rhin.

Ahora debéis escuchar — decir milagros de este tesoro:
Doce carretones apenas — podían llevarlo
En cuatro días y noches, — de las cuevas de la montaña,
Y aunque hubieran hecho el camino — nueve veces al día.

No era otra cosa — que piedras preciosas y oro.
Y si hubieran comprado — todo el mundo con este dinero,
Ni por un marco hubiera — disminuido su valor.

En verdad, no sin motivo — Hagen lo había codiciado.

Cosa de magia se encontró en él — un bastoncito de oro:
Quien lo hubiese sabido — hubiera podido ser maestro
En toda la tierra ancha, — sobre cada hombre.
De los amigos de Alberich — se fueron muchos con Gernot.

Cuando Gernot el espada — y el joven Geiselher
Se apoderaron del tesoro — entonces también fueron dueños
Del país y de los castillos — y de los fornidos guerreros:
Tenían que servirles todos — por temor y fuerza.

Cuando llegaron con el tesoro — al país del rey Gunther,
Y la reina se apoderó — de su posesión,
Llenaron las bodegas — y las torres completamente;
Jamás se volvió a decir de tesoros — tanta maravilla.

Y aunque los tesoros — hubieran sido mil veces mayores,
Y el espada Siegfried — hubiera vuelto a la vida,
Con gusto Kriemhild hubiera estado con él — sin camisa alguna.
Jamás la fidelidad de una mujer — hacia un héroe era tan grande.

Ahora que ella tenía el tesoro — entonces trajo al país
Muchos guerreros forasteros: — la mano de la mujer regaló,
De modo que tan grande generosidad — no se había visto nunca.
Ella ejerció grandes virtudes: — se lo tenían que conceder.

A los pobres y a los ricos — empezó ella a dar,
Hagen dijo al rey: — «Si la dejamos continuar así
Por más tiempo, ella tendrá — como vasallos a muchos espadas,
Y a nosotros — nos irá mal.»

Entonces dijo el rey Gunther: — «A ella pertenecen los bienes:
¿Cómo puedo yo preocuparme — de lo que ella haga con ellos?

Apenas he podido lograr, — que ella se reconciliara conmigo;
No preguntaré cómo ella — reparte sus piedras y su oro rojo.»

Hagen dijo al rey: — «Un hombre sabio no confía
Jamás tales tesoros — a una mujer;
Ella logrará con sus regalos — algún día,
Que se arrepientan mucho — los Burgundios valientes.»

Entonces dijo el rey Gunther: — «Yo presté un juramento a ella
Que jamás volvería — a causarle otro dolor,
Y quiero evitarlo en lo futuro: — ella es la hermana mía.»
Entonces dijo Hagen de nuevo: — «Dejadme ser el culpable.»

Ellos, por lo general, — no se preocupaban mucho por sus juramentos.
Robaron ahora a la viuda — el tesoro enorme,
Hagen se apoderó — de todas las llaves para las cuevas,
Su hermano Gernot se enojó — cuando supo de esto.

Dijo el joven Geiselher: — «Muchos males han sido hechos
Por Hagen a mi hermana: — yo debería oponerme.
Si no fuera mi amigo de sangre, — perdería la vida.»
Nuevas lágrimas lloró entonces — la esposa de Siegfried.

Con disgusto dijo entonces Gernot; — «Antes de que suframos tales penas
A causa de este oro, — deberíamos mandarlo hundir en el Rhin
Todo: entonces — no pertenecerá a nadie.»
Ella entonces, con ademanes de queja — se acercó a Geiselher.

Ella dijo: «Querido hermano — debes acordarte de mí,
Tú debes ser el administrador — de mi vida y de mis bienes.»
Él dijo «Querida hermana, — seguro, que debe hacerse así,
Cuando regresemos; — ahora tenemos que hacer un viaje.»

Gunther y sus amigos — abandonaron el país,

Los mejores entre ellos, — que jamás se podían encontrar;
Sólo Hagen permanecía — a causa de su odio
Que sentía por Kriemhild: — para lastimarla lo hizo.

Antes de que el rey rico — hubiera regresado,
Entretanto él se había llevado — todo el tesoro:
Y mandó sumergirlo cerca de Lockheim — en un hueco en el Rhin.
Se imaginó que lo iba a aprovechar; — pero esto no podía hacerse.

Antes de que de Tronje Hagen — hubiera escondido de este modo el tesoro
Habían jurado con juramentos — fuertes y altos
Que quedaría escondido — mientras ellos vivieran:
De modo que no podían disfrutarlo — ni ellos mismos, ni otras personas.

Regresaron los príncipes — y con ellos muchos hombres.
Kriemhild entonces empezó — a quejarse del daño tan grande
Con sus muchachas y damas; — ellas tenían gran pena.
Entonces fingían los espadas — como si pensarán en su muerte.

Dijeron unánimemente: — «No hizo bien en esto.»
Hasta que volvió a ganarse — la amistad de los príncipes
Escapó de su ira: — lo dejaron en paz.
Pero Kriemhild no hubiera podido ser — una enemiga más enconada.

Otra vez con nuevos dolores — estaba cargado su ánimo,
Primero por la vida del hombre — y ahora porque los bienes
Le habían quitado; — por eso no descansó su lamento,
Jamás durante su vida — hasta el día del Juicio.

Después de la muerte de Siegfried, — todo esto es cierto,
Vivía en su dolor — todavía trece años.
Que la muerte del caballero — siempre tenía en su mente.
Que siempre le guardaba fidelidad: — Todo el mundo la alaba por esto.

Una rica abadía principesca — fundó Ute
Después de la muerte de Dankrat — de sus propios bienes,
Con grandes ingresos — que hoy todavía recibe,
Allá en Lorsch, el convento — que se ve en altos honores.

A eso también Kriemhild — después agregó una gran parte,
Por el alma de Siegfried — y la redención de todas las almas,
Oro y piedras preciosas — con buena voluntad;
Una mujer más fiel en la tierra — raras veces la conocimos.

Desde que Kriemhild — volvió a dar su favor al rey Gunther,
Y después a pesar de eso — perdió el gran tesoro, por su culpa,
El dolor de su corazón — aumentó más todavía:
Entonces con gusto hubiera partido — la noble y distinguida mujer.

Ahora a la señora Ute — prepararon una casa,
Cerca del convento de Lorsch, — rica grande y amplia
Allá se retiró de sus hijos — y se ocultó,
Donde la alta reina — todavía yace enterrada en su tumba.

Entonces la viuda del rey dijo: — «Queridísima hija mía,
Aquí no puedes quedarte: — entonces debes quedar conmigo
En Lorsch, en mi casa — y allá dejarás de llorar.»
Kriemhild le contestó — «¿Pero dónde queda mi esposo?»

«Déjalo aquí permanecer», — dijo la señora Ute.
«Dios en el cielo no lo quiera», — dijo entonces la buena mujer.
«No, querida madre — de esto me voy a cuidar:
También mi esposo, en verdad, — tendrá que ir conmigo.»

Entonces la dolorosa mandó — que lo levantaran de la tumba
Y volvieran a enterrar — sus huesos, los nobles,
En Lorsch, cerca de la catedral — con múltiples honores:
Allá todavía yace en el largo ataúd — el bellissimo espada.

Al mismo tiempo — cuando Kriemhild iba a vivir
Con su madre — adonde también quería mudarse,
Tenía que quedarse — porque no debía ser,
Eso lo hicieron otras nuevas, — que llegaron a través del Rhin.

XX AVENTURA CÓMO EL REY ETZEL (ATTILA) MANDÓ POR KRIEMHILD

Fue en aquellos tiempos, — cuando murió la señora Helke,
Y el rey Etzel (Attila) — pretendía a otras mujeres.
Entonces aconsejaron sus amigos — en el país de los Burgundios
Que se casase con una viuda noble, — llamada la señora Kriemhild,

Desde que se murió — la bella Helke, la reina,
Dijeron: «Si pensáis de nuevo — ganaros a una esposa noble,
La más alta y mejor — que jamás ganó a príncipe alguno,
Entonces tomad a Kriemhild; — Siegfried el fuerte fue su esposo.»

Entonces dijo el rey rico: — «¿Cómo podría hacerse esto?
Yo soy un pagano, — un hombre no bautizado,
Ella, sin embargo, es cristiana: — Ella no lo hará nunca.
Sería un milagro, — si jamás viniera hacia acá.»

Los rápidos volvieron a decir: — «Quizá ella lo haga
A causa de vuestro nombre sublime — y vuestros bienes tan grandes.
Deberían tratar de lograrlo — con la mujer noble:
Sería propio de vos — de amar su cuerpo bello.»

Entonces dijo el rey noble: — «¿Quién entre vosotros
Conoce las orillas del Rhin — el pueblo y el país?»
Entonces dijo de Bechlaren — el buen Rüdiger:

«Conozco desde su infancia — a los nobles reyes altos

Gunther y Gernot, — los nobles caballeros buenos;
El tercero se llama Geiselher: — cada uno hace,
Según educación y honor, — lo mejor que puede hacer:
Y sus antepasados siempre — han hecho lo mismo.»

Dijo de nuevo Etzel: — «Amigo, dime ahora,
¿Si en mi país ella es digna — de llevar la corona de aquí?
¿Si tiene tanta belleza, — como dicen de ella?
¿Mis mejores amigos — jamás se arrepentirán?»

«Se compara en belleza — bien a mi señora,
Helke, la rica: — no pudiera ser más bella
En toda la tierra ancha — reina alguna:
A quien ella elija como amigo, — puede consolar su alma.»

Él dijo: «Entonces pídelas, — Rüdiger, por todo mi amor.
Y si jamás puedo ser — esposo de Kriemhild,
Te voy a recompensar — lo mejor que pueda;
Y habrás hecho mi voluntad — con gran fidelidad.»

Le contestó el Margrave, — Rüdiger, el rico:
«Si codiciara tus bienes — no sería digno de mí.
Con gusto seré yo tu mensajero — a las orillas del Rhin,
Gastando mis propios bienes; — quédate sin preocupación.»

Entonces dijo el rey Etzel: — «¿Cuándo pensáis viajar
Por la hermosa mujer? — Que Dios os guarde
Durante el viaje en todos vuestros honores — y también a mi señora:
Y que la suerte me ayude — que ella me conceda su favor.»

De nuevo habló Rüdiger: — «Antes de que abandonemos este país
Debemos prepararnos — con armas y vestidos,

De modo que ante los reyes — podamos presentarnos con honor:
Voy a llevar conmigo hasta el Rhin — quinientos espadas elegidos.

Cuando en Burgundia nos vean — a mí y a los míos,
Que entonces unánimemente — el pueblo del país confiese,
Que jamás rey alguno — ha mandado a tantos hombres
De tan lejos, como tú lo hiciste, — a las orillas del Rhin.

Y tú debes saber, noble rey — no debes tardar por ello,
Que en noble amor — ella estaba unida a Siegfried,
Al hijo de Siegmund; — tú lo has visto aquí:
En verdad tenían que concederle — grandes honores.»

Entonces dijo el rey Etzel: — «Si estaba casada con el señor,
Y a él estaba cara, — al noble príncipe elegido,
Yo no puedo rechazar — a la noble reina;
A causa de su gran hermosura — ella gusta a mi alma.»

Entonces volvió a hablar el Margrave: — «Bien, os diré entonces;
Nos vamos de aquí — dentro de veinticuatro días,
Lo anunciaré a Gotelinde — a mi querida esposa,
Que yo mismo seré vuestro mensajero — para ver a Kriemhild.»

Hacia Bechelaren — mandó Rüdiger
A su esposa, la distinguida Margrave, — unos mensajeros:
Que iban a solicitar la mano — de una reina para su rey.
Ella pensaba entonces en la buena Helke — con amables pensamientos.

Cuando la Margrave — recibió el anuncio por los mensajeros,
En parte lo sintió — empezó a preocuparse,
Si ganaría una señora — como antes la había tenido.
Cuando pensaba en Helke — le dolió íntimamente.

Después de siete días, — Rüdiger cabalgó del país de los Hunos,

De lo cual se alegraba — mucho el rey Etzel.
Hicieron los vestidos — en la ciudad de Viena;
Entonces ya no quería — tardar más con el viaje.

En Bechlaren lo esperaba — su esposa Gotelinde.
La joven Margrave, — la hija del señor Rüdiger,
Esperaba con placer a su padre — y a sus vasallos,
Con gran gusto — las niñas bellas los esperaron.

Antes de que el noble Rüdiger — de la ciudad de Viena
Cabalgara hacía Bechlaren — ya habían llegado para él
Vestidos y armas — en bestias de carga;
Viajaron de tal modo — que poco se les disminuyó lo suyo.

Cuando en Bechlaren — llegaron a la ciudad,
Para sus compañeros de viaje — pidió posada
El anfitrión con corteses palabras: — los cuidaron muy bien.
Gotelinde, la rica — vio llegar con gusto al anfitrión.

También su querida hija — la joven Margrave,
Bastante contenta estaba — de la llegada de su padre.
A los héroes del país de los Hunos — ¡con cuánto placer los vio!
Con alegre ánimo — dijo entonces la dulce doncella:

«Señores muy bienvenidos — mi padre y sus vasallos.»
Entonces ofrecieron sinceras gracias — de muchos hombres distinguidos
Amablemente — a la joven Margrave.
Bien conocía Gotelinde — la mente del noble Rüdiger.

Cuando en la noche, la buena mujer — estaba acostada con Rüdiger,
Con lindas palabras preguntó — la Margrave a él,
¿A dónde lo mandaba — el príncipe del país de los Hunos?
«Mi esposa Gotelinde», dijo él, — «con gusto os lo diré.

Debo pretender a otra esposa — para mí señor,
Ya que murió — la bella Helke.
Voy a cabalgar por Kriemhild — a las orillas del Rhin:
Ella debe ser aquí, con los Hunos — una poderosa reina.»

«¡Lo quiera Dios!» dijo Gotelinde, — «que veamos la felicidad,
Ya hemos oído — que le conceden tan altos honores.
Quizá ella pueda sustituir a mi señora, — quien vivía antaño;
Nos gustaría ver, que ella — llevara la corona con los Hunos.»

Entonces dijo el Margrave Rüdiger: — «Querida esposa mía,
Los que deben cabalgar conmigo — de aquí hacia el Rhin,
A ellos debéis ofrecer amablemente — vuestros bienes:
Cuando los héroes viven en abundancia — tienen el ánimo alto.»

Ella dijo: «No hay uno sólo, — si quisiera tomarlo,
A quien no ofrecería voluntariamente — lo que le gustara,
Antes de que os vayáis — y vuestros vasallos.»
Lo que había prometido al anfitrión — se hizo con celeridad.

¡Hey! ¡qué telas tan ricas — trajeron de su cámara!
A los nobles guerreros — repartieron bastantes vestidos,
Forrados con esmero — desde el cuello hasta las espuelas;
Aquellos que gustaron a Rüdiger — él se los había escogido.

En la séptima mañana — cabalgaron de Bechlaren
El anfitrión con sus espadas. — Llevaban armas consigo
Y abundancia de vestidos, — atravesando el país de los Bávaros.
En el camino raras veces — fueron atacados por bandidos.

Después de doce días — llegaron al Rhin.
Allá no podían permanecer escondidas — por más tiempo las nuevas.
Avisaron al rey — y a los suyos

Que huéspedes nobles extraños iban a venir. — El anfitrión empezó a preguntar,

¿Si alguien los conocía? — Que se lo dijeran.
Vieron los caballos conducir — cargas pesadas:
Qué ricos eran los héroes — lo supieron de este modo,
Les prepararon albergues — en toda la ciudad amplia.

Cuando los huéspedes habían — llegado a la ciudad,
Con curiosidad vieron — todos sus atavíos.
Se extrañaron de dónde — venían hacia el Rhin.
El anfitrión preguntaba a Hagen, — quiénes podrían ser los señores.

«No los he visto todavía» — dijo de Tronje Hagen,
«Cuando los vea, — bien podré deciros
De dónde fueron mandados hacia este país:
Si no son totalmente extraños, — me serán conocidos.»

Ahora los huéspedes — habían recibido permiso de entrar.
El mensajero se había puesto — ricos vestidos
Con sus compañeros de viaje — cuando cabalgaron a la corte.
Llevaban buenos vestidos — hábilmente cortados.

Dijo entonces Hagen, el rápido: — «En cuanto yo comprendo,
Porque desde hace mucho tiempo — no he visto a este señor,
Parecen ellos vestidos — como si fueran Rüdiger y sus vasallos
Del país de los Hunos, — este espada valiente y alto.»

«¿Cómo puedo creerlo?» — dijo luego el rey Gunther
«Que él de Bechlaren — viniera a este país?»
Apenas había el rey Gunther — hablado estas palabras,
Cuando Hagen el temerario — notó a Rüdiger, el bueno,

Él y sus mejores amigos — vinieron corriendo a encontrarlos:

Descendieron de sus caballos — quinientos espadas rápidos.
Bien fueron recibidos — los del país de los Hunos.
Jamás mensajeros llevaron — vestidos tan magníficos.

Entonces exclamó de Tronje Hagen — con voz muy alta:
«Sednos bienvenidos, — vosotros, espadas, todos
El príncipe de Bechlaren — con todos sus hombres.»
Recibieron con honores — a todos los Hunos rápidos.

Los amigos más íntimos del rey — acudieron empujándose:
Entonces Ortewein de Metz — se dirigió a Rüdiger:
«Por muchos largos días — no hemos visto aquí
Huéspedes tan queridos — ¡debo confesarlo!»

Dieron las gracias por el saludo — a todos los héroes.
Con su séquito — se fueron a la sala,
Donde encontraron al rey — con muchos hombres valientes.
Éste se levantó de su asiento: — lo hizo por disciplina cortesana.

¡Cuán amablemente vino — al encuentro del mensajero
Y de todos sus espadas! — También Gernot recibió
Al huésped con altos honores — y a aquellos, sus vasallos.
A Rüdiger, el rey — lo tomó de la mano, llevándolo.

Lo llevó al asiento — donde él mismo estaba sentado.
Mandó escanciar a los huéspedes — (y con gusto lo hicieron)
Del buen Met — y del mejor vino,
Que podía encontrarse — en los países a las orillas del Rhin.

Geiselher y Gere — también habían llegado:
Dankwart y Volker — pronto habían oído
De los queridos huéspedes. — Estaban muy contentos,
Ante el rey recibieron — a los caballeros nobles y buenos.

Entonces dijo de Tronje Hagen — a Gunther, su señor:
«Ahora le deben recompensar con gusto — todos vuestros espadas
Lo que el Margrave siempre — nos mostró de amor;
Debería recibir recompensa de ello — el esposo de la bella Gotelinde.»

Dijo entonces el rey Gunther: — «No dejo de preguntar:
¿Cómo están ambos — debéis decírmelo,
Etzel y la señora Helke, — en el país de los Hunos?»
El Margrave contestó: — «Con gusto os lo doy a conocer.»

Se levantó de su asiento — y también sus vasallos,
Y dijo al rey: — «Dadme licencia ahora,
Que diga las nuevas, — a causa de las cuales me mandó
Etzel el rey hacia acá, — al país de los Burgundios.»

Él dijo: «Sea lo que sea — que nos mandan decir por vos,
Yo os permito decirlo — sin el consejo de mis amigos.
Hacedme saber las noticias — a mí y a mis vasallos:
Con todos los honores — os sea permitido pedir todo lo que sea.»

Entonces contestó el distinguido mensajero: — «Mi gran rey
Os ofrece sus fieles servicios, — hacia las orillas del Rhin,
Además a los amigos todos, — que os quieren;
Y sabed, este mensaje — se hace con toda fidelidad.

El noble señor os manda — lamentar sus dolores:
Su pueblo está sin alegría — mi señora ha muerto,
Helke, la rica — la esposa de mi señor:
Por ella quedaron huérfanas — vírgenes bellas en gran número.

Hijas de príncipes nobles, — que ella educó,
Por eso hay en el país — ahora un gran duelo:
Lloran porque ya no tienen a nadie — quien las cuide tan fielmente,

Por eso me imagino también, que raras veces, — se tranquiliza el dolor del rey.»

«Que Dios le recompense», dijo Gunther, — «que nos ofrece
Sus servicios con tan buena voluntad, — a mí y a mis amigos.
Con gusto oigo los saludos — que me habéis traído;
También queremos merecerlos — mis amigos como mis vasallos.»

Entonces de Burgundia — habló el noble Gernot:
«El mundo, si, debe llevar luto — por la muerte de la bella Helke,
A causa de tantas virtudes — que ella solía ejercer.»
Lo mismo confirmó Hagen — y muchos otros espadas más.

Entonces volvió a hablar Rüdiger — el noble mensajero distinguido:
«Permitidme, señor rey — os diré todavía más,
De lo que mi querido señor — mandó decir a vos;
Él vive con gran dolor — desde la muerte de la reina Helke.

Dijeron a mi señor — que Kriemhild está sin esposo,
Desde que murió Siegfried: — y si esto es cierto,
Y si vosotros se lo permitís, — ella debe llevar la corona
Ante los espadas del rey Etzel — esto mi señor me mandó decir a ella.»

Entonces dijo el rey Gunther — con modales bien educados:
«Ella escucha mis deseos — si le gusta hacerlo.
Yo os lo voy a comunicar — de hoy en siete días,
Si ella no lo rehúsa, — ¿cómo podría rehusar yo a Etzel?»

Mandaron preparar habitaciones — para los huéspedes.
Encontraron tal cuidado, — que Rüdiger confesó,
Que tenía buenos amigos — entre los vasallos del rey Gunther.
Con gusto le sirvió Hagen: — a él una vez aconteció lo mismo.

De este modo permanecía Rüdiger — hasta el séptimo día.

El príncipe llamó a los consejeros, — como sabiamente solía hacer
Y preguntaba a sus amigos — si les parecía bien hecho
Que Kriemhild tomase como esposo — al señor Etzel.

Todos lo aconsejaron; — sólo a Hagen no le gustó.
Él habló al rey Gunther, — a este hombre valiente:
«Si estáis en vuestros cabales, — tened buen cuidado,
Aunque ella quisiera hacerlo, — jamás lo permitáis.»

«Y ¿por qué», dijo entonces Gunther, — «no debería yo permitirlo?
Lo que en lo futuro todavía — puede pasar de bueno a la reina,
No se lo envidio: — ella es mi hermana.
Nosotros mismos deberíamos tratar de lograrlo — si es para su honor.»

«Dejad tales palabras» — le interrumpió Hagen:
«Si conocierais al señor Etzel — como yo lo conozco,
Y permitierais que ella lo amara — como he oído deciros,
Ante todos deberíais lamentarlo — con toda razón.»

«¿Por qué?» dijo entonces Gunther; — «fácilmente evitaré
De acercarme jamás a él de tal modo, — que por su odio
Me pudiera perjudicar — aunque fuera su esposo.»
Entonces volvió a hablar Hagen: — «No me parece bien hecho.»

Invitaron entonces — a Gernot y a Geiselher,
Si a estos señores — les pareciera bien hecho,
Que la señora Kriemhild aceptase — al rey poderoso y alto.
Todavía contradijo Hagen, — pero aparte de él nadie más.

Dijo entonces de Burgundia, — Geiselher, el espada:
«Ahora, amigo Hagen, podéis — demostrar vuestra fidelidad:
Recompensadla del sufrimiento — que vos le habéis causado.
Lo que ella todavía pueda ganar, — vosotros deberéis verlo sin envidia.»

«Es cierto que a mi hermana — habéis causado tan grande sufrimiento»
Volvió a decir Geiselher, — el espada siempre listo,
«Tendríais la culpa — si todavía estuviera enojada:
Seguramente nadie — privó a una mujer de tanta alegría.»

«De que lo reconozco — francamente os lo confieso.
Y si debe tomar a Etzel — y si llega a su país,
Cuando pueda hacerlo — nos causará muchos dolores.
Porque tendrá entonces a sus servicios, — sabedlo, muchos hombres
valientes.»

Contradijo a Hagen — Gernot el valiente:
«Puede permanecer así — hasta la muerte de ambos,
Que jamás llegaremos al país del rey Etzel.
Actuemos con fidelidad hacia ella: — esto es en honor de nosotros.»

De nuevo contradijo Hagen: — «Nadie puede decirme algo así;
Y si Kriemhild la noble, — lleva la corona de Helke,
Mucho dolor nos causará — cuando le sea posible.
Convendría mucho más a vosotros — los espadas, que abandonarais esto.»

Con ira dijo entonces Geiselher, — el hijo de la bella Ute.
«No todos nosotros queremos — ser perjuradores.
Lo que se pueda hacer en su honor, — deberíamos hacerlo con gusto,
Digáis lo que digáis, Hagen: — yo le serviré con fidelidad.»

Cuando Hagen lo oyó, — se entristecía su ánimo.
Geiselher y Gernot, — los espadas orgullosos y buenos
Y Gunther el rico — acordaron finalmente,
Si Kriemhild lo deseaba, — que querían tolerarlo con voluntad.

Dijo el Margrave Gere: — «Yo iré a decírselo,
Que se digne a aceptar — al rey Etzel.
Muchos espadas le temen — como sus vasallos,

Él puede recompensarla — de todo su sufrimiento.»

Se fue el rápido espada — adonde vio a Kriemhild.
Ella lo recibió con bondad; — y pronto él dijo entonces:
«Bien podéis saludarme y darme — la recompensa del mensajero;
La suerte ahora os alejará — de toda vuestra miseria.

Señora, mandó hasta aquí — pidiendo vuestro amor,
Uno de los mejores hombres, — que jamás ha ganado
Un reino con todos los honores — y que podía llevar la corona:
Nobles caballeros piden vuestra mano — los reyes os lo mandan decir.»

Entonces dijo la dolorosa: — «Que os prohíba Dios
Y a todos mis amigos, — que se burlen de mí,
Pobre mujer: ¿para qué serviría — yo a un hombre,
Que jamás ganó amor de corazón — de una buena mujer?»

Lo negó violentamente. — Entonces acudieron a su presencia
Gernot su hermano — y el joven Geiselher.
Con gran amor pidieron, — que consolase su ánimo:
Y si aceptara al rey — seguramente sería para su bien.

Pero nadie podía — convencer a la reina,
De volver a amar a un hombre — en esta tierra.
Entonces los espadas le pidieron: — «Permitidlo entonces,
Si no queréis de otro modo, — que Rüdiger os pueda ver.»

«Eso no lo rechazaré: — con gusto lo veré
A Rüdiger el bueno: — bien lo permitiré
A causa de su virtud: — si no hubieran mandado a él,
A cualquier otro mensajero — nunca lo vería.»

Ella dijo: «Bien — mandadlo entonces mañana,
A mi cámara. Entonces — le daré mi contestación;

De lo que he decidido — yo misma se lo diré.»
Ahora se le renovó — el gran llorar y lamentar.

Entonces nada más deseaba — el noble Rüdiger,
Sino que pudiera ver — a la alta hija de reyes.
Él conocía su propia sabiduría: — si alguien podría hacerlo,
Él podría convencerla — a casarse con el héroe.

Temprano la otra mañana, — después de la misa,
Llegaron los mensajeros nobles; — había mucha aglomeración de gente,
De los que con Rüdiger iban — a presentarse en la corte.
Los vieron bien vestidos — a muchos espadas elegidos.

Kriemhild, la pobre, — con el alma triste
Esperaba a Rüdiger, — el noble mensajero bueno.
La encontró con el vestido — que llevó puesto a diario:
Pero su séquito tenía puesto — bastantes vestidos ricos.

Ella se fue a encontrarlo — hasta la puerta
Y recibió a los caballeros — de Etzel con benevolencia.
Sólo con doce hombres — entró con la señora.
Se ofrecieron grandes honores; — ¿quién pudiera también ver mejores
mensajeros?

Ofrecieron asiento — al señor y a sus vasallos.
A los dos Margraves — vieron parados ante ella,
Eckewart y Gere; — la reina estaba contenta de ello.
No podía recibir a los nobles mensajeros — mejor que de este modo.

Ya que estaban sentados a su lado — y vieron muchas doncellas,
La señora Kriemhild — sufría sólo dolores y sufrimiento.
Su vestido en el pecho — estaba mojado de ardientes lágrimas;
Bien lo vio el Margrave: — el héroe no se quedó sentado por más tiempo.

Él dijo, con cortesía: — «Nobilísima princesa,
A mí y a mis compañeros — que llegaron conmigo,
Debéis permitir, señora — que nos quedemos parados ante vos
Y os anunciemos — por qué se hizo nuestro viaje.»

«Os lo permitiré con gusto», — dijo la reina,
«Que me digáis vuestro mensaje; — así es mi opinión,
Hablad lo que queráis, — si os parece bien.»
Entonces bien oyeron los mensajeros — su poca inclinación.

Entonces dijo de Bechelaren, — el Margrave Rüdiger:
«Os manda, señor Etzel — el rey alto
Gran amor y fidelidad — hacia acá a este país,
Él ha mandado por vuestro amor, — a muchos buenos caballeros.

Os ofrece amablemente — amor sin sufrimientos,
Que para una amistad permanente — siempre estará dispuesto para con
vos,
Como para Helke, la reina antes, — a la que amaba cariñosamente.
Vos debéis llevar la corona, — que ella llevó una vez.»

Entonces le dijo la reina: — «Margrave Rüdiger,
Si alguien supiera — de mi gran dolor
Nunca me aconsejaría — casarme por segunda vez.
Yo perdí a uno de los mejores, — que jamás mujer alguna ganó.»

«¿Qué puede consolar mejor en el dolor», — dijo el hombre valiente
«Que el amor afectuoso? — ¿Quién puede dar este amor,
Y eligió a aquél, — a quien puede amar de todo corazón,
Sabrá bien, que en el dolor — nada mejor hay que el amor.

Y si os dignáis de amar — a mi alto señor,
Debéis gobernar — doce ricas coronas,
Además de treinta príncipes — mi señor os dará el país,

Que a todos ha vencido — su mano poderosísima.

Además seréis dueña — sobre muchos hombres valientes,
Que eran súbditos — de mi señora Helke,
Y muchas bellas doncellas — que una vez estaban a su servicio,
De alta alcurnia principesca», — dijo el héroe valiente.

«Además os dará el rey, — esto manda deciros.
Si vos os dignáis portar — la corona con mi señor,
El poder más alto, — que Helke jamás ganó:
Todos los hombres de Etzel — os serán súbditos.»

«¿Cómo puede jamás volver», — dijo la reina,
«A desear mi alma — ser la esposa de un héroe?
La muerte de uno ya me ha causado — un dolor tan amargo,
Que hasta mi muerte — jamás podré olvidarlo.»

Los Hunos volvieron a hablar: — «Riquísima reina,
La vida, en la corte de Etzel — os pasará tan magníficamente,
Que bien lo olvidaréis, — si accedéis;
El rey ganó — a muchos bellos espadas.

Las doncellas de Helke — y vuestras mujeres
Juntas serán — un séquito
Que causará gran placer — a todos los vasallos.
Dejaos aconsejar, señora — será en vuestro bien.»

Ella dijo con modales nobles: — «Dejad ahora las palabras,
Hasta mañana en la mañana, — entonces entrad conmigo,
Para que os dé mi contestación — a vuestra petición.»
Entonces tenían que obedecerla — los valientes espadas listos.

Cuando llegaron — todos a las posadas,
La noble mujer mandó — que llamasen a Geiselher

Y a su madre: — a ambos dijo ella,
Que sólo sería propio que llorara — y nada más que eso.

Entonces dijo su hermano Geiselher: — «Presiento, querida hermana,
Y con gusto lo creeré — que tu pena y sufrimiento
El rey Etzel los cambiará: — y si tú lo tomas como esposo,
Lo que alguien aconsejara, — me parece bien hecho.»

«Bien te lo sustituirá», — volvió a decir Geiselher:
«Desde Rotten hasta el Rhin, — desde el río Elba hasta el mar,
No se conoce rey — más poderoso que él.
En verdad debes estar contenta, — si él te pide como reina.»

Ella dijo a su hermano: — «¿Cómo puedes aconsejármelo?
Sólo llorar y lamentar — sería propio para mí.
¿Cómo puedo ir a la corte — ante los héroes?
Si jamás he tenido belleza — ésta ya pasó desde hace mucho.»

La señora Ute, la madre de ambos, — trató de convencer a su hija:
«Lo que aconsejan tus hermanos, — querida hija, hazlo tú:
Obedece a tus amigos — entonces te irá bien.
Demasiado tiempo te he visto — en tu gran dolor.»

Entonces pidió a Dios, el rico — que le diera buen consejo:
Si tuviera que regalar — oro, plata y vestidos,
Como en aquel entonces, — cuando todavía vivía su esposo, el valiente
 espada,
Jamás volvería a ver después — horas tan alegres.

Pensaba en su mente: — «¿Y debería yo entregar mi cuerpo
A un pagano? — Soy una mujer cristiana:
De esto me censurarían mucho — en todas partes;
Aunque me diera todos los países — siempre no podría hacerlo.»

Con esto lo dejó. — De la noche hasta la mañana
La señora estaba acostada en su cama, — llena de pensamientos.
Sus ojos claros — no se secaron,
Hasta que se fue a la misa de nuevo, — a la luz de la madrugada.

A la hora de la misa — también habían llegado los reyes.
Ellos habían tomado de la mano — a su hermana,
Y le aconsejaron amar — al rey del país de los Hunos.
Pero nadie encontró a la señora — un poco más contenta.

Mandaron ahora con ella a aquellos — que Etzel había enviado,
Que ahora, con licencia, — querían abandonar el país de Gunther,
Para que supieran como fuera: — No o Sí.
Llegó a la corte Rüdiger: — los compañeros se lo advertían,

Que tratara de conocer — la opinión del noble rey,
Y que lo hiciera a tiempo; — eso pareció bueno a todos;
Que sus caminos eran largos — para llegar otra vez a su país.
Trajeron a Rüdiger — allá donde encontró a Kriemhild.

Pidió entonces el espada — a la reina noble
Con palabras amorosas — que anunciara su decisión,
Qué quería mandar decir — en el país del rey Etzel.
El héroe con su petición — sólo encontró con ella la negativa.

«Que jamás en su vida — quería amar a otro hombre.»
El Margrave le contradijo: — «Esto no sería bien hecho.
¿Por qué queréis destruir — un cuerpo tan bello?
Con honores seréis todavía — la esposa de un espada valiente.»

De nada sirvió lo que pidieron, — hasta que Rüdiger
Había hablado en secreto — con la reina alta,
Que esperaba vengar — todo su sufrimiento.
Entonces finalmente se disminuyó — un poco su duelo tan profundo.

Dijo a la reina: — «Dejad ahora vuestras lágrimas.
Si con los Hunos tuvierais — a nadie más que a mí sólo
A mis amigos fieles — y a mis vasallos
Lo pagaría terriblemente, — si alguien os hubiera causado dolor.»

Con esto se aligeraba — el alma de la señora.
Ella dijo: «Bien, juradme Rüdiger, — lo que alguien me haga sufrir,
Que vos seréis el primero — que vengará mi sufrimiento.»
Entonces dijo a ella el Margrave: — «A esto, señora, estoy dispuesto.»

Con todos sus hombres juró — entonces Rüdiger a ella,
Que siempre le serviría fielmente, — y que los espadas altos,
Nada iban a negarle — en el país del rey Etzel,
Lo que exigiría su honor: — esto se lo juró la mano de Rüdiger.

Entonces pensó la fidelísima: — «Si puedo ganar
Tantos amigos fieles, — poco me importa
De lo que diga la gente, — en la profundidad de mi dolor.
Puede ser que siempre se vengue — la muerte de mi querido esposo.»

Ella pensaba: «Ya que el señor Etzel — tiene tantos espadas,
Que puedo mandar — entonces yo haré lo que quiero.
También tiene tantos tesoros — que yo puedo regalar;
El asesino Hagen — me ha privado de mis bienes.»

Ella dijo a Rüdiger: — «Si no hubiera sabido,
Que es un pagano, — con gusto hubiera ido,
Adonde me mandaba, — y lo tomaría por esposo.»
Entonces volvió a contestar el Margrave: — «No os preocupéis por esto,
señora,

No es totalmente pagano — de eso podéis estar segura:
Ha sido convertido — mi querido señor,

Sólo que volvió a convertirse — de nuevo al paganismo.
Si queréis amarlo, señora — todavía hay esperanza.

A el sirven tantos espadas — en la cristiandad,
Que a vos con el rey — jamás pasará contrariedad alguna.
Fácilmente podréis también lograr, — que el buen rey
De nuevo dirija a Dios — su alma como su mente.»

Dijeron entonces sus hermanos: — «Prometednos, hermana mía,
Y abandonad en lo futuro — todo vuestro dolor.»
Y la pidieron por tanto tiempo, — hasta que ella con duelo
Consentía ante los héroes, — a casarse con el rey Etzel.

Dijo ella: «Tengo que obedeceros, — pobre reina que soy,
Viajaré con los Hunos, — cuando sea,
Si encuentro a amigos — que me llevan a su país.»
En promesa, ante los héroes, — dio su mano la bella Kriemhild.

El Margrave dijo: «Dos guerreros — son vuestros vasallos:
Además tengo muchos todavía: — de modo que lograremos,
Que con honores — os llevemos allende el Rhin:
Yo ya no os dejo estar por más tiempo — con los Burgundios.

Tengo quinientos hombres — y además muchos amigos
Que deben estar a vuestro servicio — aquí y en la corte de Etzel,
Lo que les mandéis; — yo mismo os ayudaré
Y jamás me arrepentiré — si en lo futuro queréis que cumpla con mi
fidelidad.

Preparad ahora la sillería — de vuestros caballos;
De lo que Rüdiger os aconsejó — jamás os arrepentiréis.
Y decidlo a vuestras doncellas, — en vuestra compañía:
En el camino encontraremos — a muchos héroes elegidos.»

Todavía tenían joyas, que ella, — en los tiempos de Siegfried,
Había llevado en las cabalgatas, — de modo que con muchas doncellas
Podía viajar con honores — si quería partir.
¡Hey! ¡qué sillas tan buenas — ganaron para las bellas mujeres!

Si hasta ahora siempre — ya habían llevado vestidos ricos,
Para el viaje ahora — se preparó todo en abundancia,
Porque se había oído tanto — de la alta fama del rey.
Abrieron los cajones — por tanto tiempo cerrados y conservados.

Estaban muy activos — hasta el duodécimo día
Y sacaron de los cajones — tanto como había adentro.
Kriemhild entonces empezó — a abrir sus cámaras,
Pensaba en hacer ricos — a todos los vasallos de Rüdiger.

Todavía tenía algo del oro — del país de los Nibelungos,
Esto iba a repartir — entre los Hunos, su mano.
Seiscientas muías no podían — cargarlo todo.
Estas nuevas oyó decir — Hagen de Kriemhild.

Él dijo: «Conmigo, Kriemhild — jamás volverá a reconciliarse,
De modo que también tendrá que quedarse aquí — el oro de Siegfried.
¿Cómo voy a dejar a mis enemigos — bienes tan grandes?
Yo sé bien lo que Kriemhild hará — todavía con este tesoro.

Si lo lleva con los Hunos — yo sé con seguridad,
Sólo lo repartirá — para incitarlos contra mí.
Tampoco tiene suficientes caballos — para llevárselo:
Hagen lo retendrá — eso hay que decir a Kriemhild.»

Cuando ella oyó las nuevas, — le causaron profundo dolor,
También informaron — a los tres reyes,
Querían evitarlo. — Cuando esto no se hizo,
Rüdiger, el noble, dijo entonces — con el ánimo alegre:

«Princesa rica, ¿por qué — os quejáis del oro?
A vos os tiene tanto afecto — el rey Etzel y os querrá tanto
Cuando sus ojos os vean, — os dará tales tesoros,
Que jamás podréis gastarlos, — por esto os empeño mi palabra, señora.»

Entonces le dijo la reina: — «Nobilísimo Rüdiger,
Jamás ha ganado mayores — tesoros princesa alguna,
Que éstos — que me robó Hagen.»
Entonces su hermano Gernot — entró a su cámara.

Con el poder del rey abrió — la llave de la puerta.
Los tesoros de Kriemhild — sacaron entonces
Cerca de treinta mil marcos — y puede ser que más todavía,
Para que lo tomasen los huéspedes: — de esto estuvo muy contento
Gunther

Entonces dijo de Bechelaren, — el esposo de Gotelinde:
«Y si todos los tesoros perteneciesen — todavía a Kriemhild,
Que jamás han traído — del país de los Nibelungos,
No los tocarían mi mano — o la mano de la reina.

Mandad guardarlos, — porque yo no los quiero.
He traído de nuestro país — tanto de lo mío,
Que no nos hace falta — en el camino:
Para el viaje tenemos bastante — y más que suficiente.»

Doce escritorios tenían — todavía sus doncellitas
Del mejor oro, que se encontrara — en parte alguna,
Reservados de viejos tiempos: — estos los llevaron ahora
Con la princesa — y se guardaron el resto.

El poder de Hagen, el feroz — les pareció demasiado fuerte.
Tenía todavía como mil marcos — de oro para el sacrificio.

Esto lo dio para salvar — el alma de su querido esposo.
Eso le pareció a Rüdiger — hecho con gran fidelidad.

Entonces dijo la hija de reyes: — «¿Dónde están mis amigos
Que conmigo, entre los Hunos, — quieren vivir en la miseria
Y que cabalgarán conmigo — al país del rey Etzel?
Que tomen de mi oro — y que compren caballos y vestidos.»

Inmediatamente le contestó — el Margrave Eckewart:
«Desde que, como miembro del séquito — fui designado a vuestro lado,
Siempre os he servido con fidelidad», — así dijo el espada valiente.
«Y hasta mi fin quiero siempre — mostrarme igual con vosotras.

También voy a llevar conmigo — cien hombres de los míos.
Que os ofrezco a vuestro servicio — con sincera fidelidad.
Nunca nos separaremos — si no lo hace la muerte.»
Kriemhild le agradeció las palabras — que él le ofrecía tan bien.

Trajeron entonces los caballos: — querían abandonar el país.
Bien empezaron a llorar — todos los amigos allí.
Ute, la rica — y muchas muchachas bellas,
Demostraron, cómo sentían — dolor por Kriemhild.

A cien muchachas bellas llevaba — consigo del país,
Estaban ricamente vestidas, — cada una según su posición.
De sus ojos claros cayeron — las lágrimas.
Pero otras alegrías conocieron — también con el rey Etzel.

Llegaron entonces el joven Geiselher — y el rey Gernot,
Con sus hombres armados, — como era propio,
Querían acompañar a su querida hermana — a través del país.
Tenían en su séquito alrededor — de mil espadas elegidos.

Entonces vino Gere el rápido — y también Ortwein:

Rumold, el maestro cocinero — no la dejó sola.
Prepararon campamentos nocturnos — a las mujeres en todos los caminos:
Como Mariscal debía Volker — cuidar de sus posadas.

Durante los besos de despedida — no habían escuchado mucho llorar,
Antes de que hubieran llegado — al campo abierto saliendo del castillo,
Sin ser pedidos, muchos — le acompañaron a través del país.
Ante la ciudad ya había — regresado el rey Gunther.

Antes de irse del Rhin, habían ya mandado por delante
Sus mensajeros rápidos — al país de los Hunos,
Para avisar al rey, — que Rüdiger
Había ganado como esposa — a la noble reina alta.

Los mensajeros viajaron rápidamente; — tenían que ir con prisa
Por el gran honor — y la rica recompensa de mensajeros.
Cuando con sus noticias habían — llegado a casa,
El rey Etzel raras veces había — oído algo tan agradable.

A causa de la buena noticia — el rey mandó regalar
A los mensajeros tales regalos — que bien podrían vivir
Para siempre en alegrías — hasta su muerte.
Con la felicidad se desvanecieron — del rey su preocupación y dolor.

XXI AVENTURA CÓMO KRIEMHILD VIAJÓ CON LOS HUNOS

Dejad cabalgar a los mensajeros, — y os informaremos
Cómo la princesa viajaba — a través del país,
Y donde de ella se separaban — Geiselher y Gernot,
Ellos la habían servido, — obedeciendo a su fidelidad.

Llegaron al Danubio — hacia Vergen, cabalgando,
Entonces empezaron — a pedir licencia de la reina,
Porque ya querían — regresar al Rhin,
Pero no podía ser — sin lágrimas de buenos amigos.

Geiselher, el rápido, — dijo a su hermana:
«Hermana, — si tú jamás me necesitaras.
Que estuvieses en peligro, — házmelo saber,
Entonces cabalgaré para servirte — al país del rey Etzel.»

A todos sus parientes — ella besaba en la boca.
Amorosamente vieron separarse — en esta hora,
Los Burgundios rápidos — del séquito de Rüdiger,
Se fueron con la reina — muchas muchachas bellas,

Ciento y cuatro; — llevaron ricos vestidos
De telas bordadas: — muchos anchos escudos
Siguieron a la señora — en sus caminos.
Entonces también pidió licencia — Volker, el bello espada.

Atravesando el Danubio — ahora llegaron al país de Baviera;
Entonces en todas partes — se difundieron las noticias,
Que hacia el país de los Hunos — viajaba Kriemhild, la reina.
De eso se alegraba su tío — un obispo de nombre Pilgerin.

Era obispo — en la ciudad de Passau.
Las posadas quedaron desiertas — y la corte del príncipe,
Al encuentro de los huéspedes — partieron a través de Baviera
Hasta que el obispo Pilgerin — encontró a la bella Kriemhild.

No le pareció mal — a su séquito,
Que la vio seguida — de tantas doncellas bellas;
Entonces acariciaron con sus ojos — a las hijas de muchos nobles
caballeros.
Les dieron buena posada — rápidamente a los huéspedes.

Allí en Plädelingen — les arreglaron su descanso;
La gente de todas partes — cabalgó a su encuentro.
Dieron de lo que habían menester — voluntaria y alegremente,
Los recibieron con honores: — pronto también lo hicieron así en otras
partes.

La señora con su tío — cabalgó hacia Passau.
Cuando allá les anunciaron — a los habitantes de la ciudad,
Que la sobrina del príncipe, Kriemhild — iba a venir,
Entonces con honores — fue recibida por los mercaderes.

Cuando el obispo se imaginaba — que allí permanecerían,
Dijo el Margrave Ekewart: — «¿Cómo podría hacerse eso?
Tenemos que cabalgar hacia abajo, — al país de los Hunos:
Muchos espadas nos esperan, — todos ya están avisados.»

Ya sabía también las nuevas, — la bella Gotelind,

Se preparaba bien — y también a su hija bella.
Le había mandado decir Rüdiger, — que le parecía bien,
Si a la reina, con esto, — consolara el alma.

Que viniera cabalgando a su encuentro — con todos sus hombres,
Hasta el río Ense. — Cuando así lo hicieron
Vieron en todas partes — las calles llenas de gente:
Querían cabalgar — e ir al encuentro de los huéspedes.

Habían llegado a Everdingen — en la siguiente noche,
En el país de Baviera — habían oído de salteadores,
Que robaban en las carreteras — como es su costumbre;
Que también hubieran podido perjudicar — a los huéspedes.

Eso bien lo había evitado — el noble Rüdiger:
Llevaba mil caballeros — o hasta más todavía.
Entonces vino también Gotelinde, — la esposa de Rüdiger,
Con ella, en orgulloso desfile — un gran número de guerreros valientes.

Pasando el río Traune — llegaron al campo, cerca de Ensa.
Entonces vieron erigidos — chozas y tiendas de campaña,
De modo que durante la noche — los huéspedes pudiesen descansar bien.
Cuidar de su alimento — era tarea del Margrave.

De las posadas — cabalgó al encuentro de su señora
La bella Gotelinde. — Entonces en los caminos
Cabalaron con bridas resonantes — muchos fuertes caballos.
Ella fue bellamente recibida — y se lo agradeció a Rüdiger.

Aquellos que la recibieron en los caminos, — a los dos lados
Con juegos caballerescos muy artísticos, — eran muchos de los espadas.
Ejercían torneos; — lo vieron muchas doncellas.
Tampoco el servicio de los caballeros — les disgustó a las hermosas damas.

Cuando llegaron con los huéspedes, los vasallos de Rüdiger,
Vieron volar al aire — muchas astillas de lanzas,
De las manos de los héroes — según costumbres caballerescas.
Entonces cabalgaron en torneos — por los favores de las mujeres.

Lo dejaron pasar. — Entonces muchos hombres saludaron
Amablemente a los demás. — Ahora vinieron llevando
A la bella Gotelinde, — donde podía ver a Kriemhild.
Quien podía servir a las mujeres, — tenía poco ocio allí.

El señor de Bechelaren — cabalgó al lado de Gotelinde.
Poco dolor causó — a la noble Margrave,
Que lo vio llegar al Rhin — sano y salvo,
La mayor parte de sus apuros — le quitó la gran alegría.

Cuando lo había recibido — él mandó que fuese
Al campo con las mujeres — que estaban en su compañía.
Entonces estaban activos — muchos nobles hombres:
Prestaron servicios a las mujeres — con gran celo.

Entonces vio la señora Kriemhild — a la Margrave parada
Con su séquito — no permitió que se acercasen más,
Detuvo con la brida el caballo que la llevaba,
Y mandó que la bajaran — rápidamente de la silla.

Vieron conducir al obispo — a la hija de su hermana,
A él y a Eckewart — hacia donde estaba la señora Gotelinde.
Todos tenían que abrirles paso — quienes estaban en el camino.
Entonces la forastera — besó en la boca a la Margrave.

Dijo con lindas palabras — la noble Margrave:
«Bien de mí, querida señora, — que estoy tan feliz
De veros en este país — con mis ojos.
Jamás hubiera podido pasarme — algo mejor.»

«Dios os recompense», dijo Kriemhild, — «nobilísima Gotelinde.
Si me quedo sana — con el hijo de Botelunga,
Os será de provecho — que me hayáis visto».
Todavía no sospechaban ambas, — lo que más tarde había de acontecer.

Con cortesía — se sentaron juntas en el trébol.
Aquellos que gustaban ver a las mujeres — no se disgustaron.
Su dulce aspecto — les dio un ánimo alto,
A las mujeres como a los hombres — como ahora todavía lo hace a veces.

Mandaron escanciar bebidas a los huéspedes. — Ya era el mediodía;
El noble séquito — ya no se quedó acostado más;
Cabalgaron hasta que vieron muchas anchas chozas erigidas;
Allá podían prestar grandes servicios — a los respetados huéspedes.

Hasta la mañana — durante la noche — descansaron bien.
Los de Bechelaren — se esmeraban
De cuidar según su dignidad — a muchos hombres distinguidos,
Bien había previsto todo Rüdiger — poco faltaba de todo.

Las ventanas de los muros — vieron abiertas;
Podían mirar a Bechelaren — ampliamente abierta.
Entonces entraron los huéspedes — y se les recibió con gusto;
Buen descanso les preparó — el noble Rüdiger allí.

La hija del Margrave — vino con el séquito
Hacia donde la reina — la recibió amablemente.
Allá estaba también su madre — la esposa de Rüdiger:
Los espadas saludaron con gusto — a todas las doncellas.

Se tomaron de las manos — y se fueron después.
Al amplio castillo — que estaba muy bien construido,
Debajo del cual, el Danubio — corría en ancha corriente.

Allá estaban sentadas al aire libre — y se divertían mucho.

No puedo informaros — lo demás que aconteció.
De que tuvieran que apresurarse tanto — por eso se quejaron
Los guerreros de Kriemhild; — bien lo sintieron mucho.
¡Cuántos buenos guerreros de Bechlaren — los acompañaron!

Muchos amables servicios — les ofreció el Margrave.
Entonces la princesa — dio doce brazaletes de oro rojo
A la hija de Gotelinde — y también buenos vestidos,
Como ninguno mejor — llevaba hacia el país del rey Etzel.

Aunque le habían robado — el oro de los Nibelungos,
Todos aquellos que la vieron — empezaron a quererla;
Todavía con los pequeños regalos — que le habían quedado,
Al séquito del anfitrión, — ofreció grandes regalos.

Por ello Gotelinde — a los huéspedes del Rhin,
Ofreció tan altos honores — con regalos grandes y pequeños,
De modo que raras veces podía encontrarse — uno de los forasteros
Que no hubiera llevado joyas de ella — o magníficos vestidos.

Cuando después del refrigerio — iban a continuar su viaje,
Sus fieles servicios — ofreció el ama de casa
A la esposa de Etzel — con lindas palabras.
Entonces se acariciaron, — y especialmente a la bella niña.

Entonces ella dijo a la reina: — «Si os parece bien,
Entonces sé que con gusto — lo hará mi querido padre,
Que me manda con vos — al país de los Hunos»,
Que tuviera un alma fiel — ¡cuánto le gustó a la señora Kriemhild!

Los caballos llegaron ya ensillados — ante Bechelaren.
Cuando la noble reina — había recibido licencia

De la esposa de Rüdiger — y de su hija,
Se despidieron con saludos — muchas de las bellas doncellas.

Raras veces volvieron a verse después, — en muchos días.
Entonces trajeron en las manos — de Medelick
Muchas vasijas bellas de oro — llenas de vino
A los huéspedes en el camino — dándoles la bienvenida.

Había allí un granjero — llamado Astold,
Les enseñó la carretera — hacia el país de Austria,
Hacia Mautaren — abajo, a las orillas del Danubio.
Muchos servicios ofrecieron — de nuevo a la rica reina.

El obispo con amor — se despidió de su sobrina.
De convertir al rey — ¡cuántos consejos le daba!
Y de ganarse honores — como alguna vez lo hizo Helke.
¡Hey! ¡Cuántos altos honores — ganó ella pronto entre los Hunos!

Al río Traisem llegaban — los huéspedes en breve tiempo,
A cuidarlas se empeñaba — el séquito de Rüdiger,
Hasta que vieron a los Hunos — cabalgando a través de los campos:
Entonces sólo dieron a conocer a la princesa — los más grandes honores.

Cerca del río Traisem — el príncipe del país de los Hunos
Tenía un rico castillo — bien conocido en el país,
De nombre Traisenmauer; — alguna vez Helke vivió allá,
Y ejerció sus altas virtudes — como nunca volvió a acontecer,

O sea de parte de Kriemhild; — a ella le gustó mucho regalar:
Bien debía experimentar ahora — la alegría después de su dolor,
De que le prestaran homenaje — los vasallos de Etzel,
Que con los héroes — pronto ganó en abundancia.

El gobierno del rey Etzel — era tan conocido en todas partes,

Que en todos los tiempos — se encontraron en su corte
Los mejores guerreros — de los cuales jamás se oyó hablar.
Entre cristianos o paganos; — todos habían llegado con él.

En su corte había siempre — lo que nunca se volverá a ver.
Tanto creencia cristiana — como culto pagano:
Fuera la costumbre que fuera — que ejerciera cualquiera,
La generosidad del rey lo permitió — y a todos dieron bastante.

XXII AVENTURA CÓMO KRIEMHILD FUE RECIBIDO POR LOS HUNOS

Quedaron en Traisenmauer — hasta el cuarto día.
El polvo de los caminos — entretanto no quedó quieto:
Se levantó en todas partes — como en un incendio.
Entonces cabalgó la gente de Etzel — a través del país de Austria.

Informaron en este tiempo — al rey Etzel,
Así que de tanto pensar — le desapareció su antiguo dolor,
Cuán magnífica la señora Kriemhild — atravesaba el país,
Entonces apresuradamente el rey se fue allá, — donde encontró a la
bellísima.

De muchos idiomas diferentes — vieron en los caminos
Cabalgar ante el rey Etzel, — a numerosos espadas valientes,
De cristianos y paganos, — muchos ejércitos grandes.
Cuando encontraron a la señora, — viajaron alegremente.

De Rusos y Griegos — cabalgaban allá muchos hombres;
Los Poloneses y los Valaquios — acudieron rápidamente,
En sus buenos caballos, — dominándolos magníficamente,
Cada uno se mostraba — en las costumbres de su país.

Del país de Kiew — vinieron miles de hombres
Y los salvajes Petschenegen.^[3] — Empezaron a disparar
Con los arcos a las aves — que volaban por los aires;

Con grandes fuerzas estiraban las flechas — hasta el extremo del arco.

Una ciudad está situada — a las orillas del Danubio, en Austria,
Que se llama Tuina. — Kriemhild allá sólo conoció
Muchas costumbres extranjeras, — que jamás había visto.
Entonces tantos la recibieron — a quienes todavía iba a causar dolor.

Precedió al rey Etzel — un séquito
Alegre y magnífico, — cortesano y bien formado,
Unos veinticuatro príncipes, — todos ricos y distinguidos:
Para ver a su reina — nada más anhelaban.

Ramung, el duque — del país de los Valaquios,
Vino galopando ante ella — con setecientos hombres.
Los vieron llegar — como las aves salvajes;
Entonces vino el príncipe Gibecke — con grandes, maravillosas huestes.

Hornbog, el rápido cabalgó con mil hombres
Del lado del rey — hacia el encuentro con su señora.
Resplandecían y pavoneaban — según la costumbre de su país.
De los príncipes Hunos — todos cabalgaban magníficamente.

Vino del país de los daneses — el valiente Hawart
E Iring, el fuerte — hombre sin falsedad alguna:
De Thuringia Irnfried — un hombre valiente,
Recibieron a Kriemhild, — de modo que ella ganó muchos honores,

Con mil doscientos hombres — tantos contaba su grupo.
Entonces vino el espada Blödel — aún con tres mil,
El hermano del rey Etzel — del país de los Hunos:
Vino cabalgando en orgulloso desfile — hasta que encontró a la reina.

También llegaron el rey Etzel y el señor Dietrich (Teodorico)
Con todos sus héroes. — Vieron caballerosamente

A muchos caballeros nobles, — buenos y bondadosos.
A causa de todo esto — el ánimo de Kriemhild se levantó.

Dijo a la reina — Rüdiger el noble:
«Señora, — os quiere recibir aquí el augusto rey,
A quien os digo que beséis — dignaos besarlo:
Sabed, que de los espadas de Etzel — no podéis recibir a todos con los
mismos modales.»

Entonces bajaron de su caballo — a la reina alta,
Etzel, el rico, — ya no tardaba más.
Se apeó del caballo, — con muchos hombres valientes.
Lleno de alegrías se acercó — a la señora Kriemhild.

Dos príncipes poderosos, — esto lo sabemos muy bien,
Andaban con la señora — y llevaban la cola de su vestido.
Cuando el rey Etzel — vino a su encuentro,
Y ella recibió al noble príncipe — amablemente con besos.

Ella subió sus velos: — su bello color
Resplandeció entre el oro. — Entonces dijeron muchos hombres
Que la señora Helke — no podía haber sido más hermosa.
Cerca de ella estaba parado — el hermano del rey, Blödelein.

Rüdiger, el rico Margrave — le aconsejó besarlo,
Y también al rey Gibecke, — igualmente a Dietrich:
Doce de los héroes besaba — la reina de Etzel;
Entonces con saludos — miraba todavía a muchos caballeros.

Mientras el rey Etzel — estaba parado al lado de Kriemhild,
Los jóvenes espadas se comportaron — como lo exigía la costumbre del
país:
Juegos de armas fueron bellamente ejercitados — ante ella,
Los hicieron héroes cristianos como paganos — según sus costumbres.

¡Cuán caballerescos los espadas — vasallos de Dietrich
Hicieron volar al aire — las lanzas astilladas,
Altamente sobre los escudos, — de la mano de buenos caballeros!
Ante los huéspedes alemanes — se rompieron muchos escudos.

Se oyó el fuerte ruido — de los golpes de lanzas.
Entonces habían llegado del país — todos los héroes
Y también los huéspedes del rey — tantos hombres nobles.
Entonces el rey rico — se fue con la reina.

Encontraron allá cerca — una lujosísima tienda;
Lleno de chozas — estaba todo el campo alrededor;
Después de tanto cansancio — estaba preparado el descanso, para ellos.
Los héroes acompañaron entre ellos — a muchas bellas doncellas,

Hacia Kriemhild la reina, — que allá estaba sentada
En un rico asiento; — el Margrave había mandado
Prepararlo tan ricamente, — lo encontraron bello y bueno.
Entonces el rey Etzel sentía gran alegría — y ánimo alto.

Lo que ellos hablaron — me es desconocido:
En su mano derecha — descansaba su blanca mano.
Así estaban sentados amorosamente — cuando Rüdiger el espada
No quería permitir al rey — amar a Kriemhild en secreto.

Entonces mandaron interrumpir — los torneos en todas partes;
Con honores terminaron — el gran ruido alegre.
Entonces se fueron a las chozas — los vasallos de Etzel,
Les indicaron posadas — en todas partes alrededor.

La tarde y durante la noche — descansaron allí
Hasta que amaneció — la mañana brillante
Entonces vinieron cabalgando — muchos héroes elegidos,

¡Hey! ¡Cuánta diversión hubo — en honor del rey!

De prepararlo con toda dignidad, — pidió el príncipe a los Hunos.
Entonces cabalgaron de Tuina — hacia Viena, la ciudad.
Adornadas bellamente — encontraron allá mujeres innumerables,
Que recibían con honores, — a la esposa del rey Etzel.

En abundancia y plenitud — estaba para ellos preparado
Todo lo que necesitaban. — Muchos espadas siempre listos
Empezaron alegremente la fiesta. — Indicaron los albergues.
Las bodas del rey empezaron — muy alegremente.

No era posible — albergar a todos en la ciudad:
A los que no eran huéspedes, — les pidió Rüdiger,
Que se hospedasen — en el campo.
Bien sé que siempre encontraron — al rey con Kriemhild.

Dieterich, el espada — y muchos otros héroes,
Tenían en su ocio — mucho trabajo todavía,
A fin de que consolasen — el ánimo de los huéspedes;
Rüdiger y sus amigos — tenían mucha diversión.

La boda era — en el día de Pentecostés,
Cuando el rey Etzel se casaba — con Kriemhild
En la ciudad de Viena. — en verdad, tantos hombres
No ganó a su servicio — con su primer esposo.

Por sus regalos la conocían muchos — que no la habían conocido,
Por eso de los huéspedes — muchos empezaron a hablar:
«Habíamos pensado — que a Kriemhild robaron todo su tesoro,
La que ahora aquí — con sus regalos hace tantas maravillas.»

Duraba la boda — diecisiete días,
De ningún otro rey — sabe la Gesta,

Que hubiera celebrado una boda como ésta: — nosotros lo ignoramos.
Todos los que estaban presentes, — llevaban vestidos nuevos.

Jamás ella había estado sentada — en su país, los Países Bajos,
Ante tantos espadas; — también sé muy bien
Si Siegfried estaba rico en tesoros — siempre no tenía
Tantos nobles guerreros — como ella los vio aquí, vasallos de Etzel.

Tampoco jamás dio un rey — durante su boda
Tantos abrigos ricos — largos, gruesos y amplios,
Ni tantos buenos vestidos — como ganaron aquí,
Que a causa de Kriemhild — todos fueron regalados.

Sus amigos como los huéspedes — todos estaban de acuerdo en la opinión:
No querían ahorrar nada — y aunque fuera el mejor tesoro.
Lo que alguien podía desear — todos estaban dispuestos;
Allá muchos de los espadas — por su generosidad quedaron desnudos y sin
vestido.

Si ella se acordaba — cómo había estado a las orillas del Rhin
Con su noble esposo, — se humedecían sus ojos.
Pero siempre lo escondía, — para que nadie lo viera,
Ya que después de sus sufrimientos — se le hacían tantos honores.

Lo que uno hizo por generosidad — sólo era un soplo del viento
Comparado con Dietrich; — lo que el hijo de Botlung
Le había dado, — lo empleó todo;
Entonces grandes maravillas hizo también — la mano del generoso
Rüdiger.

También del país de Hungría, — el espada Blödelein
Mandó vaciar — muchos escritorios de viaje,
De plata y de oro: — todo lo regalaron.
Vieron vivir muy alegremente — a los héroes del rey.

Los juglares del rey — Werbel y Schwemmelein,
Recibieron cada uno — como mil marcos,
Durante el banquete de boda — (o también más que eso
Cuando la bella Kriemhild estaba sentada — bajo la corona al lado de
Etzel.

Al décimo octavo día — los héroes salieron cabalgando de Viena.
En torneos — se cortaron muchos escudos
Con las lanzas que tenían los héroes — en la mano:
De este modo el rey Etzel — con todas las alegrías llegó al país de los
Hunos.

En Heimburg, la vieja, — quedaron durante la noche.
Entonces nadie podía estimar — el poder del pueblo,
Con cuantas fuerzas guerreras — cabalgaron a través del país.
¡Hey! ¡Cuántas mujeres bellas — encontraron en su tierra!

En Misenburg, la rica, — se embarcaron en veleros.
Cubierta estaba el agua — de caballos y de hombres,
Como si fuera tierra, — la que sin embargo vieron correr.
Las mujeres cansadas del viaje — podían descansar allá.

Amarraron juntándolos — muchos buenos navíos,
De modo que no los dañaran — ni las olas, ni corrientes;
Extendidas encima — muchas tiendas preciosas,
Como si todavía estuvieran — en ambos, tierra y campo.

También en el castillo de Etzel — habían recibido las nuevas:
Y estaban allá contentos ambos — mujer y hombre.
La servidumbre de Etzel, — que antes había cuidado a la señora Helke,
Pasaba con Kriemhild — todavía muchos días alegres.

En alegre esperanza — estaban todas las nobles doncellas,

Que desde la muerte de Helke, — habían sufrido dolor de corazón.
Siete princesas — encontró allí todavía Kriemhild,
Que adornaban todas — el país del rey Etzel.

Herrat la doncella — todavía cuidaba la servidumbre,
La sobrina de Helke, — en la cual había muchas virtudes,
La prometida de Dietrich — hija de un rey noble,
La hija de Nentwein, — que todavía recibió muchos honores.

Ella se regocijaba mucho — de la llegada de los huéspedes;
También empleó para ello — muchos tesoros preciosos.
¿Quién podría narraros — cómo el rey desde entonces vivía?
Nunca más fue tan agradable — a los Hunos reina alguna.

Cuando el príncipe llegó con su esposa, — cabalgando desde la playa,
Quien llevaba a cada una de las mujeres — habló ahora
A Kriemhild la noble; — ella saludaba más amablemente todavía.
¡Cómo estaba pronto sentada en lugar de Helke, — poderosa y alta!

De servicios fidelísimos — oyó hablar mucho.
La reina repartía — oro y vestidos,
Plata y joyas: — lo que desde el Rhin
Llevaba al país de los Hunos, — todo debía quedar repartido.

También, con sus servicios, — fueron sus súbditos desde ahora
Todos los amigos del rey — y todos sus vasallos,
De modo que jamás Helke, la reina — mandó tan grandiosamente
Como ellos tenían que servirla — hasta la muerte de Kriemhild.

Estaban en tan altos honores, — la corte y el país,
De modo que a todo tiempo — encontraron allá las diversiones,
Que cada uno deseaba — de corazón y alma,
Esto lo causó el amor del rey, — y los bienes de la reina.

XXIII AVENTURA CÓMO KRIEMHILD PENSABA EN VENGAR SU DOLOR

En tan altos honores, — todo esto es cierto,
Vivían juntos — hasta el séptimo año
Dio a luz un hijo — entretanto la reina.
Esto pareció al rey Etzel, — el premio más grande.

Hasta que lo logró — no dejó de pedirlo,
El bautismo debía recibir — el hijo del rey Etzel,
Según costumbre cristiana: — fue llamado Ortlieb
Por eso había gran alegría — en el país de Etzel.

Las reglas de la cortesía — que antes había mantenido la señora Helke,
Kriemhild se aplicaba a cuidar — por muchos días.
Herrat, la doncella extranjera — le enseñó las costumbres;
Ella, muy callada — todavía sentía gran dolor por Helke.

De los paisanos como de los extranjeros — era bien conocida.
Dijeron que jamás mujer alguna — tan generosa y buena
Había reinado en el país de un rey — lo consideraron cierto.
Los Hunos la elogiaron — hasta el décimo tercer año.

Ahora sabía que nadie — era su enemigo en el país,
Como a veces lo son los guerreros — de los príncipes a las reinas,
Y que diariamente podía ver ante sí — a doce reyes.
Pero tampoco olvidó el sufrimiento — que había sentido en su país.

Todavía ella pensaba — en los honores en el país de los Nibelungos,
Que le habían prestado, — y que la mano de Hagen
Le había quitado, — con la muerte de Siegfried
Y que esto jamás — recayera sobre él.

«Esto pasaría, si pudiera — traerlo a este país.»
Soñaba a veces que andaba — al lado de Etzel,
Geiselher su hermano; — la besaba siempre
En sus sueños dulces: — esto se volvió un gran dolor.

Tampoco podía olvidar. — un dolor tan enorme,
Aunque ahora parecía feliz. — Lo recogió en su corazón
Todos los días, con lamentos: — más tarde esto se supo.
De nuevo empezó a mojarse — su vestido con ardientes lágrimas.

Le pesaba en el corazón, — tarde y temprano,
Cómo a pesar de su resistencia — la habían persuadido,
Que debía casarse — con un hombre pagano:
Esta pena le habían causado — Hagen y el señor Gunther.

¿Cómo podría vengarse? — en esto pensaba todos los días:
«Ahora soy tan poderosa, — pese a quien le pese,
Que puedo causar sufrimientos — grandes a mis enemigos,
Y estaría dispuesta a causarlos — a Hagen de Tronje.

A los fieles amigos anhela — mi alma muchas veces todavía;
Pero si estuviera cerca de aquellos — que me hicieron mal,
Todavía se vengaría — la muerte de mi amado.
Ya no puedo esperarlo más», — dijo en el dolor de su corazón.

La querían todos los espadas — de los vasallos del rey,
Los guerreros de Kriemhild; — eso era bien hecho.
Su camariego era Eckewart: — por eso lo vieron con gusto:

Nadie podía resistir — a la voluntad de Kriemhild.

Pensaba también todos los días — «Voy a pedir al rey
Que me permita, — con modales finos,
Que traigan a mis amigos — al país de los Hunos.»
Nadie sospechaba los pensamientos — negros de la reina.

Cuando en una noche la señora Kriemhild — estaba acostada con el rey,
Abrazada por él — como siempre solía hacerlo,
Acariciando a la noble mujer — ella le parecía su propia vida,
Entonces pensaba en sus enemigos — esta magnífica mujer.

Ella dijo al rey: — «Queridísimo señor mío,
Quisiera pedirlos, — y que se hiciera con vuestro favor,
Que me dejarais ver, — si he merecido vuestra gracia,
Y me tuvierais afecto, — a mis amigos.»

Entonces dijo el rey poderoso: — sin sospecha estaba su alma
«Lo comprobaréis, con lo que se haga — a estos héroes,
En su honor y en su bien, — a mi me será hecho un servicio,
Ya que a causa del amor de una mujer, — jamás he ganado mejores
amigos.»

Continuó entonces la reina: — «Sabéis tan bien como yo,
Que tengo altos amigos: — por eso me entristece,
Que ellos me visiten tan raras veces — aquí en el país.
Por toda la gente de aquí — soy conocida sola, sin amigos.»

Dijo entonces el rey Etzel: — «Mi querida señora,
Si a ellos no les parece demasiado lejos, — yo invitaría
Del Rhin a aquellos que os gustaría ver, — hacia acá a mi país.»
Ella se alegraba de sus palabras, — cuando supo su voluntad.

Ella dijo: «Si me queréis mostrar — fidelidad, mi señor,

Debéis mandar mensajeros — hacia Worms, a las orillas del Rhin,
Entonces avisaré a mis amigos — de mis deseos e intentos,
Y llegarán a nuestro país, — muchos héroes nobles y buenos.»

Él dijo: «Si lo mandáis — yo estaré de acuerdo.
No podéis ver con tanto gusto — a vuestros amigos.
Los nobles hijos de Ute, — como a mí me gustaría verlos a ellos.
Es una pena para mí, — que nos queden tan extraños y lejanos.»

Dijo él: «Si tú lo deseas — mi queridísima esposa,
Voy a mandar como mensajeros — a tus amigos
Mis violinistas — hacia el país de los Burgundios.»
A los buenos juglares — mandaron traer luego.

Los escuderos ambos vinieron, — donde vieron al rey
Sentado al lado de la reina. — Él les dijo entonces,
Que serían sus mensajeros — hacia el país de los Burgundios.
También les mandó traer — vestidos ricos y magníficos.

Para veinticuatro espadas prepararon — entonces los vestidos.
También ellos recibieron — del rey su orden,
Cómo deberían invitar — a Gunther y a sus vasallos.
La señora Kriemhild pensó — hablar con ellos en secreto.

Dijo el rey rico: — «Oíd, como debéis hacer:
Mando a mis amigos — toda mi amistad,
Para que se dignen cabalgar — hacia acá a mi país,
Que raras veces he esperado — huéspedes tan queridos.

Y si quieren hacer — mi voluntad,
Los parientes de Kriemhild — que no descansen,
Que me hagan el favor — y vengan a mi banquete de corte,
Porque la amistad de mis hermanos políticos — me regocija mucho.»

Dijo entonces el violinista, — Schwemmelein, el orgulloso:
«¿Para cuándo será vuestro banquete — en este país?
Para que lo digamos a vuestros amigos — a las orillas del Rhin?»
Entonces dijo el rey Etzel: — «En los próximos días del solsticio.»

«Haremos lo que vos nos mandáis», — dijo entonces Werbelein.
Kriemhild mandó llevar — a los mensajeros a su cámara
En secreto — y habló con ellos,
Lo que a muchos espadas — pronto dolería sobremanera.

Ella dijo a ambos mensajeros: — «Os ganaréis grandes bienes
Si callados, cumplís — con mi voluntad,
Y decís lo que mando — a nuestro país:
Os haré ricos en oro — y os daré magníficos vestidos.

A quien de mis amigos — viereis allá,
En Worms a las orillas del Rhin, — jamás debéis confesarle,
Que siempre me habéis visto — triste en mi alma;
Y entregad mis saludos — a estos héroes valientes y buenos.

Suplicadles cumplan — con lo que mandó mi esposo,
Para consolarme así — en toda mi pena,
Que parezco aquí a los Hunos — una mujer sin amigos,
Si yo fuera un espada, — yo hubiera ido a veces al Rhin.

También decid a Gernot, — a mi hermano noble,
Que nadie en la tierra — puede serle más afectuosa,
Suplicadle que me traiga — hacia acá a este país
A nuestros mejores amigos: — así recibiré honor.

Decid también a Geiselher, — que le recuerdo esto,
Que por su voluntad — jamás he tenido sufrimientos:
Por eso, aquí en el país — me gustaría verlo con mis ojos.
También toda mi vida — estaré obligada a su servicio.

Decid también a mi madre, — cómo me honran aquí,
Y, si de Tronje Hagen — quiere disculparse del viaje,
¿Quién les enseñaría — los caminos a través del país?
Los caminos al país de los Hunos, — desde temprano le son conocidos.»

No sabían entonces los mensajeros, — por qué sería,
Que a este Hagen de Tronje — no deberían dejar
A las orillas del Rhin. — Pronto lo sintieron,
Por él a muchos espadas — amenazaba la muerte feroz.

Les dieron su credencial — de mensajeros, con sellos,
Ricos de bienes viajaron — y podían vivir espléndidamente,
Licencia les dieron Etzel — y su bella esposa,
Bien adornado estaba su cuerpo — con buenos vestidos.

XXIV AVENTURA CÓMO WERBEL Y SCHWEMMEL LLEVARON EL MENSAJE

Cuando Etzel mandó a sus mensajeros — hacia el Rhin,
Estas noticias volaron — de país en país:
Con rápidos mensajeros — invitó y mandó
A sus fiestas de corte; — entonces muchos ganaron la muerte.

Los mensajeros cabalgaron — del país de los Hunos
Hacia los Burgundios, — adonde fueron mandados,
A los tres nobles reyes — y su ejército valiente,
Para que viniesen con Etzel; — entonces se apresuraron mucho.

Llegaron cabalgando los mensajeros — a Bechelaren.
Con gusto les sirvieron — de modo que no sufrieron privaciones.
Sus saludos mandaron Rüdiger — y Gotelind
A los espadas del Rhin, — y también la hija del Margrave.

No dejaron irse a los mensajeros — sin regalos,
De modo que más agradablemente viajaran — los vasallos de Etzel.
A Ute y a sus hijos — mandó decir entonces Rüdiger,
Que no tenían otro Margrave — que los quisiera mejor.

También mandaron a Kriemhild — todo lo que hay de querido y bueno,
Su continua fidelidad — y su intención servicial.
Entonces, después de estas palabras, — los mensajeros querían partir;
Que Dios los guardase, pidió — Gotelind, la noble Margrave.

Antes de que los mensajeros — hubieran atravesado totalmente Baviera,
Werbelein, el rápido — se fue a ver al buen obispo:
Lo que éste mandó decir a sus amigos — a las orillas del Rhin,
No lo sé decir; — de su oro rojo

Regaló presentes a los mensajeros, — cuando querían partir.
«Si pudiera verlos aquí conmigo, — a los hijos de mi hermana,
Me sentiría bien en mi alma» — dijo el obispo Pilgerin,
«Desgraciadamente raras veces — puedo ir con ellos al Rhin.»

Qué caminos ellos viajaron — hacia el Rhin, por el país,
No puedo decíroslo. — Su oro y sus vestidos
No les fueron robados; — temían la ira de Etzel:
Tan poderosamente gobernaba — el noble rey bien nacido.

Después de doce días — llegaron al Rhin,
Hacia Worms, la fortaleza, — Werbel y Schwemmelein,
Entonces avisaron al rey — y a sus hombres
Que llegaron mensajeros extraños; — Gunther empezó a preguntar.

Dijo el señor del Rhin: — «¿Quién nos informa
De dónde estos huéspedes — cabalgaron a este país?»
Nadie sabía nada, — hasta que vio a los mensajeros
Hagen de Tronje, éste entonces — empezó a decir a Gunther:

«Oiremos nuevas hoy, — os empeño mi palabra:
Los juglares de Etzel — he visto aquí;
Vuestra hermana los habrá — mandado hacia el Rhin;
Por amor a su señor — debemos darles la bienvenida.»

Sin tardanza cabalgaron — ellos hacia la sala,
Tan magníficamente jamás viajó — el juglar de un príncipe.
El séquito del rey, — los recibió luego;

Albergue les dieron — y guardaron sus vestidos.

Sus vestidos de viaje eran — ricos y bien hechos,
Bien podían con honores — acercarse al rey;
Pero ya no querían llevarlos — por más tiempo en la corte:
«¿Si alguien los quería?» — mandaron preguntar los mensajeros.

Entonces inmediatamente — había gente allí
Que los recibió con gusto: — a ellos se los mandaron.
Entonces los huéspedes se adornaron — con vestidos tan ricos,
Como era propio para mensajeros del rey — les quedaron preciosos.

Entonces, con licencia se fueron — adonde estaba sentado el rey.
Los sirvientes de Etzel: — con gusto lo vieron.
El señor Hagen inmediatamente saltó de su asiento — al encuentro de los
mensajeros,
Para saludarlos cordialmente: — Los escuderos le dieron las gracias.

Entonces empezó a preguntar — por sus nuevas,
Cómo estaba Etzel y aquellos — que eran sus vasallos.
Contestó el violinista: — «Jamás estuvo mejor la situación del país
El pueblo nunca más alegre, — realmente debéis saberlo.»

Él los llevó con el anfitrión; — la sala del rey estaba llena de gente.
Entonces recibieron a los huéspedes, — como siempre se debe hacer,
Saludando amablemente a los mensajeros — en países de otros reyes.
Schwemmel encontró muchos guerreros — al lado del rey Gunther.

El rey, bien educado, — empezó a saludarlos:
«Bienvenidos, juglares ambos, — súbditos del rey Etzel,
Con vuestros compañeros de armas: — ¿para qué os ha mandado,
Etzel el rico, — hacia el país de los Burgundios?»

Se inclinaron ante el rey. — Entonces dijo Werbelein:

«Os ofrece sus servicios, — mi querido señor
Y Kriemhild, vuestra hermana, — hacia este país;
Nos ha mandado a vosotros, caballeros, — con toda fidelidad.»

Dijo entonces el rey rico: — «Estoy contento de las nuevas.
¿Cómo está Etzel?» — el espada así preguntó:
«¿Y Kriemhild, mi hermana — en el país de los Hunos?»
Entonces dijo el juglar: — «Con gusto os informaré.

Mejor no pueden estar reyes algunos — en ninguna parte,
Y más alegres, sabed, — que los altos príncipes
Y sus espadas todos, — amigos y vasallos.
Estaban contentos de nuestro viaje, — cuando nos despedimos.»

«Pues dadles las gracias por los servicios — que él me ofrece,
A él y a mi hermana; — ¡cuánto me alegro
Que vivan en alegrías, — el rey y sus vasallos!
Pues con preocupación — os pregunté por las noticias.»

Los dos jóvenes reyes — también habían venido.
Habían apenas escuchado — las nuevas,
Geiselher, el joven, — con gusto vio a los mensajeros
Por amor a su hermana, — bondadosamente dijo entonces:

«Mensajeros ambos, — sednos bienvenidos,
Ojalá que más frecuentemente — vinierais al Rhin,
Encontraríais a muchos amigos, — que os gustaría ver.
Nada malo os pasaría — aquí en el país.»

«Esperaremos todo lo bueno de vosotros», — dijo Schwemmelein;
«No podéis imaginaros — por medio de mis palabras,
Qué palabras tan amorosas — os ha mandado Etzel
Y vuestra hermana noble, — que disfruta de los más altos honores.

De vuestro amor y fidelidad — os recuerda la reina,
Y de que siempre le habéis tenido — afecto en vuestro corazón y alma,
Primero a vos, señor rey, — nos han mandado
Que os dignéis cabalgar — con ellos al país de los Hunos.

Que también vayan con vos — los Señores Geiselher y Gernot.
Etsel el rico, — manda decíroslo a todos,
Si no quisierais venir, — para ver a vuestra hermana,
Él quisiera saber, — ¿qué os ha hecho

Que huis tanto de él — y su imperio y país?
Y aunque la reina os fuese — extraña y desconocida,
Él mismo merecería — que fuerais a verlo:
Si queréis hacerlo, — a él haríais un buen servicio.»

Dijo el rey Gunther: — «Después de la séptima noche,
Os voy a informar — de lo que he resuelto
En el consejo de mis amigos; — id entretanto
A vuestro albergue — y descansad bien.»

Entonces volvió a hablar Werbel: — «¿No sería posible
Que viéramos a nuestra señora, — Ute, la rica,
Antes de que nosotros, escuderos cansados, — tratemos de descansar?»
Entonces, con modales caballerescos, — el noble Geiselher dijo:

«Nadie os lo prohibirá; — si queréis ir a su presencia,
También mi madre — os recibirá de mil amores,
Pues os verá con gusto — a causa de mi hermana
Y del rey Etsel: — no lo dudéis un instante.»

Geiselher los llevaba — adonde se encontraba Ute.
Ella con gusto vio a los mensajeros — del país de los Hunos.
Y los recibió amablemente — con su alma virtuosa:
Entonces le dieron las noticias — los mensajeros corteses y buenos,

«Mi señora os manda decir», — dijo entonces Schewemmelein,
«Su servicio y eterna fidelidad, — y si podría ser
Que os viera más frecuentemente, — seguramente podéis creer
Que no desearía ella — más alegrías en la tierra.»

Entonces dijo la viuda del rey: — «Desgraciadamente no puede ser.
Con tanto gusto que viera — más frecuentemente a mi querida hija,
Demasiado lejos vive — la noble reina:
Que para siempre pase su tiempo — feliz con el rey Etzel.

Debéis hacérmelo saber, — antes de que partáis,
Cuándo queréis cabalgar, — hace mucho tiempo
Que no he visto con tanto gusto — a mensajeros, como he visto a
vosotros.»

Entonces le prometieron los escuderos — que harían su voluntad.

A sus albergues fueron — los del país de los Hunos.
El rey rico había mandado — por sus amigos ahora;
Gunther el noble, preguntaba — a hombre por hombre:
¿Qué pensaban de esto? — Algunos empezaron a decir luego,

Que sería bueno cabalgar — al país del rey Etzel
Esto le aconsejaron los mejores — que encontró entre ellos.
Sólo Hagen lo sentía — mucho en el alma.
En secreto dijo al rey: — «Vos estáis indeciso.

¿No habréis olvidado, — lo que le pasó a ella, por nosotros?
Siempre tendremos que cuidarnos — de Kriemhild.
Yo mismo asesiné a su esposo — con mi propia mano.
¿Cómo podríamos cabalgar — al país del rey Etzel?»

Entonces dijo el rey rico: — «La ira de mi hermana se desvaneció
Con su beso amoroso, — antes de abandonar este país;

Nos ha perdonado el mal — que le habíamos hecho a ella.
Sólo podría ser que con vos, señor Hagen, — estuviese airada todavía.»

«No os dejéis engañar», dijo Hagen, — «digan lo que digan
Estos mensajeros de los Hunos: — Si os atrevéis a ir con Kriemhild,
Con el honor perderéis fácilmente — también la vida y el cuerpo;
Ella está irreconciliable, — la esposa del rey Etzel.»

Dijo ante el consejo, — el rey Gernot:
«Con buena razón podréis vosotros — temer la muerte allá
En los países de los Hunos; — si nosotros tardáramos
Y huyéramos de nuestra hermana, — esto estaría mal hecho.»

Dijo al espada, — el joven Geiselher:
«Ya que vos, amigo Hagen, — os sabéis tan culpable,
Quedad aquí en el país, — para salvaros.
Pero a los que se atreven, dejadlos — viajar con nosotros hacia los Hunos.»

Entonces empezó a enojarse, — de Tronje, el héroe:
«No quiero que os acompañe — alguien en el viaje,
Quién más se atreve a cabalgar — a la corte que yo.
Si no abandonáis la idea, — yo os lo comprobaré seguramente.»

Entonces dijo el maestro cocinero, — Rumold, el espada:
«Podéis tratar a los paisanos — y a los extranjeros en nuestro país,
Según vuestro gusto; — allá tenéis completo acuerdo;
Y sabed, que Hagen — os aconsejó lo mejor.

Si no queréis seguir a Hagen, — os aconseja Rumold,
Ya que soy servicial — y os tengo afecto,
Que os quedéis en el país, — según mi voluntad,
Y dejéis al rey Etzel — allá con Kriemhild.

¿Dónde, en toda la tierra — podéis prosperar tan bien como aquí?

De vuestros enemigos — estáis a salvo en vuestra casa,
Podéis adornar vuestro cuerpo — con buenos vestidos,
Beber del mejor vino — y amar a muchas mujeres bellas.

Además os dan alimentos — tan buenos como en todo el mundo
Puede tomarlos un rey. — Vuestro país está bien administrado:
Con honores podéis renunciar — a las fiestas de Etzel.
Y con vuestros amigos — divertiros y pasar el tiempo.

Y si no tuviereis otra cosa aquí, — para vivir por ello,
Yo siempre os daría un platillo — en gran abundancia,
Rebanadas fritas en aceite: — eso es lo que Rumold aconseja,
Ya que hay tanto que temer, — señores, allá con los Hunos.

Jamás volverá a teneros afecto, — la señora Kriemhild, creedme.
Ni lo habéis merecido de ella, — vosotros y Hagen,
Y si no os quedáis aquí, — ¿quién sabe como lo lamentaréis?
Lo reconoceréis todavía, — que os he dicho la verdad.

Por eso os aconsejo de permanecer aquí. — Rico es vuestro país:
Aquí mejor podéis pagar — lo que disteis de prenda
Que con los Hunos: ¿quién sabe, — cómo está la situación allá?
Señor, debéis quedaros aquí: — esto es lo que Rumold os aconseja.»

«No queremos quedarnos», — dijo entonces Gernot.
«Ya que mi hermana — tan amablemente nos invitó.
Y Etzel el rico, — ¿cómo no viajaremos entonces?
Los que no quieran ir con nosotros, — pueden permanecer aquí.»

«En fidelidad», dijo entonces Rumold, — «yo quiero ser este único,
Que a causa de las fiestas de Etzel, — jamás viajará allende el Rhin.
¿Cómo voy a arriesgar — lo bueno, que he ganado?
Yo quiero seguir viviendo — por tanto tiempo como sea posible.»

«Voy a seguir este ejemplo», — dijo Ortwein, el espada:
«Me voy a encargar de los negocios — en el país con vos.»
Entonces muchos dijeron, — que tampoco querían viajar:
«Que Dios os guarde, queridos señores, — en el país de los Hunos.»

El rey Gunther se disgustó — cuando lo notaba,
Que querían permanecer aquí, — a causa de su comodidad.
«Pero por eso no renunciaremos — a hacer el viaje;
Tiene buen sentido aquél, — que siempre se cuida.»

Contestó entonces Hagen: — «No me toméis a mal,
Las palabras que dije: — pase lo que pase,
Os aconsejo en fidelidad, — si os queréis guardar con vida
Que solo os vayáis bien armado, — al país de los Hunos.

Y si queréis emprenderlo, — mandad prepararse a vuestros vasallos,
Los mejores que encontréis — y podáis conocer en los alrededores.
Entre todos ellos entonces — elegiré mil buenos caballeros
De este modo no os puede poner en peligro — la intención de Kriemhild la
mala.»

«Seguiré este consejo», — dijo luego el rey.
Mandó a sus mensajeros — por dondequiera en su reino,
Pronto trajeron de héroes — tres mil o más,
No se imaginaban que encontrarían — tantas penas y dificultades.

Con muy buen humor — cabalgaron al país del rey Gunther.
A todos prepararon — los caballos y también los vestidos,
De aquellos que iban a acompañarlo — al país de los Hunos.
Entonces el rey encontró listos a muchos — que querían hacer el viaje.

De Tronje Hagen mandó — a Dankwart, su hermano,
Traer ochenta de sus héroes — y llevarlos hacia el Rhin.
Llegaron orgullosamente; de arneses y vestidos;

Llevaron muchos, los rápidos — al país del rey Gunther.

Llegó también Volker, el temerario, — un trovador noble,
Con treinta de sus espadas, — para acompañarlos en el viaje.
Su vestido era magnífico, — digno de un rey;
Que él quería irse con los Hunos, mandó decir al rey.

Quien era Volker, — voy a narrároslo.
Era un noble señor, — tenía de vasallos
Muchos buenos espadas — en el país de los Burgundios.
Porque sabía tocar el violín, — era llamado el trovador.

Hagen escogió mil, — que le eran conocidos;
Lo que ellos en batallas violentas — habían hecho con sus manos
Y habían logrado además, — lo había visto muchas veces.
También todos los demás — tenían que admitir sus honores.

A los mensajeros de Kriemhild, — les disgustó la tardanza.
El temor a su señor — era muy grande:
Todos los días pidieron — licencia para partir;
Hagen quería impedirlo: — lo hizo por pura malicia.

Él dijo a su señor: — «Vamos a cuidarnos,
Dejarlos cabalgar — antes de que nosotros mismos partamos
Siete días después — al país del rey Etzel:
Si nos tienen mala voluntad — podremos defendemos mejor.

Así también la señora Kriemhild — no puede prepararse,
Que por su consejo — alguien trate de perjudicarnos.
Si quiere intentarlo a pesar de ellos — le fallará:
Llevamos contra los Hunos — a muchos hombres elegidos.»

Las sillas y los escudos — y todas las armaduras,
Que iban a llevar consigo — al país del rey Etzel,

Estaban bien preparados — para muchos hombres valientes.
A los juglares de Etzel — ahora invitaron a ver a Gunther,

Cuando vieron a los príncipes — empezó el señor Gernot:
«El rey quiere cumplir — con lo que mandó decir Etzel.
Con todo gusto iremos — a sus fiestas
Y veremos a nuestra hermana — que de eso no os quepa duda.»

Entonces dijo el rey Gunther: — «¿Nos sabéis decir,
Cuándo empezará la fiesta? — ¿O para cuáles días
nos esperan?» — Entonces dijo Schwemmelein:
«Para el próximo solsticio — debe celebrarse, en verdad.»

El rey permitía, — todavía no lo habían hecho,
Si querían ver todavía — a la señora Brunhilde,
Que con su permiso — fuesen a visitarla.
Pero Volker resistió; — a ella cayó bien eso.

Volker dijo, — un noble y buen caballero,
«Brunhild, mi señora, — ahora no se siente muy bien:
Esperad hasta la mañana, — entonces permitirá que la veáis»,
Ellos se imaginaban, que la iban a ver, — pero no lo lograron.

Entonces el rey rico — que tenía afecto a los mensajeros,
En su alta generosidad — mandó traer de su oro rico
En anchos escudos; — bien rico era de eso.
También sus amigos — les ofrecieron grandes regalos.

Geiselher y Gernot, — Gere y Ortewein,
Cuán generosos eran — bien se comprendió:
Tan ricos regalos a todos — se les ofrecieron,
Que no se atrevían a aceptar — a causa de su señor.

Entonces dijo al rey — Werbel inmediatamente:

«Señor rey, dejad los regalos — que permanezcan aquí en el país.
No podemos llevárnoslos — porque nuestro señor lo prohibió
Que aceptáramos regalos: — ni tampoco tenemos necesidad.»

Entonces el alto rey — se disgustó bastante,
Pues iban a rechazar — los regalos de tan rico rey.
Entonces tuvieron que aceptar — su oro y sus vestidos
Y llevarlos consigo — al país de Etzel.

Querían ver a Ute — antes de su regreso.
A los juglares llevó — el joven Geiselher
A la corte, ante su madre; — ella mandó decir a la reina,
Que los honores que le ofrecían — serían ganancia para ella misma.

Entonces la viuda del rey — mandó repartir sus bordados
Y su oro por amor a Kriemhild, — pues la quería mucho,
Y por la voluntad del rey Etzel, — a la pareja de mensajeros.
Bien podían recibirlos: — lo ofreció con fidelidad.

Licencia habían tomado ahora — de las mujeres y de los hombres,
Los mensajeros de Kriemhild; — se fueron muy alegres
Hasta el país de los Suebios, — hasta allá mandó Gernot
Acompañarlos por sus héroes, — para que no sufrieran contratiempos.

Cuando aquellos se despidieron — que iban a cuidarlos,
El gobierno de Etzel — les dio paz en todos los caminos,
De modo que nadie les robó — sus caballos ni vestidos:
Con gran prisa volvieron — a cabalgar al país de los Hunos.

Donde sabían que eran amigos — lo anunciaron
Que en pocos días — vendrían los héroes de Burgundia,
Viajando desde el Rhin — hacia el país de los Hunos.
También a Pilgerin, el obispo, — hicieron conocer las nuevas.

Cuando ante Bechlaren — recorrieron el camino,
Tampoco a Rūdeger — fue ocultada la noticia,
Ni a la señora Gotelinde, — la Margrave alta:
Que iban a verlos a todos — ambos se alegraron.

Los juglares entonces — arrearon mucho sus caballos.
Encontraron al rey Etzel — en su ciudad de Gran.
Le llevaron muchos saludos — que les habían encargado
Para el rey, de amor — él se sonrojó alegremente.

Cuando a Kriemhild la reina, — dieron las nuevas,
Que sus hermanos — iban a venir a su país,
Se sintió muy alegre: — dio recompensa a los mensajeros
Con regalos ricos; — esto honró a ella.

Dijo ella: «Decidme ambos, — Werbel y Schwemmelein,
¿Quién de mis amigos estará aquí — en el banquete de la corte
De los más altos — que hemos invitado a este país?
Digan, ¿qué dijo Hagen, — cuando oyó las nuevas?»

«Él acudió a su consejo — en una mañana temprano,
Pocas palabras buenas — dijo él entonces,
Cuando resolvieron el viaje — al país de los Hunos,
Hagen el feroz, lo llamó — un viaje a la muerte.

Vendrán vuestros hermanos, — todos los tres reyes,
Con el ánimo alto, — Quién más esté con ellos,
No sé decíroslo.
Quiere cabalgar con ellos Volker, — el valiente trovador.»

«Esto no me hace falta», — dijo la reina,
«Que yo viera también a Volker — viajando a la corte,
A Hagen lo quiero mucho, — es un espada bueno:
Que por aquí le veremos, — me regocija el alma.»

Se fue entonces la princesa — adonde vio al rey,
¡Qué palabras tan amorosas — dijo entonces la señora Kriemhild!
«¿Qué tal, os gustan las nuevas, — mi queridísimo señor?
Lo que por tanto tiempo deseaba, — pronto será cumplido.»

«Tu voluntad es mi alegría», — dijo el rey entonces.
«De mis propios amigos — no podría yo alegrarme tan de corazón,
Si viniesen hacia acá — a nuestro país.
Por el amor de tus amigos, — se desvanecieron muchas preocupaciones
mías.»

Los funcionarios del rey — mandaron en todas partes
Llenar con asientos — el palacio y la sala
Para los queridos huéspedes — que iban a venir.
Por ellos pronto fue quitada al rey — toda su alta alegría.

XXV AVENTURA CÓMO LOS REYES VIAJABAN AL PAÍS DE LOS HUNOS

Como allá se comportaron — ya habéis oído lo suficiente.
Jamás habrán viajado — en un tropel tan orgulloso
Espadas de alto ánimo — al país de un rey;
Tenían lo que querían, — ambos armas y vestidos.

El señor del Rhin vestía — en su ejército
A mil sesenta de sus espadas, — así nos informaron,
Y nueve mil escuderos para el banquete de la corte;
Los que dejaron en su país, — más tarde muchas veces lo lloraron.

Llevaron sus equipajes — en Worms al patio.
Dijo entonces de Speyer, — un viejo obispo
A Ute la bella: — «Nuestros amigos quieren viajar
Al banquete de invitados — que Dios los guarde bien.»

Dijo a sus hijos, — Ute, la señora buena:
«Deberíais permanecer aquí, — héroes valientes.
He soñado hoy — con una pena temerosa,
Que todas las aves de este país — estaban muertas.»

«Quién obedece a sueños», — contradijo Hagen,
«No sabe todavía — nada de la verdad,
Qué será lo mejor — para su honor:
Que mi amo vaya, — con vuestra licencia, a la corte.

Con gusto cabalgaremos — al país del rey Etzel:
Allá seguramente podrá servir a reyes — la mano de buenos espadas,
Si debemos ver — las fiestas de Kriemhild.»
Hagen aconsejó el viaje — pero más tarde se arrepintió.

Hubiera querido contradecir, — sólo que Gernot
Con palabras cortantes — se burlaba de él,
Le recordó a Siegfried, — el esposo de la señora Kriemhild,
Y dijo: «Por eso no le gusta — a Hagen el gran viaje.»

Entonces dijo de Tronje Hagen: — «No es miedo que lo haga:
Si vosotros, héroes, lo mandáis — entonces realizadlo:
Bien voy a cabalgar con vosotros — al país del rey Etzel.»
Pronto fueron astillados por él — muchos yelmos y escudos.

Los barcos estaban listos, — para viajar sobre el Rhin,
Lo que tenían de vestidos, — lo metieron adentro,
Encontraron mucho que hacer — hasta la noche,
Abandonaron la casa, alegremente, — listos para el viaje.

En la pradera pronto — se levantaron chozas y tiendas
Allende el Rhin, — donde el campamento estaba organizado.
Entonces todavía su bella esposa — pidió a Gunther se quedase.
Otra vez más, ella acariciaba en la noche — el bello cuerpo del hombre.

Flautas y tubas resonaron — temprano en la mañana,
Para anunciar la partida: — entonces pronto se alistaron.
Había abrazos a una querida — y caricias al cuerpo del amigo;
Con dolor separó pronto a muchos — la esposa del rey Etzel.

Los hijos de la bella Ute — tenían a un sirviente,
Que era fiel y recto; — cuando empezaron el viaje,
Dijo al rey en secreto, — según su opinión.

Él dijo: «Debo quedar triste, — que hagáis el viaje a la corte.»

Era de nombre Rumold — un espada escogido.

Él dijo: «¿A quién vais a dejar — vuestra gente y el país?

¡Ay! que nadie pueda cambiar — vuestra soberbia, héroes.

Las noticias de Kriemhild, — nunca me parecieron buenas.»

«Te encargo mi país — y también a mi hijito,

Y sirve bien a las mujeres: — esta es mi voluntad.

Si ves llorando a alguien — consuélale corazón y sentidos,

Nada malo nos hará — Kriemhild, la reina.»

Antes de despedirse, — el rey alto se aconsejó

Con sus vasallos más poderosos; — no dejó sin defensa

El país y sus fortalezas: — a aquellos que debían cuidarlos

Les dejó para su protección — muchos espadas elegidos.

Los caballos estaban ensillados — para el rey y sus vasallos:

Con besos cariñosos — se despidieron muchos hombres,

A quienes todavía en alto ánimo — vivían alma y cuerpo:

Pronto tendrían que llorar por ello — muchas mujeres lindas.

Lamentos y llantos — se escucharon bastantes;

En sus brazos, la reina, — llevó a su hijo al rey:

«¿Cómo podéis dejamos — huérfanos a ambos a la vez?

Permaneced por amor de nosotros», — dijo su esposa dolorosa.

«Señora, no debéis llorar — a causa mía,

Podéis quedaros aquí sin preocupación, — con el ánimo contento,

Pronto regresaremos — alegremente y sanos.»

Se despidieron de sus amigos — amorosamente, en esta hora.

Cuando ahora vieron a los rápidos espadas — ir a los caballos,

Encontraron a muchas mujeres — paradas con profundo dolor.

De que eternamente se separaban — se los predijo su ánimo:
Hacerse grave daño — no es bueno para nadie.

Los rápidos Burgundios — empezaron su viaje:
¡Entonces en todo el país — se levantó gran actividad!
A las orillas del Rhin — lloraron mujeres y hombres.
A pesar de la conducta de la gente, — ellos se fueron alegremente.

Los héroes de Nibelung — partieron con ellos,
En mil armaduras: — ellos habían, en sus casas,
Dejado a muchas bellas mujeres — y nunca volvieron a verlas.
Las heridas de Siegfried — dolían mucho a Kriemhild.

En aquellos tiempos — la fe todavía era débil;
Les cantó, sin embargo, la misa — un capellán:
Éste regresó sano y salvo — aunque con grandes dificultades;
Los demás quedaron todos — muertos en el país de los Hunos.

Dirigieron al principio de su viaje, — los barcos por el río Main
Hacia Franconia oriental, — los vasallos de Gunther.
Hagen era su guía, — éste, todo lo conocía bien,
Su mariscal era Dankwart, el héroe — del país de los Burgundios.

Ya que de Franconia del Este — cabalgaron por Schwalefelde,
¡Podían reconocerlos — en sus costumbres orgullosas,
A los príncipes y sus amigos — los héroes dignos de elogio!
En la duodécima mañana — el rey llegó al Danubio.

De Tronje Hagen cabalgaba — a la cabeza de todos,
Él animaba sobre todo — a los Nibelungos,
Pronto brincó el espada valiente — a la playa,
Donde rápidamente amarró — su caballo a un árbol.

Había gran inundación — los navíos estaban escondidos,

Los Nibelungos entonces — mucho se preocuparon
Cómo podrían atravesar: — el río estaba demasiado ancho,
Entonces desembarcaron en la tierra — muchos espadas listos.

«Mal», dijo entonces Hagen, — «podremos pasar aquí,
Rey, a las orillas del Rhin; — tú mismo puedes verlo.
El agua ha subido, — demasiado fuerte está la corriente:
Me temo que hoy todavía — perdamos a muchos buenos espadas.»

«Hagen, ¿qué me regañáis?» — dijo el rey alto,
«Por vuestros modales cortesanos — no nos asustéis más todavía.
Buscadnos el vado — que nos lleve a la tierra,
Para que podamos salvar, ambos — los caballos y los vestidos.»

«A mí», dijo Hagen, «todavía — no me pesa mi vida tanto
Que quisiera ahogarme — en estas olas anchas:
Primero, de mis manos, — deben morir muchos hombres
En el país de Etzel, — para lo que mucho se me despertaron las ganas.

Quedaos cerca del agua, — caballeros orgullosos y buenos.
Yo iré a buscar a los balseros — cerca del vado,
Para que nos lleven a través del río — al país de los Hunos.»
Entonces tomó Hagen, el valiente — su escudo fuerte.

Era buena la armadura — que el espada llevaba:
El yelmo en su cabeza — brillaba bastante fuerte;
Sobre el arnés llevaba — todavía un arma ancha,
Que en los dos filos cortó — de la manera más feroz.

Buscaba aquí y allá — por un balsero.
Entonces oyó el ruido de agua; — y empezó a escuchar.
En una fuente bella había — muchas ondinas sabias,
Que pensaban bañarse — para refrescarse el cuerpo.

Hagen las notaba, — entonces se acercó sigilosamente,
Ellas huyeron rápidamente, — cuando vieron al héroe.
De que pudieran escapar, — se regocijaron mucho.
Entonces robó sus vestidos — y no les hizo mayor daño.

Entonces dijo una de las ondinas, — Hadburg era llamada:
«Hagen, caballero noble, — os informaremos,
Si nos devolvéis nuestros vestidos — en recompensa,
De lo que os pasará en este viaje, — en el país de los Hunos.»

Ellas volaron como aves, — deslizándose sobre la corriente,
Entonces a él le pareció bien — que pudieran saber de las cosas,
Y con más voluntad creía — lo que querían decirle,
Le contestaron a todo — lo que empezó a preguntarles.

Ella dijo: «Bien podéis cabalgar — al país del rey Etzel,
Os empeño — mi fidelidad por eso:
Jamás viajaron héroes — a un país extranjero,
Para recibir tan altos honores; — en verdad os lo digo.»

De estas palabras se regocijaba — Hagen en el corazón;
Les dio los vestidos, — y ya no tardó más.
Pero cuando se habían puesto — sus vestidos maravillosos,
Entonces oyó la verdad — sobre el viaje al país de Etzel.

Entonces dijo la otra ondina — de nombre Winelind:
«Te voy a prevenir, Hagen, — hijo de Aldrian,
Mi prima te contó mentiras — a causa de los vestidos.
Si llegas con los Hunos, — te verás engañado.

Bueno sería, a tiempo — volver a regresar,
Porque vosotros, héroes valientes — sois invitados,
Para que muráis — en el país de los Hunos,
Quien hacia allá cabalga, — conduce la muerte de la mano.»

Pero entonces dijo Hagen: — «¡Me engañáis sin necesidad!
¿Cómo podría hacerse, — que todos nosotros nos quedáramos
Muertos durante el banquete de corte, — a causa del resentimiento de
alguien?»

Entonces dijeron al espada, — las nuevas, completas y claras.

De nuevo dijo una de ellas: — «Así tiene que acaecer:
Ninguno de todos vosotros — volverá a ver su país,
Con excepción del capellán del rey, — nosotras lo sabemos bien,
Él regresará sano y salvo — al país del rey Gunther.»

Con el ánimo airado — dijo Hagen, el valiente:
«Esto difícilmente permitirían — mis señores, que les dijese,
Que con los Hunos todos — perderíamos la vida y el cuerpo:
Ahora muéstranos el camino a través del agua, — mujer sapientísima.»

Ella dijo: «Si no lo quieres de otro modo — y el viaje se hará,
Entonces a través del agua — verás un albergue,
Allí hay un balsero, y aparte de él, — no hay ninguno ni cerca ni lejos.»
De preguntar más, — con gusto lo evitó.

Al espada airado, — llamó todavía una de ellas:
«Esperad, señor Hagen, — sois demasiado abrupto,
Oíd primero las nuevas — cómo podéis atravesar el país,
El señor de esta región — se llama Else.

Su hermano se llama — Gelfrat, el héroe,
Señor de Baviera, — no deja tan fácilmente
Atravesar su región; — mejor cuidaos bien,
También debéis portaros — bien humildes con el balsero.

Éste tiene un ánimo tan feroz — que no os dejará pasar,
Si no os portáis razonablemente — con el héroe.

Si queréis que os pase a través del río, — ofrecedle un buen sueldo;
Él cuida de este país — y ama a Gelfrat.

Y si no viene luego, — llamad a través del río,
Diciendo que os llamáis Amelrich; — éste era un buen espada,
Que a causa de sus enemigos, — abandonó este país,
Entonces vendrá el balseiro, — si le dicen este nombre.»

Hagen, el soberbio, dio las gracias — a las mujeres altas,
Por su consejo y enseñanza, — ya no dijo ni una palabra más,
Luego a la orilla del agua, — iba a la playa,
Donde de aquel lado — encontró un albergue.

Con voz alta empezó a llamar — el espada a través del río,
«Ahora pásame, balseiro», — dijo el buen espada.
«Te daré en recompensa — un prendedor de oro rojo,
Debes saber que necesito mucho — atravesar el río.»

No tenía necesidad de servir, — el barquero rico,
Raras veces aceptó — recompensa de alguien,
También sus mozos eran — de ánimo orgulloso.
Todavía estaba Hagen parado de este lado, — solo, en frente de la
corriente,

Entonces llamó tan fuerte, — que resonó todo el río,
De la fuerza del héroe, — que era tan grande y poderosa:
«Atraviésame a mí, Amelrich — soy yo, el vasallo de Else,
Que por enemistades fuertes abandonó estos países.»

En la punta de su espada — le ofreció el broche;
Que era bello y resplandecía — de claro oro rojo,
Para que lo llevara — al país de Gelfrat.
El barquero soberbio — él mismo tomó el remo en la mano.

Este mismo barquero recientemente — se había casado.
La codicia por grandes tesoros — lleva a mal fin.
Pensaba ganarse — el oro rojo de Hagen.
Pero sufrió del espada — aquí la feroz muerte por la espada.

El barquero remó fuertemente hacia la playa allá.
A quien habían nombrado — cuando no lo encontró
Empezó a enojarse: — cuando vio a Hagen,
Coa feroz ira — habló entonces al héroe:

«Puede ser que os llaméis — Amelrich también;
Pero no pareces a aquél, — en quien yo pensaba.
De padre y de madre, — era mi hermano;
Ahora que me habéis engañado, — os quedaréis en este lado.»

«No, por el amor de Dios.» — contradijo Hagen,
«Soy un espada extranjero, — preocupado por otros espadas,
Tomad entonces amablemente — aquí mi recompensa,
Y pasadnos, en verdad — os lo agradeceré.»

Entonces dijo de nuevo el balsero: — «Esto no se puede hacer,
Muchos enemigos tienen — mis queridos señores,
Por eso a ningún extraño — pasaré a su país,
Si amáis vuestra vida, — salid a la playa.»

«No lo hagáis», dijo Hagen, — «tengo necesidad de hacer el viaje;
Tomad de mí en pago — el broche de oro rojo
Y llevad más de mil caballos — y también muchos hombres.»
«En fidelidad», dijo el barquero, — «eso no se hará nunca.»

Levantó un remo fuerte, — enorme y ancho
Y pegó a Hagen — (lo sentiría más tarde)
Que en la barca tambaleó — y cayó de rodillas,
A un balsero tan feroz — nunca había encontrado el de Tronje.

Y para enojar más todavía — al extranjero valiente,
Pegó un palo de remo, — de modo que se rompió
En la cabeza de Hagen; — era un hombre fuerte,
Cosa de la cual el balseiro de Else, — pronto ganó gran daño.

Con ánimo airado — Hagen agarró luego
A su lado la vaina, — donde encontró su arma:
Le cortó la cabeza — y la tiró al suelo.
Pronto supieron estas nuevas — los Burgundios orgullosos.

En el mismo momento, — en que mató al balseiro,
La barca se deslizó con la corriente; — lo sintió mucho
Antes de poderla enderezar, — el cansancio se apoderó de él.
Entonces remó con fuerzas, — el vasallo del rey Gunther.

Trataba de volver el barco, — con muchas remadas rápidas,
Hasta que el remo fuerte, — se rompió en su mano.
Quería dirigirse — hacia los espadas en la playa:
Ya no tenía otro remo más, — ¡qué pronto lo ató

Con la correa de su escudo, — una cuerda angosta!
Hacia un bosque dirigió — la barca río abajo,
Allá encontró a su señor, — que le esperaba en la playa;
Vinieron a su encuentro — muchos de los espadas escogidos.

Lo recibieron saludándolo cordialmente — los caballeros buenos y nobles;
Vieron en el barco — la sangre todavía humeante,
De una herida profunda — que había producido al balseiro,
Sobre esto, Hagen, tenía — que oír bastantes preguntas.

Cuando el rey Gunther — vio la sangre caliente
En la barca, — ¡qué pronto dijo entonces!:
«¿Dónde, señor Hagen, — estará el balseiro,

Vuestras grandes fuerzas — le habrán quitado la vida?»

Entonces dijo renegando: — «Cuando encontré el navío
Amarrado en un sauce silvestre, — mi mano lo soltó.
No he visto balsero alguno — por aquí hoy,
Ni tampoco he hecho mal — con mis manos a nadie.»

Entonces dijo de Burgundia, — el rey Gernot:
«Tengo miedo de que hoy — mueran queridos amigos,
Ya que no vemos barquero alguno — cerca del río;
Cómo podremos pasarlo, — esto me preocupa.»

Entonces gritó Hagen con voz alta: — «Poned aquí en el suelo,
Mozos, el equipo, — creo que yo soy
El mejor balsero que se pudo encontrar — a las orillas del Rhin.
Yo voy a atravesaros bien — al país de Gelfrat»

A fin de que más rápidamente — pudieran atravesar la corriente,
Amarraron los caballos; — nadaron tan bien
Que ni uno sólo se ahogó — en la fuerte corriente.
Algunos fueron arrastrados más lejos, — cuando estaban cansados.

Llevaban a la barca — sus bienes y sus armas,
Ya que no podían — evitar su viaje.
Hagen los pasó por el río; — y llevaba a la playa
A muchos caballeros buenos — al país desconocido.

Primero pasaron a más de mil — caballeros distinguidos
Y sus sesenta espadas; — después vinieron más,
Nueve mil escuderos — todos trajo a tierra:
En este día no tenía descanso — la mano del valiente de Tronje.

El barco era torpe — fuerte y bien ancho:
Quinientos o mas cargaba — fácilmente a la vez,

De toda su gente, con alimentos y armas — a través de la corriente;
Tenían que jalar los remos — en este día muchos buenos caballeros.

Cuando los había llevado bien — a través del río,
Pensó en las malas nuevas — el héroe rápido
Que le habían dado — las ondinas extrañas,
Entonces el capellán de rey — estaba en peligro de vida.

Encontró junto a sus utensilios — sagrados al sacerdote,
Con su mano apoyándose — en el sagrario.
Esto no le sirvió, — cuando Hagen lo vio;
El infeliz sacerdote, — muchas penas tuvo que sufrir.

Lo sacó lanzándolo del barco — con fuerza violenta,
Muchos gritaron entonces: — «Alto, Hagen, alto»,
Geiselher el joven — empezó a enojarse:
Pero no quería dejarlo, — hasta que le hubiera hecho daño.

Dijo de Burgundia, — el rey Gernot:
«¿De qué os sirve, señor Hagen, — la muerte del capellán?
Si cualquier otro lo hiciera, — debería sentirlo.
¿Qué os hizo el sacerdote, — que vos estáis tan airado contra él?»

El sacerdote nadó con todas sus fuerzas: — esperaba salvarse,
Siempre que alguien le ayudase; — esto no se hizo,
Porque Hagen, el fuerte, — tan airado estaba su ánimo,
Lo empujó de nuevo hacia el fondo; — a nadie le pareció esto bien.

Cuando el pobre sacerdote no vio — ayuda alguna aquí,
Se dirigió hacia la orilla; — muchas penas pasó.
Pero aunque no sabía nadar, — le ayudó la mano de Dios,
De modo que sano y salvo — llegó a la playa.

Allá estaba parado el pobre Padre — y sacudía su hábito.

En esto Hagen reconoció — la verdad inexorable
Que le había presagiado — la ondina salvaje.
Él pensaba: «Estos espadas — perderán la vida y el cuerpo.»

Cuando habían descargado — el barco y llevado a la playa
Todo lo que pertenecía — a los caballeros de los reyes,
Hagen despedazó el barco — y lo tiró a la corriente;
De esto se sorprendieron mucho — los espadas nobles y buenos.

«Hermano, ¿Por qué hacéis esto?» — dijo entonces Dankwart.
«¿Cómo podremos pasar — cuando regresemos,
Si de los Hunos venimos — cabalgando hacia el Rhin?»
Entonces le dijo Hagen. — que esto jamás acontecería.

Dijo el héroe de Tronje: — «Lo hice con toda intención:
Si hemos traído a algún cobarde — a este país,
Que quisiera escapársenos — en el miedo de su corazón
En estas olas tendrá que sufrir — una muerte vergonzosa.»

Llevaban a uno consigo — del país de los Burgundios,
Que era un héroe rápido — era llamado Volker.
Éste habló entonces irónicamente, — conforme a su alto ánimo,
Lo que hiciera Hagen jamás, — al trovador le pareció bueno.

Cuando el capellán del rey — vio que el barco estaba destruido,
Sobre el agua — gritó entonces a Hagen:
«Infiel asesino, — ¿qué os hube hecho,
Que a mí, inocente sacerdote, — vuestro corazón pensaba ahogar?»

Hagen le contestaba: — «Dejad vuestras palabras:
Me preocupa, verdaderamente — que os hayáis escapado
De mis manos — creédmelo sin burla.»
Entonces dijo el pobre sacerdote: «Por siempre alabaré a Dios.

Os temo muy poco, — de eso podéis estar seguro:
Si vosotros viajáis con los Hunos, — yo quiero ir al Rhin.
Que Dios jamás os haga — regresar al Rhin,
Lo deseo de todo corazón: — casi me quitasteis la vida.»

Entonces el rey Gunther — dijo a su capellán:
«Os indemnizaré del todo — lo que Hagen os hizo
En su ira, si vuelvo — a llegar al Rhin
Con mi vida: — debéis estar sin preocupación.

Regresad entonces al país; — así debe ser.
Mando muchos saludos — a mi querida esposa
Y a mis otros amigos, — como es debido:
Decidles buenas noticias, — que todos estamos sanos y salvos.»

Los caballos esperaban — los de carga bien cargados.
Hasta ahora no habían sufrido — en este viaje daño alguno,
Que les doliera, — con excepción del capellán del rey:
Este, a pie tenía que buscar — su camino hacia el Rhin.

XXVI AVENTURA CÓMO DANKWART MATÓ A GELFRAT

Cuando ahora todos habían — llegado a la playa,
Entonces el rey Gunther preguntó — «¿Quién nos indicará
Los correctos caminos a través del país, — para que no nos perdamos?»
Entonces dijo el valiente Volker: — «Dejadme encargarme de esta
función.»

«Tengan cautela», dijo Hagen — «sea caballero o mozo,
Hay que seguir a los amigos, — lo que me parece bien hecho.
Unas malas nuevas — voy a comunicaros,
Jamás volveremos a regresar — al país de los Burgundios.

Me lo dijeron dos ondinas — hoy en la mañana temprano,
Que jamás regresaríamos. — Ahora voy a aconsejaros qué tienen que
hacer:

Armaos, vosotros, los héroes, — cuidaos muy bien
Encontraremos enemigos fuertes, — y por eso hay que ir armados.

Pensaba que me hubieran mentido — las ondinas sabias,
Me dijeron que ni uno sólo — volvería a ver
El suelo patrio de todos nosotros — con excepción del capellán;
Por eso me hubiera gustado tanto — causarle la muerte.»

Entonces estas nuevas — se extendieron rápidamente entre todos.
Palidieron del susto — los espadas valientes y altos,

Cuando sintieron miedo — ante la muerte acerba,
En este viaje de la corte: — esto les causó profunda pena.

Cerca de Möringen habían — atravesado el río,
Donde al balseo de Else — habían quitado la vida.
Entonces dijo Hagen de nuevo: — «Ya que en el camino me gané
 enemigos,
Seguramente — nos atacarán pronto.

Yo maté al balseo de los señores — hoy temprano en la mañana.
Ya deben saber estas nuevas. — Por eso apresuraos a atacar,
Si Gelfrat y Else hoy — nos afrentan
A nuestro séquito, — para que la pasen mal.

No nos huirán, lo sé bien, — que son valientes.
Por eso, con pasos lentos — dejad adelantar los caballos,
Para que nadie crea, — que huimos por los caminos.»
«Voy a obedecer el consejo» — dijeron entonces muchos valientes espadas,

«¿Quién mostrará ahora a la gente — los caminos por el país?»
Dijeron: «Eso lo hará Volker: — a él aquí están bien conocidos
Los caminos y los senderos, — al trovador temerario.»
Antes de que se lo pidieran — llegó bien armado.

El rápido violinista, — se amarró el yelmo:
Pe un magnífico color — era toda su armadura
Dejó volar en su lanza — un pendón, que era rojo.
Pronto, con los reyes, — se metió en un terrible apuro.

Seguras noticias había — recibido Gelfrat
De la muerte del barquero; — también lo había oído
Su hermano Else; — ambos lo sintieron profundamente.
Mandaron por sus guerreros; — pronto estuvieron listos.

Después en breve tiempo, — ahora seguid escuchando,
Vieron cabalgar hacia ellos, — a quienes habían perjudicado,
En largo tropel guerrero — un ejército innumerable:
Como setecientos hombres — acudieron para ayudar a Gelfrat.

Cuando empezaron a perseguir — a los feroces enemigos,
Sus señores, que los conducían, — empezaron a buscar
A los valientes huéspedes. — Querían tener venganza:
Entonces tuvieron que enterrar — después a muchos de sus amigos.

El señor Hagen de Tronje — lo arregló de modo
(¿Y quién podía ser mejor — guardián de sus amigos?)
Que tenía la retaguardia — y sus vasallos además
Con Dankwart, su hermano: — eso era sabiamente hecho.

Ya se había desvanecido el día — ya no tenían luz:
Él temía los peligros — para sus amigos.
Cabalgaron bajo sus escudos — en el país de Baviera:
Después de breve rato — los héroes fueron atacados.

De los dos lados del camino — y detrás de ellos también
Oyeron los cascos de caballos; — las tropas se apresuraron mucho.
Entonces dijo el valiente Dankwart: — «Ahora mismo nos van a atacar:
Amarrad vuestros yelmos — eso me parece bien hecho.»

Se detuvieron en la cabalgata, — cuando esto tenía que ser:
Vieron en la oscuridad — el brillo de los claros escudos.
Ya no quería callarse más — el señor Hagen:
«¿Quién nos persigue por el camino?» — Gelfrat se lo debía decir.

Entonces le habló el Margrave — del país de Baviera:
«Buscamos a nuestros enemigos — a ellos hemos perseguido.
No sé quién hoy mató — a mi barquero:
Era un espada rápido: — mucho siento su muerte.»

Entonces dijo de Tronje Hagen: — «¿Era tuyo el barquero?
No quería pasarnos — (yo sólo tengo la culpa):
Entonces maté a tu barquero; — cierto, tenía que hacerlo:
Casi encontré la muerte feroz — por este guerrero.

Le ofrecí recompensa — oro y vestidos,
Que nos llevara a la otra orilla — héroe, a vuestro país.
Por eso se enojó de tal modo, — que trató de golpearme
Con un fuerte remo, — lo que no quise tolerar.

Levanté mi espada — y me defendí contra su ira
Con una profunda herida: — entonces el hombre estaba perdido.
Aquí os respondo para indemnizaros, — si os parece bien.»
Entonces empezó la pelea; — tenían un gran enojo.

«Bien sabía», dijo Gelfrat, — «cuando aquí con su séquito
Pasó Gunther, que nos iban — a hacer daño
Por la soberbia de Hagen. — Ahora lo pagarás con la vida:
Por el fin del barquero, — él mismo dará aquí prenda.»

Sobre los escudos inclinaron — entonces la lanza para picar
Gelfrat y Hagen; — ambos estaban muy enojados.
Else y Dankwart también — se atacaron cabalgando magníficamente:
Investigaron quienes eran; — entonces pelearon con ferocidad.

¿Cuándo intentaron héroes jamás — matarse uno al otro, en una lid más
atrevida?

De un fuerte golpe — Hagen cayó hacia atrás
De su caballo — por la mano de Gelfrat,
La correa del pecho se rompió; — de modo que conoció una caída.

También oyeron entre el séquito — el ruido de lanzas rotas.
Ahora Hagen se restableció — de nuevo de la caída,

Que había sufrido, al pasto — del lanzazo de su adversario:
Sólo ahora su ira — contra Gelfrat fue grande.

Quién les detuvo los caballos, — me es desconocido.
Habían bajado de las sillas — a la arena,
Gelfrat y Hagen: — ahora se atacaron corriendo.
Sus compañeros ayudaron, — que se conociesen noticias de la pugna.

Aunque fuertemente Hagen — saltó contra Gelfrat,
Una gran parte de su escudo — el noble Margrave lanzó
A la tierra, lejos, por varios metros; — el fuego chispeó en él.
Entonces casi fue muerto — el súbdito del rey Gunther.

Con voz alta llamó — ahora a Dankwart:
«Ayúdame, querido hermano — un hombre fuerte y rápido
Se me ha enfrentado aquí, — que no me dejará la vida.»
Entonces dijo el valiente Dankwart: — «Eso yo lo voy a terminar.»

Entonces el espada brincó acercándose — y le dio un golpe,
A causa del cual el señor Gelfrat — yacía a sus pies en agonía.
Ese quería tomar venganza — por el hombre:
Pero él y sus guerreros — se fueron con gran perjuicio.

Su hermano estaba muerto; — él mismo muy herido:
Como ochenta de sus espadas — en la misma hora
Quedaron presa de la muerte feroz: — entonces el héroe
Tenía que dejar el campo — a los hombres de Gunther, en buida rápida.

Cuando los hombres del país de Baviera — escaparon de los caminos,
Todavía se oyó el eco — de los golpes terribles:
Entonces los de Tronje — persiguieron a sus enemigos,
Aquellos que no querían sufrirlo, — tenían poco descanso.

Ahora durante la persecución, — dijo Dankwart el espada:

«Regresemos ahora — a nuestros caminos
Y dejémoslos cabalgar: — están mojados de sangre.
Nosotros nos apresuramos a llegar con los amigos — os lo aconsejo en
fidelidad.»

Cuando volvieron a venir, — donde la contienda se había realizado,
Entonces dijo el valiente Hagen: — «Héroes, vamos a ver,
Quién nos falta aquí, — o quien esté perdido
En esta dura pelea — a causa de la ira de Gelfrat»

Les faltaron cuatro; — el daño no fue demasiado.
Estaban bien vengados; — pero habían matado
De los del país de Baviera — cien o más.
Los escudos de los de Tronje — estaban empañados y pesados de sangre.

Un poco salió de las nubes — la luz de la clara luna;
Entonces volvió a hablar Hagen: — «Oíd, no informéis
A mi querido señor, — lo que aquí se hizo por nosotros:
Hasta la mañana — no deben sentir preocupación alguna.»

Cuando se reunieron con ellos — los que vinieron de la lucha,
El séquito se quejaba — de su cansancio:
«¿Cuánto tiempo vamos a cabalgar?» — preguntaron muchos hombres
Entonces dijo el valiente Dankwart: — «No encontraremos posada alguna.

Tendréis que cabalgar todos — hasta que amanezca el día.»
Volker, el rápido, — que cuidaba del séquito,
Mandó preguntar al Mariscal: — «¿Dónde nos hospedaremos hoy?
¿Dónde descansarán nuestros caballos — y nuestros queridos señores?»

Entonces dijo el valiente Dankwart: — «No os lo sé decir:
No podremos descansar — hasta que amanezca;
Donde encontremos alguna pradera, — nos acostaremos en el pasto.»
Cuando oyeron estas palabras, — ¡cuánto lo sintieron algunos!

Quedaron sin ser delatados — por su roja sangre caliente,
Hasta que el sol ofreció — sus claros rayos
A la mañana, sobre las montañas, — donde lo vio el rey,
Que habían batallado: — en gran ira dijo entonces:

«¿Cómo, amigo Hagen? — Habéis despreciado,
Que yo os ayudara, — cuando vuestras mallas se mojaron
De sangre? — ¿Quién os ha atacado?»
Entonces dijo: «Lo hizo Else, — nos atacó en la noche.

A causa de su barquero — fuimos atacados.
Entonces la mano de mi hermano — mató a Gelfrat.
Else se nos escapó, — lo forzó la derrota:
De ellos cien, de nosotros sólo cuatro — quedaron muertos en la pelea.»

No podemos informaros, dónde — encontraron descanso nocturno
A todos los campesinos — ya era bien conocido,
Que los hijos de la noble Ute — viajaban a las fiestas de la corte:
Fueron bien recibidos pronto — después en Passau.

El tío de los nobles príncipes, — el obispo Pilgerin,
Estaba muy contento — cuando sus sobrinos
Lo visitaron en su país — con tantos guerreros:
Que los veía con gusto — pronto lo reconocieron.

Fueron bien recibidos — de amigos en los caminos.
Entonces en Passau no podían — hospedarlos a todos:
Tenían que atravesar el río — allá encontraron un campo,
Allí los mozos erigieron — muchas chozas y tiendas ricas.

Allá tenían que permanecer — todo un día completo
Y una noche más. — ¡Qué bien cuidaron de ellos!
Después se fueron cabalgando — hasta el país de Rüdiger:

También él recibió las nuevas: — entonces conoció la alegría.

Cuando los cansados viajeros — habían descansado durante la noche,
Y ahora se habían — acercado al país,
Encontraron en la frontera — durmiendo a un hombre,
De quien de Tronje Hagen — ganó una fuerte arma.

Eckewart se llamaba — este caballero bueno.
Él, por eso — se entristeció mucho,
De que hubiera perdido su espada — a causa del viaje de los héroes.
La marca fronteriza de Rüdiger — la encontraron muy mal guardada.

«¡Ay de mí, qué vergüenza!» — dijo entonces Eckewart,
«¡Debo lamentar mucho — el viaje de los Burgundios!
Cuando perdí a Siegfried, — empezaron todas mis preocupaciones;
¡Qué mal me comporté contigo!» — ¡Ay de mí, mi señor Rüdiger,

Bien oía Hagen — las quejas del noble espada;
Le devolvió su espada, — además seis broches de oro:
«Tómalos, héroe, como recompensa, — si quieres darme tu afecto,
Tú eres un valiente espada, — aunque estuvieras aquí solo.»

«Dios os recompense los broches», — dijo entonces Eckewart;
«Pero mucho debo lamentar — nuestro viaje con los Hunos.
Habéis matado a Siegfried; — todavía os tienen odio:
Que os cuidéis mucho — os lo aconsejo con fidelidad.»

«Pues, que Dios nos guarde», contradijo Hagen;
«No tienen otra preocupación — estas espadas
Que por su posada, — los príncipes como sus vasallos:
¿Dónde en este país veremos ahora — nuestro descanso en la noche?»

«Cansados están los caballos — por los caminos lejanos,
El alimento se acabó», — dijo Hagen el espada.

«No encontramos nada que comprar: — necesitaremos a un anfitrión,
Que hoy, en su generosidad, — nos diera el pan.»

Entonces volvió a decir Eckewart: — «Os indicaré un tal anfitrión,
Ya que nadie en su casa — os recibirá tan bien
En alguna parte del país, — como aquí os llegará a pasar,
Si vosotros, espadas rápidos, queréis ir con Rüdiger.

El anfitrión vive al lado del camino, — el mejor de todas partes,
Que jamás poseyera una casa; — virtud nace en su corazón,
Como lo hace el claro mes de Mayo — con el pasto y las flores,
Y si puede servir a héroes, — él está alegre y contento.»

Dijo entonces el rey Gunther: — «¿Queréis ser mi mensajero,
Si él quisiera hospedarnos — por mi amor,
Mi querido amigo Rüdiger — y aquellos que son mis súbditos?
Se lo pagaré siempre — tan bien como me sea posible.»

«Con gusto seré el mensajero», — dijo entonces Eckewart.
Con buena voluntad — se levantó para el viaje,
Para decir a Rüdiger, — lo que había oído.
A éste en mucho tiempo — no le habían llegado nuevas tan agradables.

En Bechlaren vieron llegar — corriendo a un espada,
A quien Rüdiger reconoció bien; — él dijo: «En estos caminos
Viene corriendo Eckewart, — el súbdito de Kriemhild.»
Se imaginaba ya, que los enemigos — le hubieran perjudicado,

Entonces se asomaba ante el portal, — donde encontró al mensajero:
Éste se quitó su espada del cinturón — y la dejó a un lado.
Él dijo al espada: — «¿Qué habéis sabido,
Que venís con tanta prisa? — ¿Alguien os robó algo?»

«Nadie nos perjudicó» — dijo Eckewart inmediatamente;

«Tres reyes me mandaron — con vos,
Gunther de Burgundia, — Geiselher y Gernot;
Cada uno de los héroes — os ofrece sus servicios.

Lo mismo hace Hagen, — y Volker también
Con celo y buena fidelidad; — además os informo
Que el Mariscal del rey, — Dankwart, os manda decir,
Que los buenos espadas han menester — de vuestra hospitalidad.»

Con la boca sonriente — entonces dijo Rüdiger,
«Bienvenida esta noticia, — que los altos reyes
Busquen albergue conmigo; — yo estoy dispuesto,
Que lleguen a mi casa — me alegra muchísimo.»

«Dankwart, el Mariscal — os manda decir,
Quién hoy todavía — llegará a vuestra casa;
Sesenta valientes guerreros — y mil buenos caballeros
Y nueve mil mozos.» — Entonces estaba muy contento.

«Bien de mí, por estos huéspedes», — dijo entonces Rüdiger,
«Que lleguen a mi casa — estos altos héroes,
A los que raras veces — pude prestar un servicio.
Ahora cabalgad a su encuentro, — amigos y súbditos míos.»

Entonces corrieron a sus caballos — tanto caballeros como mozos,
Lo que el señor les había mandado — a todos les pareció bien.
Tanto más rápido podían — ofrecer sus servicios;
Todavía no lo sabía Gotelinde — que estaba en su recámara.

XXVII AVENTURA CÓMO RÜDIGER RECIBIÓ A GUNTHER

Se fue el Margrave Rüdiger, — adonde encontró a las mujeres,
A su esposa y a su hija. — A ellas informó
De las buenas nuevas — que ahora había oído,
Que los hermanos de su señora — iban a llegar a su casa.

«Queridísima esposa», — dijo entonces Rüdiger,
«Debéis recibirlos bien, — a los nobles reyes altos,
Cuando ellos y su séquito — lleguen a la corte ante vosotras.
También debéis saludar amablemente — a Hagen, el vasallo de Gunther.

Con ellos llega uno — de nombre Dankwart;
Otro se llama Volker, — un espada de altos honores.
A éstos seis debéis besar, — vos y la hija mía,
Y con modales cortesanos debéis — ser amables para con ellos.»

Esto le prometieron las mujeres — y estaban dispuestas a hacerlo.
Buscaban de los cajones — muchos vestidos magníficos,
Que se iban a poner — para ir a encontrar a los espadas.
Entonces empezó un trabajo muy grande — para las bellas mujeres.

Falsos adornos — se encontraron pocos;
Llevaron en el cabello — cintas claras de oro,
Que eran ricas coronas — a fin de que su bello cabello
No se desarreglara en el aire; — eran cortesananas y claras.

En tal ocupación — dejemos a las mujeres.
Entonces se podían ver cabalgando — rápidamente a través de los campos
A los amigos de Rüdiger — hasta que encontraron a los príncipes.
Fueron bien recibidos — en el país del Margrave.

Cuando el Margrave los vio — como vinieron,
Rüdiger, el rápido, — cuán alegre dijo entonces:
«Bienvenidos, señores — y todos vuestros vasallos:
Aquí en este país — os veo con gusto.»

Entonces le dieron las gracias los espadas, — con fidelidad, sin odio.
De que eran bienvenidos — bien lo comprobó.
Especialmente saludó a Hagen, — quien le era conocido desde hace
mucho;
Igual hizo con Volker, el héroe — del país de los Burgundios.

Entonces dijo al Margrave — Dankwart, el espada:
«Si nos queréis hospedar aquí, — ¿quién entonces cuidará
De nuestro séquito de Worms — a las orillas del Rhin?»
Entonces empezó el Margrave: — «Dejad de preocuparos.

Será bien guardado — lo que al país
Habéis traído con vosotros, — caballos, plata y vestidos,
Les pondré tales guardianes, — que nada se perderá,
Lo que os perjudicaría — así sea media espuela.

Erigid, mozos, — las casas en el campo:
Los que aquí perdáis, — yo os indemnizaré;
Desensillad y dejad — trotar los caballos.»
Eso, raras veces, les había acontecido — con un anfitrión.

Los huéspedes estaban contentos. — Cuando eso se había hecho
Y los señores se fueron cabalgando, — las tropas

De los escuderos se acostaron en el pasto: — tenían buenos refugios,
En todo su viaje o después — no los encontraron mejores.

La Margrave se apresuraba — a salir del castillo
Con su bella hija. — Entonces vieron con ella paradas
A mujeres preciosas — y muchas bellas muchachas;
Que llevaban muchos prendedores — y muchos vestidos costosos.

Sus piedras preciosas — resplandecían hasta lejos
De sus ricos vestidos; — eran lindamente hechos.
Entonces vinieron también los héroes — y saltaron a la arena;
¡Hey! ¡qué modales tan nobles — se encontraron entre los Burgundios!

Treinta y seis doncellitas — y muchas otras mujeres,
Que eran muy deseables, — y tenían un aspecto lindísimo,
Vinieron a su encuentro — con muchos hombres valientes:
Entonces las nobles mujeres — saludaron bellamente.

La Margrave besaba — a los tres reyes;
Lo mismo hizo su hija. — Hagen estaba con ellos.
Su padre la mandó a besarlo — y ella lo miró;
Le pareció tan terrible, — le hubiera gustado más no hacerlo.

Pero tenía que hacerlo — como el anfitrión mandó.
Cambió su color, palideció — y también se sonrojó.
También besaba a Dankwart, — después al trovador,
A causa de su fuerza y valor — le ofrecieron el saludo.

La joven Margrave tomó — de la mano
A Geiselher, el joven, — del país de los Burgundios;
Del mismo modo su madre — tomó a Gunther, el hombre valiente.
Alegremente se fueron — ambas con los héroes.

En el bello castillo había — una sala amplia:

Los caballeros y las mujeres — tomaron sus asientos.
Después mandaron escanciar — a los huéspedes, buen vino:
Jamás héroes algunos fueron servidos — con más bondad.

Con miradas cariñosas de los ojos — muchos miraron
A la hija de Rüdiger, — que era tan linda.
En su mente, muchos buenos caballeros — la acariciaron:
Lo merecía ella; — tenía el ánimo muy alto.

Pensaron en lo que querían; — pero eso no se pudo hacer.
Vieron los buenos caballeros — mirar de un lado al otro
A las doncellitas y mujeres; — de ellas había bastantes.
El noble trovador tenía — gran afecto al anfitrión.

Después fueron separados — como era la costumbre del país:
A diferentes cuartos se fueron — los caballeros y las mujeres,
inmediatamente.
Arreglaron las mesas — en la amplia sala,
Y todos estaban dispuestos a cualquier servicio — a los queridos
huéspedes.

Para honrar a los invitados — la noble Margrave
Los acompañó a la mesa; — a su hija dejó adentro,
Que quedase con las doncellas, — donde debía permanecer según la
costumbre.
Que ya no la vieran, — no les gustó a los huéspedes.

Cuando todos habían bebido — y comido mucho
Llevaron a la bella — de nuevo a la sala,
Palabras finas se cruzaron — entre ellos.
Muchas de éstas dijo Volker, — un espada valiente y listo.

Dijo, sin esconderlo, — el mismo trovador:
«Riquísimo Margrave — Dios os ha concedido

Todas sus gracias; — os ha dado
Una esposa tan bella, — y además una vida magnífica.

Si yo fuera un rey», — dijo el trovador
«Y llevara una corona, — tomaría para mi esposa
A vuestra hija bella; — a ella desearía poseer.
Es bellísima de ver, — y además noble y buena.»

El Margrave contestaba: — «¿Cómo podría ser esto,
Que un rey quisiera jamás — a mi querida hija?
Ambos somos aquí sin propiedad, — yo y mi esposa,
Y nada tenemos que dar, — ¿Para qué le sirve entonces su cuerpo bello?»

En contestación le dijo Gernot, — el buen espada noble:
«Si yo tuviera que escoger a una esposa, — según mi opinión y pensar,
Siempre estaría yo contento de todo corazón — con una mujer como ella.»
Entonces contestó Hagen así, — con modales cortesanos:

«Ahora debe tomar esposa, — mi señor Geiselher:
Es de tan alta alcurnia, — la Margrave sublime,
Que con gusto serviríamos, — yo y todos sus vasallos,
Si ella con los Burgundios — llevara la corona.»

Estas palabras le parecieron — bien al Margrave
Y también a Gotelinde; — bien contenta estaba su alma.
Entonces los héroes resolvieron, — que la tomase como esposa
Geiselher, el noble, — como podía hacerlo sin vergüenza.

Si una cosa debe hacerse, — ¿quién puede resistirla?
Pidieron a la virgen — que se presentase en la corte,
Entonces juraron entregarle — a la bella muchacha,
Y él por su lado ofreció casarse — con la bellísima Dietlind.

Donaron a la doncella — fortalezas y también campos.

Y esto aseguraba con juramentos — la mano del rey noble
Y de Gernot, el espada, — que así se haría.
Entonces dijo el Margrave: — «Ya que no he ganado castillos

Sólo puedo quedaros siempre — afectuoso en fidelidad.
Yo daré a mi hija, — de plata y de oro
Lo que cien caballos de carga — puedan cargar,
Para que los honores sean — al gusto de vosotros, los héroes.»

Entonces a ambos hicieron — pararse en un círculo,
Según la ley y costumbre. — Muchos héroes jóvenes
Estaban parados frente a ella, — con el ánimo alegre;
Abrigando pensamientos, — como los gustan a un joven.

Cuando empezaron a preguntar — a la muchacha bellísima,
Si ella quería al espada, — en parte lo sentía;
Pero siempre pensaba tomarlo — por esposo, al hombre valiente.
Se avergonzaba de la pregunta, — como muchas doncellas lo han hecho.

Le aconsejó su padre Rüdiger, — dijese que sí,
Y que con gusto le aceptara; — ¡qué rápido estaba allá
Con sus manos blancas, — con las cuales la abrazaba,
Geiselher, el joven! — ¡Y cuán poco tiempo gozó ella de él!

Entonces empezó el Margrave: — «Vosotros, reyes nobles y ricos,
Si volvéis a cabalgar — de regreso a vuestro reino,
Entonces os daré, así será lo más propio, — a la virgen,
Para que la llevéis con vosotros.» — Así lo resolvieron.

El ruido, que se oyó — debía ahora desaparecer.
A la virgen mandaron — a su recámara,
Y también a los huéspedes, — a dormir y descansar hasta el día.
Luego les dieron comida; — el anfitrión los agasajó bien.

Cuando habían comido — y querían irse
Con los Hunos: — «De esto voy a reteneros»,
Dijo el Margrave noble, — «debéis permanecer aquí todavía;
Huéspedes tan queridos, — hace mucho no los he visto aquí conmigo.»

Entonces contestó Dankwart: — «Eso no puede ser:
¿De dónde tomaríais la comida, — el pan y el vino,
Que tendríais que tener — para un tal ejército?»
Cuando eso oyó el anfitrión, — lo sintió muchísimo.

Entonces habló de nuevo el Margrave: — «Lo decís sin necesidad.
Bien os daré comida — para quince días más,
A vos y al séquito — que ha llegado con vosotros.
El rey Etzel raras veces — ha pedido algo de mí.»

Aunque se rehusaron mucho, — tenían que permanecer
Hasta la cuarta mañana. — Entonces vieron realizarse,
Por la generosidad del anfitrión, — lo que fue conocido ampliamente:
Dio a sus huéspedes ambos, — caballos y vestidos.

Ya no quisieron tardar más, — tenían que partir.
Rüdiger podía ahorrar — poco de sus bienes
A causa de su generosidad: — lo que uno pudiera desear,
No lo rehusó a nadie, — todos se vieron muy honrados.

Su noble séquito — trajo delante del portal
Muchos caballos ensillados; — con ellos vinieron también
Muchos buenos guerreros, — el escudo en la mano,
Pues querían cabalgar con ellos — al país de los Hunos.

El anfitrión dio sus regalos — a todos los espadas,
Antes de que los huéspedes nobles — llegaran ante la sala.
Él podía vivir con honores — en generosidad alta,
A su bella hija — la había dado a Geiselher.

Dio al rey Gunther, — al héroe sin par,
Lo que llevaba con honores, — el rey noble y rico,
Aunque él raras veces recibió regalos, — una armadura buena,
Entonces el rey se inclinaba — ante la mano generosa de Rüdiger.

Ahora dio a Gernot — un arma bastante buena,
Que más tarde en batallas, — magníficamente llevó el espada.
No le envidiaba el regalo — la esposa del Margrave;
Pero el buen Rüdiger — por ella perdió vida y cuerpo.

Gotelind ofreció a Hagen, — ella podía hacerlo sin vergüenza,
Su regalo amable; — ya que el rey aceptó,
Tampoco él debía irse — al banquete de la corte
Sin la contribución de ella; — el héroe noble empero dijo:

«De todo lo que vi jamás» — contestó Hagen,
«No quisiera otra cosa — para llevármela,
Que el escudo, que allá — está colgado en la pared,
Me gustaría llevarlo conmigo — al país de los Hunos.»

Cuando la Margrave oyó — las palabras de Hagen,
Le recordaron sus dolores, — de modo que empezó a llorar.
Con dolores pensaba — en la muerte de Nudung,
A quien Wittich había matado; — esto le causó dolor y pena.

Dijo ella al espada: — «Os daré el escudo,
¡Quisiera Dios en el cielo, — que aquél viviese todavía
Quien antaño lo llevó! — él encontró su muerte en la batalla.
Siempre tendré que llorarlo: — ¡esto me causa dolor, pobre de mí!»

Entonces se levantó de su asiento, — la generosa Margrave.
De la correa ella — cogió el escudo
Y lo llevó a Hagen; — éste lo tomó de la mano.

El regalo fue con honores — dado al gran héroe.

Un forro de tela clara — estaba cubriendo sus colores:
Un mejor escudo que éste — nunca iluminó el día.
Con piedras preciosas estaba — de tal modo incrustado,
Que a comprador o vendedor — seguramente costaría mil marcos.

De llevar el escudo — mandó Hagen entonces.
También su hermano Dankwart — llegó a la corte:
A él, la hija de Rüdiger dio — bastantes vestidos ricos,
Que con los Hunos todavía — llevó con gran alegría.

Cuantos regalos entonces — fueron aceptados por ellos,
Nada hubiera llegado — a sus manos,
Sino por amor al anfitrión, — que tan amablemente los ofreció.
Después fueron sus enemigos — de modo que tuvieron que matarlo.

Entonces con su violín, — Volker, el rápido héroe
Se había parado cortésmente — ante Gotelind,
Tocaba dulces sonidos — y cantó con ellos su canción:
Así tomó su licencia — cuando se despidió de Bechlaren.

Entonces la Margrave — mandó traer un cajón,
De amistosos regalos — podéis ahora oír decir:
De allá tomó doce broches, — y los fijó en su mano:
«Estos, Volker, debéis llevar — de mí al país de los Hunos.

Y debéis llevarlos allá — en la corte, por mi amor,
Cuando regreséis — que me digan entonces
Cómo me habéis servido — durante las fiestas de la corte.»
Como lo deseaba la mujer — así lo hizo el espada después.

El anfitrión dijo a sus huéspedes: — «Para que viajéis más seguros,
Yo mismo os acompañaré; — así estaréis bien cuidados.

Y no os atacarán — en el camino.»
Sus caballos de carga — los cargaron luego.

El anfitrión estaba listo para el viaje — y con él quinientos hombres,
Con caballos y vestidos; — ellos los llevaban consigo
Al banquete de corte — con el ánimo alegre.
A Bechelaren ni uno solo — de los buenos caballeros regresó.

Con besos amorosos — se despidió el anfitrión,
Lo mismo hizo Geiselher, — como le aconsejaba el amor,
Acariciaban a mujeres bellas — con sus abrazos tiernos,
Pronto tenían que llorar por ellos, — muchas vírgenes bellas.

Muchas ventanas se abrieron — y quedaron bien abiertas,
Cuando a los caballos corrieron — el anfitrión con sus vasallos.
Seguramente ya presentían — en sus corazones el peso,
Que jamás iban a volver a ver — a los queridos amigos.

Por el querido amigo — llevaban dolor de corazón.
Sin cesar lloraban — muchas mujeres y doncellas;
Pero cabalgaron con alegría — de allí sobre la arena,
Del Danubio abajo — hasta el país de los Hunos.

Entonces dijo a los Burgundios — el Margrave generoso y alto,
Rüdiger el noble: «Ahora ya no deben — quedar escondidas por más
tiempo
Las nuevas que nosotros llegaremos — al país de los Hunos.
El rey Etzel jamás — habrá oído nuevas mejores.»

Entonces muchos mensajeros rápidos — cabalgaron a través del país de
Austria;
En todas partes la gente — conocía las nuevas,
De que los héroes iban a venir — de Worms a las orillas del Rin.
Al séquito del rey — no se podía dar mayor alegría.

Los mensajeros llegaron — con estas nuevas,
Que los Nibelungos ya habían — llegado con los Hunos.
Kriemhild, la reina, estaba parada — en una ventana,
Y buscaba a los parientes, — como amigos esperan a amigos.

De su país nativo — vio a muchos hombres;
También el rey lo oyó, — y empezó a regocijarse.
«Debes recibirlos bien, — Kriemhild, mi esposa:
Para gran honor tuyo — llegan los queridos hermanos.»

Cuando la princesa oyó — las nuevas,
En parte desvaneció de su corazón, — su dolor tan pesado.
Del país de su padre — muchos vinieron viajando,
Por los cuales el rey Etzel — pronto gano un gran dolor.

«¡Cuán grande es mi alegría!» — dijo entonces Kriemhild.
«Aquí traen mis amigos — muchos nuevos escudos
Y armaduras brillantes y claras: — a quien quiera tomar mi oro
Y acordarse de mi dolor — siempre le tendré afecto.»

Ella pensaba en secreto: — «Todavía hay consejo para todo,
Aquél que me ha robado — todas mis alegrías,
Si puedo disponerlo, — lo sentirá profundamente
Durante este banquete; — para eso estoy dispuesta.

Yo lograré también — que mi venganza se cumpla,
Durante este banquete de corte, — hágase como se haga,
En su cuerpo traicionero, — que me ha quitado
Tanto de mi felicidad; — de esto ahora tendré mi venganza.»

XXVIII AVENTURA CÓMO KRIEMHILD RECIBIÓ A HAGEN

Cuando los Burgundios — llegaron al país,
Lo oyó, de Berna, — el viejo Hildebrand.
Él lo dijo a su señor — Dietrich lo sintió mucho^[4]
Le mandó a recibir bien — el séquito de los caballeros valientes.

Wolfhart, el fuerte, — mandó traer los caballos,
Luego con él de Berna — cabalgaban muchos espadas altos,
Con ellos al campo — para saludarlos.
Habían preparado allá — muchas tiendas de campaña magníficas.

Cuando desde lejos — de Tronje Hagen los vio,
Bieneducado, dijo — entonces a su señor:
«Levantaos de vuestros asientos, — caballeros buenos,
E id al encuentro de aquellos — que os quieren recibir.»

«Allí viene un séquito guerrero — que me es bien conocido;
Son muchos rápidos espadas — del país de los Amelungos.
Los conduce aquél de Berna — tienen el ánimo muy alto:
Ofreceos amistosos saludos — lo aconsejo», dijo el buen espada.

Entonces saltaron de los caballos, — así era costumbre y ley,
Al suelo con Dietrich, — muchos señores y escuderos.
Se fueron con los huéspedes, — donde se encontraron los héroes;
Saludaron amablemente — a aquellos del país de los Burgundios.

Cuando Dietrich el noble, vio — que vinieron a su encuentro,
Al mismo tiempo sintió — alegría y dolor,
Él sabía bien las nuevas; — sintió que hubieran venido de viaje,
Pensaba que Rüdiger lo sabía — y se los habría revelado.

«Sed bienvenidos, vosotros, — señores Gunther y Geiselher,
Gernot y Hagen, — también el señor Volker,
Y Dankwart el rápido; — ¿no lo sabéis vosotros?
Profundamente todavía llora Kriemhild — al del país de los Nibelungos.»

«Puede llorar todavía por mucho tiempo», — dijo entonces Hagen,
«Yace desde hace muchos años, — caído ya a la muerte,
Ella debe ahora amar mejor — al rey de los Hunos,
Siegfried ya no vuelve, — hace mucho que lo enterraron.»

«Dejémonos por ahora — la muerte de Siegfried,
Mientras viva la señora Kriemhild, — ella puede dañaros.»
Así habló de Berna, — Dietrich el noble:
«Consuelo de los Nibelungos, — cuídate de esto.»

«¿Cómo puedo cuidarme?» — dijo el rey alto,
«Etsel nos mandó mensajeros, — ¿cómo podía yo preguntar más?
Para que nosotros cabalgáramos — hacia acá, a este país.
También nos mandó muchos mensajes — mi hermana Kriemhild.»

«Entonces yo voy a aconsejaros», — dijo de nuevo Hagen,
«Dejad que os digan — estas nuevas hasta el fin,
Dietrich, el señor — y sus buenos héroes,
Para que os hagan saber, — la intención de la señora Kriemhild.»

Entonces fueron los tres reyes — y hablaron entre sí,
Señor Gunther y Gernot — y el señor Dietrich:
«Dinos ahora, de Berna, — buen caballero noble,

Lo que tú puedes saber — de las intenciones de la reina.»

Entonces dijo el señor de Berna: — «¿Qué más puedo decir?
Sólo, que todas las mañanas — oigo llantos y lamentos,
De la esposa de Etzel, la señora Kriemhild — en pena dolorosa,
Al Dios rico del cielo, a causa — de la muerte de Siegfried el fuerte.»

«No se puede hacer nada ahora», — dijo el hombre valiente
Volker, el trovador, — «de lo que vos nos habéis informado;
Cabalgemos ahora a la corte, — y veamos allá,
Lo que puede pasar a nosotros, — espadas rápidos, con los Hunos.»

Los Burgundios valientes — cabalaron a la corte,
Se acercaron con porte orgulloso, — según las costumbres de su país.
Entre los Hunos muchos hombres — valientes querían ver
A de Tronje Hagen, — cómo sería.

Por la leyenda era — bien conocido al pueblo,
De que él asesinó — a Siegfried, de los Países Bajos,
Al más fuerte de todos los héroes, — al esposo de la señora Kriemhild;
Por eso en la corte — todos preguntaron por Hagen.

El héroe estaba bien formado, — esto es cierto, seguramente,
Ancho de pecho y espaldas; — canoso era su pelo
De un color gris, — de piernas era largo,
Y terrible de cara; — tenía un andar magnífico.

Prepararon albergue — a los espadas Burgundios,
Al séquito de Gunther — mandaron hospedarse aparte,
Esto lo aconsejó la princesa, — que le tenía tanto odio,
Por eso pronto mataron — a los mozos en el albergue.

Dankwart, el hermano de Hagen — era el Mariscal:
El rey le mandó cuidar — con esmero a su séquito,

Que debiera darles — abundancia de comida.
Lo hizo también con buena voluntad — en fidelidad, este valiente espada.

Kriemhild, la bella — llegó con su séquito,
Donde recibió a los Nibelungos — con el pensamiento traicionero.
Besaba a Geiselher — y lo tomó de la mano.
Cuando Hagen de Tronje la vio — se amarró el yelmo más fuertemente.

«Después de tal recibimiento», — dijo entonces Hagen,
«Los espadas rápidos — deben tener cuidado;
Saludan de una manera diferente — a los príncipes y a los vasallos;
No hicimos un buen viaje — para esta fiesta.»

Ella dijo: «Sed bienvenido a aquél — que tiene gusto en veros.
A causa de vuestra amistad — no recibiréis saludo aquí.
¿Decid lo que me traéis de Worms — a las orillas del Rhin,
Que tan altamente debería — ser bienvenido a mí?»

«¿Qué cosas son éstas», — contradijo Hagen,
«Que deberían traeros — regalos estos espadas?
Yo soy suficientemente rico, — si hubiera pensado en esto,
Os hubiera llevado mi regalo — a los Hunos.»

«Yo pregunto de nuevo — a vos por las nuevas
Del tesoro de los Nibelungos, — ¿adónde lo habéis escondido?
Éste era mi propiedad, — y vosotros lo sabéis bien:
Éste me deberíais haber traído — al país del rey Etzel.»

«En fidelidad, señora Kriemhild, — hace muchos días
Que ya no poseo — el tesoro de los Nibelungos,
Mis señores mandaron — sumergirlo en el Rhin;
Allá tendrá que permanecer en verdad — hasta el Último Juicio.»

Contestó la reina: — «Ya me lo había imaginado antes.

Poco de esto me habéis — traído hacia acá,
Aunque era de mi propiedad — y yo lo cuidaba entonces.
Por él y por su amo — todos los días lamento.»

«Al diablo que os lo traiga», — dijo Hagen de nuevo.
«Yo tengo que cargar — tanto con mi escudo
Y con mi armadura; — mi yelmo tan brillante,
La espada a mi lado; — por eso no os lo traigo.»

«Ni es ésta mi intención, — codiciar el oro:
Tengo tanto que dar, — que no me hace falta el tesoro:
Pero del asesinato y doble robo, — que cometieron en mí,
De esto pobre de mí, — quisiera vengarme.»

Dijo la hija de reyes, — a todos los espadas:
«Que no porten armas — aquí en la sala;
Confiádmelas, héroes, — para que las guarde.»
«En fidelidad», dijo entonces Hagen, — «esto nunca se hará.»

«No exijo el honor, — hija generosa de príncipes,
Que vos llevéis — mi escudo al albergue,
Ni las demás armas: — vos aquí sois la reina.
Mi padre me enseñó así, — que yo mismo sea su guardián.»

«Ay del dolor», — dijo entonces Kriemhild.
«¿Por qué mi hermano y Hagen — no quieren que se guarde
Su escudo? Seguramente — fueron advertidos,
Y si yo supiera quién lo hizo, — la muerte lo alcanzaría.»

En ira le contestó — luego Dietrich:
«Soy yo, quien ha advertido — a los príncipes ricos y nobles
Y a Hagen, el valiente, — vasallo de los Burgundios;
Ándale, tú, novia del diablo, — no me harás daño por eso.»

Entonces mucho se avergonzaba — la reina noble,
Tenía un temor amargo — ante el alma heroica de Dietrich.
Se fue luego de ahí, — ya no dijo palabra,
Sólo miraba a sus enemigos — con miradas rápidas.

Entonces se tomaron de las manos — dos de los espadas,
Uno era Hagen, — el otro Dietrich.
Entonces dijo bien educado, — el espada siempre listo:
«Vuestro viaje con los Hunos, — en verdad lo siento mucho.»

Estaban parados juntos — los dos virtuosos caballeros,
Hagen de Tronje — y el señor Dieterich,
Ambos con modales cortesanos — los espadas bien formados.
Eso lo vio el rey Etzel, — que luego empezó a preguntar:

«Me gustaría saber las nuevas», — preguntó el rey a sí mismo,
«Quién será el héroe, — a quien allá el señor Dietrich
Ha recibido tan amablemente; — tiene el ánimo muy alto,
¡Como sea que se llamara su padre, — seguramente será un buen espada!»

Contestó al rey — un hombre de Kriemhild:
«De Tronje nació, — su padre se llamó Aldrian;
Por manso que aquí aparezca, — es un hombre feroz:
Os comprobará todavía — que no he dicho mentira.»

«¿Cómo podría ver — que él es tan feroz?»
Todavía no sabía nada — de las muchas intrigas oscuras,
Que tramaba la reina — contra sus amigos,
De modo que del país de los Hunos, — ni uno sólo escapo a ella.

«Bien conocía a Aldrian — era mi súbdito:
Gloria y grandes honores — ganó aquí conmigo.
Yo le hice caballero — y le di mi oro,
También Helke, la fiel — siempre le tenía afecto.»

«Por eso de Hagen también — todo me es conocido.
Dos niños nobles traje — de rehenes a este país,
A él y de España, Walter; — éstos crecieron aquí.
A Hagen mandé regresar a su país, — Walter escapó con Hildegund.»^[5]

Así se acordó de los tiempos antiguos, — y lo que había pasado antes.
A su amigo de Tronje — había visto aquí,
Quien en su juventud muchas veces — le prestó grandes servicios.
Ahora en la vejez — le asesinó a muchos queridos amigos.

XXIX AVENTURA CÓMO HAGEN Y VOLKER ESTABAN SENTADOS ANTE LA SALA DE KRIEMHILD

Se separaban entonces — también ambos espadas valientes,
Hagen de Tronje — y el señor Dieterich.
Por la espalda miraba — el vasallo de Gunther
Por un compañero de armas, — a quien pronto ganó.

Al lado de Geiselher — vio parado a Volker,
Al trovador artista: — a quien pidió lo acompañara,
Porque bien reconoció — su ánimo feroz:
Él era en todas las virtudes — un caballero valiente y también bueno.

Todavía quedaron parados, — los señores en el patio.
Sólo a estos dos — vieron alejarse,
Atravesando el patio, desde lejos, — ante un palacio amplio:
Los elegidos no temían — la lucha contra nadie.

Se sentaban ante la casa — en frente de una sala,
Que era de Kriemhild, — en un banco mirando hacia el valle.
En sus cuerpos brillaba — su armadura magnífica,
Muchos que los vieron, — les hubiera gustado conocerlos.

Como animales salvajes — miraban entonces
A los héroes soberbios, — muchos hombres de los Hunos,
Entonces los vio por una ventana — la reina de Etzel,

Esto entristeció de nuevo, — la mente de Kriemhild, la bella.

Pensaba en su dolor; — y empezó a llorar,
Esto sorprendió a los espadas, — vasallos de Etzel y preguntaron:
¿Qué le hubiera entristecido — tanto el ánimo tan alto?
Entonces ella dijo: «Esto lo hizo Hagen, — héroes valientes y también
buenos.»

Dijeron ellos a la señora: — «¿Cómo pasó esto?
Acabamos de veros todavía — de buen humor.
Por valiente que fuera, — quienquiera lo hizo,
Si nos mandáis vengaros, — recibirá la muerte.»

«Siempre se lo agradecería a aquél — que vengase este dolor.
Lo que quisiera de mí, — yo estaría dispuesta a darlo,
Caeré de rodillas ante vosotros», — dijo la esposa del rey.
«Vengadme de Hagen: — que pierda vida y cuerpo.»

Entonces rápidamente de los valientes — se armaron en número de sesenta.
Por amor a Kriemhild querían — irte ante la sala;
Y querían matar a Hagen, — a este hombre valiente,
Y también al trovador, — esto lo hicieron unánimemente.

Cuando la reina vio, que el grupo — era tan poco numeroso,
Con el ánimo feroz — dijo entonces a los héroes:
«Tal empresa, os aconsejo, — abandonadla;
Con un número tan pequeño — no debéis ir a luchar contra Hagen.

Por valiente y poderoso — que sea el de Tronje,
Más fuerte todavía es aquél — que está sentado a su lado,
Volker, el trovador: — es un hombre terrible.
No debéis acercaros a estos héroes — siendo tan pocos vosotros.»

Cuando oyeron sus palabras — se armaron más

De cuatrocientos espadas. — La reina alta
Estaba preocupadísima — de la venganza por su dolor.
Pronto a los espadas causaba — esto gran pena.

Cuando vio a sus hombres — bien armados,
La reina dijo entonces — a los espadas rápidos:
«Ahora esperad un rato: — quedaos todavía tranquilos.
Yo con mi corona puesta — iré con mis enemigos.

Oídmelo acusarlo — de lo que me ha hecho
Hagen de Tronje, — el súbdito de Gunther.
Yo conozco su carácter, — no lo negaré.
Entonces no preguntaré tampoco, — lo que más tarde le pasará.»

Entonces el trovador, — un juglar valiente,
Vio a la princesa acercarse, — desde la escalera,
Que llevaba a la casa, — Cuando vio esto,
A su compañero de armas dijo — entonces Volker, el valiente:

«Mirad, amigo Hagen, — cómo ella se acerca,
La que sin fidelidad — nos ha invitado al país.
Jamás he visto con una reina — tantos hombres
Acercarse con las espadas en las manos, — prontos para pelear.

Debéis saber, amigo Hagen, — que os quieren mal,
Así que os aconsejo en fidelidad, — que tratéis de guardar
Vuestra vida y el honor; — cierto, eso me parece bien:
En cuanto puedo verlos — ellos están muy iracundos.

Hay también algunos entre ellos — de un pecho fuerte y ancho:
Quien quiere guardar su vida, — debe hacerlo a tiempo.
Veo que debajo de la seda — llevan sus fuertes armaduras.
Lo que quieren decir con ello, — no oigo decir a nadie.»

Entonces dijo en ira, — Hagen, el hombre valiente:
«Bien sé que todo esto — se hace en contra de mí,
De que sus armas brillantes — tengan en la mano;
Pero en cuanto a éstos, — cabalgaría todavía al país de los Burgundios.

Decidme pues, amigo Volker, — ¿pensáis ayudarme
Si quieren luchar conmigo — los vasallos de Kriemhild?
Hacédmelo saber, — por la amistad que os tengo,
Yo estaré a vuestro servicio — cuándo y dónde sea.»

«Seguro, os ayudaré», — dijo entonces Volker
«Aunque viese yo en frente de nosotros, — con todo su ejército
Llegar al rey Etzel; — en todo el tiempo de mi vida
No me separaré de vuestro lado por temor, — ni un solo pie de ancho.»

«¡Que os recompense el cielo, — nobilísimo Volker!
Si empiezan a combatirme, — ¿qué más he menester?
Ya que vos queréis ayudarme — como he oído ahora,
Entonces estos guerreros — pueden acercarse suavemente.»

«Levantémonos del asiento», — dijo el trovador,
«Ante la princesa, — ahora que se nos acerca.
Ofrezcamos honores — a la reina noble,
Esto nos trae a ambos — mayores honores propios.»

«No, si me amáis», — contradijo Hagen:
«Estos espadas podrían — imaginarse,
Que lo hiciera por temor — y que pensara irme:
De mi asiento no intento — levantarme ante nadie.

Que no lo hagamos, — es lo único propio,
¿Debo ofrecer honores a aquél, — que quiere ser mi enemigo?
No, jamás lo haré, — mientras yo viva:
En todo el mundo, — ¿qué me importa la ira de Kriemhild?»

Hagen, el soberbio, — puso en sus rodillas
Un arma brillante, — de su mango resplandecía
Con brillo claro un jaspis, — más verde que el pasto.
Bien reconocía Kriemhild, — que una vez perteneció a Siegfried.

Cuando ella reconoció la espada, — le causó un dolor profundo,
El puño era de oro — la vaina tenía un cordón rojo.
De su dolor se acordó, — empezó a llorar;
Creo que Hagen precisamente — para esto lo hizo.

Volker, el valiente — acercó más al banco
Un fuerte arco de violín, — poderoso y largo,
Hecho como una espada, — filoso además y ancho.
Así quedaron sentados, sin temor, — estas espadas siempre listos.

Los espadas temerarios ambos, — se sentían tan altos,
Por miedo a alguien, — de ningún modo querían
Levantarse del asiento. — Ante ellos se paraba
La princesa noble — y los saludó sin amabilidad.

Ella dijo: «Ahora decidme, señor Hagen, — ¿quién ha mandado por vos,
Que os habéis atrevido — a cabalgar a este país,
Sabiendo bien — lo que me habéis hecho?
Si hubierais estado en vuestros cabales, — no os habrías atrevido.»

«Nadie ha mandado por mí», — contestó él,
«A este país, empero — invitaron a tres espadas,
Que son mis amos; — yo soy su vasallo;
En ningún viaje cortesano, — suelo quedarme en mi país.»

Ella dijo: «Decidme además, — ¿por qué lo habéis hecho,
Que lo merecís, — si os tengo odio?
Vos asesinasteis a Siegfried, — a mi querido esposo,

A quien hasta mi fin — no puedo llorar lo suficiente.»

«¿Para qué más palabras?» dijo él, — «ya es suficiente.
Pues yo soy Hagen, — quien asesinó a Siegfried,
Al espada rápido: — que bien lo pagó,
Que la señora Kriemhild — insultó a Brunhild, la bella.

No os lo negaré, — reina rica,
Que soy el culpable de todo — el daño tan terrible
Que lo vengue quien quiera, — mujer u hombre,
Debería yo mentir, si negase — que no os he causado gran dolor.»

Ella dijo: «Ya lo oís, espadas, — cómo confiesa su culpa,
De todo mi dolor; — qué le pasara ahora,
No preguntaré a vosotros, — los vasallos de Etzel.»
Los espadas soberbios — todos se miraban uno al otro.

Si la pelea hubiera empezado, — entonces hubieran visto,
Cómo tenían que conceder el honor — a los dos compañeros;
Eso lo habían hecho frecuentemente — en los ataques
De lo que intentaron ahora — no lo hicieron por miedo.

Dijo uno de los espadas: — «¿Por qué me miráis?
Lo que antes prometí — ahora no lo voy a hacer,
Por amor a ningún regalo, — doy con gusto vida y cuerpo.
Nos quiere persuadir — la esposa del rey Etzel.»

De nuevo dijo otro: — «Tengo la misma opinión.
Aunque me dieran torres — llenas de buen oro rojo,
No quisiera luchar — contra este trovador,
A causa de sus miradas rápidas — que he visto en él.

También conozco a este Hagen, — desde su infancia,
Por eso estoy muy bien — enterado del espada, yo mismo

Lo he visto — en veintidós batallas,
A muchas mujeres — causó dolor de corazón.

Él y aquél de España — caminaron por muchos senderos,
Cuando aquí con Etzel — hicieron miles de hazañas,
Por amor al rey. — Esto muchas veces se hizo;
Por eso, con razón deben dar — grandes honores a Hagen.

Entonces el espada era un niño — en años todavía,
Pero entonces eran los muchachos — como ahora apenas los ancianos son,
Ahora él está en su madurez, — y es un hombre feroz,
También lleva la espada Balmung, — que ganó por traición.»

Con eso quedó decidido, — nadie buscaba la lucha,
Esto lo sentía la reina — en su corazón,
Los héroes se volvieron; — bien temían la muerte
Por ambos héroes; — en esto hacían bien.

Entonces dijo Volker, el atrevido: — «Ya que nosotros mismos lo vimos,
Que aquí tenemos enemigos, — como nos informaron,
Vámonos con los reyes — allá a la corte,
Entonces nadie se afrentará — luchando a nuestros amos.»

¡Cuán frecuentemente, tímido — uno deja de hacer algo,
A pesar de que amigo con amigo — ayuda valiente y firmemente!
Y si tiene buena inteligencia — lo hace sabiamente,
Muchos pueden evitar — el daño, por serenidad.

«Bien, os seguiré» — contestó Hagen.
Entonces se fueron ambos — donde vieron a los espadas bellos,
Esperando la recepción — todavía en el patio;
Volker, el valiente — empezó a hablar en voz alta.

Dijo a sus señores: «Cuánto tiempo — vais a quedar parados

Y dejaros acosar? — Id a la corte
Para escuchar del rey, — cómo él piensa.»
Entonces vieron cómo se formaron — en filas de dos los héroes valientes.

Dietrich de Berne tomó — entonces de la mano
A Gunther, el rico — del país de los Burgundios:
Irnfried tomó a Gernot, — este hombre temerario;
Entonces con su suegro — Geiselher se fue a la corte.

Como en este desfile — cada uno escogió su compañero,
Volker y Hagen — ya no se separaron
Sino en una lucha — hasta su muerte.
Lo tenían que llorar todavía — nobles mujeres en gran dolor.

Entonces vieron ir a la corte — con los reyes
De su noble séquito — mil espadas elegidos.
Además habían venido con ellos — más de sesenta guerreros,
Que había llevado de su país, — Hagen el valiente.

Hawart e Iring, — dos espadas elegidos,
Caminaron con los reyes — a la corte, mano en mano;
A Dankwart y Wolfhart, — los espadas carísimos,
Vieron en su soberbia — que tenían modales cortesanos.

Cuando el señor del Rhin — entró al palacio,
Etzel el rico, — ya no tardó más tiempo.
Se levantó rápidamente de su asiento, — cuando los vio venir,
Un saludo tan bello como éste, — jamás se hizo de parte de reyes.

«Bienvenido a mí, señor Gunther — y también señor Gernot
Y vuestro hermano Geiselher, — que mandé venir
Con saludos y servicio fiel — desde Worms, a las orillas del Rhin.
Y todos vuestros espadas — todos sed bienvenidos.

Dejad saludaros también — bienvenidos vosotros, espadas ambos,
Volker, el valiente — y además el señor Hagen.
Bienvenidos a mí y a mi esposa — aquí en este país.
Ella os mandó muchos mensajes — hacia allá al Rhin.»

Dijo entonces de Tronje Hagen: — «Esto lo hemos oído,
Si yo no hubiera venido por amor a mis amos — hacia el país de los Hunos
En honor vuestro hubiera — cabalgado al país.»
Entonces el rey noble tomó — a los huéspedes queridos de la mano,

Y los llevó al asiento, — donde él mismo estaba sentado.
Y para los huéspedes llenaron, — con mucha atención lo hicieron,
Copas anchas de oro, — con Met, Morass y vino,
Dando cordialmente la bienvenida — a los espadas forasteros.

Entonces dijo el rey de los Hunos: — «Eso debo confesar
En estos tiempos nada más agradable — podía acontecerme
Que por medio de vos, héroes — que habéis venido.
Con eso también a la reina — se desvaneció su alta tristeza.

Siempre me asombró — qué os habría hecho,
Ya que de huéspedes nobles — he ganado tantos,
Que jamás os habéis dignado — de cabalgar a mi país;
Ahora, que os he visto aquí — mi alma se tornó en alegría.»

Entonces contestó Rüdiger, — un caballero de alto ánimo:
«Debéis recibirlos bien, — su fidelidad es sincera:
Los hermanos de mi esposa — saben cuidarla bien,
Os traen a vuestra casa — muchos valientes espadas.»

A la víspera del solsticio — habían llegado
A la corte de Etzel, el rico; — raras veces hemos oído
Que un rey haya recibido a sus huéspedes — con más amabilidad,
Después se sentó con ellos — a la mesa, de buen humor.

Anfitrión alguno nunca se comportó — más amistosamente con sus
huéspedes,

Ofrecieron bastante — de beber y de comer:

Lo que desearan — se los concedió de inmediato.

Habían oído grandes maravillas — de los héroes.

Etzel, el rico, había preparado — un edificio amplio

Con gran aplicación y trabajo, — y no pocos gastos.

Vieron palacio y torres, — estancias numerosas

En una fortaleza amplia — y una sala magnífica.

Ésta la había mandado construir, — larga, alta y amplia,

Porque tantos espadas — le visitaron en todo tiempo.

También otros de su séquito, — doce reyes altos y ricos

Y muchos más de buenos espadas — estaban con él a toda hora.

De que rey alguno jamás ganó — por lo que yo he oído hablar,

Vivir así con sus amigos y hombres — en gran felicidad.

Multitudes y gritos alegres — recibía el rey bueno

De muchos espadas rápidos; — por eso tenía el ánimo alto.

XXX AVENTURA CÓMO HAGEN Y VOLKER MONTARON GUARDIA

El día había terminado, — se acercaba la noche.
En los espadas, cansados del viaje, — se despertó la preocupación,
Cuando iban a descansar — y acostarse.
Hagen planteó el asunto; — y le contestaron.

Gunther dijo al anfitrión: — «Que Dios os dé provecho:
Vamos a acostamos — que sea con vuestra licencia.
Si lo mandáis, regresaremos — mañana en la mañana.»
El anfitrión permitió, que los huéspedes — se fuesen contentos a su
descanso.

Por todos los lados — empujaron a los huéspedes:
Volker, el valiente — dijo entonces a los Hunos:
«¿Cómo podéis pisarnos los talones, — a los guerreros?
Si no vais a evitarlo, — tendréis que sentirlo mal.

Entonces a éste y al otro golpearé — tan fuerte con mi violín,
Que si tiene alguna amante, — ésta lo tendrá que llorar.
Ahora abridnos el camino, a nosotros los espadas — ciertamente me parece
necesario;
Todos se llaman espadas — pero no tienen el mismo valor.»

Cuando con tanta ira — habló el trovador,

El valiente Hagen — miró sobre su espalda;
Él dijo: «Os aconseja bien — el valiente juglar:
Id a vuestros albergues, — vosotros, vasallos de Kriemhild.

Lo que aquí intentáis — no podréis lograrlo:
Si queréis empezar algo — venid mañana por la mañana.
Y dejadnos, cansados del viaje, — hoy descansar con calma.
Jamás se hará algo más — con buena voluntad, por un espada.»

Llevaron a los huéspedes — a una sala amplia,
Preparada para descansar — para todos los espadas
Con camas preciosas, — largas y también anchas.
Con gusto Kriemhild les causaría — el sufrimiento máximo.

Bellas colchas de Arras — se vieron allí suficientes,
De una tela clara como la luz, — y muchas fundas también
De seda de Arabia — tan buenas como podían ser,
Adornadas de tiras bordadas de oro — que dieron magnífico brillo.

Muchas colchas se encontraron, — hechas de armiño
Y también de sable negro — debajo de las cuales durante la noche
Debían descansar — hasta el claro día.
Un príncipe con su gente — seguramente jamás se acostó más lujosamente.

«¡Ay de las camas!» — dijo Geiselher, el joven,
«¡Y ay de mis amigos — que han venido con nosotros!
Por bien que mi hermana — nos haya preparado todo,
Ganaremos, me temo, todos — la muerte por su odio.»

«Dejad ahora vuestra preocupación», — dijo Hagen, el espada.
«Hoy, yo mismo montaré — la guardia,
Y me atrevo a cuidaros — hasta mañana en la mañana,
No tengáis cuidado, — que se prevenga quien quiera.»

Todos se inclinaron ante él — y le daban las gracias.
Se fueron a sus camas. — No tardó mucho tiempo
Hasta que tranquilos estaban acostados — los héroes bellos.
Hagen, el valiente, — empezó entonces a armarse.

Después dijo el trovador, — Volker, el espada:
«Si no lo despreciáis, Hagen, — yo voy a montar con vos
La guardia hoy — hasta mañana en la mañana.»
Entonces daba las gracias a Volker, — el espada con bondad y dijo:

«Dios en el cielo os recompense, — queridísimo Volker,
Con todas mis preocupaciones — no deseo a otro
Que sólo a vos, — si tengo necesidad.
Bien os recompensaré, — si la muerte no me lo impide.»

Entonces ambos se vestían — con su armadura brillante,
Cada uno tomaba — el escudo con su mano,
Salieron de la casa — para pararse ante la puerta,
Y cuidaban a los huéspedes; — con fidelidad lo hicieron.

Volker, el rápido — soltó de la mano
Su buen escudo, recargándolo — en la pared de la sala.
Luego se volvió — adonde estaba su violín,
Que servía a sus amigos: — así era propio en él.

Debajo de la puerta de la casa, — se sentaba en la piedra.
Trovador más valiente — no había debajo del sol;
Cuando el sonido de las cuerdas — resonó tan dulcemente,
Los orgullosos desterrados — daban las gracias a Volker.

Sonaban sus cuerdas, — que toda la casa resonó.
Su fuerza y su habilidad — eran ambos perfectos.
Más dulce y más suave empezó — a tocar el violín,
Así mecía al sueño — a muchos hombres preocupados.

Cuando se habían dormido — y Volker se dio cuenta,
Tomó el espada de nuevo — su escudo con la mano
Y salió de la casa, — a pararse en la puerta,
Para cuidar a sus amigos — contra aquellos vasallos de Kriemhild.

A la medianoche, si fue — sólo hasta entonces,
Volker, el valiente, — vio brillar un yelmo,
Desde lejos por la oscuridad; — los vasallos de Kriemhild
Hubieran querido perjudicar — a los huéspedes.

Antes de que Kriemhild hubiera — enviado a estos espadas,
Dijo ella: «Si los halláis, — sed advertidos, por amor de Dios,
Que no matéis a nadie — sino sólo a este hombre,
Hagen, el infiel; a los otros — no debéis tocar.»

Entonces dijo el trovador: — «Ahora mirad, amigo Hagen,
Es propio que repartamos — entre nosotros esta preocupación,
Veo parados ante la casa — a gente armada
Si puedo verlo bien, vienen — a luchar contra nosotros.»

«Callaos entonces», dijo Hagen, — «dejad que se acerquen más,
Antes de que nos noten, — la armadura de sus yelmos
Será despedazada con las espadas — en nuestras manos.
Los mandaremos de vuelta a Kriemhild — mal heridos.»

Uno de los espadas Hunos — pronto se daba cuenta,
Que guardaban la puerta; — qué rápidamente dijo entonces:
«Lo que teníamos en mente, — no se podrá hacer ahora.
Veo al trovador montar — guardia ante la casa.»

«Éste lleva en su cabeza — un yelmo de claro brillo.
Que es duro y liso, — firme además y entero;
También las mallas de la armadura — llamean como lo hace el fuego.

A su lado está parado Hagen: — los huéspedes están bien guardados.»

Entonces dieron la vuelta. — Cuando Volker lo vio,
A su compañero de armas — dijo airado:
«Ahora dejadme ir de la casa — a ver a los espadas,
Voy a preguntarles sus nuevas — a los vasallos de Kriemhild.»

«No, si me amáis», — contradijo Hagen.
«Si salís de la casa, — estos espadas rápidos,
Con sus espadas fácilmente — pueden acosaros tanto,
Que yo tendría que ayudaros — y así causaría la muerte de todos mis
amigos.

Si entonces ambos — tuviéramos que luchar,
Dos o cuatro de ellos — en breve se irían corriendo
A la casa — y causarían tal dolor,
Adentro, a los dormidos — que nos arrepentiríamos hasta nuestra muerte.»

Dijo Volker de nuevo: — «Entonces permitid,
Que se den cuenta, — de lo que hemos visto:
Así no podrán negar, — los vasallos de Kriemhild,
Que les hubiera gustado traicionar, — infieles, a sus huéspedes.»

Entonces el trovador — llamó a los Hunos:
«¿Cómo andáis tan armados, — espadas rápidos, vosotros?
¿Venís para asesinar, — vasallos de Kriemhild?
Entonces aceptadnos como ayuda — a mí y a mi compañero de armas.»

Nadie le contestó; — airada estaba su alma:
«Ay, maleantes cobardes», — dijo el espada bueno,
«De asesinamos durmiendo, — ¿para eso venís tan sigilosamente?
Esto raras veces se ha hecho — a héroes tan buenos.»

Pronto supo también — las nuevas, la reina,

De la retirada de sus mensajeros; — ¡cómo le pesaba!
Entonces lo disponía de otro modo; — feroz era su alma,
Pronto tendrían que morir — muchos de los héroes valientes y buenos.

XXXI AVENTURA

CÓMO LOS SEÑORES SE FUERON A LA IGLESIA

«Siento muy fría mi armadura» — dijo Volker,
«La noche, creo — ya no durará mucho.
Lo siento en los aires, — ya no está lejos el día.»
Entonces despertaron a muchos — que estaban todavía durmiendo.

Brilló la mañana clara — en la sala de los huéspedes.
Hagen empezó a preguntar — a todos los espadas,
Si hoy querían irse — a la misa de la catedral,
Según la costumbre cristiana — se oyó el sonido de las campanas.

El canto era desigual; — lo que no era una sorpresa,
Que los cristianos con los paganos — no cantaran de una voz.
Entonces querían ir a la iglesia — los vasallos de Gunther:
Los vieron levantarse a todos — de sus camas.

Entonces los espadas se vistieron — de tan buenos vestidos,
Que jamás héroes — en el país de un rey
Llevaban mejores trajes. — A Hagen no le gustó esto.
Él dijo: «Mejor haríais en llevar — vestidos de combate.

Todos vosotros ya conocéis — bien las nuevas;
Por eso en lugar de rosarios — llevad armas en vuestras manos;

En lugar de sombreros con piedras preciosas, — los yelmos buenos y
brillantes,
Ya que tan bien conocemos — el ánimo de Kriemhild, la mala.

Tendremos que luchar hoy, — esto voy a deciros,
En lugar de camisas de seda — debéis llevar las de malla,
En lugar de ricos abrigos, — vuestras corazas buenas y anchas,
Si alguien os ataca, — que estéis bien armados.

Mis queridos señores, — amigos y hombres míos,
Entrad en la iglesia — con el corazón puro
Y quejad a Dios el rico — vuestra preocupación y pena,
Porque sabed, sin duda — a todos nosotros se nos acerca la muerte.

No debéis olvidar — lo que siempre habéis cometido,
Y quedad con reverencia — ante vuestro Dios.
Dejad advertíroslo a todos, — buenos espadas altos,
Si Dios en el cielo no lo impide, — jamás oiréis otra misa más.»

Entonces fueron a la catedral — los príncipes y sus vasallos.
En el cementerio sagrado — los mandó pararse,
Hagen, el valiente, — para que no fueran separados.
Él dijo: «Todavía nadie sabe — lo que nos pasará con los Hunos.

Poned, amigos míos, vuestros escudos — ante vuestros pies,
Y recompensad, si alguien os saluda — en forma hostil
Con profundas heridas a muerte: — esto es lo que aconseja Hagen.
Así os encontrarán — como es lo mejor para vosotros.»

Volker y Hagen, — ambos se pararon
Ante la amplia catedral: — esto lo hicieron por eso,
Porque querían conseguir — que la reina
Tuviera que pasarlos empujando; — bien airada estaba su mente.

Llegaron entonces el anfitrión del país — y también su bella esposa,
Con vestidos ricos estaba — adornado su cuerpo
Y muchos espadas rápidos — la acompañaban.
Se levantó el polvo en alto — ante el grupo de la reina.

Cuando el rey rico vio — tan armados
A los príncipes y su séquito, — qué pronto dijo entonces:
«¿Por qué veo a mis amigos — andar bajo yelmos?
Lo sentiría mucho, en fidelidad, — si les hubiera acontecido algo malo.

Yo quisiera darles satisfacción, — como les pareciera bueno,
Si alguien les airara — el corazón y la mente,
Voy a dejarles ver, — que lo sentiría mucho:
Lo que quisiesen mandar, — estoy dispuesto a hacerlo.»

Hagen le contestó: — «Ningún mal nos han hecho.
Es costumbre de los señores — que anden armados
En todos los banquetes de invitados, — por tres días.
Si nos hubiera pasado algo, — nos quejaríamos con Etzel.»

Bien oyó la reina — las palabras de Hagen.
¡Qué hostilmente miraba — a los ojos del espada!
Pero no quería hablar — de la costumbre en su país,
Aunque por tanto tiempo — la conocía con los Burgundios.

Por feroz y fuerte — que fuera su enemiga,
Si alguien hubiera — informado a Etzel,
Seguramente él hubiera impedido, — lo que ahora aconteció:
En su alta soberbia — todos se lo ocultaron.

Entonces caminaba con mucha gente — Kriemhild a la puerta de la iglesia,
Pero estos dos no querían — cederle el paso,
Ni por dos palmos de mano: — esto no les gustó a los Hunos,
Ella tenía que pasarlos — empujando a los héroes listos.

A los camariegos de Etzel, — no les parecía bien;
Les hubiera gustado — desafiar a los espadas,
Si se hubieran atrevido — ante el rey alto.
Entonces hubo una gran aglomeración — pero nada más.

Cuando después del servicio divino — pensaron en irse,
Vinieron cabalgando — muchos hombres de los Hunos,
También estaban con Kriemhild — muchas muchachas bellas,
Cerca de siete mil espadas — se contaban en el séquito de la reina.

Ahora Kriemhild con sus damas — estaba sentada en las ventanas,
Con Etzel el rico; — esto le gustaba.
Querían ver cabalgar — a los héroes elegidos.
¡Hey! ¡cuántos espadas extraños — se hallaron en el patio ante ellos!

También había llegado el Mariscal — con los caballos.
El valiente Dankwart — había llevado consigo
El séquito de sus señores — del país de los Burgundios:
Encontraron los caballos ensillados — para los valientes extranjeros.

Cuando llegaron a los caballos, — los príncipes y sus vasallos,
Volker, el valiente — empezó a aconsejar,
Que debían hacer un torneo — según las costumbres de su país.
Entonces, los espadas — empezaron a cabalgar magníficamente.

Al amplio patio — vinieron muchos hombres:
Etzel y la señora Kriemhild — observaron todo.
El torneo y el ruido — ambos aumentaron
De parte de cristianos y paganos — lo que no disgustó a nadie.

Al torneo vinieron — cabalgando inmediatamente
Los espadas de Dietrich — con modales altaneros:
Querían divertirse — con los huéspedes;

Si su señor lo permitiera — con gusto lo harían.

¡Hey! ¡cuántos espadas buenos — vinieron en sus caballos!
A Dietrich, el señor — le informaron de eso.
Entonces con el séquito de Gunther — prohibió que compitiesen;
Él cuidaba de su gente; — seguramente por necesidad.

Cuando partieron de la plaza — los súbditos del de Berna,
Vinieron de Bechlaren — los vasallos de Rüdiger,
Quinientos bajo sus escudos — cabalgando ante la sala.
Le disgustó al Margrave; — con gusto lo hubiera prohibido.

Entonces rápidamente vino — abriéndose paso por la tropa,
Y dijo a sus espadas: — que bien habrían notado,
Que los vasallos de Gunther — estaban enojados.
Si dejaran el torneo, — le harían algo bueno.

Cuando se separaron de ellos — los héroes temerarios,
Llegaron los Thuringios, — así nos dijeron,
Y también del país de Dinamarca — como mil espadas valientes;
En todas partes volaron las astillas, — de tantos lanzazos.

Irnfried y Hawart — juntos cabalgaron al torneo:
Los esperaban los del Rhin — con modales soberbios.
Combatieron con aquellos — del país de Thuringia:
Muchos escudos bellos fueron — atravesados de lanzazos.

Entonces vino el espada Blödel, — con tres mil hombres agrupados.
Etsel y la señora Kriemhild — lo notaron bien,
Ya que ante ellos — se ejerció el juego de armas.
Kriemhild lo vio con gusto — por su odio contra los Burgundios.

Ella pensó en su mente, — como casi hubiera acontecido:
«Y si hirieran a alguien — entonces podría yo contar,

Con que se volviera serio: — en mis enemigos
Entonces me vengarían — y no me preocuparía.»

Schrutan y Gibeke — cabalgaron al torneo,
Hornbog y Ramung — según costumbre de los Hunos.
Se pararon ante los héroes — del país de los Burgundios:
Las lanzas girando volaron — hacia la pared de la sala arriba.

Como todos cabalgaron allí, — era todo sólo fingido.
De golpes sobre los escudos — oyeron resonar
El palacio y la sala — por los vasallos de Gunther:
Su séquito se ganaba — el elogio con grandes honores.

Era su diversión — tan fuerte y tan grande,
Que de las mantas de las sillas — corría el sudor claro,
De los buenos caballos — que montaron los héroes.
Desafiaron a los Hunos — con modales soberbios.

Dijo Volker, el valiente, — el trovador noble:
«Son demasiado cobardes, — estos espadas, no nos atacan.
Siempre oí yo decir, — que no nos querían,
Ahora la ocasión no podría — ser más favorable para ellos.»

«Que regresen los caballos» — dijo el rey alto,
«A los establos; seguramente — cabalgaremos más todavía
En las horas de la noche, — cuando sea tiempo para ello:
¿Quiere entonces la reina — ofrecer el premio a los huéspedes?»

Entonces vieron llegar uno a caballo — tan magníficamente
Como en el país de los Hunos — seguramente no habría otro.
Quizá allá en las ventanas — tenía a una querida amada:
Cabalgó tan bien vestido — como la novia de un buen caballero.

Entonces volvió a hablar Volker: — «¿Cómo vamos a dejarlo sin hacer?

Aquél favorito de las mujeres — debe recibir un castigo.
Nadie puede impedírmelo; — le voy a quitar la vida:
No pregunto, si por eso se enoje — la esposa del rey Etzel.»

«Dejad», dijo el rey, — «si puedo pedíroslo.
Nos censurará la gente, — si nosotros los atacamos.
Dejad que empiecen los Hunos; — pronto será así.»
Todavía estaban sentados el rey Etzel, — en la ventana, con la reina.

«Voy a acelerar el torneo», — contradijo Hagen.
«Dejad que vean las mujeres — y todos los espadas,
Cómo sabemos cabalgar; — eso está bien hecho:
Aquí de todos modos elogian poco — los espadas, súbditos de Gunther.»

Volker, el rápido, — otra vez se metió en la lucha.
Entonces causó a muchas mujeres — gran dolor de corazón;
Dio un lanzazo, atravesando — el cuerpo al rico Huno;
Pronto vieron llorar — a muchas doncellas y mujeres.

Entonces corriendo se le acercó — Hagen con sus hombres:
Con sesenta de sus espadas — empezó a cabalgar,
Allá, donde el trovador — había empezado el juego;
Etzel y Kriemhild — bien podían observar todo.

Entonces tampoco los reyes — querían abandonar
Al valiente trovador bueno — entre sus enemigos.
Ahora de mil héroes — fue cabalgado con gran arte;
Hicieron lo que les placía — con modales altaneros.

Cuando el rico Huno — había sido matado,
Se oyeron de sus amigos — lamentos y quejas.
Entonces preguntó el séquito — «¿Quién lo hizo?»
Dijeron los que lo habían visto: — «Volker, el fuerte juglar.»

Por sus espadas y escudos — llamaron inmediatamente,
Los amigos del Margrave — del país de los Hunos.
Querían matar al instante — al trovador;
El anfitrión de su ventana — por eso empezó a apurarse.

Entonces entre los Hunos — se levantaron ruido y gritos,
Con su gente los reyes — bajaron ante la sala;
Los vasallos de Gunther — rechazaron los caballos.
Entonces se acercó el rey Etzel — para reconciliarlos.

A un primo de este Huno — que allá encontró,
Le quitó un arma filosa — de la mano,
Y a todos los hizo retroceder; — estaba en gran ira:
«¡Cómo hubiera perdido — mis servicios en estos héroes!

¡Si por eso hubierais matado — a este trovador,
A todos hubiera colgado! — os lo voy a decir.
Cuando él mató al Huno — yo vi muy bien su ataque,
Que pasó contra su voluntad, — sólo porque tropezó.

Debéis dejar a mis huéspedes — que se vayan con paz.»
Así que él los acompañó. — Jalaron los caballos
Hacia los albergues; — tenían muchos mozos,
Que estaban a su servicio — y cumplieron con toda aplicación.

El anfitrión con sus amigos — regresó a la sala.
Ya no se levantó la ira — ante su mirada.
Preparaban las mesas, — trajeron también el agua,
Ya tenían los del Rhin — bastantes enemigos enconados.

No le gustó a Etzel, — pero muchos grupos seguían
A los príncipes, — bien provistos de armas.
Enojados con los huéspedes, — cuando se sentaron a la mesa
Pensaban en vengar a los amigos, — si hubiera ocasión favorable.

«Que os guste más ir armados — a la mesa, que sin armas»
Dijo el anfitrión del país, — «la descortesía es demasiado grande;
Pero quién se atreva a cometer — la falta más leve contra nuestros
huéspedes,
Lo pagará con su cabeza; — esto sea dicho a vosotros, los Hunos.»

Tardaron mucho en sentarse — los señores,
Porque demasiado luchó con sus penas — la señora Kriemhild.
Ella dijo: «Príncipe de Berna, — hoy tengo que suplicaros
Vuestro consejo y ayuda; — mis asuntos están mal parados.»

Le contestó Hildebrand, — un espada virtuoso:
«Quien lucha contra los Nibelungos — lo hace sin mi ayuda,
Aunque me ofrecieran muchos tesoros; — se arrepentiría.
Ellos todavía están invictos, — los espadas rápidos y listos.»

«Sólo me importa Hagen, — él me ha hecho mal,
Cuando asesinó a Siegfried, — a mi querido esposo,
Quien lo separase de ellos, — recibiría mi oro.
Si alguien más tuviera que pagar por él, — yo lo sentiría mucho.»

Entonces dijo el maestro Hildebrand: — «¿Cómo puede pasar esto,
Matar a él? — Deberíais verlo vos misma:
Si desafiaran al espada, — fácilmente habría una lucha,
Que pobres y ricos pronto — se encontrarían muertos.»

Entonces dijo el señor Dietrich, — con mente honrada:
«Dejad las palabras, — reina rica,
Vuestros amigos no me han hecho — un mal tan grande,
Para que yo deba luchar — contra los espadas valientes.»

«La súplica te honra poco, — nobilísima reina,
Que intentes traicionar — a tus amigos.

Vinieron con confianza — hacia aquí a este país:
Siegfried no será vengado — por la mano de Dietrich.»

Cuando no encontró infidelidad — en el de Berna,
Pronto le juró en la mano — a Blödel
Una región amplia, — que Nudung poseyó una vez;
Más tarde lo mató Dankwart, — de modo que olvidó el regalo.

Ella dijo: «Tú debes ayudarme, — hermano Blödelein.
Aquí en esta casa — están mis enemigos,
Que mataron a Siegfried, — a mi querido esposo.
A quien me ayudara a vengarlo — siempre obedecería yo.»

Le contestó Blödel, — que estaba sentado a su lado:
«No puedo mostrar tanto odio — a vuestros amigos,
Porque mi hermano Etzel — los quiere tanto.
Si los desafiara, el rey — no me lo perdonaría.»

«No tanto señor Blödel, — siempre os tendré afecto.
Te daré en recompensa, — mi plata y mi oro
Y una bella viuda, — la esposa de Nudung;
Siempre podréis acariciar — su cuerpo bellísimo.

El campo que pertenecía a los castillos, — todo os daré,
De modo que viviréis, caballero querido, — siempre alegremente con ella,
Si ganáis la región, — que una vez poseyó Nudung,
Lo que os prometo aquí, — lo cumpliré con fidelidad.»

Cuando Blödel oyó ofrecer — tanta recompensa,
A causa de su belleza, — le gustó mucho la mujer,
Quería ganar en la lucha, — a la mujer bellísima,
Entonces este espada tuvo — que perder vida y cuerpo.

Dijo él a la reina: — «Id de nuevo a la sala,

Antes de que se den cuenta, — voy a causar un gran alboroto.
Hagen debe pagar — lo que os ha hecho,
Os traeré en cadenas, — al vasallo del rey Gunther.»

«Ahora armaos», dijo Blödel, — «todos vosotros, mis vasallos,
Vamos a asaltar a los enemigos — en su albergue.
No quiere renunciar a ello — la esposa del rey Etzel;
Todos los héroes aquí debemos — arriesgar la vida y el cuerpo.»

Cuando despidió al espada Blödel — la reina,
Para que empezase la lucha, — se sentó a la mesa,
Con Etzel el rey — y con muchos súbditos,
Había hecho intrigas malas — contra los huéspedes.

Cómo se fueron a la mesa — os lo diré:
Vieron a ricos reyes — que llevaron la corona ante ella;
Muchos altos príncipes — y muchos valientes espadas,
Se vieron ante la reina — con modales cortesanos.

El rey indicó a los huéspedes — los asientos en todas partes,
A los más altos y los mejores — a su lado en la sala.
Distinguió en la comida — a los cristianos y paganos.
Dieron en abundancia a ambos — como el sabio rey lo aconsejó.

En el albergue comió — todo el séquito:
Por escanciadores — fue servido, únicamente.
Ellos para darles de comer — se habían esmerado.
El hospedaje y la alegría — pronto fueron sustituidos por lamentos.

Cuando los señores todos — estaban sentados,
Y empezaron a comer — entonces a la sala
Fue llevado con los príncipes, — el hijo del rey Etzel.
Gran dolor ganó por ello — el rico rey.

Vinieron cuatro del séquito — de Etzel;
Y trajeron a Ortlieb, — al joven príncipe
Con los príncipes a la mesa, — donde también estaba sentado Hagen.
El niño tuvo que morir — a causa de su odio mortal.

Cuando el rey rico — vio a su hijo,
A los hermanos de su esposa, — bondadosamente, dijo entonces:
«Ahora mirad, amigos míos — éste es mi único hijo
Y el de vuestra hermana, — de quien recibiréis favores en lo futuro.

Si sigue a sus antepasados, — será un hombre fuerte,
Rico y noble también, — valiente y bello.
Si vivo bastante para verlo, — le daré los países de doce reyes ricos,
Entonces os prestará todavía servicios — la mano del joven Ortlieb.

Por eso me gustaría pedirlos, — queridos amigos míos,
Cuando cabalguéis de nuevo — a vuestro país, hacia el Rhin,
Que entonces llevéis con vosotros — al hijo de vuestra hermana
Y que tengáis siempre afecto — hacia el niño.

Educadlo en honores — hasta que sea un hombre:
Si alguien en vuestro país, — os ha hecho un mal,
Él ayudará a vengarlo, — cuando le haya crecido su cuerpo.»
Estas palabras las oyó también, — Kriemhild, la esposa del rey Etzel.

«Seguramente deberían tenerle — confianza, todos estos espadas,
Si creciera a hombre», — contradijo Hagen,
«Pero el joven rey tiene — un aspecto tan enfermizo,
Raras veces me verán ir — a la corte de Ortlieb.»

El rey miraba a Hagen: — le disgustaron sus palabras.
Aunque no contestaba nada, — el rey siempre listo,
Se entristecía en el alma, — y le pesaba en el ánimo;
La mente de Hagen no se prestaba — a diversión alguna.

Como al rey, le dolía esto — también a su séquito,
Lo que Hagen había dicho — aquí de este niño,
Que tuvieran que soportarlo — a todos les pesó mucho,
Todavía no podían saber, — lo que pronto haría el espada.

Muchos que lo oyeron — y estaban enojados contra él,
Con gusto lo hubieran desafiado; — hasta el mismo rey,
Si hubiera podido hacerlo con honor; — entonces el héroe hubiera estado
en apuros.

Pronto Hagen le hizo algo peor, — se lo mató ante sus ojos.

XXXII AVENTURA CÓMO BLÖDEL LUCHÓ CON DANKWART EN EL ALBERGUE

Los espadas de Blödel — estaban armados todos,
En mil armaduras — entraron a la sala,
Donde Dankwart, con los mozos — estaba sentado en las mesas.
Entonces los héroes comenzaron — a odiarse con suma crueldad.

Cuando el espada Blödel — se paró ante la mesa,
Dankwart, el Mariscal, — lo recibió amablemente:
«Bienvenido aquí a la casa, mi señor Blödelein:
Me asombra vuestra venida; — decid, ¿qué hay de nuevo?»

«No me necesitas saludar», — dijo entonces Blödelein.
«Porque ésta mi venida, — debe ser tu fin,
Por Hagen, tu hermano, — que asesinó a Siegfried.
Por eso tú pagarás y otros — muchos héroes, con los Hunos.»

«No así, mi señor Blödel», — dijo entonces Dankwart,
«De este modo nos arrepentiríamos — de este viaje a la corte.
Yo era un niño, cuando Siegfried — dejó la vida y el cuerpo,
No sé qué quiere de mí, — la esposa del rey Etzel.»

«No sé decirte más — de este asunto,
Lo hicieron tus amigos — Gunther y Hagen.
Ahora defendeos, pobres de vosotros, — ya no podréis vivir más tiempo.

Debéis dar una prenda a Kriemhild, — con vuestra muerte.»

«No queréis dejarlo», — dijo entonces Dankwart,
«Me arrepiento de mi súplica, — la debería haber ahorrado.»
El espada rápido y valiente, — brincó de la mesa,
Un arma filosa desenvainó, — que era poderosa y larga.

Con ella dio a Blödel — un espadazo rápido,
Que la cabeza en el yelmo — cayó ante sus pies.
«Ésta sea la dote de la boda», — dijo el espada rápido,
«Para la viuda de Nudung, — que tú ibas a desposar.

Que mañana la casen — con algún otro hombre:
Si él quiere la dote — se la daré como a ti.»
Un fiel Huno — se lo había dicho,
Cómo la princesa le había — confesado su gran dolor.

Vieron los hombres de Blödel, — que su señor fue muerto.
Esto ya no querían tolerar — más de los huéspedes.
Con las espadas desnudas — a los escuderos
Atacaron con ira: — muchos lo tuvieron que sentir.

Con voz alta, el Mariscal — llamó a todos los escuderos:
«Veis bien, nobles escuderos — estamos perdidos.
Ahora defendeos, pobres de vosotros, — cómo os obliga la necesidad,
A fin de que sin vergüenza — podáis morir honrosamente.»

Aquellos que no tenían espadas, — tomaron los bancos,
Y levantaron de los pies — muchos banquillos largos.
Los escuderos de los Burgundios — no querían tolerar nada de ellos;
Con pesadas sillas — se abollaron muchos yelmos.

¡Qué feroces los forasteros — se defendían en la lucha!
Empujaron de la casa — a los armados,

Quinientos o más sucumbieron — a la muerte adentro.
El séquito estaba mojado — y también rojo de sangre.

Estas nuevas terribles — dentro de poco tiempo
Llegaron a los espadas del rey Etzel: — ellos lo sentían furiosamente,
Que con sus hombres Blödel — hubiese ganado la muerte:
Esto lo había hecho el hermano — de Hagen con sus vasallos.

Antes de que lo oyera el rey, — ya estaba un ejército de los Hunos
Armado en gran ira, — dos mil o más,
Se fueron con los vasallos, — así tenía que ser,
Y no dejaron del séquito — a uno solo con vida.

Cuando los infieles — invadieron la casa,
Entre los guerreros se levantó — un enorme ruido.
¿De qué sirvieron fuerza y valentía? — Siempre encontraron la muerte.
Después de breve rato se produjo — miseria medrosa.

Ahora debéis oír milagros, — y decir cosas increíbles:
Nueve mil vasallos — yacieron muertos,
Además doce caballeros, — vasallos de Dankwart,
A él, sólo en el mundo, — vieron enfrente de sus enemigos.

Se había callado el alboroto — y silenciado el ruido.
Sobre su espalda miraba — Dankwart, el héroe:
Él dijo: «¡Ay de mis amigos — que yo vi caer!
Ahora desgraciadamente estoy — solitario entre mis enemigos.»

Las espadas cayeron violentamente — sobre el cuerpo de uno sólo,
Pronto tuvieron que llorarlo — las mujeres de muchos héroes.
Levantó más alto el escudo — dejó caer la correa:
Entonces coloreó muchos arneses — de nuevo con sangre corriente.

«Ay de tanto sufrimiento» — dijo el hijo de Aldrian.

«Ahora abridme paso, héroes Hunos, — y dejadme sentir el aire,
De modo que el viento me enfríe, — a mí, hombre cansado de la lucha.»
Entonces contra la puerta atacó — fuertemente con golpes.

El héroe, con gran ira — brincó fuera de la casa:
Cuántas espadas de nuevo — resonaron en su yelmo.
Aquellos que no habían visto — las maravillas que hizo su mano,
Tenían que caer ante aquél — del país de los Burgundios.

«Quisiera Dios», dijo Dankwart, — «que me llegara un mensajero,
Por quien mi hermano Hagen — supiera las nuevas,
Que yo, frente a estas espadas, — estoy en tal peligro.
Él me ayudaría a escapar — o él mismo encontraría la muerte.»

Dijeron entonces unos espadas de los Hunos: — «Este mensajero tú debes
serlo,
Cuando, muerto te llevemos — ante tu hermano.
Entonces solo verá su dolor — el vasallo del rey Gunther.
Al rey Etzel tú le hiciste — gran daño aquí.»

Él dijo: «Dejad vuestras amenazas — y retroceded de mí.
Si no, a muchos salpicaré — con sangre su armadura, aquí.
Yo mismo llevaré las nuevas — a la corte.
Y voy a quejarme con mis señores — de mi gran dolor.»

Se hizo tan terrible — a la gente de Etzel,
Que con sus espadas — no se atrevieron a atacarlo:
Entonces tiraron tantas lanzas — en su escudo,
Que a causa de que se hizo tan pesado — tuvo que dejarlo de la mano.

Se imaginaron que podían vencerlo — porque no llevaba escudo:
¡Hey! ¡cuántas heridas profundas — todavía causó a través de los yelmos!
Entonces ante él tuvieron que tropezar — muchos hombres valientes,
De modo que el temerario Dankwart — ganó muchos elogios altos.

De ambos lados, los adversarios — lo asaltaron;
Muchos de ellos llegaron — demasiado pronto a la lid.
Estaba ante sus enemigos — como un jabalí
En el bosque ante los perros; — ¿cómo podría ser más valiente?

Su camino siempre de nuevo — se salpicó de sangre caliente.
¿Cómo podía jamás un solo — espada luchar tan bien
Contra tantos enemigos, — como él lo hizo aquí?
Vieron irse a la corte magníficamente — al hermano de Hagen.

El Mariscal y los escanciadores — oyeron el sonido de espadas:
Muchos dejaron caer — las bebidas de sus manos,
O también los platillos — que llevaron a la corte;
Entonces encontró ante la escalera — todavía enemigos fuertes.

«¿Cómo, buenos escuderos?» — dijo el espada cansado,
«Ahora deberíais cuidar — amablemente a los huéspedes,
Y deberíais llevar la noble comida — a las mesas,
Y dejadme llevar a mis señores — las nuevas a la corte.»

Quien entonces había ganado valor — saltó ante la escalera,
A muchos de ellos golpeó — tan pesadamente con la espada,
Que por el susto, los demás — le abrieron el paso:
Entonces sus fuerzas habían hecho — grandes maravillas.

XXXIII AVENTURA CÓMO DANKWART TRAJÓ LAS NUEVAS A SUS SEÑORES

Cuando Dankwart el valiente — entró por la puerta,
Y pidió al séquito de Etzel — que retrocedieran,
Llenos de sangre estaban — todos sus vestidos,
Una filosa arma desnuda — llevaba en la mano.

A esta misma hora, cuando Dankwart — entró por la puerta,
Llevaron a Ortlieb a la sala — de aquí para allá
De una mesa a la otra, — al príncipe bien nacido.
Por sus malas nuevas, — se perdió el niño.

De voz alta gritó entonces — Dankwart a un espada:
«Estáis sentado, hermano Hagen, — por demasiado tiempo en paz,
Ante vos y ante Dios en el cielo, — me quejo de nuestro dolor:
Caballeros y vasallos, — están muertos en el albergue.»

Éste le gritó en contestación: — «¿Quién lo ha hecho?»
«Lo hizo el espada Blödel — y sus vasallos.
También lo han pagado terriblemente, — voy a decíroslo,
Con estas mis manos — lo he decapitado.»

«Este es poco daño», — dijo Hagen, sin miedo,
«Si se dicen tales nuevas — de un espada,
Que de manos de un héroe — haya sido matado;

Menos deberían lamentarlo — las mujeres bellas.

Pero decidme, querido hermano — ¿por qué estáis tan rojo?
Creo, que sufrís — mucho de heridas?
¿Está aquí en el país, — quién lo ha hecho?
Sólo si el mal diablo le ayuda — no perderá su vida.»

«Me veis sin herida, mi vestido — está empapado de sangre,
Que salió de las heridas — de otros buenos espadas,
De los cuales muchos hoy — yo he matado.
Si tuviera que jurarlo, — no sabría decir el número.»

Entonces dijo él: «Hermano Dankwart, — guardadnos la puerta,
Y no dejad salir a un solo — hombre de los Hunos,
Entonces hablaré con los espadas, — de cómo la necesidad nos apremia,
Nuestro séquito yace sin culpa, muerto — de las manos de ellos.»

«Si debo llegar a ser camariego», — dijo el hombre valiente,
«Con reyes tan ricos me parece — bien tal oficio:
Voy a cuidar las escaleras — con todos mis honores.»
No lo podían sentir más — los espadas de Kriemhild.

«Ahora quisiera saber», — dijo Hagen de nuevo,
«Lo que los Hunos aquí — cuchichean,
Quisieran carecer del que guarda — la puerta allá,
Y que nos trajo las nuevas de la corte — a los Burgundios.

Desde hace mucho oí — decir a Kriemhild
Que ella no quería soportar su dolor — sin vengarlo.
Ahora brindemos por el amor — y paguemos el vino de Etzel;
El joven rey de los Hunos — debe ser el primero de todos.»

A Ortlieb, el niño lo mató — Hagen, el buen espada,
Que de la espada hacia la mano — le corrió la sangre

Y su cabeza brincó — al regazo de la reina.
Entonces empezó entre los espadas — una matanza feroz y grande.

También al preceptor — que cuidaba al niño
Con sus dos manos — le dio un rápido golpe,
De modo que su cabeza rodó — bajo los pies de la mesa.
Era un sueldo lamentable — que dio al preceptor.

Vio ante la mesa de Etzel — a un juglar;
Hagen, en su ira — corrió hacia él,
Le corto sobre el violín, — la mano derecha,
«Que esto era para el mensaje — al país de los Burgundios.»

«Ay de mi mano», dijo Werbel, — el juglar de Etzel.
«Señor Hagen de Tronje, ¿qué os había hecho a vos?
Yo vine con gran fidelidad — al país de vuestros señores.
¿Cómo tocaré ahora los sonidos — ya que he perdido mi mano?»

A Hagen esto le preocupaba poco, — aunque jamás volviera a tocar el
violín.

Satisfizo en la casa — su gran deseo de matar,
En los espadas del rey Etzel, — de los cuales mató a muchos.
En la sala él causó la muerte — a bastantes caballeros.

Volker, su compañero — brincó de la mesa,
¡Qué fuertemente sonó el arco — del violín en su mano!
Toscamente tocaba su violín — el juglar de Gunther,
¡Hey! ¡Cuántos enemigos ganó — entre los Hunos valientes!

También se levantaron rápidamente de las mesas — los tres reyes altos,
Querían reconciliarlos, antes — de que fuera más grande el daño,
Pero sus fuerzas en vano — se opusieron,
Cuando Volker con Hagen — empezaron a rabiar.

Cuando vio el señor del Rhin, que no podía — separarlos en la lucha,
Entonces el mismo rey causó — muchas heridas profundas,
A través de las armaduras brillantes — a sus enemigos malos,
El héroe era rápido, — esto salió a la vista.

También se unió a la lucha — Gernot el fuerte:
Bien mató de los Hunos — a muchos héroes,
Con la espada filosa, — que Rüdiger le dio;
Con esta llevó a la tumba — a muchos de los héroes de Etzel.

El hijo más joven de la señora Ute — también corrió a la lucha,
Su arma magníficamente — atravesaba los yelmos
De los espadas del rey Etzel, — en el país de los Hunos.
Muchos grandes milagros hizo la mano — de Geiselher, el valiente.

Por temerarios que todos fueran — los príncipes y sus vasallos,
Pero a Geiselher vieron — adelantándose a todos,
Con los fuertes enemigos — él era un buen espada.
Tumbó con grandes heridas — a muchos en la sangre.

También se defendían poderosamente — los vasallos de Etzel.
A los huéspedes vieron ir y venir — dando espadazos,
Con sus espadas brillantes, — a través de la sala del rey,
En todas partes se oyó — el horrible sonido de lamentos.

Entonces querían los de afuera — juntarse con sus amigos adentro.
Pero en la puerta encontraron — poca ventaja;
Querían los de adentro — salir de la sala,
Dankwart no dejó a ninguno — subir o bajar la escalera.

Por eso en la puerta se hizo — un alboroto violento,
Y de golpes de espada un gran ruido, — sobre los yelmos.
Entonces el valiente Dankwart se vio — en grandes apuros:
Hagen lo consideraba — como la fidelidad se lo mandó.

Entonces con voz alta — Hagen llamó a Volker:
«Mirad allí, compañero — ¿ante muchos hombres de los Hunos
Cómo mi hermano está parado — bajo fuertes golpes?
Cuidadme, amigo, al hermano — antes de que perdamos al espada.»

El trovador le contestó: «Seguro, así lo haré.»
Después, tocando su violín, — empezó a caminar por la sala:
Una espada dura resonó — en su mano frecuentemente.
Los guerreros del Rhin por ello — le dieron sinceras gracias.

Volker, el valiente, — dijo a Dankwart:
«Hoy habéis sufrido — grandes dificultades.
Me pidió vuestro hermano — que fuera a ayudaros:
Si queréis quedaros afuera, — yo voy a quedar dentro de la puerta.»

Dankwart, el rápido se paró — fuera de la puerta:
Así rechazó de la escalera — a quien saliera de ella.
Oyeron resonar las armas — de las manos de los héroes;
Lo mismo hizo adentro Volker — del país de los Burgundios.

El temerario trovador — llamó al espada entonces:
«La sala está bien cerrada, amigo Hagen — quedaos tranquilo:
Atrancada está totalmente — la puerta del rey Etzel,
De la mano de dos héroes — que prefiero a mil aldabas.»

Cuando el fuerte Hagen vio — guardada la puerta,
Tomó sobre sus espaldas su escudo — el valiente y buen espada.
Sólo ahora empezó a vengar — el sufrimiento de sus amigos:
Su ira tenían que pagar muchos caballeros — valientes en la lucha.

Cuando el señor de Berna — vio bien este milagro,
Cómo el fuerte Hagen — rompió todos los yelmos;
El señor de los Amelungos — saltó a un banco;

Él dijo: «Aquí Hagen está escanciando — una bebida muy agria.»

El anfitrión quedaba muy apenado, — su esposa igualmente,
¡Cuántos buenos amigos — mataron ante sus ojos!
Él mismo apenas estaba en un lugar seguro — del grupo de sus enemigos.
Estaba sentado en grandes temores; — ¿De qué le servía que fuese el rey?

Kriemhild la rica — llamo a Dietrich:
«Ayúdame que salga con vida, — héroe noble,
Por la virtud de todos los príncipes — del país de los Amelungos:
Porque si Hagen me alcanza, — perderé la vida.

No debéis permitir eso, señor Dietrich, — noble y buen caballero:
Dejad ahora ver — vuestro valor virtuoso,
Y llevadme de aquí — o me quedaré muerta;
Ayudadme a mí y al rey — de estos apuros angustiosos.»

«Yo procuraré — a ver si puedo ayudaros;
Pero en verdad — en mucho tiempo
No he visto tantos buenos caballeros — tan airados:
Veo como corre la sangre de las espadas, — por los yelmos.»

Con tal fuerza empezó a llamar, — el caballero escogido,
Que su voz resonó — como un cuerno de búfalo,
Y que la fortaleza amplia — resonó con su fuerza,
La fuerza de Dietrich — era grande y poderosa.

Oía el rey Gunther — llamar a este hombre,
En la lucha dura. — Empezó a escuchar:
«La voz de Dietrich — ha llegado a mi oído,
Nuestros espadas seguramente — le habrán matado a uno de los suyos.

Lo veo parado sobre la mesa — hacer señas con la mano.
Primos y amigos míos, — del país de los Burgundios,

Cesad la lucha; dejad primero — escuchar y ver
Lo que a Dietrich pasó — de parte de mis hombres.»

Cuando de este modo el rey Gunther — rogó y también mandó,
Entonces bajaron las espadas — en medio de la batalla.
Era comprobación de su poder — que ya nadie golpeará.
Preguntó a aquél de Berna — bien rápidamente por sus nuevas,

Dijo: «Nobilísimo Dietrich, — ¿qué os ha pasado
Aquí de parte de mis amigos? — Me veréis listo.
Estoy dispuesto a daros — indemnización y penitencia,
Si alguien os hubiera hecho algo malo, — lo sentiría mucho.»

Entonces dijo el noble Dietrich: — «¡A mí no me pasó nada!
Dejadme salir de la casa, — hecha la paz, con vosotros
De esta lucha dura, — con mi séquito,
Para eso siempre estaré obligado — a vosotros, espada.»

«¿Por qué tenéis que suplicar tanto?» — dijo entonces Wolfhart,
«El trovador no tiene guardada — la puerta de tal modo,
Que no pudiésemos abrirla, — de modo que podríamos salir.»
«Callaos», dijo el señor Dietrich — «por todos los diablos podéis hacerlo.»

Entonces dijo el rey Gunther: — «Esto os sea concedido,
Llevad de la casa tantos — como os gusten,
Con excepción de mis enemigos; — estos deben permanecer aquí,
De parte de ellos he sufrido — gran dolor, con los Hunos.»

Cuando lo oyó el de Berna — con un brazo tomó
A la reina noble; — grande era el miedo de ella,
Con el otro brazo llevaba — a Etzel de la casa.
También seguían a Dietrich — para afuera seiscientos espadas.

Entonces empezó el Margrave, — el noble Rüdiger:

«Pero si de esta casa todavía — debe salir alguien más,
Quien os quiera servir con gusto — bien hacédmelo saber,
Así que haya siempre paz, — en la alianza de fieles amigos.»

A su suegro entonces contestó — Geiselher inmediatamente:
«Paz y reconciliación os sean — ofrecidas por nosotros;
Vos siempre cumplís con fidelidad; — vos y vuestros vasallos
Podéis ir con vuestros amigos — sin temor alguno.»

Cuando Rüdiger el Margrave — abandonó la sala de Etzel,
Quinientos o más — le seguían también,
La escalera abajo, — de los señores, sus vasallos,
Por lo que el rey Gunther — pronto ganó gran daño.

Entonces un guerrero Huno — vio irse al rey Etzel,
Al lado de Dietrich: — y lo quería ver bien.
A éste el Trovador — dio un fuerte golpe,
De modo que ante los pies de Etzel — su cabeza cayó al suelo.

Cuando el anfitrión del país — llegó ante la puerta de la casa,
Se volvió y miraba — para arriba hacia Volker.
«Ay de estos huéspedes, — qué dolor tan feroz,
Que todos mis espadas encuentren — la muerte ante ellos.

¡Ay de estas fiestas de corte!» — dijo el alto rey,
«Allí adentro combate uno — que se llama Volker,
Como un salvaje jabalí — y es un trovador,
Doy gracias a mi suerte, — que escapé a este diablo.

Sus melodías suenan mal, — sus tocatas son rojas;
Bien me matan a muchos héroes — sus sonidos.
No sé, qué nos reprocha — este trovador,
De modo que en mi vida — no he tenido huésped tan horrible.»

Hacia los albergues se fueron — los dos altos héroes,
Dietrich de Berna — y el Margrave Rüdiger.
Les hubiera gustado a ellos mismos — terminar la pelea,
Y también mandaron a sus hombres — que debían evitar la lucha.

Y si los huéspedes hubieran — previsto los sufrimientos
Que de ambos todavía — iban a recibir,
No hubieran podido salir — tan fácilmente de la casa,
Antes de sufrir un castigo — de los hombres temerarios.

Habían dejado salir de la sala — a aquellos, que querían,
Entonces empezó adentro — un ruido tremendo,
Los huéspedes vengaban amargamente — su dolor y su vergüenza,
Volker, el valiente, — ¡hey! ¡cuántos yelmos rompió!

Se dirigió hacia el ruido — Gunther, el alto rey:
¿«Oís los sonidos, Hagen, — que Volker allí
Toca con los Hunos, cuando alguien — se acerca a la puerta?
Tiene pintura roja — en su arco de violín.»

«Me entristece mucho», — contradijo Hagen,
«Que jamás gané el asiento — al lado de Volker, el espada;
Yo fui su compañero — él mi amigo,
Y si salimos de aquí — lo seremos con fidelidad.»

«Ahora mira, rey Gunther — Volker te tiene afecto:
¡Cómo sabe ganar — tu plata y tu oro!
Su arco de violín corta — a través del acero duro,
Él tira de los yelmos — al suelo los brillantes adornos.

Jamás he visto juglar alguno — tan magníficamente parado,
Como en este día se hizo — de Volker, el espada.
Sus melodías resuenan — por yelmos y escudos:
Debe montar buenos caballos — y llevar lujosos vestidos.»

De tantos espadas Hunos — que estaban en la sala,
Ni uno sólo quedó con vida — de todos ellos.
Se tranquilizó el ruido, — cuando nadie quedaba para luchar.
Los espadas valientes pusieron — a un lado sus espadas.

XXXIV AVENTURA CÓMO ECHARON LOS MUERTOS DE LA SALA

Se sentaron de cansancio — los señores y descansaban.
Volker y Hagen — salieron de la casa
Apoyándose en el escudo, — en su soberbia;
Conversaban con palabras ingeniosas — ambos héroes buenos.

Entonces dijo de Burgundia, — Geiselher el espada:
«Todavía no debéis, — amigos queridos, descansar
Primero debéis sacar — de la casa a los muertos.
Todavía nos atacarán, — esto voy a advertiros, de verdad.

Ellos ya no deben quedar aquí — a nuestros pies,
Antes de que atacando — los Hunos pueden vencernos,
Todavía causaremos muchas heridas, — lo que me parece bien,
Esto», dijo Geiselher, — «lo cumpliré con gusto».

«Bien de mí, por tal señor» — dijo Hagen entonces,
«El consejo era muy propio — de un espada,
Como lo es nuestro joven señor, — lo hemos visto hoy:
Burgundios, todos podéis — regocijaros de ello.»

Entonces siguieron el consejo del joven — y llevaron ante la puerta
A siete mil muertos — que tiraron para afuera,
De la escalera de la sala — cayeron hacia abajo;

Entonces sus amigos empezaron — a lamentarse lastimeramente.

También había algunos entre ellos, — sólo heridos ligeramente.
Si los hubieran cuidado bien, — todavía sanarían,
Pero de la caída alta — ahora encontraron la muerte.
De esto se lamentaban sus amigos, — la verdadera necesidad los obligaba.

Entonces dijo el trovador, — el espada valiente,
«Ahora veo — que me han dicho la verdad,
Los Hunos son cobardes, — se lamentan como mujeres,
Ahora que deberían cuidar — el cuerpo de los malheridos.»

Entonces un Margrave creyó, que lo decía — en serio y con sinceridad.
Uno de sus primos había caído — allá en la sangre,
Pensaba llevárselo — y quería abrazarlo,
Entonces lo mató con la flecha, — el trovador valiente.

Cuando lo vieron los demás, — huyeron de la sala,
Todos empezaron — a maldecir al trovador.
Una lanza Volker levantó — del suelo, filosa y dura,
Que de un Huno fue tirada — hacia él.

Ésta la volvió a lanzar a través — del patio del castillo, con fuerza
Encima de sus cabezas. — El pueblo de Etzel se retiró
Asustado del tiro, — más lejos de la casa,
De sus fuerzas todo el mundo — tenía susto y horror.

Entonces estaba parado ante la casa, — Etzel con muchos hombres.
Volker y Hagen — empezaron a hablar
Con el rey de los Hunos, — con sus modales soberbios.
Esto pronto causó gran pena — a estos héroes valientes y buenos.

«Bueno sería», dijo entonces Hagen, — «y consuelo del pueblo en el dolor,
Si los señores lucharan — delante de todos en la batalla,

Como de mis señores — cada uno lo hace aquí:
Ellos rompen los yelmos, así — que de sus espadas corre la sangre.»

Tan valiente era el rey Etzel — que cogió su escudo:
«Ahora cuidad de vuestra vida», — dijo entonces Kriemhild,
«Y ofreced oro a los espadas — en vuestro escudo,
Porque si Hagen os alcanza, — tenéis la muerte de la mano.»

Tan valiente era el rey — que no quería abandonar la lucha,
Para lo que príncipes tan poderosos — raras veces están dispuestos.
Tenían que alejarlo, jalando — las correas del escudo.
Hagen el feroz, continuó, — burlándose más de él:

«¡Qué parentesco tan cercano!» — dijo Hagen luego
«Que ligó Etzel — con Siegfried,
Él amaba a Kriemhild, antes — de que ella te hubiera visto,
Rey Etzel, cobarde — ¿por qué no me atacas?»

Estas palabras oyó — la reina noble,
Y de ellas se enojaba — Kriemhild en su alma.
Que pudiera insultarla — ante tantos hombres de Etzel,
Contra los huéspedes empezó — de nuevo a incitarlos.

Ella dijo: «Quien me matara — al de Tronje, Hagen,
Y trajera su cabeza — como regalo a mí,
Con oro rojo le llenaría — el escudo de Etzel,
También le daría en recompensa — muchos buenos castillos y tierras.»

«No sé por qué titubean tanto», — dijo el trovador,
«Jamás vi, que héroes se hayan — portado tan cobardes,
Cuando se escuchó ofrecer — un sueldo tan rico.
Bien debería Etzel jamás — volver a darles su afecto.

Aquellos que con vergüenza y humillación — comen el pan del rey

Y ahora lo dejan abandonado — en su mayor necesidad,
De ellos veo ahora muchos — parados bien temerosos,
Y fingen ser tan valientes: — jamás escaparán de la vergüenza.»

Etzel, el rico tenía — apuros y dolores:
Lamentaba la muerte — de sus hombres y sus amigos;
De muchos países estaban a su lado — muchos guerreros en la contienda,
Y lloraron con el rey — su profundo sufrimiento.

Entonces pensaron los mejores: — «Volker dijo la verdad.»
Pero nadie de ellos — los lamentó tan profundamente
Como el Margrave Iring — el señor del país de los Daneses,
Lo que después en breve rato — se comprobó como verdad.

XXXV AVENTURA CÓMO MATARON A IRING

Entonces exclamó el Margrave Iring, — del país de Dinamarca:
«Por mucho tiempo he dirigido — mi mente hacia el honor,
También lo mejor he cumplido — en muchas batallas:
Ahora traedme mi armadura: — entonces voy a desafiar a Hagen.»

«No te lo aconsejaré» — empezó entonces Hagen,
«De otro modo más todavía tendrán que lamentar — los vasallos de Etzel:
Aunque dos o tres tratarán — de entrar a la sala;
Bien golpeados los mandaré — escalera abajo.»

«No lo dejaré por ello», — gritó Iring de nuevo:
«Ya he intentado muchas veces — igual riesgo.
Con mi espada y yo solo — voy a atacarte,
Y aunque tú hubieras hecho más — que todos los demás en la lucha.»

Entonces Iring fue armado — según costumbre caballeresca,
Y también Irnfried, — el Landgrave de Thuringia,
Y Hawart, el fuerte, — con mil hombres más:
Querían ayudar a Iring, — en todo lo que él intentara.

Entonces el trovador vio — un gran ejército,
Que, armado, vino con Iring — hacia ellos.
Tenían amarrados — los claros y buenos yelmos.
Entonces el valiente Volker — empezó a enojarse.

Él dijo: «Ven, Hagen, — ¡allá anda Iring,
Quien prometió que él solo — iba a vencernos!
¿Deben héroes mentir? En verdad, — lo censuro mucho
Con él van armados — mil guerreros o más.»

«Ahora no me acuséis de mentira» — dijo aquél vasallo de Hawart,
«Con gusto cumpliré — con lo que anuncié.
Por cobardía mi palabra — no será rota:
Aunque Hagen sea lo feroz que sea — yo solo lo desafiaré.»

Suplicándoles mucho, con ruegos — Iring pidió a los amigos y vasallos,
Que lo dejaran solo — luchar con el héroe.
No les gustó hacerlo, demasiado bien — les era conocido,
Hagen el soberbio — del país de los Burgundios.

Entonces les rogó tanto tiempo — hasta que sí se hizo.
Cuando el séquito — vio su voluntad
Y que competía por honor — entonces lo dejaron irse:
Entonces de los dos — vieron una lid terrible.

Iring, el fuerte — levantó la lanza en alto,
Se cubrió con el escudo — el digno y alto espada:
Así atacó con violencia — a Hagen ante la sala;
Entonces de los espadas — empezó un ruido tremendo.

Tiraron las lanzas fuertemente — de la mano
A través de los fuertes escudos, — a su claro vestido,
De modo que los palos volaron — altamente al aire;
Entonces agarraron sus espadas — los espadas crueles, atrevidamente.

La fuerza de Hagen, el fuerte — era sin medida grande;
Pero Iring lo golpeó — que todo el castillo resonó:
Dieron eco el palacio y las torres — de tantos golpes.

Siempre no pudo cumplir su deseo — el espada valiente.

Iring dejó parado — ileso a Hagen,
Empezó a atacar entonces — al trovador,
Él creyó, que podía vencerlo — con sus golpes feroces,
Pero sabía guardarse — este delicado espada.

Entonces el trovador golpeó — que de la orilla del escudo
Los adornos volaron a causa — de la fuerte mano de Volker.
También a éste lo dejó en paz, — era un hombre malo
Ahora corrió contra el rey Gunther, — el rey de los Burgundios.

Entonces cada uno era — lo suficientemente fuerte para el combate:
Como Gunther golpeó a Iring — y éste a aquél,
No sacaron de las heridas — la sangre corriente,
Lo evitó su armadura — que era demasiado firme y buena.

Dejó parado a Gunther — y atacó a Gernot;
Empezó a martillearle — el fuego de las mallas.
Entonces el fuerte Gernot — de los Burgundios
Casi hubiera enviado a la muerte — a Iring el valiente.

Entonces saltó del príncipe; — bastante rápido era:
Mató a cuatro de los Burgundios — hábilmente el héroe,
Del noble séquito de guerreros — de Worms, a las orillas del Rhin.
Por eso Geiselher — no podía estar más iracundo.

«Sabe Dios, señor Iring», — dijo Geiselher, el joven.
«Tenéis que pagarme a aquellos, — que aquí yacen muertos
Ante vos en esta hora.» — Atacó a Iring entonces
Y golpeó al héroe danés — de modo que empezó a tropezar.

Y cayó ante sus pies, — al suelo en la sangre,
De modo que todos tenían que pensar, — que este buen espada,

Ya no podría dar otro golpe — con su espada, en una batalla:
Pero Iring todavía — yacía ileso ante Geiselher.

Del ruido del yelmo — y del sonido de la espada,
Sus sentidos estaban en tal modo — desmayados y enfermos,
Que el valiente espada — no estaba consciente de su vida:
Lo había hecho con sus fuerzas — el temerario Geiselher.

Cuando de su cabeza — ya se desvaneció el zumbido
Del yelmo y de la espada — eso era terrible,
Pensó: «Todavía estoy vivo — mi cuerpo no está herido:
¡Sólo ahora me doy cuenta de las fuerzas — del valiente Geiselher!»

A sus dos lados oyó que estaban — parados los enemigos;
Si lo hubieran sabido — peor le hubiera ido.
También había oído — a Geiselher muy cerca:
Pensó cómo con su vida — podría escapar todavía.

¡Furioso el espada — saltó de la sangre!
Podía agradecerlo — a su rapidez.
Corrió de la casa — donde encontró a Hagen,
Y le dio rápidos golpes — con su mano fuerte.

Entonces pensaba Hagen: — «Tú tienes que morir;
Si no te protege el diablo — no podrás escapar.»
Pero Iring hirió a Hagen, — a través de la protección de su yelmo:
El héroe lo hizo con Waske, — que era su buena arma.

Cuando Hagen el feroz, sintió — la herida en su cuerpo,
Entonces hizo girar violentamente — la espada en su mano.
Tenía que cederle el paso — el héroe de los vasallos de Hawart.
Hagen empezó a seguirle, — la escalera abajo.

Sobre su cabeza detuvo el escudo, — Iring el temerario:

Y aunque esta misma escalera — hubiera sido tres veces más larga,
Entre tanto Hagen no le permitió — un solo golpe.
¡Hey! ¡cuántas chispas rojas — estaban sobre su yelmo!

Entonces sus amigos — vieron a Iring todavía sano.
Estas noticias — las conoció Kriemhild,
Lo que en la pelea — había hecho al de Tronje;
Por ello, la hija de reyes — empezó a darle las gracias:

«Que Dios te lo recompense, — Iring, sublime espada bueno,
Tú me has consolado — el corazón y el alma:
¡Ahora veo roja de sangre — la armadura de Hagen!»
Entonces ella misma le quitó — de la mano el escudo, por alegría.

«Poco debéis agradecerle», — empezó entonces Hagen.
«Todavía hay que decir — nada de esto:
Si lo intentara de nuevo — sería un hombre valiente.
La herida os sirve poco, — que he ganado ahora por él.

Que de mi herida ahora — veis rojo mi arnés,
Me ha amargado mucho — a la muerte de muchos hombres.
Sólo ahora estoy en ira — contra él y muchos guerreros:
El espada Iring hasta ahora — me hizo escaso daño.»

Entonces el viento soplaba — contra Iring de Dinamarca;
Se enfrió el arnés — y desató el yelmo.
Entonces la gente lo elogió — como guerrero y bueno;
Por ello el Margrave no sintió — poco orgullo en su alma.

Entonces volvió a hablar Iring: — «Ahora amigos, debéis iros
Y traer nuevas armas: — voy a ver otra vez
Si puedo vencer — a este hombre soberbio.»
Su escudo estaba hecho astillas — recibió otro mejor.

Armado fue el espada pronto — en más fuerte armadura:
En su ira tomó — una lanza muy fuerte,
Con esta quería desafiar a Hagen, — una vez más.
Le hubiera traído honor y provecho — si lo hubiera dejado.

No le quería esperar — Hagen el espada.
Con lanzazos y golpes de espada — corrió a su encuentro,
Hasta el pie de la escalera; — iracunda estaba su alma.
Entonces al espada Iring, su fuerza — no le valió nada.

Cortaron golpeando los escudos, — de modo que empezaron a llamear,
Con vientos rojos de fuego. — El vasallo de Hawart,
De la espada de Hagen — fue gravemente herido:
Atravesó el escudo y la malla, — no volvió a sanar.

Cuando Iring, el espada — se dio cuenta de su herida,
Cubrió con el escudo — su yelmo completamente.
Le pareció suficiente el daño — que le habían hecho;
Pero más perjuicio le hizo — el hombre soberbio pronto.

Ante sus pies una jabalina — Hagen vio tirada;
Contra Iring el Danés — la lanzó entonces,
De modo que de la cabeza — le salió el palo;
El soberbio le había enviado — una muerte feroz.

Iring tuvo que huir — de nuevo con sus Daneses.
Antes de que al espada — pudiesen quitar el yelmo de la cabeza,
Y romper la jabalina de su cabeza, — ya le apareció la muerte.
Entonces lloraron sus amigos, — los obligó verdadero dolor.

Kriemhild, la reina, también — empezó a lamentarse,
Por Iring, el temerario, — el hombre gravemente herido.
Lloraba ella de sus heridas, — pues lo sentía mucho.
Entonces ante sus amigos dijo — el espada, atrevido en la batalla:

«Dejad vuestros lamentos — muy alta reina.
¿A qué sirven vuestras lágrimas? — Mi vida está terminada,
Desvanece de las heridas, — que están abiertas en mi cuerpo;
La muerte no quiere, que os sirva — por más tiempo, a vos y a Etzel.»

A los Thuringios y los Daneses — se dirigió después:
«Los regalos, que la reina os ofrece, — vuestra mano
No debe tratar de adquirirlos, — su claro oro tan rojo:
Pues si desafiáis a Hagan — tendréis que sufrir la muerte.»

Su color palideció, — los signos de la muerte
Llevó Iring el valiente; — muchos lo lamentaron.
No podía sanar el héroe, — vasallo de Hawart:
Entonces los héroes Daneses, — tenían que intervenir en la lid.

Irnfried y Hawart saltaron — ante la casa,
Con sus mil guerreros: — un violento ruido
Se oyó en todas partes, — fuerte y grande.
¡Hey! ¡Cuántas lanzas filosas tiraron — contra los Burgundios!

Irnfried el valiente, — atacó al trovador,
A causa de lo cual ganó — gran daño de su mano.
El noble trovador dio un golpe fuerte — al Landgrave
A través de su yelmo, — bastante feroz era.

Entonces el Landgrave dio un golpe — al temerario trovador,
De modo que rompió — la malla de su armadura,
Y su arnés se coloreaba — de chispas rojas como fuego:
Sin embargo el Landgrave cayó — muerto ante el trovador.

Se habían juntado peleando — Hagen y Hawart,
Entonces pudieron ver maravillas, — quien lo hubo notado.
Las espadas cayeron fuertemente — de la mano de los héroes:

Entonces Hawart tuvo que morir — ante aquél del país de los Burgundios.

Los Thuringios y los Daneses — vieron muerto a su señor.
Entonces ante la casa — se levantó una terrible pelea:
Antes de que ganaran la puerta — con mano poderosa,
Todavía fueron astillados — muchos yelmos y escudos.

«Abrid el paso», dijo entonces Volker, — «dejadlos entrar:
Lo que intentan, de ningún modo — puede hacerse.
Adentro tendrán que morir — dentro de poco tiempo:
Cosechan con la muerte — lo que la señora Kriemhild les ofreció.»

Cuando los soberbios — se metieron a la sala,
Entonces la cabeza de muchos — fue inclinada de tal modo,
Que tenían que morir — ante los golpes feroces.
Bien peleó el valiente Gernot; — igual hizo Geiselher, el espada.

Mil y cuatro lograron — entrar en la casa:
Entonces oyeron resonar los claros — zumbidos de las espadas.
Fueron matados todos, — por los huéspedes.
Se podían decir grandes maravillas — de los Burgundios.

Después hubo un gran silencio, — cuando el ruido terminó.
La sangre en todas partes — se derramó por las ranuras,
Y hacia las piedras del dintel — de los valientes espadas:
Lo habían hecho aquellos del Rhin, — con fuertes golpes.

Entonces volvieron a sentarse descansando — los del país de Burgundia.
Dejaron con las armas — los escudos de sus manos.
Todavía estaba parado ante la casa — el temerario trovador,
Esperando, por si alguien todavía — viniera a pelear.

El rey se lamentó mucho, — igual hizo la reina;
Doncellitas y mujeres — se dolieron profundamente.

La muerte, yo creo se había — conjurado contra ellos,
Por eso, muchos de los espadas — se perdieron a causa de los huéspedes.

XXXVI AVENTURA CÓMO LA REINA MANDÓ QUEMAR LA SALA

«Ahora quitaos los yelmos», — dijo Hagen, el espada.
«Yo y mi compañero — vamos a cuidaros;
Y si de nuevo intentan luchar — los vasallos de Etzel,
Advertiré a mis señores, — lo más rápido posible.»

Entonces se quitaron de la cabeza — los yelmos muchos caballeros buenos.
Se sentaban sobre los cadáveres, — que sangrientamente
Habían recibido la muerte — de su mano.
Con amargura vieron, lo que hacían — los huéspedes nobles.

Todavía antes del anochecer — ordenaron el rey alto
Y Kriemhild, la reina, — que más de los Hunos
Debían intentarlo; — vieron parados ante ellos
Como veinte mil, que tenían — que ir a la lucha.

Entonces atacaron a los huéspedes — en una lucha dura.
Dankwart, hermano de Hagen, — el hombre fuerte,
Corrió del lado de sus señores — al encuentro de los enemigos ante la
puerta.
Temían su muerte; pero allá — lo vieron a salvo.

La lucha feroz duraba, hasta que la noche — la interrumpió.
Se defendían los huéspedes — como héroes afamados,

Contra los espadas de Etzel — durante el día largo de verano.
¡Hey! ¡qué buenos héroes cayeron — muertos ante ellos!

En un solsticio aconteció — la gran matanza,
El dolor de su corazón — vengaba entonces Kriemhild
En sus amigos más próximos — y en muchos hombres más.
Por lo cual el rey Etzel jamás — volvió a ganar alegría.

Ella no había pensado — en una batalla tan asesina,
Cuando había empezado la lucha, — había creído,
Que sólo Hagen debería — ver su fin ahora,
Pero a causa del mal diablo — a todos les tocó.

El día había acabado; ahora les causó — dolor la preocupación,
Pensaban, cómo sería mejor — una muerte rápida
Que atormentarse por tanto tiempo, — en un dolor tan enorme.
Entonces deseaban la paz, — los caballeros orgullosos y listos.

Pidieron, que llevasen al rey — ante la sala;
Los héroes rojos de sangre, — ennegrecidos de acero oxidado
Salieron de la casa, — y los tres reyes altos,
No sabían con quién quejarse — de sus grandes sufrimientos.

Etzel y Kriemhild — llegaron ambos;
Eran dueños del país, por eso — aumentaba su ejército,
Él dijo a los huéspedes: — «Decid, para qué me deseáis?
¿Queréis tener paz? — esto sería difícil,

Después del daño tan grande — que me habéis hecho.
Jamás la ganaréis, — mientras yo tenga vida;
Por mi hijo que habéis matado, — y por muchos de mis amigos,
Paz y reconciliación para siempre — os serán negados.»

Le contestó Gunther: — «Nos forzó la gran necesidad,

Todo mi séquito yacía muerto — por tus héroes,
En el albergue, ¿merecía yo — tal compensación?
Yo vine contigo por fidelidad — y me imaginaba que me querían.»

Dijo de Burgundia, — Geiselher, el joven,
«Héroes del rey Etzel, — que todavía estáis con vida,
¿De qué me acusáis, espadas, — qué os había hecho yo?
Yo, quien con buena voluntad, — empecé el viaje a este país?»

Ellos dijeron: «De tu bondad — está llena aquí toda la fortaleza,
Llena de duelo como el país; — te deseábamos,
Que nunca hubieras venido — de Worms, a las orillas del Rhin.
Este país se hizo huérfano — a causa de ti y de tus hermanos.»

Dijo en su mente airada, — Gunther, el héroe
«Si todavía deseáis que se acabe — esta matanza en paz,
Con nosotros, los extranjeros, — será bueno para ambos;
Es sin nuestra culpa, lo que hace — el rey Etzel para con nosotros.»

El anfitrión dijo a los huéspedes: — «Mi dolor y el vuestro
No son iguales; el gran dolor — en la batalla,
El daño y la vergüenza, — que he ganado de vosotros,
Por eso ninguno de vosotros — debe escapar de aquí con vida.»

Entonces dijo el rey — Gernot, el fuerte:
«¡Entonces que Dios os mande — que nos hagáis un favor!
Alejaos de la casa y dejad — que nos vayamos con vosotros,
Sabemos bien, que pronto — terminará nuestra vida.

Lo que puede pasamos, dejad — que nos pase pronto;
Tenéis tantos hombres sanos, — que pueden afrentarnos
Y damos la muerte; a nosotros, — cansados de la batalla.
¿Cuánto tiempo debemos permanecer, — en un peligro tan feroz, nosotros,
los espadas?»

De parte de los espadas del rey Etzel, — casi hubiera acontecido,
Que hubieran permitido a los héroes — salir de la sala.
Cuando lo oyó Kriemhild, — lo sintió profundamente
Entonces a los extranjeros — nada de reconciliación se ofreció.

«No, espadas nobles, — en lo que pensáis
Os aconsejaré en fidelidad, — que jamás lo hagáis,
Que permitís que los asesinos — salgan fuera de la sala;
Porque si no, vuestros amigos, — sufrirán peligro mortal,

Y si sólo viviesen aquellos — que son hijos de Ute;
Si mis hermanos nobles lograran — salir al aire libre,
Para enfriar sus armaduras, — todos vosotros estaríais perdidos.
Jamás nacieron espadas — más valientes en la tierra.»

Entonces dijo Geiselher, el joven: — «Bellísima hermana mía,
¡Cómo hubiera yo pensado, — que tú me invitaras del Rhin
Aquí a tu país, — a un peligro tan grande!
¿Cómo podía yo merecer — de los Hunos la muerte aquí?

Siempre fui fiel contigo, — jamás te hice sufrir.
También vine cabalgando a tu corte — con la ilusión,
Que tú me tenías afecto, — queridísima hermana mía,
Sé benévola con nosotros. — ya que no puede ser de otro modo.»

«No os concederé gracia, — yo misma gané la desgracia:
A mí, de Tronje Hagen me ha causado — un dolor inmenso
En mi país y ahora aquí, — donde mató a mi hijo;
Esto tendrán que pagar duramente — los que llegaron con vosotros.

Pero si queréis darme — de rehén a Hagen solo,
No voy a negar, — que os dejaré con vida,
Porque sois mis hermanos, — hijos de la misma madre,

Entonces trataré de reconciliaros — con los héroes que están aquí.»

«No lo quiera Dios en el cielo» — dijo entonces Gernot.
«Y si fueran mil de nosotros, — todos quisiéramos yacer
Muertos ante tus amigos, — antes de entregarte a un hombre
Aquí como rehén; — esto no se hará nunca.

Aunque tuviéramos que morir», — dijo entonces Geiselher,
«Nadie puede separarnos — de nuestra caballería.
Quien quiera luchar con nosotros, — aquí estamos todavía:
Jamás he traicionado — mi fidelidad con un amigo.»

Entonces dijo Dankwart, el valiente — propio le era decirlo:
«No está aquí solo todavía — mi hermano Hagen.
Los que nos rehúsan la paz, — lo lamentarán todavía profundamente.
Os daréis cuenta de esto, — os lo prevengo en verdad.»

Entonces dijo la princesa: — «Vosotros, héroes listos,
Acercaos a la escalera — y vengad nuestro sufrimiento.
Esto lo recompensaré, — como es propio;
La soberbia de Hagen, — él me la tendrá que pagar.

No dejéis salir de la casa — a ninguno de los espadas,
Entonces mandaré prender fuego — a la sala por los cuatro costados.
Así siempre será vengado — todo mi dolor.»
A los espadas del rey Etzel — pronto vieron listos para esto.

Los que estaban afuera todavía, — los metieron empujando en la sala,
A golpes y con tiros; — había un gran ruido.
Pero no querían separarse — los príncipes y su ejército
No dejaron ya de la fidelidad — de unos a los otros.

Prender fuego a la sala, — mandó entonces la esposa de Etzel.
Entonces atormentaban a los héroes — el cuerpo con el calor del fuego,

La casa, soplando el viento, — empezó a arder fuertemente,
Jamás conoció un ejército — del pueblo tales horrores.

Entonces gritaron muchos adentro: — «¡Ay, de este dolor!
Mejor quisiéramos yacer — muertos en la batalla.
¡Que Dios se apiade de nosotros! — ¡cómo estamos perdidos todos!
¡Qué ferozmente venga la reina — su ira en nosotros!»

Dijo adentro uno: — «Aquí hallaremos la muerte
Del humo y del fuego; — ¡qué feroz es este dolor!
Me atormenta tan terriblemente la sed — por el calor tan fuerte.
Me temo que mi vida — acabe en estas penas.»

Entonces dijo de Tronje Hagen: — «Vosotros, caballeros buenos,
Quien quiera vencer la sed, — que beba aquí la sangre,
Esta es en tal calor mucho mejor — todavía que el vino;
Aquí no hay nada mejor — para beber.»

Se fue uno de los espadas, — donde encontró a un muerto,
Se arrodilló ante la herida, — se quitó el yelmo
Y empezó a beber la sangre — que corría
Aunque no estaba acostumbrado a eso — la encontró preciosa y buena.

«Dios os recompense, señor Hagen», — dijo el hombre cansado,
«Que por vuestra enseñanza — gané tan buena bebida,
Raras veces me ofrecieron — un vino mejor.
Mientras me quede la vida — siempre os tendré afecto.»

Cuando lo oyeron los demás — que le pareciera tan buena,
Muchos se hallaban todavía — que también bebieron de la sangre.
De esto se fortaleció el cuerpo — de los buenos espadas;
Lo pagaron en queridos amigos — pronto muchas mujeres bellas.

El fuego cayó sin cesar — sobre ellos en la sala:

Se protegieron con los escudos — cuando les caía encima;
El humo y también el calor — les dolía mucho.
Tan grande pena pasará — jamás a héroes.

Dijo de Tronje Hagen: — «¡Paraos cerca de la pared!
No dejéis que las brasas caigan — en las correas de vuestros yelmos,
Y apagadlas con vuestros pies, — en la misma sangre,
Mal boda es esta, a la que — nos invitó la reina.»

Entre tales penas finalmente — terminó la noche,
Todavía vigilaba ante la casa — el trovador valiente,
Y Hagen, su compañero, — apoyado en el escudo,
Esperando más grande pena todavía, — de los Hunos del país de Etzel.

La sala tenía una bóveda — eso ayudó mucho a los huéspedes,
Por eso quedaron vivos — algunos más de ellos;
Sólo aquellos cerca de las ventanas — sufrieron mucho del fuego,
Entonces los espadas se defendieron, — como el valor y el honor
mandaron.

Dijo el trovador entonces: — «Vayámonos a la sala.
Entonces se imaginarán los Hunos, — que todos juntos
Hemos muerto del tormento — que nos hicieron,
Entonces algunos vendrán — a luchar con nosotros.»

Dijo de Burgundia, — Geiselher, el joven:
«Me parece que está amaneciendo, — un aire fresco empieza a soplar.
Permita Dios del cielo — que vivamos para ver mejores tiempos.
Una fiesta de boda terrible — nos ha dado mi hermana Kriemhild.»

De nuevo dijo uno: — «Ya siento el día.
Si entonces para nosotros — los espadas no puede mejorar,
Preparaos, héroes, para la lucha — esto es necesario para nosotros;
Ya que no escaparemos, que siquiera — yazcamos muertos con honores.»

El rey podía imaginarse, — que los huéspedes fueron muertos,
De todas las penas — y del horror del fuego,
Pero a pesar de todo vivían — de tantos valientes seiscientos hombres de
ellos,
Que jamás rey alguno — obtuvo mejores espadas.

Los guardianes de los desterrados — habían visto bien,
Que los huéspedes vivían todavía, — a pesar de todo lo que les había
pasado,
Para su daño y dolor, — a los señores y a sus vasallos.
Los vieron parados en la casa — todavía sanos y salvos.

Decían a Kriemhild, que muchos — vivían todavía adentro.
«¿Cómo es posible?» — dijo la reina,
«Que todavía viva alguno — después del incendio?
Yo más bien creo que todos — encontraron la muerte.»

Todavía deseaban escapar — los príncipes y sus vasallos,
Si alguien todavía iba — a concederles gracia.
Pero no podían encontrarla — en el país de los Hunos:
Entonces vengaron su propia muerte — con toda voluntad.

Ya temprano a la mañana siguiente — los saludaron
Con un ataque violento; — bien causó pena a los héroes.
Tiraron contra ellos — muchas lanzas filosas;
Pero encontraron adentro a los espadas valientes, — listos para la defensa.

Al ejército de Etzel — tenían airada el alma,
Que querían ganarse los bienes — de la señora Kriemhild,
Y hacer todo gustosamente, — lo que el príncipe mandó:
Entonces muchos más de ellos — tenían que ver la muerte todavía.

De promesas y de regalos — podían decirse maravillas;

Ella mandó traer su oro, — el rojo, en escudos.
A todos lo dio voluntariamente — lo que quisieran recibir.
Jamás se desperdiciaban tesoros como estos — entre los enemigos.

Armados, de los espadas — acudió una gran tropa a la puerta.
Entonces dijo el trovador: — «Todavía estamos aquí:
Jamás vi con tanto gusto — llegar guerreros a su muerte,
Que aquellos, que aceptaron el oro — del rey, para destruirnos.»

Muchos de ellos gritaron: — «Acercaos a la lucha.
Ya que tenemos que morir, — mejor será hacerlo a tiempo.
Nadie permanecerá aquí — que no deba morir.»
Entonces sus escudos — se llenaron luego de las lanzadas.

¿Qué más voy a narrar? — Cerca de mil doscientos espadas
Lo intentaban atacando o cediendo — con espadaos fuertes.
En los enemigos se vengaban — bien los huéspedes.
No había que esperar paz, — por eso vieron correr la sangre.

De profundas heridas mortales, — muchas fueron causadas.
Se oyeron llamar lamentando — muchos a sus amigos;
Los buenos espadas del rico rey alto — murieron todos,
Buenos amigos sufrían — por ellos duelo y dolor.

XXXVII AVENTURA CÓMO MATARON A RÜDIGER

Los desterrados habían hecho — mucho en la mañana.
El esposo de Gotelinde — llegó a la corte
Y vio de ambos lados — la pena del gran dolor.
Por eso lloraba de todo corazón, — Rüdiger el fiel.

«Ay de mí, de que haya nacido», — dijo el héroe,
«Y que nadie ahora puede defenderse — contra este gran dolor.
Cuánto me gustaría hacer las paces, — el rey ya no lo hará,
Ya que la desgracia más fuerte, — siempre más fuerte nos sobreviene.»

Por Dietrich mandaba entonces — el buen Rüdiger,
¿Si todavía podrían reconciliarlos — con el alto rey?
Entonces aquél de Berna le mandó decir: — «¿Quién podría resistirlo?
El rey Etzel ya no quiere — saber nada de reconciliación.»

Entonces un espada de los Hunos — vio parado allá a Rüdiger,
Con los ojos llorosos — como lo había visto frecuentemente.
Él dijo a la reina: «Mirad, — cómo allá está parado,
Él, a quien vos y el rey Etzel — habéis elevado ante todos los demás.

Y a quien sin embargo todos sirven, — la gente como el país.
¡Cuántos castillos y herencias — se le han entregado,
De los cuales muchos — el rey le habrá regalado!
Él, en esta pelea hasta ahora — no ha dado un sólo golpe.

Me parece que poco le importa, — lo que aquí pasa con nosotros,
Si según su voluntad él ve — la abundancia en su casa.
Tiene la fama de ser más valiente, — que cualquiera pueda ser:
Mal nos ha comprobado, — lo que vemos en este peligro.»

Con la mente entristecida, — el hombre fidelísimo
Miró al Huno, a quien oyó — hablar de esta manera.
Pensaba: «Esto me lo pagarás; — tú dices, que soy un cobarde,
Pero tú has dicho tus palabras en la corte — con voz demasiado alta.»

Hizo un puño — y lo atacó en seguida,
Y golpeó con tales fuerzas — al hombre de los Hunos,
Que éste se cayó ante sus pies, — al suelo, muerto.
Entonces para el rey Etzel había sido — aumentada la pena de nuevo.

«Que mueras, malvado cobarde» — dijo entonces Rüdiger
«Yo sentía suficiente — dolor y pena,
Que aquí no esté luchando, — ¿por qué me lo reprochas?
Bien y con motivo tuviera yo también — odio hostil a los huéspedes.

Y todo lo que pudiera, debería yo — hacer en contra de ellos,
Si yo no hubiese traído hacia acá — a los vasallos de Gunther.
Yo fui su guía — al país de mi señor,
Por eso no debe luchar con ellos — mi mano desgraciada.»

Entonces dijo al Margrave, — Etzel, el rey alto.
«¡Cómo nos habéis ayudado, — nobilísimo Rüdiger!
Ya tenemos de muertos — tantos en este país,
Que no necesitábamos más; — sin razón lo mató vuestra mano.»

Entonces dijo el noble caballero: — «Él me hizo pesado el ánimo,
Y me insultó tanto — en mi honor como en los bienes,
De los cuales de tus manos — recibí tan grandes regalos.

Lo que a este mentiroso — aquí resultó en su muerte.»

Kriemhild estaba sentada con Etzel, — ella también había visto,
Lo que por la ira del héroe — había pasado al Huno.
Lo lamentó muchísimo, sus ojos — se llenaron de lágrimas.
Ella dijo a Rüdiger: — «¿Cómo hemos merecido esto?

Que a mí y al rey todavía — aumentáis nuestro dolor?
Ahora, Rüdiger, siempre — nos habéis prometido,
Que por nosotros queríais arriesgar — el honor como la vida;
También he oído daros — el premio del valor, por muchos héroes.

Yo os recuerdo de la fidelidad — que me juró vuestra mano,
Cuando me aconsejasteis casarme — con Etzel, caballero elegido,
Que me serviríais — hasta nuestra muerte,
Jamás, pobre mujer que soy — he tenido tanta necesidad de esto.»

«No puedo negarlo, — os he jurado, reina
Que el honor como la vida — daría yo por vos;
De perder mi alma, — no lo he jurado.
Yo he traído a los príncipes altos — a este banquete de corte.»

Ella dijo: «Piensa, Rüdiger — de tus altos juramentos,
De tu fidelidad eterna, — como todo perjuicio a mí
Siempre lo ibas a vengar — y cambiar todo mi dolor.
De eso hoy te recuerdo, — valiente espada siempre listo.»

Etzel, el rico — también empezó a rogar.
Ambos se tiraron — a los pies del hombre.
Al buen Margrave vieron entonces — en su dolor,
El espada fidelísimo, — dolorosamente empezó entonces:

«Ay de mí, desgraciado, — que debo ver el día,
En que de todos mis honores — debo apartarme,

De toda educación y fidelidad, — que Dios me mandó;
Ay de mí, señor del cielo, — que la muerte no quiera evitármelo

Lo que dejo ahora, — para hacer otra cosa,
Siempre hago un mal — y perjudico;
Lo que haga o deje, — todo el mundo me insultará.
Que me ilumine Aquél, — que me ha dado la vida.»

Entonces por tanto tiempo le rogaron — el rey y su esposa,
Que pronto muchas espadas tenían — que perder vida y cuerpo
De la mano de Rüdiger — y el héroe mismo murió.
Ahora pronto oiréis — cuánta desgracia él ganó.

Él sabía, que sólo daño y desdicha — eran su ganancia.
También le hubiera gustado rehusarlo — al rey y a la reina,
El héroe — se preocupaba mucho,
Si matara a uno de ellos, que el mundo — lo considerara un monstruo.

Dijo al rey, — este hombre valiente:
«Señor Etzel, retirad todo — lo que he ganado de vos,
El país con los castillos; — nada debe quedar conmigo:
Quiero ir a pie — a la miseria.

Desprovisto de todos los bienes, — saldré de vuestro país,
A mi esposa y a mi hija — voy a tomar de la mano,
Antes de que sin fidelidad, yo vaya — a enfrentarme con la muerte;
Esto sería ganar vuestro oro — tan rojo, de tal modo.»

Entonces dijo el rey Etzel: — «¿Pero quién me ayudaría a mí?
Mi país con la gente, — todo esto te daré,
Para que me vengues, Rüdiger, — en mis enemigos.
Serás al lado de Etzel — un rey poderoso.»

Entonces contestó de nuevo Rüdiger: — «¿Cómo puedo hacerles daño?

A mi propia casa — los he invitado,
Les ofrecí bebida y comida — con buena voluntad,
Además mis regalos; — ¿y ahora debo matarlos?

La gente puede imaginarse, — que soy demasiado cobarde.
Ningún servicio mío — se los he jamás negado:
Si ahora debiera luchar contra ellos, — eso no estaría bien hecho,
Me arrepentiría de la amistad, — que he ganado de ellos.

A Geiselher, al espada, — yo di a mi hija;
Ella en la tierra jamás — podía ser casada mejor;
Si miro por educación y honor, — por fidelidad o bienes,
Jamás un rey tan joven — tendrá un alma más virtuosa.»

Dijo de nuevo Kriemhild: — «Nobilísimo Rüdiger,
Apiádate ahora — de nuestro dolor y pena,
De los míos y del rey: — acuérdate bien de esto,
Que jamás anfitrión en la tierra — ganó tan malos huéspedes.»

Empezó a decir entonces — el Margrave a la reina alta:
«Hoy lo debe pagar — con su vida, Rüdiger,
Por los favores que vos — y el rey me habéis hecho.
Por eso tengo que morir, — ya no puedo tardar más.

Sé que hoy todavía — mis fortalezas y mi país,
Deben ser devueltos a vosotros — de la mano de estos héroes.
De modo que recomiendo a vuestra gracia — a mi esposa y mi hija.
Y todos los desterrados — que están en Bechlaren.»

«Que Dios te lo recompense, Rüdiger», — dijo el rey entonces,
Él y la reina se pusieron — ambos alegres.
«Nos será bien recomendada — toda tu gente;
También confío en mi suerte, — tú mismo serás feliz.»

Entonces se decidió arriesgar — su alma como el cuerpo.
Empezó a llorar — la esposa del rey Etzel.
Él dijo: «Tengo que cumplir — con el juramento que os presté:
¡Ay de mis amigos, — con dolor los combatiré!»

Lo vieron alejarse del rey — tristemente.
Encontró a sus espadas — parados cerca de sí.
Dijo: «¡Debéis armaros — todos vosotros, mis vasallos!
Siento mucho que tenga que enfrentarme — a los Burgundios valientes.»

Entonces trajeron a los guerreros — todas sus armas,
Si fuera yelmo — o también un escudo
De los mozos — todo fue traído:
Pronto oyeron decir los valientes forasteros — las malas nuevas.

Armado fue entonces Rüdiger — con quinientos hombres;
Además doce espadas — ganó para su ayuda.
Querían ganar el premio — en la ferocidad del ataque:
No sabían nada de que la muerte — les estaba cerca.

Entonces vieron caminar — bajo su yelmo al Margrave,
Espadas filosas llevaban — los vasallos de Rüdiger,
También en sus manos — los escudos anchos y brillantes,
Esto lo vio el trovador; — y lo sintió sobremanera.

Entonces vio el joven Geiselher — cómo andaba su suegro
Con el yelmo amarrado. — ¿Cómo podía comprender,
Cuál era su intención — si no fuera fiel y buena?
Entonces el rey noble sintió — su corazón de ánimo alegre.

«Bien de mí con tales amigos», — dijo entonces Geiselher,
«Cómo los hemos ganado — en el viaje hacia aquí.
Por amor a mi esposa — la ayuda está cerca.
Cuánto me alegro, por mi fidelidad, — que se concertó este matrimonio.»

«¿De qué os consoláis?» — dijo el trovador:
«¿Cuándo habéis visto jamás para una reconciliación — acercarse tantos
 héroes
Con los yelmos amarrados, — las espadas en la mano?
Desea ganarse por nosotros — sus castillos y su país.»

Antes de que el trovador — terminase de hablar,
Ya vieron al Margrave noble — ante la casa,
Su escudo bueno, — lo puso ante sus pies;
Tenía que negar a sus amigos — su saludo servicial.

Rüdiger, el noble, — gritó hacia la sala:
«Nibelungos valientes, — defendeos todos.
Deberíais gozar de mí, — ahora pagaréis por mí.
Antes éramos amigos, — ahora renunciaré a la fidelidad.»

Entonces profundamente se asustaron — de las nuevas, los apurados.
Se les abandonó el consuelo — que antes habían creído tener.
Ya que quería luchar con ellos aquél, — a quien todos querían.
Ya habían sufrido bastante dolor — por sus enemigos.

«No lo quiera Dios en el cielo», — dijo Gunther, el espada,
«Que vosotros actuéis tanto — contra vuestra amistad,
Y la gran fidelidad, — que teníamos en mente.
Yo confío bien, que jamás — haréis tal cosa.»

«Ya no puedo cambiarlo», — dijo el hombre valiente;
«Debo luchar con vosotros, — como he jurado.
Defendeos, espadas valientes, — si apreciáis la vida,
Ya que la reina alta — no me deja otra alternativa.»

«Nos retáis demasiado tarde», — dijo entonces el rey alto.
«Que Dios os recompense, — nobilísimo Rüdiger,

La fidelidad y el amor, — que nos habéis mostrado,
Si hasta el final también — cumpliríais con eso.

Nosotros siempre os agradeceremos, — lo que nos habéis dado,
Yo y mis amigos — si nos dejáis con vida,
De los magníficos regalos, — cuando nos hubisteis traído
Al país de Etzel con fidelidad: — recordadlo, noble Rüdiger.»

«¡Con cuánto gusto os regalaría», — dijo Rüdiger el espada,
«Si de mis regalos os podría — dar una abundancia,
Según mi placer; — ¡con cuántas ganas lo haría,
Si eso no me ganara — el odio de la noble reina!»

«Dejad esto, Rüdiger noble», — dijo de nuevo Gernot,
«Jamás se encontró a un anfitrión, — que sirvió a sus huéspedes
Tan amable y bondadosamente — como nos ha acontecido a nosotros.
Lo mismo gozaréis vos, — si escapamos vivos.»

«Quisiera Dios», dijo Rüdiger, — «nobilísimo Gernot,
Que vosotros estuvierais a las orillas — del Rhin, y yo muerto.
Entonces salvaría yo mi honor, ahora — que tengo que luchar con vosotros.
Jamás amigos han actuado — peor para con espadas.»

«Que Dios os recompense, señor Rüdiger», — volvió a decir Gernot,
«Vuestros regalos ricos. — Me arrepiento de vuestra muerte,
Si con vos se desvanece — un alma tan virtuosa,
Aquí llevo vuestra arma, — que me habéis dado, buen espada.

Ésta jamás me traicionó — en todos estos apuros;
Ante su filo cayeron — muchos caballeros muertos.
Es fuerte y pura — magnífica y buena:
Seguro, un regalo tan rico — jamás volverá a dar caballero alguno.

Y si no queréis dejarlo — y queréis luchar contra nosotros,

Si me matáis a los amigos, — que están aquí todavía conmigo,
Con vuestra espada os quitaré — la vida y el cuerpo,
Por más que me arrepienta por vos, Rüdiger, — y por vuestra esposa
magnífica.»

«Quisiera Dios, señor Gernot — y ojalá aconteciera,
Que todo aquí se hiciera — según nuestra voluntad,
Y todos vuestros amigos quedasen — con la vida y el cuerpo,
En vosotros podrían tener — confianza mi hija y mi esposa.»

Dijo de Burgundia, Geiselher, — el hijo de Ute la bella:
«¿Cómo podéis hacerlo así, señor Rüdiger? — Los que llegaron conmigo
Todos os quieren; — vos hacéis mal,
Queréis enviudar a vuestra hija bella — demasiado temprano.

Si vos y vuestros guerreros — quieren combatir conmigo,
Qué poco amable sería, — cuán poco se vería,
Que yo os tuve confianza — ante todos los otros hombres,
Cuando por mi esposa — gané a vuestra hija.»

«Recordaos de vuestra fidelidad», — dijo entonces Rüdiger,
«Y si Dios os permite escapar, — nobilísimo rey alto,
No permitáis que lo pague — mi querida hija;
Por amor a la virtud de todos los príncipes, — dignaos de ser magnánimo
con ella.»

«Así debería hacerlo propiamente», — dijo Geiselher el joven,
«Pero mis altos amigos, que todavía — están aquí en la sala,
Si ellos mueren a causa de vos, — entonces tendré que separarme
De esta amistad eterna — para ti y para tu hija.»

«Que Dios nos de su gracia», — dijo el hombre valiente.
Entonces levantaron los escudos — y querían subir
Para luchar con los huéspedes, — en la sala de Kriemhild,

De voz alta gritó entonces Hagen — desde la escalera hacia abajo.

«Esperad un rato — nobilísimo Rüdiger»,
Así habló Hagen: — «primero tenemos que hablar,
Yo y mis señores; nos obliga — a eso la miseria.
¿Para qué sirve a Etzel, si nosotros — encontramos la muerte en el
extranjero?»

Estoy en grandes apuros — generoso y noble Margrave,
El escudo, que la señora Gotelind — me dio para llevarlo,
Los Hunos me lo han despedazado — en la mano,
Con fidelidad lo traje para acá — al país del rey Etzel.

Que Dios en el cielo — me quisiera permitir,
Que tuviera en mis manos — un escudo tan bueno,
Como tú lo tienes en las manos, — nobilísimo Rüdiger,
Entonces en la lucha — yo ya no necesitaría armadura.»

«Cómo me gustaría servirte — con mi escudo,
Si te pudiera ofrecerlo — delante de Kriemhild.
¡Pero tómallo, Hagen, — y llévalo en la mano!
¡Hey! Si lo pudieras llevar a tu casa — en el país de los Burgundios.»

Cuando con tanta voluntad — se ofreció a darle su propio escudo,
A muchos se enrojecieron los ojos — de lágrimas ardientes,
Era el último regalo, — en lo futuro ya no podría
Ofrecer regalos a espada alguno, — Rüdiger de Bechlaren.

Por feroz que era Hagen, — por duro su corazón,
Se apiadó del regalo, — que el buen espada
Tan cerca de su fin, — todavía le había dado,
Y muchos caballeros nobles — empezaron a entristecerse con él.

«Que Dios en el cielo os recompense, — nobilísimo Rüdiger,

No hay otro igual — en la tierra,
Que dé a espadas desterrados — regalos tan generosos,
Que Dios mande, que para siempre — viva vuestra generosidad.

Ay de mí de estas palabras», — volvió a decir Hagen,
«Teníamos que cargar con bastante — pesadumbre el corazón:
Debe causar misericordia a Dios, — si peleamos siendo amigos.»
Entonces volvió a hablar el Margrave: — «Yo lo siento profundamente.»

«Os recompensaré el regalo, — ¡nobilísimo Rüdiger!
Pase lo que pase — de estos espadas altos,
No os tocará — en la lucha mi mano,
Aunque mataseis a todos — los del país de los Burgundios.»

Se inclinó ante él agradeciéndoselo — el buen Rüdiger.
La gente toda lloraba; — que no se pudiese evitar
Este gran dolor, era una pena — demasiado grande.
El padre de todas las virtudes — encontró su muerte en Rüdiger.

Entonces dijo de la escalera, — Volker el trovador:
«Ya que mi compañero — os ofreció la paz,
La misma para siempre — os ofrezco de mi mano.
Lo habéis merecido por nosotros, — cuando llegamos al país.

Nobilísimo Margrave — sed mi mensajero.
Estos prendedores rojos — me los dio la señora Gotlinde,
Que yo los llevase aquí — durante este divertimento;
Lo hago, miradlo vos mismo, — para que seáis mi testigo.»

«Que lo quisiera Dios en el cielo», — dijo entonces Rüdiger,
«Que la Margrave pudiese — daros más todavía.
Las nuevas daré con ganas — a mi querida esposa,
Si la vuelvo a ver sano, — de esto no tengáis duda.»

Después de esta promesa — Rüdiger levantó el escudo,
Su ánimo se incendió — ya no tardó más,
Subió hacia los huéspedes, — bien parecía un espada,
Muchos golpes fuertes dio — este Margrave rico.

Volker y Hagen se pararon — a un lado,
Como lo habían prometido — los espadas listos.
Pero encontró en las puertas — a muchos valientes,
De modo que Rüdiger empezó — la enemistad con grandes
preocupaciones.

Con intentos asesinos — lo dejaron entrar a la casa
Gernot y Gunther; — eran héroes valientes.
Se retiró Geiselher, — en verdad, lo sentía mucho;
Todavía pensaba en la vida, — por eso evitó a Rüdiger en la lucha.

Corrieron con los enemigos — los vasallos de Rüdiger,
Detrás de su señor los vieron — caminar valientemente,
Armas filosas llevaban — en las manos;
Muchos yelmos se rompieron — y muchos escudos magníficos.

Dieron también los cansados — todavía muchos golpes rápidos.
Sobre los de Bechlaren — que profunda y fuertemente rompieron,
Las armaduras macizas — y llegaron hasta la sangre.
Hicieron en la batalla — muchos milagros magníficos y buenos.

Todo el séquito noble, estaba — ahora en la sala,
Volker y Hagen corrieron — con ellos,
No dieron paz a nadie, — con excepción de este solo hombre.
La sangre de sus golpes — corrió de los yelmos.

¡Cómo la furia de las espadas — resonó tan horriblemente,
Que bajo sus fuertes golpes, — el adorno de los escudos se rompió!
Las piedras preciosas se derramaron — rotas a la sangre;

Entonces pelearon tan ferozmente — como jamás se volverá a hacer.

El dueño de Bechlaren se abrió — camino por todos los lados,
Como uno, que con violencia — puede vencer en la batalla.
En este día Rüdiger — se reveló magníficamente,
Que era un espada, — valiente y sin tacha.

Aquí estaban parados — ambos, Gunther y Gernot,
Mataron en el combate — a muchos de los guerreros.
Geiselher y Dankwart — poco consideraron su salvación:
Entonces enviaron a muchos — hacia su último juicio.

Rüdiger bien comprobó allá — que era bastante fuerte,
Temerario y bien armado; ¡hey! — ¡cuántos héroes mató!
Eso lo vio un Burgundio, — a éste le causó ira y dolor:
De eso empezó a acercarse — la muerte del buen Rüdiger.

Era Gernot, el fuerte, — quien gritó al héroe.
Dijo al Margrave: «No queréis — dejarme vivo hombre alguno
De los míos, — nobilísimo Rüdiger,
Me duele sobremanera, — ya no quiero soportarlo más.

Ahora, quizás, vuestro regalo — hará daño a vos,
Ya que me habéis quitado — tantos de mis amigos,
Ahora enfrentaos conmigo, — hombre noble y valiente,
Entonces mereceré vuestro regalo, — tan bien como lo pueda.»

Antes de que el Margrave — hubiera llegado hasta él,
Todavía se empañaban de sangre, — muchas armaduras brillantes y claras.
Entonces se atacaron mutuamente — los ambiciosos,
Cada uno empezó a protegerse — de heridas profundas.

Pero sus espadas cortaron; — nada protegía contra eso.
Entonces cortó al rey Gernot — Rüdiger, el espada

A través de su yelmo durísimo, — que la sangre corrió;
Pronto lo vengó con fuerzas — este caballero valiente y bueno.

Levantó en alto el regalo de Rüdiger, — que tenía en la mano;
Aunque herido a muerte, — le dio un golpe
En las correas del yelmo — y a través del escudo fuerte,
De lo que tenía que morir, — el buen Rüdiger bondadoso.

Jamás se ha recompensado tan mal — un regalo tan rico.
Ambos cayeron muertos, — Gernot y Rüdiger
En la lucha al mismo tiempo, — uno de la mano del otro.
Ahora sí se enojó Hagen, — cuando vio el daño tan grande.

Entonces dijo el héroe de Tronje: — «Nos ha resultado mal.
Tan gran perjuicio — hemos sufrido en los dos,
Que jamás lo olvidaremos, — ni tampoco su gente y su país.
A nosotros, forasteros, ahora quedan — como rehenes los guerreros de
Rüdiger.»

Entonces ninguno quería — perdonar más al otro:
Muchos fueron tirados — al suelo ilesos,
Que todavía hubieran podido sanar: — pero había tanta gente encima de
ellos,
Aunque ilesos, tenían — que ahogarse en la sangre.

«¡Ay de mí, por mi hermano! — Que cayó aquí a la muerte,
¡Qué malas noticias — me amenazan a toda hora!
Y siempre tendré que lamentar — a mi suegro Rüdiger;
El daño es de ambos, — y la pena de un gran dolor.»

Cuando el joven Geiselher, — vio muerto a su hermano,
Los que todavía estaban en la sala, — tenían que sufrir apuros.
La muerte buscaba celosamente, — donde estuviera su séquito:
De los de Bechelaren, — ni uno solo escapó.

Gunther y Hagen — y también Geiselher,
Dankwart y Volker, — los buenos espadas altos,
Fueron al lugar — donde los encontraron muertos,
¡Que dolorosamente lloraron — estos héroes elegidos!

«La muerte nos robó malamente», — dijo Geiselher el joven,
«Dejad ahora vuestras lágrimas — y vayámonos al aire libre,
Para que se enfríen nuestras armaduras, — de los espadas, cansados de la
lucha.

Dios en el cielo no quiere, — que vivamos por más tiempo.»

Vieron sentado a éste, — apoyándose sobre aquél de los hombres,
Eran ociosos de nuevo. — Los vasallos de Rüdiger
Todos estaban vencidos; — había terminado el ruido.
Por tanto tiempo reinó la calma, — que esto disgustó a la reina.

«Ay de este dolor», — dijo la reina.

«Hablan por demasiado tiempo; — nuestros enemigos allá adentro
Quedaron sanos y salvos — de la mano de Rüdiger,
Los querrá volver a llevar — al país de los Burgundios.

¿Para qué sirve, rey Etzel, — que hayamos malgastado en él
Todo lo que quisiera? — ¡No hizo bien en esto!

Quien debía vengamos, — quiere reconciliarse.»

Entonces le contestó Volker, — este espada finísimo:

«Siento que no sea así, — nobilísima esposa del rey.
Y si pudiera decir que mentís, — una mujer tan alta,
De manera infernal — hubierais calumniado a Rüdiger,
Él y sus espadas quedaron — privados de la reconciliación.

Con tanta buena voluntad hizo, — lo que le mandó su señor,
Que él y su séquito aquí — cayeron en la muerte.

¡Mirad alrededor de vos, señora Kriemhild, — a quién queréis mandar
ahora!

A vos, hasta su muerte, — Rüdiger era fiel y bueno.

Si no me queréis creer, — miradlo vos misma.»

Para su gran dolor — esto se hizo entonces;

Lo llevaron muerto, — donde lo vio el rey,

A los hombres del rey Etzel, — jamás pasó algo peor.

Cuando vieron al Margrave muerto, — que llevaron ante ellos,

Ningún escribano podría — interpretar ni narrar

El violento lamento — tanto de mujer como de hombre,

Que a causa del dolor del corazón — se mostró entonces.

El lamento del rey Etzel — era tan fuerte y alto,

Como la voz de un león, — sonó del rey rico

El lamento de la queja; — también a ella causó gran dolor;

Lloraron sobremanera — la muerte del buen Rüdiger.

XXXVIII AVENTURA CÓMO TODOS LOS GUERREROS DE DIETRICH FUERON MATADOS

El lamento en todas partes — aumentó de tal manera
Que de las fuertes quejas — resonaron el palacio y la torre.
Eso lo oyó también uno de Berna — vasallo de Dietrich:
A causa del mensaje grave — ¡cuán rápidamente vino!

Entonces dijo al príncipe: — «Escuchadme, señor Dietrich,
Lo que jamás he visto, — tan dolorosísimo
Jamás he oído quejarse — como lo escuché ahora:
Me temo, que el rey mismo — ahora llegó a la boda.

¿Cómo estaría la gente — toda en tal dolor?
El rey o Kriemhild seguramente — uno de ellos murió,
Enviado por los valientes huéspedes, — por su ira, a la muerte;
Lloraban sobremedida — muchos héroes elegidos.»

Entonces dijo el dueño de Berna: — «Vosotros, fieles de mi séquito,
No os apresuréis demasiado; — sea lo que sea, que aquí se haya hecho,
De los forasteros, — la necesidad los forzó;
Dejadlos disfrutar — lo que yo les prometí, la paz.»

Entonces dijo el valiente Wolfhart: — «Voy a ir a la sala,
Y preguntar por las nuevas, — de lo que allá pasó,
Y voy a informaros después, — queridísimo señor,

Si lo puedo saber, — cómo el asunto está.»

Entonces dijo el noble Dietrich: — «Si uno se deja arrastrar por la ira,
Y entonces en mal tiempo — se hacen violentas preguntas,
Eso ofusca fácilmente a los guerreros — su alto ánimo:
Por eso no quiero, Wolfhart, — que vos vayáis a preguntar.»

Entonces pidió a Helfrich — que se fuera rápidamente,
A que pudiera informarse — con el séquito de Etzel;
O con los mismos huéspedes — qué había pasado.
Entonces jamás con la gente — había visto tan gran dolor.

Vino el mensajero y preguntaba: — «¿Qué pasó aquí?»
Entonces le contestaron: — «Ahora también tuvo que desvanecerse
El consuelo que nos quedaba — en el país de los Hunos:
Aquí yace muerto Rüdiger — de la mano de los Burgundios.»

«Ni uno sólo ha escapado — quien con él entró.»
No lo podía sentir — más profundamente, Helfrich.
Jamás dio sus nuevas — con menos ganas:
El mensajero regresó — con lágrimas y grandes quejas.

«¿Qué nuevas nos traéis?» — dijo entonces Dietrich,
«¿Por qué lloráis tan fuerte, — espada Helfrich?»
Entonces dijo el valiente espada: — «Bien tengo motivo de lamentar:
Aquellos de Burgundia mataron — al buen Rüdiger.»

Entonces dijo el héroe de Berna: — «Dios no lo quiera jamás:
Sería una fuerte venganza — y malicia del diablo.
¿Cómo hubiera merecido Rüdiger — tal recompensa?
Sé demasiado bien que les tiene — afecto a los Burgundios.»

Entonces dijo el valiente Wolfhart: — «Y si a pesar de eso lo hubieran
hecho,

Todos ellos deberían — perder la vida.
Si lo fuésemos a tolerar — nos traería vergüenza y burla,
Ya que él buen Rüdiger nos prestó — servicios tan grandes.»

El señor de los Amelungos — quería preguntar más.
Él estaba sentado en una ventana — el corazón le pesaba mucho.
Entonces mandó a Hildebrand — irse con los huéspedes
Para investigar con ellos — lo que había acontecido.

El espada temerario en la batalla, — el maestro Hildebrand,
Ni escudo ni armas — llevaba en las manos.
Él quería cortésmente — ir con los huéspedes:
Pero se vio regañado — por el hijo de su hermana.

Dijo entonces el feroz Wolfhart: — «Si os vais allí tan desnudo,
Sin insultos — nunca regresaréis:
Entonces con vergüenza — tendréis que volver;
Si os vais con armas — yo sé que muchos lo evitarán.»

Entonces el viejo se armaba — según el consejo del joven.
Antes de que se diera cuenta — estaban con todas sus armas
Parados todos los guerreros de Dietrich, — las espadas en las manos.
Le disgustó mucho al héroe, — con gusto lo hubiera evitado.

Él preguntó, a dónde querían ir. — «Queremos ir con vos;
¿A ver si de Tronje Hagen — también entonces es tan valiente
De hablar con burla a vos, — como le gusta hacer?»
Cuando oyó estas palabras — el espada se los permitió.

Entonces el valiente Volker, — vio venir bien armados
A los guerreros de Berna — vasallos de Dietrich,
Ceñidas las espadas, — los escudos en la mano:
Lo dijo a sus señores — del país de los Burgundios.

Entonces dijo el trovador: — «Allí veo que se acercan
A la manera de enemigos — los vasallos de Dietrich,
Armados bajo sus yelmos — quieren atacarnos.
Me asombra, qué cosa — les habremos hecho.»

No tardaba mucho, entonces — también vino Hildebrand:
Puso ante sus pies — su gran escudo,
Y empezó a preguntar — a aquellos vasallos de Gunther:
«Ay de vosotros, buenos espadas — ¿qué os hizo Rüdiger?»

Mi señor Dietrich — me ha mandado con vosotros,
Si realmente yace muerto, — héroes, de vuestra mano
El nobilísimo Margrave, — como nos dijeron.
No podríamos olvidar un dolor — tan grande de corazón.»

Dijo Hagen el feroz: — «Las nuevas no son mentiras,
Por más que yo quisiera — que os hubieran engañado,
Por amor a Rüdiger: — pues entonces todavía viviría,
Por quién jamás pueden llorar — lo suficiente, mujeres y hombres.»

Cuando lo oyeron bien — que Rüdiger estaba muerto,
Los espadas lo lamentaron — como se los mandó su fidelidad.
A los héroes de Dietrich — vieron correr las lágrimas;
Sobre la barba al mentón: — ¡cuánto dolor les causó!

El duque de Berna, Siegstab — habló inmediatamente:
«Ay de mí, cómo toda esta bondad — aquí encontró su fin,
La que Rüdiger nos prometió — después de los días de nuestros apuros.
El consuelo de los desterrados — yace muerto, por vosotros, espadas.»

Entonces dijo de Amelungen — el guerrero Wolfwein:
«Y si hoy viera muerto — a mi querido padre,
No lo sentiría más — que la muerte de él.
Ay de mí, ¿quién consolará ahora — a la Margrave en su dolor?»

Entonces dijo iracundo — el valiente Wolfhart:
«¿Quién conducirá ahora a los guerreros — en las batallas,
Como el Margrave lo ha hecho — tan frecuentemente?
¡Ay de ti, nobilísimo Rüdiger — que te hayamos perdido!»

Wolfbrand y Helfrich — y también Helmnot
Con todos sus amigos — lloraron su muerte.
Ya no quería preguntar Hildebrand, — suspirando profundamente.
Él dijo: «Ahora haced, espadas, — lo que mi señor nos mandó.

Dadnos a Rüdiger, el difunto — de la sala,
En quien nuestra alegría — sufrió dolorosa caída.
Dejadnos pagar de este modo — lo que hizo en nosotros,
Con su gran fidelidad, — y en muchos hombres extranjeros.

Aquí también somos extranjeros — como Rüdiger, el espada.
¿Cómo nos dejáis esperar? — Dejadnos llevarlo al camino
Y en su muerte todavía — recompensar al hombre:
Con gran placer lo hubiéramos — hecho cuando vivía.»

Entonces dijo el rey Gunther: — «Jamás hay mejor servicio
Que aquél que amigo presta — a amigo después de su muerte.
Eso llamo fidelidad constante — quien puede ejecutarlo;
Le pagáis lo que merece — él os mostró gran amor,»

«¿Cuánto tiempo vamos a suplicar?» dijo Wolfhart, el espada.
«Ya que nuestro mejor consuelo — cayó ante vuestros golpes,
Y nosotros, a nuestro pesar, — ya no lo tenemos más,
Dejadnos llevarlo, a fin — de que enterremos al héroe.»

Le contestó Volker: — «Nadie os lo traerá:
Sacadlo de la casa — donde el rico espada
Con sus profundas heridas — cayó a la sangre:

Así serán plenos servicios — los que haréis aquí a Rüdiger.»

Entonces dijo el valiente Wolfhart: — «Sabe Dios, señor juglar,
No debéis irritarnos todavía: — nos habéis causado dolor,
Si me lo permitiera mi señor — os metería en apuros;
Pero tenemos que dejarlo, — porque él nos prohibió la contienda.»

Entonces dijo el trovador: — «Éste teme demasiado,
Quién lo que le prohíben — quiere dejar:
Nunca puedo llamar eso — auténtico valor heroico.»
Estas palabras parecieron bien a Hagen — de su compañero de batalla

«Si no queréis dejar la burla», — le interrumpió Wolfhart,
«Os desafinaré fácilmente las cuerdas, — de modo que aún en las orillas
del Rhin,
Si siempre regresáis, tendréis — que decir algo de ello.
Vuestra soberbia no puedo — tolerarla con honor.»

Entonces dijo el trovador: — «Si a mis cuerdas
Robarais los buenos sonidos, — el brillo de vuestro yelmo
Se empañaría entonces — por mi mano,
Sea como sea que yo cabalgue — al país de los Burgundios.»

Entonces quería atacarlo de un salto — pero el camino no estaba libre.
Hildebrand, su tío, lo detuvo — con todas sus fuerzas:
«Veo que quieres atacar furiosamente — en tu tonta ira;
Con eso para siempre hubiéramos — perdido el favor de nuestro señor.»

«Soltad al león, maestro, — es tan temerario;
Pero se me acerca demasiado», — dijo Volker el espada.
«Aunque con sus manos hubiera — matado a todo el mundo,
Yo lo golpearé, que ya jamás — me contradirá una sola palabra.»

Por eso, a los de Berna, — se les indignó el alma.

Wolfhart sacó su escudo, — un buen espada rápido.
Como un león salvaje, — lo atacó corriendo;
El grupo de sus amigos — velozmente le siguieron.

Con saltos largos se acercó — a la pared de la sala;
Pero ante la escalera lo alcanzó — el viejo Hildebrand:
No quería que se le adelantara — en el combate.
Para su voluntad encontraron — pronto dispuestos a los huéspedes.

Entonces saltó ante Hagen — el maestro Hildebrand:
El sonido de las espadas — se oyó, en las manos de los héroes.
Estaban furiosos todos — eso se mostró rápidamente:
De las armas de ambos — salió el viento rojo de fuego.

Entonces los separaron — en los apuros de la pelea,
Lo hicieron los de Berna — como su fuerza los obligó.
Cuando se separó de Hagen — el maestro Hildebrand,
Entonces vino el fuerte Wolfhart — corriendo hacia el valiente Volker.

Al yelmo del trovador — golpeó tan fuerte espadazo,
Que el filo de la espada — llegó hasta la malla;
Eso lo pagó con sus fuerzas — el valiente trovador;
Entonces golpeó a Wolfhart — que éste empezó a tropezar.

Con golpes sacaron chispas — bastantes de la armadura,
Feroz odio sentía — cada uno al otro.
Entonces los separaba, de Berna — el espada Wolfwein;
Si no hubiera sido un héroe — jamás lo hubiera podido hacer.

Gunther el temerario — con mano dispuesta,
Recibió a los nobles espadas — del país de los Amelungos.
Geiselher, el fuerte — en el feroz ataque,
Mojó los claros yelmos — a muchos, rojos de sangre.

Dankwart, hermano de Hagen — era un hombre feroz:
Lo que antes en la pelea — había hecho de magnífico
Contra los espadas de Etzel — ahora parecía aire:
Sólo ahora empezó a rabiar — el hijo del valiente Aldrian.

Ritschart y Gerbart, — Helfrich y Wichart,
En muchas pugnas raras veces — se habían cuidado:
Ahora lo dejaron ver — aquellos vasallos de Gunther.
Entonces a Wolfbrand vieron — hacer maravillas en el combate.

Combatió como si fuera un loco furioso — el viejo Hildebrand.
Muchos valientes espadas — ante la mano de Wolfhart
Tenían que caer, heridos — a muerte, en la sangre:
Así, estos espadas temerarios y buenos — vengaron las heridas de Rüdiger.

Entonces el duque Siegstab peleó — como se lo mandó su valor:
¡Hey! ¡Cuántos yelmos duros — rompió en los apuros del combate
En sus enemigos el hijo — de la hermana de Dietrich!
No podía amenazar más poderosamente — en esta batalla.

Volker, el fuerte, — cuando eso vio,
Cómo el valiente Siegstab, — de las duras armaduras
Sacó corrientes de sangre, — le causó ira al héroe:
Saltó a su encuentro; — pronto había perdido

La vida Siegstab: — ante el trovador.
Volker de sus artes — le dio tan completa parte,
Que cayó por su espada, — al suelo a la muerte;
El viejo Hildebrand lo vengaba — como su celo se lo mandó.

«¡Ay del querido señor!» — dijo el maestro Hildebrand,
«¡Quien aquí yace muerto — por la mano de Volker!
Ahora el trovador — tampoco debe prosperar.»
La ira de Hildebrand — no podía ser más feroz.

Golpeó tanto a Volker — que de la correa del yelmo
Las astillas volaron a todas partes — hasta la pared de la sala,
Tanto del yelmo como del escudo — del temerario trovador;
De eso el fuerte Volker — ahora también ganó su fin.

Cuando el séquito de Dietrich — se metió en la pelea,
Entonces se oyeron golpes, — de los cuales se despedazaron muchas
armaduras,
Y los pedazos de las espadas — se vieron clavados en la bóveda.
Sacaron de los yelmos ardientes corrientes de sangre.

Entonces de Tronje Hagen — vio muerto a Volker, el espada,
¡Eso en estas bodas de sangre — era el mayor dolor para él,
Que había ganado — de amigo o súbdito!
«¡Ay, ay!» ¡cuán ferozmente Hagen — empezó a vengar al amigo!

«Ahora no lo debe disfrutar — el viejo Hildebrand:
Mi compañero yace muerto — de la mano del héroe,
El mejor compañero de armas — que alguien jamás ganó.»
Arregló más alto el escudo, — así, con golpes se fue.

Helfrich, el fuerte — mató a Dankwart:
Lo sintieron bastante — Gunther y Geiselher,
Cuando lo vieron caer — en su profundo desamparo:
Pero sus manos habían — bien vengado su muerte.

Cuánta gente de muchos países — aquí se había reunido,
Muchos príncipes, fuertemente armados — contra el pequeño grupo
Si los cristianos no hubieran — sido sus adversarios,
Por su virtud se hubieran — salvado de todos los paganos.

Entretanto Wolfhart se abrió — paso de aquí y allá
Matando a espadas a todos — los súbditos de Gunther;

Tres veces había rondado — toda la sala:
Entonces de sus manos cayeron — muertos muchos espadas.

Ahora el fuerte Geiselher — llamó a Wolfhart:
«¡Ay de mí, que jamás gané — un enemigo tan feroz!
Valiente y noble caballero, — ¡ahora dirígete a mí!
Voy a ayudar a terminarlo — ya no puedo soportarlo.»

Hacia Geiselher se dirigió — Wolfhart en la batalla.
Entonces los espadas se causaron — muchas anchas heridas;
Con tal furia se abrió — paso hasta el rey,
Que debajo de sus pies — la sangre saltó sobre su cabeza.

Con rápidos espadaos furiosos — el hijo de la noble Ute,
Recibió amargamente — al héroe orgulloso.
Por fuerte que Wolfhart era, — no podía prosperar.
Ante el joven rey; nadie — podía ser más valiente.

Entonces cortó a Wolfhart — a través de su buen arnés,
De modo que de la herida — corrió a raudales la sangre;
Lo hirió hasta la muerte — al vasallo de Dietrich.
Bien debía ser un héroe — que había hecho tales obras.

Cuando el valiente Wolfhart — sintió la herida,
Dejó caer el escudo: — levantó más alto en su mano
Una fuerte arma, — que era bastante filosa:
A través del yelmo y las mallas — golpeó entonces el héroe a Geiselher.

Ambos se habían causado mutuamente — la muerte feroz.
Ahora ya no vivía nadie más — de los vasallos de Dietrich,
Que Hildebrand: por el sobrino — cuando lo vio caer,
Seguramente ante su muerte — jamás sintió tanto dolor.

También habían caído — todos los vasallos de Gunther:

Sólo él vivía todavía — y Hagen, los dos.
Estaban parados en la sangre — que les llegó a las rodillas.
Hildebrand, rápidamente — corrió hacia su sobrino.

Lo abrazó fuertemente — y quería llevarlo consigo
De la casa. Sin embargo — lo dejó allí
Porque lo sintió demasiado pesado: — Otra vez, en la sangre
Se le cayó de las manos. Entonces — el buen espada levantó los ojos

Y dijo, el herido a muerte: — «Queridísimo tío mío,
En esta hora no me sirve — vuestra ayuda.
Ahora cuidaos de Hagen, — en verdad os aconsejo bien:
En su corazón lleva — una ira furiosa.

Y si mis amigos quieren — lamentar mi muerte,
A los más íntimos y mejores — debéis decir de mí,
Que no lloren por mí: — no hay necesidad:
De las manos de un rey encontré — aquí una muerte magnífica.

También he vengado de tal modo — mi muerte aquí en la sala,
Que todavía causará a las mujeres — de los buenos caballeros, dolor.
Si alguien de vosotros quiere saberlo, — podéis siempre decirle:
Sólo de mi mano yacen — aquí muertos, como cien.»

Entonces también Hagen — pensó en el trovador,
A quien el viejo Hildebrand — quitó la vida.
Entonces dijo el temerario: — «Ahora pagaréis mi dolor:
Nos habéis matado aquí a muchos — caballeros valientes, en la lucha.»

Dio espadazos contra Hildebrand — de modo que bien se oyó
Resonar a Balmung, que había — robado a Siegfried,
Hagen, el temerario, — cuando asesinó al héroe.
Ahora le resistió Hildebrand, — que poco le toleraba.

El tío de Wulfhart levantó — una espada ancha,
Contra Hagen de Tronje, — que filosa atravesó el acero;
Pero no pudo herir — al súbdito de Gunther.
Entonces Hagen de nuevo — le cortó su arnés bien hecho.

Cuando el maestro Hildebrand — realmente sintió la herida,
Se preocupó de recibir mayor daño — por la mano de Hagen;
Puso sobre su espalda el escudo — el héroe, vasallo de Dietrich;
Con su fuerte herida el espada — con pena escapó.

Entonces de todos los espadas — ya no vivía nadie
Sino Gunther y Hagen, — los dos héroes altos.
Cubierto de sangre se fue — el viejo Hildebrand,
Llevó malas noticias, — cuando encontró a su señor.

Estaba sentado con profunda pena; — así encontró al hombre:
Nuevas de mayor pesar — ganó ahora el príncipe.
Cuando vio a Hildebrand, — rojo de sangre,
Preguntó por el motivo — como el trance se lo mandó.

«Ahora decidme, maestro, — ¿cómo estáis tan empapado
De sangre, — o quién os lo hizo?
¿Habéis combatido — con los huéspedes en la sala?
Deberíais haberlo evitado, — como ordené tan severamente.»

«Aunque me parece mal — tener que darte estas nuevas»,
dijo él, «estas heridas — me las causó Hagen,
Cuando empecé a separarme — de este héroe;
Apenas escapé con mi vida — de este diablo.»

Entonces dijo el de Berna: — «Os hicieron bien,
Ya que habéis oído, que prometí — amistad a los espadas,
Y siempre habéis roto la paz — que yo les ofrecí:
Si no fuera eterna vergüenza para mí, — deberíais pagarlo con la muerte!»

«Ahora, señor Dietrich, — no os enojéis conmigo demasiado:
En mí y mis amigos — el daño es demasiado grande.
Queríamos sacar a Rüdiger — de la sala allá:
No lo querían permitir — aquellos bajo la orden de Gunther.»

«¡Ay de mí, de este pesar! — ¿Rüdiger está muerto?
Eso lo tengo que lamentar — sobre toda mi miseria.
Gotelinde, la noble, — es la hija de mi prima:
¡Ay de los pobres huérfanos — que están allí en Bechlaren!»

Dolor de corazón y miseria — le causó su muerte;
Entonces empezó a llorar, — el pesar le obligó:
«Ay de la fiel ayuda, — que desvaneció con él,
El espada del rey Etzel, — que jamás podré olvidar.»

Él dijo a Hildebrand: — «¿Podéis decirme entonces,
Cómo se llama el héroe — que lo ha matado?»
Él dijo: «Lo hizo con sus fuerzas, — el fuerte Gernot;
De las manos de Rüdiger, también — este espada encontró la muerte.»

Él dijo: «Maestro Hildebrand — decid entonces a mis vasallos,
Que se armen inmediatamente — yo mismo iré allá;
Y mandad que me traigan — mi clara armadura:
Yo mismo voy a preguntar ahora — a los héroes del país de los
Burgundios.»

Entonces dijo el maestro Hildebrand: — «¿Quién podrá ir con vos?
Los que sobrevivieron — los veis aquí ante vos.
Únicamente lo soy yo; los demás — todos están muertos.»
Entonces se asustó de estas nuevas — le causaron verdadero pesar,

Tanto que en esta tierra — jamás sintió pena tan profunda.
Y dijo: «Y si murieron todos — los que eran mis súbditos,

Dios se olvidó de mí. — He sido un poderoso príncipe,
Ahora podrán llamarme — un pobre Dietrich.»

Volvió a hablar Dietrich: — «¿Cómo podía pasar,
Que todos fueran matados — los héroes elegidos,
Ante los hombres cansados de combate, — que habían sufrido penas?
¡Sólo mi desdicha lo causó, — de otro modo la suerte lo hubiera evitado!

Si entonces mi desgracia quería, — que así aconteciera,
Decidme, de los huéspedes — ¿quedo todavía con vida alguno?»
Entonces dijo el maestro Hildebrand: — «Lo sabe Dios, nadie más
que sólo Hagen — y Gunther el alto rey.»

«Ay de mí, querido Wolfhart, — y si te he perdido,
Pronto me arrepentiré — de haber nacido.
Siegstab y Wolfwein — y también Wolfbrand;
¿Quién me ayudará en lo futuro — en el país de los Amelungos?

Helferich, el valiente — y si también lo mataron,
Gerbart y Wichart, ¿cuánto podré — cesar de lamentar?
Este es el último día — de todas mis alegrías:
¡Ay de mí, que por pesar — nadie puede morir!»

XXXIX AVENTURA CÓMO FUERON MATADOS GUNTHER, HAGEN Y KRIEMHILD

Entonces el señor Dietrich mismo — buscaba su armadura,
Le ayudó a armarse, — Hildebrand el viejo.
Entonces se lamentó tan fuertemente — el hombre poderoso,
Que por su voz empezó — a temblar la casa.

Pero después volvió a ganar — el valor heroico justo,
Con ira estaba armado — el buen espada,
Su escudo, el fuerte, — lo tomó en la mano;
Se fueron pronto de allí, — él y el maestro Hildebrand.

Entonces dijo de Tronje Hagen; — «Allá veo venir hacia nosotros
A Dietrich, el señor — él quiere enfrentársenos,
Después del gran dolor, — que nosotros le hemos hecho.
Hoy veremos entonces, a quién — se puede llamar el mejor.

Y si se imagina el de Berna, — el espada Dieterich
Tan fuerte de cuerpo — y tan terrible,
Y si quiere vengar en nosotros, — lo que le ha pasado.»
Así habló Hagen, «Yo soy el hombre — para enfrentarme a él.»

Estas palabras oyó Dietrich — con el maestro Hildebrand.
Caminó hacia donde encontró — parados a ambos héroes,
Fuera de la casa, — apoyándose en la sala,

Su buen escudo, lo puso — Dietrich en el suelo.

Y si se imagina el de Berna, — el espada Dieterich
«¿Cómo habéis llamado a armas, — señor Gunther, en contra de mí,
De un desterrado? — ¿Qué os habré hecho jamás,
Que de todo mi consuelo — me veo privado ahora?

No os bastó — el gran dolor,
Cuando nos habíais matado — a Rüdiger, el espada.
Me habéis envidiado a todos — los que son mis vasallos.
Jamás hubiera yo hecho — tal daño a vosotros, los espadas.»

«Pensad en vosotros mismos — y en vuestro pesar,
La muerte de vuestros amigos — y todo el peligro de la pelea,
Si no pesa sobre vuestro ánimo, — buenos espadas;
¡Ay, cómo me duele — la muerte de Rüdiger!

Jamás sufrió tanto dolor — nadie en esta tierra.
Habéis pensado poco en mí — y vuestro pesar.
Lo que tenía de alegrías — ahora yace muerto por vosotros;
Jamás puedo lamentar — a mis amigos lo suficiente.»

«No somos tan culpables», — contradijo Hagen.
«A esta casa acudieron — todos vuestros espadas,
Bien armados, — en un grupo numeroso.
Nos os habrán dicho — las nuevas como eran.»

«¿Qué otra cosa puedo creer? — Me dijo Hildebrand:
Que os pidieron mis espadas — del país de los Amelungos,
Que les dierais a Rüdiger — de la sala:
Entonces sólo os habéis burlado — de los valientes caballeros.»

Entonces dijo el señor del Rhin: — «Querían llevarse a Rüdiger.
Como dijeron, de allí — lo mandé entonces negar

En desafío a Etzel, — pero no a tus vasallos,
Hasta que Wolfhart, el espada — empezó a insultarnos por ello.»

Dijo el héroe de Berna: — «Así era predeterminado.
Gunther, noble rey, — por amor a toda tu virtud,
Págame el dolor, — que tú me has hecho.
Expíalo, caballero valiente, — entonces no me vengaré.

Ríndete a mí, como rehén, — con Hagen, tu hombre,
Entonces os protegeré, — lo mejor que pueda hacerlo,
Para que aquí con los Hunos — nadie os haga daño,
Confiad en mí, — que soy fiel y bueno.»

«Que Dios del cielo nos guarde», — contradijo Hagen,
«Que se rindan — dos espadas a ti,
Que están todavía totalmente — armados, frente a ti.
Eso sería mal honor para nosotros; — una cobardía como ésta, no se hará.»

«No deberías negarlo», — volvió a decir Dietrich,
«Gunther y Hagen, ambos — habéis tan amargamente
Entristecido mi corazón — y también la mente,
Si queréis expiarlo, — así sería hecho propiamente.

Os empeño mi honor, — y os daré la mano en juramento,
Que cabalgaré con vosotros — a vuestro país,
Yo os acompañaré con honores, — y moriría por eso,
Y a causa de vosotros — olvidaré toda mi pena dolorosa.»

«No lo pidáis más», — volvió a decir Hagen;
«¿Cómo sería propio, si pudieran — decir de nosotros,
Que dos espadas tan valientes — se rindieron a vuestras manos?
Pues no hay nadie más con vos, — que sólo Hildebrand.»

Entonces dijo el maestro Hildebrand: — «Dios lo sabe, señor Hagen,

La paz, que el señor Dietrich — os ha ofrecido,
Todavía vendrá la hora, — y puede ser que dentro de poco,
Que la aceptéis con ganas, — y ya no la podréis conseguir.»

«También aceptaría yo antes la paz», — contradijo Hagen,
«Antes de que huyera con vergüenza — y humillación ante un espada.
Maestro Hildebrand, — como vos lo habéis hecho aquí;
Yo me imaginaba, en fidelidad, — que mejor mostrarías vuestra hombría.»

Ahora dijo el maestro Hildebrand: — «¿Cómo me insultáis?
¿Quién era, quien sobre el escudo — estaba sentado ante el Wasgenstein?
Cuando Walther de España — le mató a tantos amigos?
Bien tenéis vos mismo — bastante que censuraros.»

Entonces dijo Dieterich, el noble: — «¿Cómo conviene a tales espadas
Insultarse con palabras, — como lo suelen hacer las viejas?
Yo os prohíbo, maestro Hildebrand — ya no habléis más aquí.
Yo, espada desterrado que soy, — bastante dolor sufro ahora.»

«Dejad que lo oiga, amigo Hagen», — dijo entonces Dietrich,
«¿Qué hablasteis vosotros juntos, — héroes virtuosos,
Cuando me visteis venir — hacia vosotros, bien armado?
¿No dijisteis que vos solo queráis — enfrentaros a mí en la lucha?»

«Nadie os lo negará», — dijo de nuevo Hagen,
«Bien voy a intentarlo aquí — con golpes fuertes.
A no ser que se me quiebre — la espada de los Nibelungos;
Estoy enojado porque habéis exigido — que nos entregásemos como
rehenes.»

Cuando Dietrich oyó las palabras — airadas de Hagen,
El espada bueno y listo — levantó rápidamente el escudo,
¡Qué pronto corrió a su encuentro — Hagen desde la escalera!
La espada de Niblung, la buena, — resonó fuerte sobre Dietrich.

Bien sabía entonces el señor Dietrich, — que el hombre valiente
Luchaba con el ánimo feroz; — empezó a protegerse,
El noble dueño de Berna, — de golpes terribles,
Bien reconoció a Hagen, — como un espada elegido.

También temía a Balmung, — un arma bien fuerte.
Sólo de vez en cuando, Dietrich — devolvió los golpes con arte,
Hasta que finalmente venció — a Hagen en la lucha,
Le causó una herida que era — bien profunda y larga.

Dietrich el noble, pensaba: — «Te debilitaron las privaciones largas;
Poca honra sería para mí, — si te diera la muerte.
Por eso sólo voy a tratar — si puedo obligarte
A seguirme como rehén.» — Esto lo hizo con preocupación.

Dejó caer el escudo, — su fuerza era muy grande;
A Hagen de Tronje abrazó — fuertemente.
De este modo era vencido por él — este hombre valiente.
Gunther el noble, empezó — a entristecerse por eso.

A Hagen, Dietrich ató — y lo llevaban, adonde encontró
A Kriemhild, la noble — y entregó a sus manos
Al espada más valiente, — que jamás llevó armas.
Después de su gran dolor, — ella se alegró entonces bastante.

En su alegría se inclinó ante el espada, — la esposa de Etzel:
«Siempre sean bendecidos — tu corazón y tu cuerpo,
Bien me has recompensado — toda mi pena;
Siempre te lo agradeceré, — si no me lo impide la muerte.»

Entonces dijo Dietrich el noble: — «Perdonadle la vida,
Princesa noble, — puede bien pasar
Que su servicio os recompense el dolor, — que él os ha hecho;

No debe él pagarlo que vos — lo habéis visto prisionero.»

Entonces ella mandó llevar — a Hagen a una prisión,
Donde nadie lo vio — y él estaba encerrado.
Gunther el noble, empezó — entonces a llamar:
«¿Dónde quedó el héroe de Berna? — Me ha hecho sufrir.»

Luego fue a su encuentro — de Berna, el señor Dietrich.
Las fuerzas de Gunther eran grandes — y caballerescas;
No tardó más, corría — ante la sala;
Con sus dos espadas ambos — causaron un ruido poderoso.

Por grande que era la fama que Dietrich — había ganado en la lucha, desde
tiempos remotos,
En su ira Gunther batallaba — demasiado furiosamente en la lucha,
Sentía a causa de su pena — una enemistad de corazón contra el hombre.
Debe llamarse un milagro, — que el señor Dietrich escapara.

Ambos eran tan fuertes — y llenos de coraje,
Que de sus golpes resonaban — el palacio y la torre,
De tal modo golpearon — con espadas los buenos yelmos.
Entonces mostraba el rey Gunther — un valor magnífico.

Pero siempre lo venció el de Berna, — como había pasado a Hagen.
Podían ver escurrir su sangre, — a través de la armadura,
Por una espada filosa; — ésta llevaba el señor Dietrich.
Pero el señor Gunther, aunque cansado, — se había defendido
caballerosamente.

El rey fue atado — por la mano de Dietrich,
Como nunca jamás deberían sufrir — reyes tales cadenas.
Pensaba, que si dejaba sueltos — a Gunther y a su vasallo,
A quien encontraran, todos — tendrían que sufrir la muerte.

Dietrich de Berna — lo tomó de la mano,
Lo llevó así, encadenado, — adonde encontró a Kriemhild.
A ella, con el dolor de él — estaba quitada mucha de su pena.
Ella dijo: «Rey Gunther, — sed ahora muy bienvenido.»

Él dijo: «Debería yo agradecéroslo, — nobilísima hermana mía,
Si vuestro saludo hubiera sido — ofrecido con bondad.
Sin embargo, sé que vos, reina — estáis tan airada del alma,
Que a mí y a Hagen saludáis — de tal manera en burla.»

Entonces dijo el héroe de Berna: — «Alta hija de reyes,
Tan buenos héroes jamás — se vieron como rehenes,
Que los que yo, noble reina, — he traído a vuestra protección.
Ahora mi amistad valga — en favor de los desterrados.»

Ella dijo, que lo haría con gusto. — Entonces se separó el señor Dietrich.
Con los ojos llenos de lágrimas, — de los héroes virtuosos.
Entonces se vengaba horriblemente — la esposa del rey Etzel;
A los espadas elegidos — privó de la vida y del cuerpo.

Los mandó meter — en prisiones separadas,
De modo que jamás en la vida — se volvieron a ver los espadas,
Aunque lo había jurado, — de no hacerlo la noble mujer.
Pensó: «Hoy vengaré el cuerpo — de mi querido esposo.»

Se fue la hija de reyes, — donde vio a Hagen.
Hostilmente dijo entonces — al espada:
«¿Me vais a devolver — lo que me habéis quitado?
Así quizá podáis regresar — vivo con los Burgundios.»

Entonces dijo Hagen, el feroz: — «Tus palabras son dichas en vano,
Nobilísima hija de reyes. — He jurado un juramento
Que jamás delate el tesoro, — mientras todavía con vida
Quedara de mis señores alguno, — para que nadie se aproveche.»

«Voy a solucionar esto», — dijo la mujer noble.
Al hermano mandó quitar — la vida y el cuerpo.
Lo decapitaron; agarrado de los cabellos, — ella llevó la cabeza
Ante el héroe de Tronje; — él sufrió por eso un gran dolor.

Cuando el airado vio — la cabeza de su señor,
Contra Kriemhild entonces — dijo el espada:
«Según tu voluntad — lo has terminado ahora,
Y aconteció del modo, — como yo lo había pensado.

Ahora está muerto — de Burgundia, el rey noble,
Geiselher el joven, — y además el señor Gernot.
Del tesoro ya no sabe nadie — que Dios y yo sólo,
Y a ti, mujer infernal — para siempre quedará escondido.»

Dijo ella: «Entonces — me habéis pagado muy mal;
Pero siempre voy a quedarme — con la espada de Siegfried.
La llevó mi amado querido, — cuando lo vi por última vez,
Aquél, a causa del que sufrí — el dolor supremo.»

La desenvainó — no podía él impedirlo.
Ella pensaba en quitar — la vida al espada.
Lo alzó con las manos, — y lo decapitó,
La vio el rey Etzel, — a quien esto causó gran pena.

«¡Ay!», gritó el rey, — «¡Cómo ha caído aquí
De las manos de una mujer, — el héroe mejor,
Que jamás haya luchado en la batalla, — y jamás haya llevado su escudo!
Por enemigo mío que fuera, — lo siento bastante por él.»

Entonces dijo el maestro Hildebrand: — «Esto no caerá bien a ella,
Que pudiera matarlo; hagan — lo que me hagan a mí,
Aunque él mismo me causó — miedo y gran pena,

Siempre voy a vengar — la muerte del valiente de Tronje.»

Hildebrand, en ira, brincó — al lado de Kriemhild,
Dio un espadazo — a la hija de reyes;
Le dolían tales servicios — de parte de un espada;
¿Pero de qué le servía — que gritara temerosa?

Los que debían morir, — yacían todos allá,
Cortada en pedazos — yacía la reina alta.
Dietrich y Etzel — empezaron a llorar
Y a quejarse amargamente — por muchos amigos y vasallos.

Allí estaba la soberbia de los héroes, — caída ante la muerte.
La gente toda tenía — gran dolor y pena,
Con duelo había terminado — la fiesta del rey,
Como siempre el dolor reemplaza — la alegría finalmente.

No puedo decir más — de lo que allá aconteció,
Sólo que vieron llorar — a cristianos y paganos,
A los caballeros y a las mujeres — y muchas bellas doncellas
Sintieron por sus amigos — el pesar más profundo.

Ya no os diré más — de la gran pena:
Los que hubieran matado — dejadlos yacer muertos.
Ni cómo en el país de los Hunos — después aconteció a la gente,
Aquí termina el cuento; — éste es el Cantar de los Nibelungos.

Los que hubieran matado — dejadlos yacer muertos.
Ni cómo en el país de los Hunos — después aconteció a la gente,
Aquí termina el cuento; — éste es el Cantar de los Nibelungos.

Notas

[1] LIEDER-EDDA: Colección de gestas mitológicas y heroicas. <<

[2] Bebida de miel fermentada. <<

[3] Patzinakitas, pueblo nómada turco. <<

[4] Teodorico. <<

[5] «Waltharius Mannfortis» poema latino. <<